LA OBRA DE ICTERO

LORENA MURIÉN

LA OBRA DE ICTERO

LORENA MURIÉN

© 2022 Lorena Murién
instagram.com/lorena_murien
twitter.com/lorena_murien
Diseño de cubierta: Somnis Design (instagram.com/somnis.design)
Fotografías de portada: JP Valery, Alazne Qaisar, Unsplash.com

Quedan prohibidos (sin la autorización por escrito de los titulares del copyright) bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, reproducción y tratamiento informático, junto a la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos. No obstante, está permitida la reproducción parcial de esta obra con fines promocionales, publicitarios, reseñas del contenido de la misma en cualquier medio escrito o digital, inspiracionales, con la única obligación de mencionar al titular de copyright.

Este libro ha sido publicado de forma autónoma por el titular del copyright, sin el apoyo de una editorial ni terceros. Por este motivo, es posible que el contenido pueda tener algunas erratas y/o errores ortográficos.

Esta novela contiene situaciones, escenarios y diálogos que podrían herir la sensibilidad de algunas personas. Cada uno de los personajes creados y reflejados en el interior de estas páginas son de carácter ficticio. Cualquier parecido con personas y experiencias reales, es producto de pura coincidencia.

❝Porque en un espejo roto, la luz todavía puede brillar en los pedazos que quedan.❞

PRÓLOGO

El placer es la única cosa sobre la que merece la pena elaborar una teoría.
Oscar Wilde*, El retrato de Dorian Gray*

01 de marzo de 2022, martes.

Con el paso del tiempo los recuerdos se pierden, comienzan a difuminarse y se convierten en una nebulosa que podemos atravesar sin temor a que estos nos atrapen, agarren de pies y manos o nos estampen contra una pared con la ayuda de ramificaciones en forma de dedos asesinos. O eso es lo que dicen, porque en mi creencia impopular yo afirmo que todo lo que vivimos está ahí, a una puerta de distancia en otra habitación de nuestra mente donde tengo la maldita capacidad de recordar cada fragmento y segundo de unos acontecimientos que me estrellaron contra el suelo, partiéndome en mil pedazos.

Esa nebulosa se convirtió en un monstruo que acecha mis pasos todas las noches y me vigila a conciencia cada segundo que estoy despierta, mientras intento encontrar el rumbo que, según muchos, he perdido.

«¿Y no es verdad?»

Mi palacio mental dibuja un escenario vacío por el que camino, aunque no estoy sola del todo. La existencia del mobiliario y las sonrisas que se resguardan de los golpes del tiempo tras cristales cubiertos de polvo, me observan con detenimiento mientras mis dedos vuelan a través del espacio en un intento por acariciar el aire o cualquier signo de ese calor corporal que una vez contuve entre mis brazos. Los labios me tiemblan y buscan un beso que ya no existe, aunque note el sabor de la carne como si una mujer estuviera arrancándome las penas desde la raíz.

Nada lejos de la realidad.

En otro momento podría haber pensado que esto se trata de un sueño que, más tarde, se convertirá en pesadilla, pero no hoy, no ahora, no en este instante; no esta noche, cuando doy una bocanada en un intento por contener el aire mientras mis pulmones me piden que lo pierda entre sus labios.

Desconozco su nombre y la razón por la que está exactamente aquí, por desgracia ese detalle sí que lo he olvidado. El acento

forastero de su voz se ha convertido en un cortejo en forma de suspiros que golpean contra mi aliento en la apasionante búsqueda de escribir un evento más en su diario de memorias viajeras. Lo reconozco, esta ciudad tiene un encanto particular que se incrementa por mil durante el Mardi Gras, y yo… yo soy el centro de una diana pintada en rojo, deseando recibir cualquier tipo de disparo.

—¿Por qué no vamos a mi hotel? —reclama.

«Es una serpiente envenenada», advierte mi voz, y el reflejo de mi 'yo' en ese palacio en el que a veces me refugio, dibuja una mueca como si esto significara el preludio de algo mucho peor.

El pasillo se estrecha entre nuestros cuerpos, intento liberarme de la tensión y decido olvidarme por completo de lo malo, de la nebulosa, de las ramificaciones y los dedos en mi pecho mientras me arrancan el corazón. Entonces abro los ojos y miro a quien tengo delante, le sonrío y afirmo mientras ella se pasa la lengua por unos dientes blancos dispuestos a comer todo aquello que se le ponga por delante. Bajo el eléctrico morado del neón puedo ver unos iris castaños que me observan como lo hace cualquier depredador en mitad de la selva. Me pregunto porque no estará en las calles, envolviéndose y disfrutando del último desfile antes de que llegue la media noche y los policías a caballo despejen Bourbon Street para declarar el final del Mardi Gras y el inicio de la Cuaresma.

También me pregunto porque otra vez —en mi empeño por desobedecer las normas— yo no estoy ahí para llevar a cabo mi cometido como parte del cuerpo policial.

«Siempre te has creído superior».

Ahora no soy yo, escucho la voz de Clyde, el que fue mi compañero durante años hasta que todo en mi vida se derrumbó y me convertí en un fantasma que camina respirando, pero sin apenas brillo, aunque sí con la determinación de acabar con la muerte que —a ignorancia de la gente— no solo me persigue a mí, sino a todo aquel que desee desgarrar a bocados.

Suspiro. Me duele la cabeza y estoy tan agotada que apenas puedo tenerme en pie.

Sin embargo, otro beso me trae de vuelta y el brillo de esos ojos se empeña en que cambie el rumbo de la historia y el destino, al menos por esta noche.

Por una al menos, no podría pedir más.

—Eh, ¿vamos o no? —insiste.

—*Oui* —le respondo en francés tras analizar su acento durante las pocas frases que nos hemos dedicado antes de que el alcohol haya avivado esa clase de chispa que se inicia con una simple palabra—. Llévame donde quieras —añado, y las piernas me arden hasta ese punto de placer.

Mi voz lleva una carga desesperada de balas que pueden dispararse tarde o temprano. Ella me sonríe, deja caer su pelo negro sobre los hombros y después de arrancar otro suspiro a mis labios, entrelaza sus dedos con los míos y tira de mi cuerpo para que abandonemos el lugar y nos demos de lleno con un gran número de personas que aplauden, vitorean y van de un lado a otro con los collares adornando sus cuellos y la felicidad escrita en unos rostros que nunca volveré a ver, aunque se fundan con cada detalle de mis recuerdos.

Las carrozas, el baile y las máscaras se unen al colorido de los balcones y calles en este especial recorrido por el Barrio Francés.

Por un momento el corazón me explota mientras ambas intentamos evitar chocar con todo aquel que nos rodea y el tiempo se paraliza dando voz y razón a la creencia de que hay instantes en la vida donde los recuerdos más macabros pueden desaparecer eternamente.

Aunque sea una utopía.

Una puta utopía en la que siempre me proclamo víctima.

De un disparo, un coche ardiendo, un cadáver entre mis manos.

Las paredes de mi espacio mental ceden, caen y se rompen en cuanto el teléfono vibra.

Ahora lo siento más pesado de lo normal dentro del bolsillo de mi pantalón. Stefanie —¿o era Louisa?—, me lleva directa contra otra pared de ladrillo cercana a un edificio donde dice que está su habitación. Parpadeo y siento que la pierdo, la sangre comienza a manchar la blusa que lleva puesta y gota a gota forma un gran charco a mis pies. Abro bien los ojos y los cierro con fuerza para comprobar que esto no es más que el producto de mi imaginación.

E irremediablemente suspiro de alivio cuando vuelve a hablar.

Sus dedos dejan una caricia sobre mi cuello con una elegancia que es ardiente, que echo de menos y que provoca que todo mi cuerpo se caliente, sobrándome la ropa.

Pero el teléfono sigue vibrando.

«Mierda».

—Espera un segundo —le pido.

Descuelgo la llamada y mientras intento escuchar el sonido al otro lado, mi piel no deja de erizarse por culpa del contacto de los labios de una mujer de la que me vengaré más tarde, al menos es lo que me propongo. Pasan dos segundos hasta que consigo escuchar la voz que me reclama y cuando lo hago, me congelo. La sangre se me enfría de golpe, ya no me circula por las venas y el temblor por la pasión cambia a otro que me es muy conocido.

—¿Detective Fortier? —escucho.

Intento e insisto, *intento* por todos los medios no entrar en pánico

y centrar mi mente. Los ojos castaños me miran, se quejan cuando pongo la mano con firmeza en su pecho y la obligo a que se aparte. Oigo su protesta y poco después veo como se marcha por el callejón para perderse entre la gente.

—Sí, soy yo, ¿qué pasa?

—Hemos encontrado un cuerpo en City Park, junto al puente de piedra del pantano antiguo. Ha vuelto… —Dos palabras tan peligrosas como una bala en el corazón—. Detective, ¿está ahí?

«Ha vuelto».

Estoy aquí pero el alma acaba de abandonar mi cuerpo, ha corrido y se ha escondido durante un escaso segundo en mi propio refugio, donde los horrores y el dolor ya no existen. Ese espacio en el que todo mal se disipa con mi sola presencia y la de las personas que una vez tuve la suerte de proteger. Aunque sea solo por una ínfima fracción de segundo, envuelta en una ilusión que se rompe como una burbuja que te lleva de golpe a la realidad.

Cuando miro al cielo de Nueva Orleans y vuelvo la vista a Bourbon Street escucho los cascos de los caballos. La Cuaresma ha comenzado y *ese* ser ha vuelto. Tengo que contener el aire en mis pulmones durante unos segundos para asegurarme de que yo sí que estoy viva y que la muerte no se me ha llevado de una maldita vez; doce más un minuto. La fiesta ha terminado, aunque para mí, no ha hecho más que comenzar.

Con el temblor en los dedos pego el teléfono a mi oreja y sin más, dejo de ser persona.

—Voy para allá.

1

La ventaja de las emociones es que nos llevan por el mal camino,
y la ventaja de la ciencia es que excluye la emoción.
Oscar Wilde*, El retrato de Dorian Gray*

01 de marzo de 2022, martes.

La noche ya ha dibujado sobre el capó del coche una fina capa imposible de romper. Algunos dirán que es la neblina por el frío, yo digo que es la muerte respirándome a la cara. No es que no la haya enfrentado antes, claro que sí, pero no siempre la miras o la encajas de la misma forma. En algunas facetas te acostumbras, pero hay otras que se te quedan impregnadas como el perfume habitual de tu piel, al igual que en cada fibra de tu ser; retuercen tus órganos, impiden que puedas pensar con claridad y, sobre todo, hacen de tu vida algo imposible de sobrellevar.

Así es la muerte en ocasiones, más oscura incluso que la noche, no va vestida de parca, puede ser un interruptor que apaga tu corazón —en la hora más dulce—, un evento fortuito o como hoy, un monstruo que camina escondido entre las calles y que de vez en cuando se descubre ante ti para mostrar su faceta más macabra.

Aunque a lo suyo lo llaman arte.

El volante gira y gira sin parar, los dedos me duelen mientras me aferro al cuero con la única intención de aligerar el peso que poco a poco se vuelve plomo en mis articulaciones y huesos.

Cuando hecho un nuevo vistazo al espejo retrovisor, puedo ver con más claridad las marcas que el insomnio sigue produciendo en mí. A pesar del maquillaje, el tono claro de este ya se mezcla con el violáceo de unas ojeras que, me hubiera gustado afianzar gracias a una buena noche de sexo sin compromiso y no dirigiéndome al páramo de los horrores, en el que las luces ya parpadean como luciérnagas, pero en distintos colores. Naranjas, rojos y azules se entremezclan con la oscuridad y los árboles de City Park mientras se mantienen erguidos en tronco, pero con las ramas caídas como en una ilusión donde estos abrazan a un alma que ya no sonreirá nunca más.

El trayecto de casi media hora —cuando debería haber sido la mitad—, acaba al aparcar en Harrison Avenue y cuando apago el motor. Veo a gente con las manos en los bolsillos, jóvenes que cantan

canciones, parejas que se besan y caminan hacia cualquier bar para dar un último brindis por el final del Mardi Gras, en una imagen que cambia de estilo en cuanto dejo mi coche atrás y doy los primeros pasos hacia el puente de piedra.

—¿Por qué otra vez tú? —pregunto al aire que acompaña mis pasos apresurados.

Lanzo todo el oxígeno que he oprimido en mis pulmones y en cuanto veo a la científica me armo de valor para dejar a la mujer que hay dentro de este cuerpo y convertir mi piel en una pieza de mármol fría y con la conciencia puesta donde debe estar. Lo primero que visualizo desde donde estoy es un cuerpo desnudo en la pose artística que el asesino ha creado para nosotros, rodeado de los profesionales enfundados en sus trajes de blanco esperanza mientras recogen las muestras que hay alrededor, aunque yo ya sé que no van a encontrar nada más allá de una «obra de arte» mutilada.

Tanto dolor, tanto daño.

Tanta tristeza, tanto llanto acumulado.

Las copas de los árboles se remueven y chocan entre ellas al ritmo de mi corazón y en cuestión de diez segundos me dan la bienvenida unos ojos que una vez fueron algo más para mí que un superior en rango.

—Detective Fortier.

—Sargento. —Clyde intenta sonreír, pero no hay motivos ni un «¿cómo estás?» que sea necesario pronunciar—. ¿Es cierto?

—Me temo que sí, puedes verlo por ti misma.

Ocho años atrás, ambos nos encontramos en un escenario parecido. Hace ocho años él y yo andábamos en sintonía hacia cualquier lugar como hacen los compañeros de batalla. Solíamos resolver crímenes mano a mano, aunque otros seguían quedándose en el fondo de un cajón, con sus cuerpos enterrados y los informes sin terminar de rellenar. Hace ocho años, Clyde me abrazaba cada vez que nos veíamos para tomar café —o una copa— y yo le dedicaba mil sonrisas agradecidas por tener a un compañero como él.

«Hasta que mi vida se fue a la mierda».

Sin más preámbulos aparto las pinceladas de nuestra estrecha amistad y me pongo en mi papel de subordinada antes de llegar al lugar donde —ahora sí— veo a una mujer con más claridad que antes. Su piel está perlada por el frío y la muerte, como su cabello mojado por culpa de las aguas del pantano que más allá se me presenta sumamente inquietante.

Ni siquiera la luna se ha atrevido a brillar esta noche sobre la superficie.

Con cuidado y evitando cualquier alteración del escenario, hinco mi rodilla derecha en el barro y me pongo los guantes de látex que la

científica me ha ofrecido. Tengo frío con la chaqueta de cuero, pero sé que no es debido a la temperatura.

Los labios de ella están morados y abiertos, resguardando en su interior la rosa amarilla de la traición, y es lo primero que me produce un escalofrío antes de fijar mi vista en sus ojos abiertos. Me cago en mi fantasma enemigo. Han pasado ocho años de enfriamiento desde la última vez que observé la muerte de esta forma y por un segundo me siento más que estúpida por haber creído que jamás volvería a ver su cara de una manera tan tétrica y a la vez tan «bella» como esta.

—¿Cuándo…? —No sé la razón por la que me quedo sin voz.

La saliva se me atasca en la garganta y tengo que hacer todo lo posible por no caer.

—Hace aproximadamente una hora que la han encontrado —me indica Clyde—. Según el *rigor mortis* lleva al menos siete horas muerta, aunque la temperatura probablemente haya alterado el *algor mortis*.

—No veo signos de lucha, así que doy por hecho que nuestro asesino continúa su obra paralizándolas, después de acecharlas o hacerles creer que no hay peligro...

—Para seguir haciéndolas conscientes de su obra. El gesto… —Clyde tarda un segundo en poder continuar—. Ha sufrido mientras…

—Mientras le abrían las entrañas para extirparle el útero antes de dejarla morir.

El *modus operandi* es exactamente igual que el de las anteriores víctimas, mujeres que en otro momento de su vida cometieron el «pecado» de entregar a sus hijos o impedir que nacieran al verse incapaces de poder entregarles aquello que una madre debe dar. Me duele el pecho tan fuerte que no puedo respirar y durante el trance pierdo la vista en las aguas del pantano hasta que la mano de mi sargento se aferra sobre mi hombro como signo de apoyo. Aunque ya no sé si puedo creerlo, a pesar de conocerle y saber cuánto me afecta este tema. Exactamente *esto*. Ver a una madre que una vez dejo ir a un hijo o una hija sin importar las razones, porque la vida también se llevó una parte de mi alma dos años atrás.

—El cabrón ha mejorado su técnica.

Tengo que obligarme a ponerme en pie. Lo hago después de acariciar la sonrisa que aparece a la altura de su bajo vientre enmascarada por los hilos de sutura, como una maldita burla hacia el mundo.

Observo el cuello de la víctima y detecto algunas abrasiones producidas por el intento fallido de una última huida mientras estaba atada. Los signos se repiten en muñecas, tobillos y cintura. Me cuesta articular palabra en mi análisis o trance, como solía llamarlo Clyde. Mis ojos caminan a lo largo de una piel que en su estado natural puedo imaginar de color pálida. Sus labios están pintados de rojo,

pero no hay rastro de maquillaje en sus ojos ni cara, cada tramo de su piel está limpio salvo por los elementos del escenario. Sus ojos han perdido el brillo, aunque yo ya los imagino de un intenso azul, quizá como el color del mar a mitad de mañana. En su pelo no hay más que barro, agua y algunas hojas que deben de haber danzado con la brisa nocturna hasta este lugar para dar su último adiós.

Me levanto y giro sobre mis pasos para encontrarme con la figura silenciosa de Clyde.

—¿Llevarás el caso? —le pregunto mirando el azul de sus ojos oscurecidos bajo la luz de la noche. No puedo evitar fijarme en como algunos rizos grises decoran aquí y allá su pelo negro. Y de repente siento que ha pasado toda una vida desde la última vez que nos miramos a la cara—. Es…

—No —responde con una frialdad aplastante—. Al menos no como detective, pero sí como sargento, me encargaré de la supervisión Katherine. No podemos volver a…

—Ya, a ser compañeros, lo entiendo —desisto pensativa.

Escucho como el aire se escapa de sus pulmones. Quiero abrazarle, hundir mi cuello en su hombro y pedirle que me rodee con los brazos porque no puedo creer que haya vuelto. Sin embargo, mantengo la compostura y mi gesto, aún más frío que el de él.

—Entonces voy a hablar con la forense y cuando el cuerpo esté en las dependencias empezaré a trabajar, hay mucho papeleo que desempolvar.

Elevo la vista y aprieto los dientes tensando la mandíbula.

Cuantas cosas perdidas a lo largo de estos años.

Cuantos errores.

—No vas a estar sola. —Clyde habla cuando estoy a punto de echar a andar. Al girarme ve mi gesto y eleva su índice—. Tú lo has dicho, ha mejorado su técnica y me temo que eso no es nada bueno. Ocho años de enfriamiento dan para mucho y estoy seguro de que volverá a actuar, más pronto que tarde.

—¿Y eso que tiene que ver conmigo? —Noto como mi voz se eleva, algunos de nuestros compañeros nos miran y yo los mando a la mierda con una mirada fulminante—. Sabes que no puedo trabajar directamente con alguien que no seas…

—Lo harás —me interrumpe—. Y ya está en un vuelo desde Nueva York. Necesitamos toda la ayuda posible, sobre todo la de una agente que sepa leer las intenciones y analizar la mente de *Pincel Ictero*.

Hasta ahora me había negado a pronunciar en mi mente el apodo que le pusimos años atrás, derivado del lexema griego para el amarillo y por la forma de «retratar» a sus víctimas en el escenario. Recordarlo me revuelve el estómago, pero más que Clyde piense que necesito ayuda para llevar un caso en el que me impliqué —y sigo implicada—

de lleno.

Mi expresión es el vivo reflejo del desagrado ante la situación, sin embargo, asiento, me despido con un «de acuerdo» y decido empezar con el trabajo antes de que cometa algún tipo de insubordinación.

…

El reloj de pared marca las cuatro de la mañana y aunque mi inquietud desea forzarme a ir al depósito de cadáveres para intentar saber algo más, decido contener toda la rabia y energías negativas que se han ido acumulado en mi pecho y desviarlas hacia algo más útil, como sumar pilas y pilas de carpetas en mi mesa de trabajo.

Una nueva compañera, me repito a conciencia en un intento por hacer de eso algo irreal. Al recordar la rosa amarilla entre los labios de la víctima, «traición» se cruza a través de mi mente y malévolamente la asocio con Clyde sin arrepentimientos.

El *tic* que lo invade todo cuando el estrés o los nervios recorren mi sistema se hace más evidente cuando tamborileo una canción insonora sobre mi muslo derecho. Llevo un año y dos meses trabajando sola —a excepción de los agentes que están a mi cargo— y no me ha ido tan mal, de hecho, soy la mejor detective en la División de Investigación Criminal —con ciertas reglas incumplidas en el proceso—, y ahora me siento como si no fuera suficiente, pero ¿para quién? La tercera taza de café humea, le doy otro sorbo y dejo la cerámica en el escritorio antes de dejar algunas anotaciones con mi mano izquierda —la predominante— en la libreta que va conmigo a todas partes. Estoy sola y eso hace que pueda permitirme estirar la espalda en la butaca a la espera de la llamada de Dennise, la mejor forense con la que he trabajado.

Envuelta en esa aura de tranquilidad dejo que el silencio se cuele por cada poro de mi piel para echar a un lado la ansiedad que me produce volver a un pasado que creía cerrado pero que nunca cerré.

Decido envolver mis oídos con un poco de música. *Battle Cry* de Imagine Dragons da inicio a mi propia batalla por no derramar una sola lágrima, las paredes se impregnan de ese sonido rompiendo con la inseguridad que siento ante lo que puede llegar más adelante. Pero esa ilusión se resquebraja cuando escucho otro tipo de guerra más allá de la puerta que da acceso a la sala donde los investigadores hacemos nuestro trabajo.

«¿Pero qué coño…?»

Cuando giro mi butaca y me pongo de pie estoy decidida a ir hacia la entrada para dejar sin aliento a la persona que se encuentre armando este alboroto, pero cuando estoy a punto de llegar esta se

abre y me encuentro con una enorme maleta negra repleta de pegatinas de logotipos y personajes que desconozco. A su lado aparece una mujer con las mejillas teñidas en rojo, con el pelo alborotado y unas gafas de pasta que se han posado a mitad de la curvatura de su nariz. Respira acaloradamente, aunque intenta sonreír. Como acto reflejo su dedo se desliza para poder ver mejor, respira hondo y avanza un par de pasos hacia mí mostrándome la mano derecha.

—Soy la agente Milano, Perfiladora Criminal del FBI, lamento la tardanza, pero las calles están abarrotadas y el tráfico desde el aeropuerto ha sido horrible.

—Mardi Gras.

—¿Qué? —pregunta sin comprender, yo pongo los ojos en blanco.

No puedo evitar llevar la mirada a sus *converse* —también customizadas—, el pantalón que se ciñe a unas piernas algo voluptuosas y en las que me paralizo por unos segundos. Pero lo que más me llama la atención es la sudadera bajo una chaqueta vaquera en la que se dibuja la cicatriz de Harry Potter junto a sus gafas. Quiero gritar un «dios mío» que decido guardar para mí, carraspeo y le doy mi mano izquierda antes de que mi expresión se hunda en el color gris azulado de sus ojos.

—El Mardi Gras —repito—, hoy ha sido el último desfile, y el inicio de la Cuaresma. —Al darme cuenta de que sigue sin entenderme lo que digo desisto y sin más me presento—. Da igual, yo soy…

—La Detective Katherine Fortier, créeme cuando digo que he oído hablar mucho de ti y que tu carrera me parece mucho más interesante que intentar dominar a *Anivia*.

—¿Perdona?

«¿Estoy en mi palacio mental? ¿Es esto una especie de broma?»

—Son los nervios —se disculpa—. Pero créeme que no es una tontería, el caso es que yo también estoy encantada, no solo por conocerte, también por poder trabajar contigo, ¿ya has empezado? *Oh*, aunque primero debería dejar todo esto en el hotel —continúa y yo no veo el momento de poder interrumpirla—, ¿sabes cómo puedo llegar a *La Galerie*?

—Está en el Barrio Francés, muy cerca de donde vivo, puedo llevarte si quieres. —En cuanto veo su sonrisa me doy cuenta de lo que acabo de decir. *Mierda, ¿y ahora qué hago?,* me reprendo cuando es evidente que acabo de lanzar una invitación—. Es tarde, solo buscaba los informes de las víctimas anteriores y Dennise no nos dirá nada hasta mañana o más bien hasta dentro de unas horas —aclaro mirando el reloj—. Así que…

—Me voy contigo, no quiero pillar otro taxi y tardar dos horas en llegar. Decían que eras un poco fría, pero a mí no me lo pareces.

—Ya. —Antes de que pueda añadir algo más la agente Milano se

aferra a su maleta y yo no tengo más remedio que dejar los informes sobre mi mesa, apagar las luces y seguir sus pasos.

Si esto es una especie de jugarreta del destino, entonces estoy más que jodida.

2

En los días que corren la gente sabe el precio de todo y el valor de nada.
Oscar Wilde*, El retrato de Dorian Gray*

02 de marzo de 2022, miércoles.

El tráfico denso ha hecho mucho más incómodo el trayecto, aunque puedo decir que ha sido más *extraño* que incómodo en realidad. Mi concentración en la carretera ha permitido que el silencio se haya propagado en el interior de mi coche, un Cadillac de los años 80 que ha sido restaurado para evitar accidentes graves y decenas de multas de tráfico, aunque la mujer que me acompaña sepa de unas estadísticas totalmente contrarias a las mías. «En realidad hay más probabilidades de que el accidente sea peor si conduces un coche de nueva fabricación», dijo nada más subir y ponerse el cinturón de seguridad.

También he olvidado que dijo a continuación, quizás por culpa del cansancio, tal vez por un cúmulo de sensaciones que me están estrujando el estómago y provocan que mire de un lado a otro, deseosa por llegar a nuestro destino.

El viaje desde Broad Street hasta el hotel se ha alargado casi el triple en minutos y por culpa de eso he sentido deseos de fumar un cigarrillo tras otro. También he perdido la cuenta de las anécdotas que la agente ha contado desde que ha tomado asiento. Es evidente que habla muchísimo cuando está nerviosa, pero yo canturreo con el tamborileo de mis dedos, así que cada uno con sus manías.

—¿Por qué no has buscado algún lugar de alquiler? —le pregunto a punto de entrar en Decatour Street—. La estancia no es que sea barata precisamente.

—No suelo llevarme bien con los vecinos, me gusta estar sola cuando no estoy en el trabajo y la idea de que la gente está simplemente de paso también me ayuda a concentrarme.

—De paso… ya. —Frunzo el ceño y miro al frente para observar los últimos resquicios del Mardi Gras en el Barrio Francés. Al segundo me descubro sonriendo y echando de menos los labios que he podido estar besando durante toda la noche. No entiendo porque tengo que estar aquí, en mi coche, con una mujer a la que ya *odio*—. No está mal, aunque admito que el hotel tiene su encanto, pero más este

barrio en particular.

—Ya me doy cuenta.

Antes de aparcar en ese punto concreto del corazón histórico de Nueva Orleans, giro el volante y dejo que la agente Milano se impregne de los colores y las fachadas de distintas épocas que se entremezclan a nuestro paso. Hay edificaciones que datan de antes de 1803 y que se elevan junto a otros del siglo XIX y principios del XX. Fundado por la llegada de los españoles y con una fusión de cientos de habitantes franceses, el estilo colonial se suma a los edificios bajos de dos plantas con porches y balconeras ornamentadas, donde los locales se custodian por preciosos porticones. Ladrillos, fachadas de piedras antigua y diferentes tonos forman una hilera perfecta entre las calles de un barrio que nunca duerme y que se impregna de fiesta y música por todas partes.

Sobre el asfalto se ven los colores que quedan de la celebración y yo me veo obligada a lanzar un suspiro por no haber sido partícipe de ello. La cabeza me empieza a doler con solo recordar lo que ha ocurrido esta noche y de repente noto esa presión en el temblor sobre el volante de mis dedos.

—Creo que ya hemos llegado. —La voz de Milano me sobresalta, carraspeo y detengo el coche en la entrada del hotel.

—¿Necesitas ayuda? —le digo con voz desgastada.

—No, ya has hecho bastante. Creo que deberías intentar descansar, no te ves muy bien.

Cuando lo dice me miro en el espejo retrovisor y veo como los mechones de mi pelo castaño están hechos un desastre, también parece que las pinceladas en verde y avellana que se pintan en mis ojos grises hayan desaparecido por culpa de la muerte. *Ese* tipo de muerte, pero una vez más me obligo a sonreír y espero con paciencia a que ella saque la maleta y se pierda por la puerta antes de que nos volvamos a encontrar.

Mis manos van hacia el cuello de la chaqueta de cuero, lo arreglo y a punto de arrancar el motor de nuevo escucho un par de golpes en el cristal de la ventana.

Con más cansancio que disgusto la bajo y observo la mirada curiosa de ella.

—Gracias por traerme, prometo no ser una molestia.

«Lo vas a ser, estoy segura», quiero decirle, pero acallo mi voz. Ella sonríe, yo imito su gesto y tras asentir dejo que la carretera se vuelva otra vez en mi compañera de armas.

…

La llegada a casa no ha sido mejor que el encuentro con el escenario

del crimen en City Park. Con el reloj corriendo hacia las cinco de la madrugada, no tengo muy claro de si voy a poder descansar las dos horas y los pocos minutos que me quedan antes de volver a las oficinas del departamento. Por suerte aún no dan menos veinte, y lo agradezco porque sé que si cierro los ojos antes o un poco más tarde ya no voy a pegar ojo. Mi terapeuta lo achaca al trauma de la pérdida y no puedo quitarle la razón, porque esos números se han convertido en un todo desde que me divorcié hace diez meses, aunque en realidad venga de mucho antes.

Hace dos años, en un frío día de febrero, fue cuando nos informaron a Hailey y a mí de que nuestra hija había fallecido en un accidente de tráfico. El reloj marcaba las siete menos veinte y en esos minutos fortuitos es cuando siempre sueño con volver a reencontrarme con ella. Pensando en ello me deshago de la chaqueta, saco un caramelo del bolsillo, lo llevo a mi boca y después de buscar la manta que siempre descansa sobre una silla, voy directa al sofá y apago el interruptor que ilumina mi mente para dejarme llevar por un sueño que no cura ni una sola de mis heridas.

Cuando despierto la capa de sudor que cubre mi piel me hiela por completo. Tengo el corazón desbocado y una sensación amarga entre los labios.

Mi aspecto luce mucho peor que en horas anteriores. Al sentarme, apoyo los codos en los muslos y llevo mis manos a la cara antes de descubrir unos ojos que impactan de lleno en la imagen familiar de la que no me he podido deshacer. Frente a la cantidad de novelas que llenan el espacio de la estantería principal de mi salón, se encuentra la última fotografía hecha por mi mejor amigo Remy. Mila y Hailey sonríen a mi lado mientras las tres le damos otro color a la piedra blanca del castillo Irish Bayou. ¿Cómo iba a saber que esa sería nuestra última escapada juntas?

«Nunca podemos estar seguros de nada», dijo Clyde una vez.

—Y cuánta razón tenías —pronuncio en voz baja, poniéndome en pie y yendo directa a la cocina para coger un vaso de agua.

Mientras tanto, llevo el teléfono en mano y no tardo demasiado en enviar un mensaje a un hombre que es capaz de sacarte una sonrisa hasta en los peores momentos.

K: Oye, no me acuerdo si tenías guardia, pero si estás libre… ¿tomamos un café?

Tres segundos después, responde.

R: Soy todo tuyo, nos vemos en quince minutos. Donde siempre.

Donde siempre es en el Cafe Beignet de la calle Decatur Street, al que me dirijo después de haber tomado una ducha, cambiado de ropa, repuesto los caramelos en mi chupa de cuero y cargado conmigo el ordenador portátil con el que siempre trabajo cuando el insomnio no me deja dormir. En un suspiro abandono mi casa, un conjunto de

paredes que tiempo atrás tenía el significado de hogar. Las paredes antiguas de colores crema, en combinación con los muebles oscuros y algunas reliquias de la década de los 60 me echan un último vistazo antes de que cierre la puerta y lleve un cigarrillo a mis labios.

Y joder, con la primera calada —y profunda— soy consciente de cuánto he necesitado provocar que mis pulmones ardan de otra forma que no tenga nada que ver con la muerte, por decir algo.

Mi madre me mataría si estuviera viéndome en este momento. Pero me da igual, la verdad es que hay muchas cosas que ya me dan igual, porque todas las cicatrices que marcan mi piel son el reflejo perfecto para estar de acuerdo con que «la hora nos llega en momentos inesperados». Y jamás se me ocurriría contradecir al destino.

El bullicio del día anterior se ha disipado por completo y lo agradezco porque sé que la cafetería no tendrá muchos clientes a esta hora tan temprana de la mañana, así que aparco el coche en la acera de enfrente y camino hacia el local adornado con un toldo de rayas verdes y blancas encontrándome directamente con la sonrisa de Remy, sentado en una de las sillas de metal mientras apoya los codos en el mármol claro de la mesa.

Algo muy particular en él.

Como si llevásemos años sin vernos, se levanta de un salto y viene hacia mí para darme un abrazo tan fuerte que me deja sin respiración, besa mis mejillas y con galantería aparta la silla que está a su lado para que yo tome asiento.

—Estás hecha un desastre —comenta con cierta diversión.

—Gracias por ser un idiota tan caballeroso —me quejo echándome a reír.

Dejo la cartera con el portátil en el suelo, pero no me deshago de la chupa de cuero. Antes de que el camarero nos tome nota, arreglo un poco mi pelo en un intento por mejorar mi aspecto con el acompañamiento del *eyeliner* negro que bordea mis ojos y que según Remy siempre me ha dado aspecto de ser muy misteriosa.

—Necesitaba verte antes de ir a trabajar. Ayer fue una noche de mierda.

—¿No te la tomaste *libre*? —Remy remarca con los dedos la última palabra y dibuja una sonrisa burlona. Después me analiza enarcando una ceja y niega con diversión—. Aunque ya he visto los periódicos, así que me parece que tu plan de sexo salvaje y sin compromiso se fue a la mierda.

—Pues sí —protesto, odiando a la vez que se haya corrido la voz tan pronto. Agradezco el café y el *beignet* que lo acompaña y sin más preámbulos dejo ir todo el aire que contento en los pulmones—. Tenemos suerte de que no haya trascendido más de la cuenta —

comento cuando el camarero nos deja—. Hemos tenido tiempo de declarar el secreto de sumario.

—Pero tu cara me dice que es tema serio —añade él ocultando sus labios en la porcelana azul grisácea.

Yo asiento y me pierdo por un segundo en sus ojos del mismo color. Hoy lleva el pelo alborotado y una barba incipiente que le quita un par de años pero que me hace deducir lo ocupado que ha estado en los últimos días.

Ambos al extremo del agotamiento con tal de proteger las vidas de la gente que vive en esta ciudad.

—De un golpe he viajado en el tiempo, como ocho años atrás. —Doy otro sorbo al café mientras él me mira con gesto serio y preocupado—. Aunque en realidad no es eso lo que me terminó por joder la noche.

—¿No? —Niego y Remy frunce el ceño—. Ilumíname.

—Tengo nueva compañera. —Mi mejor amigo abre los labios más sorprendido que yo, me encojo de hombros e intento restarle importancia a *ese* asunto, pero la verdad es que otro escalofrío me recorre la espalda—. Y me temo que es… no sé cómo describirla. Pero esto no va a ir nada bien.

—Intenta no dar todo por sentado. Te entiendo muy bien, cuando llegan los internos y residentes al hospital me vuelven loco, pero al final te acostumbras. Quizás trabajes bien con ella, ¿es atractiva al menos? —curiosea con los ojos flameantes de picardía.

El café decide hacerme toser, lo fulmino con la mirada y ahora soy yo quien frunce el ceño.

—¿Y eso qué más da?

—Bueno, si lo es… al menos tendrás algo bonito que ver todos los días —bromea.

—*Ja, ja*. No vamos a encajar, es imposible, ella es… es… ¡no vamos a encajar! Y ya está.

Remy ríe a carcajadas y yo le odio más que a nadie en este instante. Para evitar hablar más de la cuenta le pego un buen bocado a mi *beignet* y mastico hasta que puedo darle espacio a otro largo sorbo de café. Tengo dos minutos así que levanto la mano y pido la cuenta antes de que mi mejor amigo sea quien me someta a un nuevo interrogatorio. Él es el primero que se levanta, con sus veinte centímetros de altura más que yo, mi cabeza se queda apoyada en su pecho cuando vuelve a abrazarme. Mis dedos se cierran con fuerza en su espalda y cuando nos separamos levanto la cara para poder mirarle.

Es un idiota, pero es *mi* idiota, y agradezco al universo por no haberle perdido, como me ocurrió con Clyde.

—Intenta no agobiarte anda, eres la mejor en la NOPD y aunque no sea tu mejor época, estoy seguro de que llegarás al fondo de esto.

—Eso espero, más años de incertidumbre acabarían por matarte.

—No, antes lo hará el tabaco —advierte con *ese* gesto que tanto odio.

—Lo mismo te digo a ti con las energéticas, guapo —me burlo y le doy un sonoro beso en la mejilla antes de recoger todo, levantar el brazo y despedirme.

...

Durante el trayecto hasta las oficinas del departamento de policía he recibido otra llamada con tono de preocupación por parte de mi hermano Nick. La verdad es que nunca entenderé como a pesar de no verme la cara sabe detectar cuándo y en qué momento necesito alguno de sus consejos. Su voz, además del desayuno con Remy, han provocado que mis dolores se anestesien de golpe. La mañana en Nueva Orleans luce más que perfecta y espero que no haya nada que lo empañe, más allá de lo que tendré que afrontar en las próximas horas, claro.

Los agentes, aprendices y altos cargos ya han formado una hilera de coches aparcados en los alrededores del edificio hormigonado, donde algunas nubes de algodón dejan su reflejo entre los pequeños huecos que forman las ventanas exteriores, dándole un aspecto que dista mucho de lo que nosotros vivimos en el interior.

Antes de abandonar mi coche, decido que Remy tiene razón, tengo motivos suficientes para no amedrentarme ni pensar que todo va a ir mal solo porque a Clyde se le ha ocurrido asignarme a una compañera que no necesito.

Muerdo mi labio inferior y mientras saboreo los resquicios del café y el cigarrillo que acabé antes de entrar en la cafetería, decido ver el día con otra cara.

—Buenos días —saludo a los primeros agentes con los que me encuentro antes de abrir la puerta y dejar atrás la brisa de inicios de marzo.

Cuando miro mi reloj agradezco que todavía no den las ocho, porque eso significa que probablemente seré la primera en llegar y tendré algunos minutos extra para poder preparar todo antes de que la agente Milano convierta en caos mi perfecto palacio de costumbres. Un segundo después maldigo mi error cuando me doy de lleno con el movimiento en el interior de la sala donde suelo trabajar cuando se trata de un caso importante. Suspiro al ver a Clyde a través del cristal, el corazón me da un vuelvo, aunque al instante me hago con el control de mi cuerpo y convierto la sangre de mis venas en firmes alambres que no me permitirán caer.

Ya no más, me digo.

Echo un último vistazo y reconozco a dos de mis compañeros antes de abrir la puerta y chocar contra una imagen que no espero ver.

El pelo rubio de Milano —peinado en una coleta— cae sobre la tela de una chaqueta, ella se gira y me sonríe, con otras gafas, pero sin una sudadera ni una maleta increíblemente rara. Tengo que abrir los ojos bien para evitar creer que estoy viendo a una persona distinta a la de hace unas horas. Después se acerca, con la mano abierta y rompe los cristales que se han formado frente a mí por la impresión. Lleva una camisa blanca bajo la chaqueta y unos pantalones del mismo color gris —casi negro— que le confieren un aspecto… ¿distinto, sexy, profesional? No tengo ni idea de que adjetivo escoger.

Ni porque se me viene tal cosa a la cabeza.

—Buenos días detective Fortier, espero que no le importe que haya llegado antes, tenía la necesidad de ponerme un poco al día y conocer cómo se trabaja por aquí.

—Claro, claro… s-sin problema. —¿Por qué coño tartamudeo? Clyde enarca una ceja, aunque no se suma a la obra donde nos convertimos en protagonistas. Ambas nos quedamos mirándonos durante un rato, hasta que encuentro el valor de soltar su mano y recorrer todo lo que nos rodea con la mirada—. ¿Novedades?

—Aparte de que ya me he instalado no muchas, la estaba esperando.

—Katherine, por favor. Si vamos a trabajar juntas nada de formalidades —le pido con un tono más ligero de lo habitual.

—Entonces puedes llamarme River, o Milano, acostumbro a lo último, pero tengo que admitir que me gustaría que alguien especial me llamara por mi nombre para variar. Así no me sentiré fuera de… ¿cómo decirlo? ¿De la familia?

«Familia». Menuda palabra para definir el grupo que formamos en el interior de estas cuatro paredes. Clyde y yo ya no somos nada más que superior y subordinada, y los demás… tampoco es que me lleve muy bien con ellos. *Mea culpa*, desde luego. Aprieto los labios, no sé qué responder porque esta mujer me resulta chocante, extraña y sumamente fuera de lugar en el departamento, aunque ahora su aspecto luzca diferente. Y todo empeora cuando veo como ha ocupado *mi* pequeño espacio, justo a un metro del panel donde solemos recopilar las pruebas de cada asesinato. Sé que debo hacer caso a Remy, pero me lo está poniendo más que difícil, y ella se da cuenta por como observo su maletín, su ordenador, una libreta y tres plumas diferentes que ha colocado en perfecta armonía como si el orden obsesivo recorriera sus venas.

—¿Es tu sitio? Puedo coger otro, pero es que me gusta la luz del sol y desde aquí podré ver todo con más claridad. No quiero que se me

escape ni un solo detalle de todas las pruebas que tenga frente a mis ojos. —Y no deja de hablar, sigue y sigue hasta que me agota—. Pero si lo prefieres…

—Creo que no será un problema para ella, no se preocupe Milano. —Clyde interviene por mí, así que decido levantar las manos en son de paz y sin más, sonrío.

—Voy a preparar café, ¿alguien más quiere? —Los cuatro asienten y yo dibujo un gesto de «perfecto» antes de sacar un caramelo de *toffe* del bolsillo para llevarlo hacia mis labios a falta del tabaco que ya necesito a pesar de la hora que es.

Con mi enfado a cuestas ni siquiera he sido consciente de lo capaz que puede llegar a ser Milano, o River, ya me da igual. La pregunta del porqué de su nombre me asalta mientras camino y vuelvo al pequeño habitáculo que recogerá teorías, imágenes y decenas de fotos como demostrativo del mal que hay en el mundo. Anthony y Claudia —investigadores a mi cargo— están sentados al lado de ella, Clyde preside la mesa y yo decido dejar los vasos de café antes de dar un sorbo al mío mientras permanezco de pie.

—¿Qué sabemos hasta el momento? —pregunto con graves deseos porque mi mente se ocupe de algo mucho más importante que discusiones por ver donde se sienta quien.

—Nuestra víctima es una mujer de treinta y un años, caucásica y trabajadora social. Se le ha identificado como Gabrielle Landry, llevaba desaparecida cuatro días antes del hallazgo de su cadáver. Prometida y sin hijos, tiene una hermana menor y la primera hipótesis es que murió desangrada después de la extracción de su útero.

—Mutilación —interrumpe Milano a Claudia. A la última se le encienden las mejillas, sus ojos castaños se abren tanto que siento que se le van a salir de órbita—. Lo siento, pero tenemos que meternos de lleno en la mente de quien ha hecho esto. Esta mujer no ha sufrido una operación, ha sido mutilada de la peor forma y la han hecho partícipe de ello —continúa la agente. Yo pongo los ojos en blanco, quiero abrir la boca, pero Clyde me interrumpe con un carraspeo—, y aunque nos cueste hay que usar los términos correctos al ponernos en su lugar.

—Lo siento agente Milano.

—No te disculpes, ¿eres nueva en el caso?

—Creo que eso no tiene nada que ver —aclaro yo—. ¿Estás aquí para dar clases sobre cómo ser un buen policía?

Con los brazos cruzados, aprieto mis dedos contra la chaqueta de cuero. Joder, ahora mismo le arrancaría esa sonrisa triunfadora de los labios, y de inmediato recuerdo la razón por la que odio a los perfiladores.

—Desde luego que no. Perdona Claudia, puedes proseguir.

—Aún no tenemos todos los datos, pero como ha dicho antes… la víctima fue testigo de todo. Nuestro asesino la mantuvo consciente durante su mutilación y posterior asesinato. Creo que Dennise está a punto de darnos a conocer el resto de datos de la autopsia, aunque como ya sabíamos el asesino ha seguido la línea habitual.

Mantengo los ojos cerrados un par de segundos, necesito respirar hondo hasta que el enfado fluya como el humo del tabaco se funde con el aire. Un teléfono vibra y la voz grave de Clyde interrumpe nuestra segunda toma de contacto con el caso.

—De hecho, acaba de enviar un mensaje. Anthony y Claudia, buscad todos los archivos que falten de nuestro asesino en serie. Fortier y Milano, vosotras dos id a la sala de autopsias —indica con un tono que me suena a mucho peor que un simple castigo—. A partir de ahora trabajaréis los cuatro en conjunto y yo supervisaré todo cuando haya avances. No quiero tonterías ¿de acuerdo?

—Claro, ya no somos novatos —bufo y salgo de la sala.

Con el café aún en mano, me lo acabo de un tirón y camino hacia el ascensor hasta que una mano interrumpe mi caminata. Cuando me obligan a girar mi mirada choca con los ojos inquisidores de Clyde.

—No seas infantil, por favor. No estamos ante un caso común.

—¿Quieres que te recuerde cómo me impliqué hace once años? Te recuerdo que tú eras quien lo investigó conmigo, que ahora seas mi superior no te da derecho a quitarme crédito ni mucho menos a dar la razón a una forastera en el departamento. Anthony y Claudia son los mejores de su generación con diferencia así que, bájate un poco de tu trono Clyde —le recrimino—. Me importa una mierda si me odias, pero no lo pagues con el resto.

—Detective Fortier, no toleraré que…

—Lo sé, lo sé —le grito sin darle tiempo a que continúe hablando. Muchos compañeros me observan, no sé si se alegran de que lo haya puesto en su lugar, pero me da igual porque la sonrisa desaparece de mis labios en cuanto entro en el ascensor y Milano aparece junto a mí —. Te agradecería que dejases tu rollo psicológico con ellos.

—Vaya, nadie me lo había dicho así hasta ahora. Lo anoto en mi casillero de logros.

Dios, tengo ganas de matarla. Cuando las puertas se cierran, pulso el botón y me quedo en absoluto silencio, no tengo ningunas ganas de seguir discutiendo con ella.

Lo demuestro con el movimiento nervioso del caramelo en el interior de mi boca, un dulce que se ha consumido más rápido junto al sabor amargo del café. Los dedos empiezan a picarme, quiero batallar contra algo, romper una pared o estrellar mis puños contra un saco de boxeo, o las manos de mi hermano Nick. Tal vez debí alistarme en el ejército como hizo Alexander, mi otro hermano. Cualquier cosa con tal

de no tener que soportar las insolencias de la mujer que lo ha invadido todo en unas pocas horas sin obtener mi permiso.

—Katherine… —No esperaba escuchar su voz hasta encontrarnos con Dennise, y en mi suspiro dejo ver el desagrado—. Hay algo que tienes que saber.

—¿Vas quedarte aquí eternamente para hacernos la vida imposible como ya lo consigue Clyde conmigo?

Disparo la pregunta sin mirarla a los ojos, ni siquiera me muevo de mi lugar mientras el ascensor sigue bajando y los números cambian de color ante nuestras propias narices.

—No —se apresura a decir antes de que lleguemos a nuestro destino—. Solo quiero que sepas que este caso no es una trivialidad para mí.

—Eso ya lo sé, porque para un perfilador es uno de tantos —declaro.

El ascensor se detiene, yo doy un paso a adelante, pero ella no me sigue por lo que me giro para encarar su mirada apremiándola con mi expresión.

—Tampoco es uno de tantos —se excusa. Por supuesto, yo no la creo ni tampoco tengo paciencia para seguir escuchando, aunque al final lo hago y la invito a hablar con otro gesto—. No es uno de tantos porque la tercera víctima fue una de mis mejores amigas.

3

Son las personalidades y no los principios los que conmueven a la gente.
Oscar Wilde*, El retrato de Dorian Gray*

03 de marzo de 2022, jueves.

Hemos cruzado unos cuatro pasillos de paredes en blanco, yo un par de pasos por delante y Milano en silencio siguiendo los míos. El olor a antiséptico lo baña todo como pinceladas en una galería de arte donde se muestran imágenes de una civilización envenenada como lo está la nuestra. Mis músculos se han contraído en cuanto he abandonado el ascensor, y no solo por la confesión de mi acompañante —palabras a las que debo poner más respuestas— sino por la cantidad de recuerdos que rompen con un estado de paz que en su mayoría es fingido. A lo lejos escucho voces y risas en un vago intento por escapar de las garras de un monstruo que aquí puede atraparte hasta el punto de meterte entre sus rejas para torturarte una y otra vez.

Con las manos en los bolsillos, mi índice y pulgar izquierdos dan vueltas a un caramelo que insiste en calmar los nervios que ya se me han puesto en el estómago. Desisto de la idea cuando cruzamos el último pasillo y otra vez tengo que dar una clase de profesionalidad.

Al girar mi rostro para observar a Milano de repente creo estar viendo a Hailey en su versión de hace dos años y un mes, cuando juntas tuvimos que enfrentar la perdida que daría fin a nuestro matrimonio. Las sensaciones que sentí aquel día se apoderan de mí, escalan por mi piel hasta provocarme un escalofrío y dejarme sin respiración.

—¿Estás bien? —Oigo la voz de Milano en cuanto apoyo mi espalda contra la pared.

En sus ojos me veo más pálida que el color en el que me fundo, pero asiento, tengo que hacerlo.

Este no es el momento, me animo.

—Perfectamente, vamos a ver que tiene Dennise, y luego espero que me aclares todo, no me gusta construir una investigación con un compañero si esta relación se basa en una mentira, ¿está claro?

Recibo su asentimiento, pero ningún tipo de respuesta. Sé que he sido dura con ella, tal vez llevo siéndolo con todo el mundo desde hace mucho tiempo, pero es eso o acabar peor que las víctimas que

están unos metros de distancia. Acabo por tomar aire y me despego de la pared escuchando un maravilloso cántico en el interior de mi mente. Mila se está riendo y yo soy la mujer más afortunada del mundo dentro de esa pequeña sala, así que me agarro con uñas y dientes a ese momento para que me entregue la valentía necesaria para atravesar la sala de autopsias y darle mi mano a la muerte otra vez.

—¡Katherine! Qué alegría verte, aunque no por las circunstancias, claro. —Dennise se abalanza sobre mí y me abraza antes de observar a mi acompañante—. Hacía mucho tiempo que no trabajábamos juntas en un caso —le aclara innecesariamente—. Es la mejor, no se te ocurra desaprovecharla.

—Anotado.

Milano sonríe ampliamente y ninguna tiene idea de lo que me cuesta no poner los ojos en blanco.

—¿Has terminado con la autopsia? —Me adelanto, antes de que la situación se vuelva más incómoda de lo que ya es.

—Sí, y hay un par de cosas que añadirá un punto interesante a la investigación.

Su voz suena cantarina, como siempre que tiene cosas por revelar. En realidad, es una apasionada de su profesión y ese es uno de los tantos motivos por los que congeniamos. Lleva una sonrisa en la cara que no se le desdibuja ni aunque vea la peor de las atrocidades, motivo por el que también la admiro, porque ahora mismo se me está haciendo un mundo el poder dar un paso al frente y mirar de cerca a una mujer convertida en cadáver y pronto en no más que huesos o cenizas.

Pero tengo que hacerlo, así que me olvido de todo y cruzo mis brazos sobre el pecho a la espera de lo que tiene que decir.

—La teoría es clara, no hay duda de que este ha sido un acto macabro y ejecutado por nuestro querido *Ictero*, un crimen más que sumar a los asesinatos de su «obra de arte». Pero primero vamos por partes. —Dennise toma aire y va a la búsqueda de un pequeño frasco que nos muestra poco después—. El procesamiento de la rosa indica que fue cortada de su tallo unas doce horas antes de que fuese introducida en la boca de nuestra víctima, lo que cuadra con la hora de la muerte y el *rigor mortis* de Gabrielle. Y como ya sabemos, en el fondo de su garganta, tapado por la rosa, se encontraban escondidos sus ovarios.

—Ictero...

La voz de Milano retumba por todo el espacio en una especie de eco que recorre las paredes hasta llegar de nuevo a nosotras. Apenas sonríe, y su ceño se ha fruncido ligeramente como si ya estuviera elaborando una teoría.

—En Texas lo apodaron como el «ángel salvador» por la controversia que hubo ante el populismo. Unos agradecían que esa *clase* de mujeres no vivieran un día más para contarlo y otros simplemente lo veían como un obseso de la traición «el de las rosas amarillas». Un monstruo que no debería estar entre nosotros, pero *Pincel Ictero* tiene un significado mucho más personal y cercano, se le da la importancia que él desea y estoy segura de que esa es la razón por la que ha mejorado tanto en su técnica, quiere demostrarnos algo y ocho años de enfriamiento es bastante tiempo, más del que cabía esperar. —Milano toma aire después de habernos soltado su discurso, uno en el que por primera vez no he sido capaz de rebatir ni una sola palabra—. ¿Fue sometida a sumisión química?

La sonrisa en Dennise desaparece para darnos respuesta a ello, sus manos le tiemblan al buscar sus anotaciones y solo cuando carraspea es capaz de mirarnos.

—Escopolamina, aunque es difícil de detectar en los análisis he encontrado restos que indican que le suministro al menos el doble de la dosis mínima para hacerla consciente en todo momento de lo que le estaba ocurriendo. Hay rigidez en sus músculos, probablemente deliró en sus últimos instantes de vida, y se ha reflejado en sus ojos, fue…

—Fue como verse dentro de una película de terror —interrumpe de nuevo Milano.

—¿Dónde se la inyecto? —Mi interés va más allá de que la agente que nos acompaña se resarza de su conocimiento e interrumpa en todo momento.

—En la yugular, y ese es uno de los datos que quería destacar. En las víctimas anteriores lo hizo en la mediana cefálica, completaba su ritual como si fuese una intervención más, pero esta vez busca el sufrimiento de verdad. Un escarmiento, por así decirlo.

Suspiro, el dolor de mis sientes aumenta y empieza a recorrerme la cabeza hasta llegar al punto central de mi frente y aferrarse ahí. Intento masajear los lugares con los dedos, pero no da resultado, nada puede evitar que el mismo dolor de Gabrielle se introduzca dentro de mí. Incluso mis venas sufren al pensar en el líquido entrando en mi sistema, paralizándome, dejándome a merced de una persona que ni siquiera puede ser llamada así.

—¿Y cuál era el segundo dato? —Se adelanta Milano.

Yo ni siquiera puedo abrir la boca para intentar respirar.

—Anteriormente había secuestrado a las víctimas con agresión. Un golpe en la cabeza, un encuentro inesperado… —Dennise calla y señala cada una de las abrasiones y pequeños cortes que se mezclan con el pálido y morado de la piel del cadáver, y aunque es parte del proceso, no puedo evitar sentir estar cruzando el límite de su intimidad—. En la autopsia no he encontrado lesiones previas a su

mutilación o a las marcas de las correas alrededor de su cuerpo, así que tengo dos teorías, o conocía a la víctima o la sedó, pero lamentablemente los análisis no son concluyentes en lo último. Lo siento.

—Tranquila, ahora es nuestro turno. Muchas gracias Dennise, y si hay alguna novedad ya sabes dónde encontrarnos.

Tras un abrazo para mí y un apretón de manos para Milano, las dos nos despedimos e iniciamos el camino de vuelta al departamento, en silencio y con ciertas dudas aclaradas, pero también con ese sentimiento de impotencia que hacía tiempo no me recorría el sistema.

—Deberíamos empezar a actuar de otra forma.

—¿A qué te refieres? —Cuando las puertas del ascensor se cierran encaro su mirada.

—Es evidente que ha modificado su *modus operandi* a pesar de mantener la esencia del mismo. Eso me dice muchas cosas que no son buenas. —Milano apoya la espalda en la pared del ascensor, se queda en silencio y luego gira su rostro para dedicarme una sonrisa—. ¿Puedo preguntar por qué es tan difícil para ti?

—Todavía no has respondido por qué me has ocultado un dato tan importante como tu relación hacia una de las víctimas, así que no creo que estés en el poder de hacer preguntas, ¿vale?

—No te estoy interrogando —protesta ella.

—No, solo estás invadiendo mi puto trabajo como si llevaras años en el departamento. Así que te agradecería que no te metas en mi vida.

Maldita sea, me quejo para mí.

Y cuando la puerta se vuelve a abrir no le dirijo la palabra en todo el camino de vuelta.

...

Llevo otro caramelo en la boca, y la desesperación pinchándome en el pecho. Todavía creo estar dentro de un sueño, o una pesadilla, porque esto no es terquedad, es una puta incursión que yo no había pedido. Claudia y Anthony se han encargado de traer los expedientes y dejar constancia de ellos en el panel que corona la pared principal de la sala con recortes, mapas y un gran número de fotografías. Los nombres de las víctimas que creía olvidadas de repente se escriben con trazo acusador y no puedo evitar las náuseas o los nervios que me produce el pensar en ello.

Año 2003, Olivia Hernández, ella fue la primera de otras cinco más hasta la fecha. Al leer el nombre de Nicole Robinson no puedo evitar mirar de reojo a Milano que está frente a todas las pruebas con

gesto impasible, casi como si no sintiera nada, aunque deduzco que es más bien lo contrario. Las tazas humean sobre la gran mesa enfriándose poco a poco donde también hay carpetas, informes y cualquier cosa relevante que nos ayude a avanzar en el caso.

Aunque cuando nos encontramos con asesinos en serie así, las probabilidades sean casi mínimas.

—Muy bien, antes de llegar al departamento le comenté a la detective Fortier que lo mejor sería darle un enfoque distinto a la forma de llevar todo esto. —Milano se gira, pone los brazos en jarras y escruta a todos con la mirada, de repente gira su rostro y echa un vistazo a todo el movimiento que encuentra en el exterior de esta sala —. Sé que aquí todos sois una familia, me ha quedado claro, pero todo lo que hablemos dentro de estas cuatro paredes se quedará aquí, entre nosotros, a excepción del sargento Clyde, al que informaremos cuando haya un avance.

«Si es que lo hay», quiero decir producto de la negatividad.

—Mañana a primera hora todos los diarios y las televisiones hablaran de la muerte de Gabrielle Landry a manos de nuestro asesino en serie. Hay que poner nombre a la víctima y por supuesto encarar al autor.

—Espera, ¿no íbamos a llevar esto con cuidado hasta tener más pruebas? —Mis dedos se aferran al filo de la mesa con fuerza, mastico el caramelo y escucho el ruido más presente en mis oídos de lo que probablemente los demás son capaces de percibir—. Si hacemos eso, el pánico se va apoderar de la ciudad. No podemos anunciar como si nada que ha vuelto.

—Claro que podemos hacerlo y es lo que pasará. Lo que nuestro asesino quiere es ese reconocimiento, engrandecer su ego, sentirse orgulloso de su obra.

—No me jodas Milano… —Sin darme cuenta doy un golpe en la madera sobresaltando a nuestros compañeros.

—Mira, sé que tu método de trabajo está bien, pero la nación ya lo conoce. ¿O acaso no te acuerdas de cómo fue todo cuando volvió a asesinar después de cinco años? Aquí en el estado de Luisiana, ¿no fue un dulce para ti? Uno de esos casos con los que creces siendo un agente de la ley.

—Te estás pasando.

—C-creo que la agente Milano tiene razón. —Anthony carraspea y yo lo fulmino con la mirada—. Es cierto que por entonces la prensa se volvió loca y que hubo mucha división entre ciertos grupos de la sociedad, pero gracias a ello conseguimos estar a punto de cogerle.

—Tú lo has dicho, a punto. No nos podemos permitir estar *a punto* otra vez —digo, con los dientes rechinándome—. Quizás le provoquemos y solo consigamos que alguien sufra las consecuencias.

—No seas necia Katherine, por favor, porque por más que no lo queramos, nuestro querido ángel va a volver a matar, y probablemente no espere ocho años.

La furia se instala en mis mejillas, cuando cierro los ojos me encuentro en mi palacio mental y la abofeteo tan fuerte que estoy a punto de destruir esa cara que… Tengo que obligar a mi cuerpo a quedarse en el mismo punto, estático mientras me pierdo en el océano de sus ojos. Veo arrogancia, pero también preocupación, el mismo dolor que me consume cada día y aunque una parte de mi persona está tentada a preguntar, la otra solo quiere que se vaya por donde ha venido.

Antes de volver a hablar, observo como Clyde nos mira desde el otro lado más allá de esta puerta, así que muerdo la cara interna de mis mejillas y después sonrío mostrando un poco de calma con un asentimiento.

Y como si yo fuera una puta delincuente, levanto las manos ante ella para que las vea con claridad.

—Está bien —cedo y después de rodear la mesa le doy los informes a Claudia—. Informa tú a la prensa, pero que lo hagan con tacto, esa mujer y su familia se merecen todo el respeto que puedan obtener dada la situación y que omitan los nuevos datos que hemos obtenido.

—Gracias Katherine —batalla Milano.

—Fortier —la corrijo—, me parece que a partir de ahora será mejor si mantenemos esa línea de respeto profesional.

Estoy a punto de sonreír por la decepción que se dibuja en su expresión, y aunque me gustaría saber qué cojones me pasa, decido ignorar por completo mis sentimientos y camino directa a mi taza para darle un largo sorbo.

Con arrogancia, apoyo la espalda en la pared, giro mis piernas y mantengo la cerámica suspendida en el aire a la espera de que ella siga hablando.

—Muy bien —continúa tres segundos después. Veo como traga saliva y sin esperas se dirige hacia el panel, cruza de brazos y tamborilea los dedos sobre sus brazos largo rato hasta que vuelve a hablar—. Aparentemente ya lo sabíamos, pero quiero dejar claro que no estamos ante alguien común, no es un asesino más y desde luego no imita ningún tipo de acción que hayamos visto en el pasado. —Milano se gira, nos mira a todos y es cuando me doy cuenta de la transformación que adquiere todo su cuerpo. Y odio admitir que me deja boquiabierta—. Los asesinos en serie más organizados son aquellos que tienen un periodo de enfriamiento más largo, la personalidad del psicópata se vuelve mucho más calmada, evoluciona y termina por integrarse en la sociedad. Él es uno más de todos

nosotros, incluso podríamos encontrar a nuestro asesino entre nuestros propios compañeros.

...

«Tenemos que prepararnos para lo peor». La última frase se mantuvo conmigo durante toda la mañana y las horas que disfrutamos para ir a comer algo antes de volver al trabajo. Incluso después de haber dejado el departamento no he podido sacarme de la cabeza los recuerdos de años pasados, cuando mi juicio comenzó a nublarse y me encaminó hacia una obsesión que no he podido superar ni con años de terapia. Nueva Orleans muestra su mejor cara cuando está a punto de anochecer. El naranja ya se está convirtiendo en un fuerte morado en el horizonte y cuando menos lo espero se funde con la oscuridad que lo vuelve todo a excepción de las luces de coches, farolas y los locales que siguen abiertos a la espera de que gente como yo ahogue sus penas en alcohol.

Sin embargo, giro el volante y me dirijo a casa de mi hermano. Remy está de guardia y yo necesito desahogarme urgentemente con alguien porque de no hacerlo, acabaré loca.

K: ¿Puedo ir hoy a cenar?

N: Siempre puedes venir a cenar.

Una sonrisa tonta cruza mi rostro en cuanto aparco el Cadillac frente a la casa de Nick —que antes fue la de nuestros padres— y veo como él ya me está esperando en el umbral de la puerta. A través de la ventana que da directa a la cocina puedo ver a su mujer y a mi sobrino terminando de preparar la cena. Tomo aire con fuerza y dejo ir todo lo malo del trabajo antes de abandonar mi guarida para caminar directa a sus brazos. Mi hermano me abraza con tanta fuerza que mis músculos resuenan entre la fuerza de los suyos, él se echa a reír como siempre y yo golpeo su pecho en cuanto me separo y doy con sus ojos grises bajo la noche.

—Hoy me has salvado la vida.

—¿Cuándo no lo he hecho? —pregunta con la ironía cargada en su voz.

Aunque es una broma entre nosotros, durante los últimos dos años esas palabras han adquirido un mayor significado.

Y jamás tendré las suficientes palabras para agradecérselo.

—Entra, Bethany ha preparado tu plato favorito.

Mi sonrisa es radiante y como si pudiera deshacerme de las capas de mi persona como las serpientes mudan la piel, dejo a otra Katherine en la calle para entrar a una casa que me recuerda a todas horas lo bonito que puede ser el mundo a veces.

Sin mujeres brutalmente asesinadas, e hijas que pierden la vida en

accidentes de tráfico.

4

A los grandes amores y sufrimientos los destruye su propia plenitud.
Oscar Wilde*, El retrato de Dorian Gray*

11 de marzo de 2022, viernes.

Ha pasado más de una semana desde que el cadáver de Gabrielle Landry fue encontrado. Días en los que no he podido descansar sin despertar entre pesadillas al verme observada por los ojos abiertos de su cadáver y el resto de víctimas. «No hay arrepentimiento por su parte», es lo que Milano nos transmitió tras sus primeras horas analizando este caso, algo que yo no desconocía pero que sigue revolviéndome el estómago y estrujándome el corazón. Son las cinco de la mañana y odio que este puto caso haya roto mi rutina horaria de nuevo, me gusta el número cuarenta en el reloj y ya lo echo de menos; más de lo que podría reconocer ahora mismo, y es justo en ese vacío de emociones cuando más extraño el girarme sobre la cama y ver su cuerpo desnudo, el pelo alborotado de Hailey y la sonrisa que solía dibujar cuando la despertaba con un millón de besos en su cuello.

La gente cree que no, pero un simple acto puede mandar a la mierda todo cuanto has luchado por construir. La tentación de llamarla o dejarle otro de los mensajes sin responder se esfuma al mirar hacia la ventana y ver la capa de humedad que la madrugada ha formado en las calles de Nueva Orleans.

Piso con rabia el suelo de mi dormitorio y voy directa a la ducha para intentar despertar unos músculos que se mantienen rígidos y fríos por todo lo ocurrido. Inevitablemente llevo la mano hacia mi vientre y pienso en todas las mujeres que hemos perdido por el camino y a las que, inevitablemente, vamos a perder. Dejo que el agua intente alejar esos pensamientos y el malestar que me produce no poder hacer nada por salvar la vida de seres tan inocentes como un niño recién nacido al que han decidido darle una mejor vida. El vaho se eleva y se entremezcla con mi respiración, el pelo se me pega en el rostro y el cuello, serpenteando por mi espalda. Apoyo ambas manos en la calidez de los pequeños cuadrados de colores que dan adorno a la ducha y me quedo quieta durante un par de minutos, recuperando la entereza sin derramar una sola lágrima.

Y cuando estoy lista, me pongo mi ropa deportiva y me doy a las

calles para iniciar una carrera contra el mundo y el tiempo, a pesar de que no puedo tomar el control de ninguno de ambos.

Estos lugares ya no son lo mismo, digo para mí al torcer la esquina de Bourbon Street.

Iberville Street me da la bienvenida y el color negro que protege toda mi fisionomía del frío se funde con el tono neutro de una noche que está a punto de despedir a la luna y despertar. Observo los edificios de construcción heterogénea —algunos de ellos con grandes balcones y otros con colores que van desde el verde al marrón— en una calle que es parecida a la Brooklyn de Nueva York y junto a una ráfaga de aire la mirada de Milano se cruza por mi mente para clavarse en la más apasionante profundidad. Ella me observa de pie, con su maldita sonrisa arrogante y el orgullo resplandeciente de unos ojos que guardan mucho más de lo que quieren contar.

Exactamente igual que los míos.

—No, ahora no —me obligo a decir y empiezo a correr con más rapidez llevando mi carrera de pocos minutos hacia el filo del Río Misisipi.

El ferry se funde con su gran estructura de metal entre las aguas de este en una armonía que deseo poder respirar hasta convertir ese líquido en la sangre que recorre mis venas.

Me paro en seco y la respiración crea dibujos que se unen al aire en movimientos a los que persigo con la mirada antes de que la nada los consuma y pierda más allá de lo que puedo alcanzar a ver. La tranquilidad que me atraviesa es tal que por primera vez en muchos días me veo capaz de dedicarle una sonrisa al universo, aunque este me haya jodido de las peores formas posibles.

Con varios pulsos donde he atravesado el suelo y más allá caída tras caída.

Elevo el rostro y respiro los aromas y la calma que me rodea llenando mis pulmones de una energía a la que no soy capaz de ponerle nombre pero que tengo la esperanza de que aminore los nervios de las próximas horas.

Y también el dolor, sobre todo el dolor.

En soledad giro sobre mis pasos y vuelvo por donde he venido pero esta vez tomando otro camino, uno que me lleva directo a observar las ventanas de La Galerie. Inevitablemente me pregunto si está despierta, me pregunto si está preparando algún tipo de estrategia para desacreditar mis palabras, me pregunto si su llegada aquí es una clase de broma, pero también me pregunto qué batallas habrá lidiado ella y contra qué está luchando en realidad.

Nos separan un millón de cosas.

Pero tal vez hay una que nos une todavía más.

El ángel salvador, el puto ángel salvador, quien no tiene nada de

ángel y sí de demonio. Un demonio al que quiero derrotar y al que mataré con mis propias manos de ser necesario.

Mi teléfono suena, explotando la burbuja que me rodea y provoca que mi cuerpo esté a punto de caer derrotado cuando veo el nombre en la pantalla.

—¿Clyde? —hablo, con el terror oprimiéndome la garganta.

—Supuse bien al imaginar que estabas despierta.

—Por un segundo pensé que…

—No ha vuelto a actuar, siento haberte asustado, pero es algo que quiero tratar fuera del departamento, ¿tienes unos minutos antes de empezar la jornada? —tantea, pero su voz suena a súplica.

—Claro, estaba aireándome, ya sabes, corriendo un poco. Mándame tu ubicación y voy para allá.

…

Como solíamos hacer en el pasado, ambos nos encontramos en los alrededores del Museo Nacional de la Segunda Guerra Mundial, una pieza de arte que todo ciudadano de la ciudad o visitante debería ver al menos una vez en la vida. Mi pelo sigue mojado y siento el frío en mi nuca, aunque los vaqueros y el jersey bajo la chupa de cuero —tras cambiarme en casa— empiezan a lograr que la temperatura de mi piel se estabilice. Clyde está sentado en uno de los bancos blancos que combinan con la gran estructura gris de un complejo que se construyó en varias fases. Verle ahí —como en los viejos tiempos— logra que viaje a un pasado que sigo extrañando, aunque no lo exprese en voz alta.

Su pelo rizado está algo despeinado y puedo ver sus ojeras desde una distancia de varios metros hasta que me siento a su lado y observo como su expresión está tan rota como la mía.

—¿Recuerdas cuando solíamos venir todos juntos?

—Nunca podría olvidarlo, éramos la fusión de dos familias perfectas en una —respondo guardando las manos en los bolsillos—. Aunque yo jamás fui tan perfecta.

—Tampoco yo, por eso encajamos tan bien en la División de Investigación Criminal —me recuerda con un tono nostálgico en su voz.

Quiero añadir algo, pero más rápido de lo que puedo prever, mi respuesta se me queda atascada en la garganta.

—Kat… —continúa al verse sin contestación de mi parte—, necesito que sepas que esto no ha sido una idea para hacerte daño, ¿vale? Jamás se me ocurriría cuestionar tu trabajo.

—En realidad lo has hecho más de una vez —le recuerdo y él se

echa a reír porque sabe que es verdad. Yo no soy una mujer que sigue las reglas al pie de la letra—. Pero gracias.

—Te lo digo en serio. Sé que han sido dos años horribles para ti y aun así has seguido al pie del cañón, pero en cuanto recibí la llamada… necesitamos ayuda para encontrar a este asesino y River es la mejor en su campo ahora mismo. Deberías concederle una oportunidad.

—¿Le has dicho lo mismo de Claudia, Anthony o de mí? No tuvo el atrevimiento de cuestionar a Dennise porque yo estaba allí, sino también lo habría hecho. Quizás sí es buena en lo que hace, pero no me importa si eso nos va a joder el trabajo a los demás.

—Tan arrogante como siempre —protesta Clyde.

Ni siquiera es capaz de mirarme a los ojos cuando pronuncia esas palabras. Sus ojos se fijan en el cielo que poco a poco va cambiando de tonalidades, no hay nadie cerca de aquí así que los pájaros y las copas de los árboles es lo único que se funde con la mirada de él.

Le escucho tomar aire y como baraja la posibilidad de añadir algo que probablemente no me va a gustar.

—Arrogante… —repito con ironía—. ¿Por eso decidiste dejarlo? Trabajar conmigo, ¿esa fue la razón por la que decidiste ascender sin tener en cuenta como me sentiría? Yo diría que eso también es bastante arrogante, y muy de hijo de puta.

En cuanto gira su rostro me arrepiento de lo que he dicho.

—Iba a decir que no, pero ¿sabes? Sí, esa fue una de las razones, tu maldita arrogancia no solo rompió a Hailey, también me rompió a mí. —Me quedo boquiabierta cuando le oigo, de repente el banco en el que estoy sentada comienza a quemarme, así que me pongo de pie y decido tomar al menos un metro de separación. Clyde no aparta la mirada de mí—. Ya te lo había dicho antes, pero necesitas ayuda porque tú solita te encargaste de echar de tu vida a quienes estábamos ahí contigo.

—¡Mila murió! —grito, los labios me tiemblan y tengo que hacer un esfuerzo soberano para contener las lágrimas que se forman en mis ojos—. Mi hija murió, eso fue lo que a mí me destrozó, perdón por haber sido una arrogante y una egoísta, pero eso es precisamente lo que ha hecho que pueda seguir adelante. Ojalá tú jamás tuvieras que enfrentarte a esto.

—Yo no quería… —Aunque veo arrepentimiento en sus ojos, niego.

—Adiós sargento, creo que ya me ha quedado claro —espeto con las manos a punto de arrancar la tela de los bolsillos—. Como corresponde, le informaré del caso regularmente, y para dejarlo claro, no le permitiré una insolencia más a Milano, en su mano está apartarme del caso, aunque no creo que lo haga teniendo en cuenta

que yo soy la mejor.

De habernos encontrado en un mundo paralelo, nuestras palabras nunca habrían sido pronunciadas, o quizás nos hubiéramos retado con pistolas en mano hasta que un disparo en el corazón nos quitara la vida. En un mundo paralelo tal vez podríamos haber seguido siendo nosotros, pero no creo en otros lugares más allá de los que vemos con nuestros propios ojos.

Las lágrimas que se habían acumulado fluyen en cuanto me giro y voy directa al coche, cuando entro y tomo asiento tras el volante golpeo el cuero una y otra vez con fuerza y rabia, lo hago tan fuerte que empiezo a sentir el dolor en mis dedos, pero no me importa. Solo soy capaz de gritar hasta que el pecho me duele por la desesperación y me quedo sin respirar.

—Arrogante… —me digo en un susurro, niego y me echó a reír mordiendo con fuerza mi labio inferior.

La mano derecha me tiembla al arrancar el motor y me cago en todo. El corazón se me va a salir del pecho y no sé si late tan rápido por culpa de mis propios errores o por verme tan incomprendida en un mundo donde prácticamente lo tenía todo. *Al menos están ellos*, pienso refiriéndome a mis hermanos y a Remy, por no hablar de los muertos y los asesinos que permiten mantener mi mente lo suficientemente ocupada. Ellos son el balance que he necesitado estos meses para seguir la rutina de levantarme de la cama e ir a trabajar, aunque muchas veces yo no sea más que una sombra de lo que una vez existió. Y aun así no dejo de pensar en todo lo que ha ido cayendo por el camino, en si Clyde tiene razón o no, aunque es obvio que la tiene.

Yo los eché de mi vida, no con gritos o llanto, sí con mis rutinas de noches sin volver a casa y dormir en el departamento, también con mi obsesión por atrapar a todo monstruo posible, además de seguir metida en la operación «Renacer» de nuestro maldito ángel. Los eché de mi vida y el sufrimiento destruyó toda plenitud que una vez inundó mi alma de amor.

La carretera serpentea ante mí, las esquinas se vuelven curvas movedizas y yo aprieto el volante con firmeza, cerrando los ojos, queriéndome hundirme en la mierda. Ahora se me hace sencillo estrellar mi coche y acabar con todo, tal y como debió ser hace tiempo, pero no lo hago porque mi propia voz recorre los recovecos y atraviesa cada puerta de mi mente para entregarme una advertencia que tal vez no haya tenido en cuenta hasta el momento. «Eres la única que puede lograr esto», escuché una vez y quizás sí sea la única, porque puede que nadie más tenga el poder para arrancarle las alas a ese maldito ángel.

Y juro que lo haré.

5

La base del optimismo es el terror.
Oscar Wilde*, El retrato de Dorian Gray*

11 de marzo de 2022, viernes.

A lo largo de mi vida he podido comprobar que el tiempo tiene su particular forma de actuar, es casi igual de macabro que el asesino que se esconde entre las sombras o, por el contrario, entre la multitud de familias y vecinos que les sonríen y crean lazos con ese ser sin tener idea de que podrían rajarles la garganta en cualquier momento. O quizás matarlos con un tiro en el corazón. También se me ocurren otras maneras más prácticas y siniestras, pero a pesar de haber visto decenas de escenarios y horrores por igual, hay algo en particular que todavía no soy capaz de sacarme de la cabeza: no es solo el tiempo el que mata, también lo hacen cada una de las decisiones que tomamos.

Faltan diez minutos para que den las siete de la mañana y en el departamento los pasos ya comienzan a hacerse más constantes y ruidosos. Diferentes teléfonos han sonado en varias ocasiones y muchos de nuestros agentes ya recorren las calles de Nueva Orleans en ese fiero intento por mantener a nuestros vecinos a salvo.

Spoiler Alert: es imposible.

Mis dedos tamborilean sobre la mesa de madera mientras observo el panel en silencio. Las víctimas se muestran ante mí con todas y cada una de las similitudes en su muerte, pero también con esas pequeñas diferencias que dan respuesta a muchas de nuestras preguntas. Él ha evolucionado, ha mejorado, se empeña por hacerlo mejor, crea arte con los cadáveres y el método que usa. Cada postura pintada con los cuerpos en un anuncio nuevo. En definitiva, tiene el tiempo a su favor. Y eso es una putada, porque si lo mezclas con la determinación en sus decisiones correctas, este acto puede convertirse en una bomba de relojería. Examino ciertos detalles, como en los de sus primeras dos víctimas con los labios ensangrentados y el interior de las mejillas destrozadas por sus propios dientes.

Y al compararlas con Gabrielle, un escalofrío paraliza toda mi columna.

La puerta al abrirse me devuelve a la realidad. Claudia camina hacia mí y deja sobre la mesa el periódico local que sigue lanzando la

misma pregunta a la ciudadanía: «¿Continuará el pintor con su obra?»

—Has hecho un buen trabajo logrando que no trasciendan los detalles. Estoy segura de que estará disfrutando mucho al leer estos artículos.

—Puede que tengamos suerte y haga que se precipite o se vuelva más predecible. —La agente Milano recorre el espacio y deja otra carpeta sobre la mesa—. Como era de esperar el círculo de Gabrielle no nos ha dado más pistas de las que ya sabíamos. Su prometido tiene una coartada firme, al igual que su entorno. Amigos, vecinos, conocidos…

—Nuestro asesino nunca se ha encontrado en el círculo de las víctimas —le aclaro con la voz neutra, llevada por el cansancio de otra noche más sin dormir—. Aunque lo más seguro es que sí se haya acercado lo suficiente como para darle a Gabrielle la confianza de caer entre sus garras.

Antes de que pueda continuar Anthony entra a la sala atrayendo el frío del exterior y cierra la puerta con los pulmones a punto de salírsele del pecho.

—¿A qué viene tanta prisa? —le pregunto alzando una ceja.

Sus mejillas destacan mucho más contra el beis de las paredes, y el sudor ya comienza a perlar su frente y cuello. Está alterado así que le invito a tomar asiento para que se calme.

La escena me resulta graciosa porque a pesar de que Claudia y él tienen la misma edad hay una clara diferencia entre las reacciones por parte de ambos.

—L-lo he encontrado —dice con la voz rasgada en su garganta—. Gabrielle abortó a los dieciséis años. Lo hizo en una clínica de Lafayette antes de que toda la familia se mudara aquí.

—Sigue con el patrón inicial —susurro—. Buen trabajo, Anthony. ¿Qué te dice eso?

Aunque veo en Milano las ganas de abrir la boca, la fulmino con la mirada y la paro en seco. Es evidente que se ha molestado porque ha decidido caminar hacia una de las ventanas para apoyarse ahí e intentar mantener sus pensamientos en orden.

—Ese patrón indica que nuestro asesino relaciona la edad de las víctimas con un evento en específico, probablemente el inicio de un trauma o algún tipo de recuerdo.

—Aunque las rosas amarillas nos indican traición, lo que es igual a venganza —añade Claudia.

Yo les sonrío a ambos.

—Además, todas guardan una misma pauta en cuanto a su físico —añade Anthony—. Rozan la misma estatura, metro sesenta, presentan el pelo castaño y los ojos del mismo color azul, también su piel. Eso tiene que recordarle a alguien.

—A su madre —interrumpe Milano, y yo deseo callarla como sea. Pero en cuanto lleva los ojos hacia mí y sonríe me desconcierta por completo—. Se está vengando de lo que le hizo su madre cuando le abandonó y del trato que recibió en sus casas de acogida. Probablemente haya estado en varias, antes de valerse por sí mismo. Desarrollar esta clase de traumas en la niñez y adolescencia puede convertirte en un psicópata violento o en un ser que se interpone una misión a sí mismo, en esta ocasión es la de vengar a los niños no natos o a los que en su día fueron abandonados y vejados como él.

—Pero eso va a ser como buscar una aguja en un pajar. —Claudia suspira y cae rendida en su silla—. Hay miles de niños que son dados en adopción o que han sido abandonados. Si nuestro asesino está entre ellos…

—Por eso tenemos que ir atrás en el tiempo, a cuando era más joven, menos precavido y con un método más violento que el que se nos presenta ahora.

Llevo la mirada a Milano y asiento, ¿es una sonrisa lo que dibujan mis labios?

—River tiene razón. —Por primera vez me doy cuenta de que no la he llamado por su apellido, y aunque quiero corregirme prefiero carraspear y continuar hablando—. Estos actos dicen mucho de la evolución de un hombre. Probablemente comenzó siendo joven, cuando rozaba la veintena, se sentía furioso, quizás vivió algún otro evento que le abrió los ojos por completo, se sintió fallado por la sociedad.

Y ahí fue cuando comenzó con su obra, me sugiero a mí misma.

—El recuerdo de lo que le ocurrió durante su crecimiento estuvo demasiado presente en su mente hasta que logró tomar el control de esa ira, por eso la brutalidad es distinta, al igual que la insatisfacción. Someter a una víctima a sumisión química nos indica que ahora lo disfruta, lo suficiente como para prestar más atención a los pequeños detalles. Sus víctimas lucen ante nosotros limpias de todo pecado, las baña para purificarlas y después las coloca en posturas que una madre adoptaría a la hora de cuidar a su hijo.

La sala se enfría, todos nos quedamos en silencio, mirando las fotografías, los puntos indicados en el mapa. Las distancias entre el condado de Texas y el de Luisiana. Sé que una pregunta ronda a Claudia por su ceño fruncido así que la animo a que abra su corazón y nos permita ver un poco más de esa agente que bien podría recoger mi testigo.

—Tengo la sensación de que las primeras localizaciones han sido premeditadas, pero también fortuitas. Quizás aprovechó algún tipo de ocasión para desviar la atención del lugar donde vive y así poder asegurarse una coartada o presentar a otro como posible sospechoso

—asegura y Milano y yo asentimos con gesto de aprobación—. Anthony y yo nos ocuparemos de revisar los primeros casos. Si es necesario viajaremos para volver a interrogar al entorno, familiares, vecinos, dueños de negocios, parejas, lo que sea…

Después de lo pronunciado centro toda mi atención en la mujer cuyos ojos muestran una dureza más que implacable, la frialdad que en muchos instantes también se ha reflejado en mi expresión la recorre por completo y por un segundo extraño esa personalidad que me mostró la primera noche que nos conocimos.

Sé que está rumiando algo, preocupada y recordando a quien fue su amiga. Por lo que decido tomar el control de la situación e ir hacia el lugar donde todas las pruebas dibujan un rompecabezas de piezas desencajadas que aún debemos de unir.

—Durante la investigación de Texas quiero que os centréis en la última víctima antes del primer periodo de enfriamiento de cinco años. Nicole Robinson se encontraba en El Paso de vacaciones y dudo que el encuentro con *Ictero* fuera fortuito. Tal vez ocurrió algo y eso le obligó a dejar de asesinar durante un tiempo.

—O completó la primera parte de su misión —susurra Milano, algo distraída—. Pero está claro que fue un punto de transición así que tened cuidado, no queremos que dirija su atención hacia nosotros, pero sí a su pasado. Puede que eso le cabree, y mucho.

—De acuerdo, nos ponemos con ello enseguida. —Anthony asiente y pasa sus largos dedos por el pelo rubio que acompaña a una barba del mismo color y que les da un aspecto más intrigante a sus ojos marrones—. ¿Vamos?

Su mirada se dirige a Claudia, ella asiente y busca todos los archivos con la información correspondiente de las tres primeras víctimas de nuestro asesino en serie. Ambos abandonan la sala para dar comienzo a la investigación paralela y el ambiente parece relajarse un poco, o quizás solo sea producto de mi imaginación.

Al girar sobre mis pasos intento evitar las preguntas, voy al fondo de la sala y enciendo la máquina de café para prepararme uno bien cargado y entregarle otro a Milano.

La saliva se me atasca en la garganta, quiero escupir tantas cosas que no sé por dónde empezar. Estoy entre maravillada y cabreada debido a su actitud, y también triste al pensar en las mujeres que han perdido la vida y las que posiblemente vengan después. Mientras las gotas caen una tras otra y se encargan de llenar el espacio del delicioso aroma a café, yo saco un caramelo de mi chaqueta, lo desenvuelvo y lo llevo a mis labios antes de destapar mi piel del cuero que siempre va conmigo para dejarlo sobre el respaldo de una de las sillas.

—¿Por qué los caramelos? —pregunta Milano de repente.

Sigo dándole la espalda así que no puedo ver que expresión habrá adoptado su rostro camaleónico.

—Es eso o fumar, y aquí no está permitido así que…

—Entiendo… —comenta y escucho el correr de una silla en la que toma asiento.

Cuando el café está listo sirvo dos tazas y voy hacia ella para entregarle una en mano, después busco el azúcar, la leche y dejo que ella misma lo condimente a su gusto.

—¿Y tú? ¿Cómo evitas el no volverte loca?

—Con la música, construyendo edificaciones en LEGO, intentando dominar a *Anivia*, cosas así…

—Vas a tener que explicarme qué coño es eso —cuestiono levantando una ceja—. ¿Estás metida en alguna especie de secta?

Mi broma hace que ría a carcajadas. Yo dejo la taza suspendida a la altura de mis labios, intento no sorprenderme, aunque lo cierto es que sí lo hago, por el efecto que esta produce en mí cuando otra parte de mi ser sigue queriendo que salga por esa puerta y no vuelva nunca más.

—Veo que no conoces *League of Legends*. Quizás algún día pueda enseñarte a jugar.

—Ya… lo dudo mucho. —Doy un largo sorbo y tras dejar la taza de café en la mesa me muestro igual de seria que antes. Cruzó los brazos y la observo—. En algún momento espero que les digas a ellos tu relación con Nicole. Quiero imaginar que no hay maldad en ocultarlo, y doy por hecho que tú eras muy joven por aquel entonces. Tenías… ¿veinte años?

Milano asiente.

—Bien. ¿Estabas con ella en esas vacaciones? —El silencio me entrega mucho más que cualquier palabra y eso me estruja el corazón. Sabe lo que es perder a alguien querido, aunque nuestras perdidas no tengan absolutamente nada que ver—. Y por eso estás hoy aquí.

—Ya te lo dije, por eso y por ti. Yo fui la que contactó con el departamento en cuanto lo supe. Cuando entré en el FBI me puse la meta de atrapar a ese hombre, no lo conseguí y ahora entiendo bien por qué. Faltabas tú.

—No necesito tus halagos Milano —aclaro fijándome en sus ojos grises cuya luz del día los hacen más bonitos y azules—. Y tampoco necesitaba un cambio tan repentino en la forma que tengo de trabajar, pero a estas alturas también debo admitir que tus deducciones van más allá de lo brillante.

—Como tu trabajo, sobre todo a pesar de…

—No. —La corto de inmediato, me zambullo en el café que se mezcla con lo poco del caramelo que aún me queda en la boca y me pongo de pie—. No tienes derecho a hablar aquí de eso. No somos

amigas ¿vale? Hay una línea muy clara que nos separa y espero que tengas en cuenta respetarla. Cuando demos con él tú volverás a Nueva York y yo aceptaré otro caso y adiós, así que no intentes empatizar conmigo, ni mucho menos analizarme.

—Créeme, no lo estaba haciendo.

—Ya… seguro que Clyde tiene mucho que ver en esto —espeto con la rabia recorriendo mi sistema y fallando en mi intento por reír y quitarle importancia al asunto. Cuando Milano vuelve a mirarme sé que quiere hablar, pero no se lo permito, termino el café y me pongo en pie—. Voy a tomar un poco el aire y a darme una vuelta por Baton Rouge, hay algo que me gustaría preguntarle a la familia de Rachel. Te sugiero que te pongas al día con Dennise y con el resto de informes, quizás te ayude a elaborar un perfil mucho más cercano de lo que intentas hacer conmigo. No encontrar indicios en el escenario habla mucho de él.

La chupa de cuero me sirve como armadura. Rápidamente busco la carpeta que tengo que llevar conmigo y tomo aire para dejar este maldito infierno atrás.

—Katherine, de verdad que no pretendía meterme en tus asuntos.

—Pues anótatelo en tu puta cabeza ¿entendido? —le advierto, me giro y la observo una última vez—. Si vuelves a hacerlo me aseguraré de que no vuelvas aquí nunca más.

Al cerrar la puerta los cimientos tiemblan y el ruido provoca que muchos de los agentes levanten la vista de sus ordenadores. Puedo ver a Clyde en la distancia, pero no me importa lo que piense ni considero darle explicación, tengo demasiado en la cabeza y más todavía por hacer, porque la realidad es que nuestro asesino no se va a quedar esperando y esa es la parte que más temor me da.

Muchos nos llaman héroes, pero yo no me considero heroína de nadie. Puede que haya salvado vidas o metido entre rejas a criminales para dar justicia a las almas que ya no verán la luz del día nunca más, pero ¿qué hay con todos los que quedan atrás? ¿Qué podemos hacer los que aún vivimos y tenemos que soportar el vacío de nuestra pérdida y el recuerdo de esos instantes en los que fuimos más felices que nunca? ¿Cómo puedo sacarme de la cabeza la idea de no lanzarme al vacío y caminar al otro lado para encontrarme con Mila, para abrazar su cuerpo en la más absoluta eternidad?

El Cadillac me sirve de guarida durante unos segundos antes de arrancar el motor. No tengo idea de cómo consigo girar el volante y darme a la carretera, no cuando los fantasmas de mi pasado siguen aporreándome la mente en su intento por volverme loca.

Pocas veces lo hago, pero ante la necesidad de distracción pongo la radio y escucho el estribillo de *Soldier*, interpretada por Before You Exit antes de despedirme de Nueva Orleans durante algunas horas que

me vendrán estupendamente, o eso creo, porque alterar de nuevo la vida de los que aún sufren las consecuencias de estos asesinatos no entra exactamente en los planes de una visita perfecta.

…

Antes de llamar a la puerta de los Ainsworth doy una última calada a mi cigarrillo, lo aplasto en una de las columnas que protegen el tejado de la casa y busco un lugar donde poder tirarlo. Me está costando respirar o no rendirme y dar media vuelta para volver a casa, pero mi parte investigadora toma el control y finalmente doy a conocer mi presencia frente a la puerta de su casa. La madre de Rachel se queda estupefacta en cuanto me mira, se ha puesto tan pálida que siento que se va a caer en cualquier momento y, efectivamente, necesito sujetarla de un brazo para que eso no ocurra.

—Lamento molestarla, prometo que no tardaré más que unos minutos.

Juntas vamos al interior de una casa con aroma a chimenea y bollos de canela. Cuando llegamos al salón veo la madera crepitando mientras el fuego se balancea en su tarea de irse al cielo y juntarse con las nubes. El cuerpo de la señora Ainsworth tiembla tanto que soy yo la que debe dejarla en el sofá antes de ir a buscar un vaso de agua.

—Ha vuelto… —la escucho susurrar a mi espalda antes de volver a su lado.

No me extraña que después de lo que le ocurrió a Rachel no hayan querido seguir los medios de comunicación o saber mucho del mundo que los rodea en el exterior de esta casa. La entiendo porque yo pasé por el mismo proceso durante las primeras semanas después de la muerte de mi hija, aunque ni de lejos puedo comparar mi caso con el suyo.

—Algo me decía que había vuelto, he querido poner las noticias durante todos estos días, incluso leer los periódicos, pero el temor ha ganado.

La mujer bebe de su vaso de agua con los dedos vibrando de puro dolor, yo tengo que suspirar y mirar sus ojos casi tan negros como la noche. Parece haber envejecido más de una década desde la última vez que nos vimos y la tristeza sigue impregnada en cada línea que conforma su piel. Ahora lleva el pelo algo más corto de lo que recordaba, y es completamente gris.

—¿Se encuentra sola en casa? —pregunto y ella asiente.

—Paul ha ido a comprar algunas cosas, después íbamos a arreglar juntos el jardín, es lo único que nos mantiene algo cuerdos últimamente, cuidar las flores por las que Rachel sentía tanto amor.

—Necesito hacerle algunas preguntas. —Odio tener que ir al grano, pero esta es la vida de un detective y el veneno constante de una familia que no ha podido ver la justicia—. Pero si lo desea puedo venir otro día.

—No, no, quédese agente Fortier, ¿quiere tomar algo? He hecho bollos de canela esta misma mañana, más tarde iba a llevárselos a mi hermana, pero no creo que eche en falta uno.

—No es necesario que se moleste, de verdad.

—Querida, usted también ha perdido mucho, y seguro que no tenía ningún deseo de tener que venir aquí hoy, así que déjeme hacer el tiempo más ameno con un té y uno de mis dulces. —Su sonrisa, a pesar de estar empañada por un alto grado de melancolía, es tan real como la mirada que heredó su hija de Paul.

La espera de cinco minutos se me hace tensa mientras intento guardar la compostura en el sofá. He dejado la chaqueta de cuero en el respaldo y no paro de acariciarme los dedos intentando liberarme de los nervios que ahora mismo caminan a través de mí por todo el recorrido de mis venas.

Stella vuelve con una bandeja, haciendo un gran trabajo porque todo permanezca ahí y no acabe en el suelo. Al final opto por ayudarla y una vez más le agradezco el té antes de comenzar con las preguntas que forman un listado interminable en mi cabeza.

—Sé que ha pasado mucho tiempo desde lo ocurrido, quizás ya no recuerde muchos de los detalles —empiezo, carraspeo y doy un sorbo al té con aroma a canela y menta. Enseguida agradezco el sabor y le dedico una sonrisa antes de continuar—. Verá, mis agentes y yo nos estamos dedicando a repasar los detalles de las víctimas anteriores al cuerpo encontrado hace unos días.

—Dígame que al menos no sufrió tanto como mi niña.

Mis ojos se abren de inmediato, mi expresión se desencaja y a ella se le parte el corazón. Ojalá pudiera decirle algo mejor, ojalá en algún momento pueda venir a esta casa para traerle noticias buenas.

—No puedo decir mucho, ya sabe cómo van estas cosas, el caso es que revisando todos los informes me di cuenta de una curiosidad que tal vez pasamos por alto por aquel entonces. Usted dijo a la policía que su hija retomó las reuniones en alcohólicos anónimos, ¿no es así?

Stella asiente, intenta beber de nuevo de su té, pero no se muestra avergonzada, sino más bien satisfecha por aquel logro tan importante para su hija.

—Y también declaró que dejó de acudir a su centro habitual. En el informe leí que es común en muchos casos, prefieren lo desconocido antes de enfrentar las miradas de aquellos que ya conocían, o al menos es lo que nuestra perfiladora criminal afirma —declaro llevando a mis labios las palabras de Milano—, pero querría saber si

Rachel le comentó haber tenido algún tipo de problema. ¿La notó más nerviosa de lo habitual?

—Ella siempre se sentía así cuando se tenía que enfrentar a algo nuevo tras una recaída. Creía decepcionarnos a todos, yo solo procuraba hacerle saber que todos somos humanos y que a veces el tiempo no se ajusta a nuestras emociones o la valentía que debemos mostrar.

—Eso es precioso… —Le dedico una sonrisa amable y con desesperanza pellizco el rollo de canela para llevar un trozo hacia mis labios—. Ojalá yo tuviera a alguien que me diera esos buenos consejos.

—Pues te lo digo ahora, Katherine, ¿puedo llamarte así?

—Claro que sí —respondo con las mejillas calientes por la emoción y el efecto del té—. Así que no había nada raro…

—Ahora que lo dice sí que se mostró un poco más… ¿cerrada en sí misma? Una vez me contó que se sentía muy mal porque alguien de allí le recordaba a los errores que cometió en el pasado.

—¿A qué se refiere exactamente? —cuestiono.

La sangre comienza a hervirme, y una sensación en el estómago me invade como todas esas veces en las que supe que estaba *muy* cerca de algo.

—Dijo que había un hombre que le hizo rememorar el año en el que dio a su bebé en adopción, se sintió acusada de alguna manera.

—¿Y eso pasó en el nuevo centro?

—No, de hecho, ocurrió en el antiguo. Por eso recayó, dos semanas después fue cuando levantó cabeza y consiguió seguir adelante hasta… ya sabe.

Las lágrimas comienzan a bañar los ojos de Stella. Inmediatamente me veo obligada a dejar la taza, el dulce e ir a su lado para abrazarla con fuerza, culpándome por haberla hecho revivir todo ese horror. Mi mente comienza a trabajar rápido, hila las fechas, detalles y el tiempo transcurrido desde que su hija cambió de centro hasta su muerte: dos meses en los que probablemente fue espiada a conciencia por su asesino.

«Él disfruta de ese juego previo y posterior, seguramente guardará muchos recuerdos de los asesinatos para sentirse pleno antes de volver a asesinar».

En un intento porque vuelva a hablar, me separo y la miro a los ojos, le sonrío y limpio las lágrimas que atraviesan las grietas de sus mejillas.

—Lamento que tenga que pasar por esto, pero es importante. ¿Recuerda si su hija dijo algo más de esa persona?

Ella se me queda mirando, todo su cuerpo parece querer romperse, pero de un segundo a otro las lágrimas cesan y el fuego se

enciente en su mirada.

—Me dijo que se llamaba Thomas.

6

Las personas se asustan de sí mismas.
Han olvidado el más alto de los deberes, el deber para consigo mismas.
Oscar Wilde*, El retrato de Dorian Gray*

13 de marzo de 2022, domingo.

El sudor impregna cada recoveco y curva de mi cuerpo; incluso el aire que se escapa más allá de mis pulmones está cargado de ese peculiar sabor a sal. Tengo las piernas entumecidas, al igual que cada músculo de mi cuerpo, pero no me importa porque la adrenalina explota cada uno de mis sentidos. Quisiera pensar —sin ofender a mi acompañante — que este escenario está compuesto de un cómodo sofá o una cama en la que poder besar y arrancar gemidos a otra mujer desconocida de la que ya no volveré a saber nada, pero últimamente a mi mente le ha dado por pensar que si conozco a alguien quizás se convierta en una próxima víctima, y hasta en eso me han jodido bien. Mi pecho sube y baja tan rápido como va mi respiración, una patada, un gancho, una llave más y está derribado.

Desde la altura de un metro observo a mi hermano Nick, tirado en el suelo, quejándose porque ya van cuatro veces que sus costillas reciben las consecuencias de la rabia acumulada en mi cuerpo.

—Se supone que esto iba a ser un entrenamiento sin más… —se queja, rodando por el suelo y llevando una mano a su costado—. *Auch*.

—Eres un quejica Nick. Venga, levántate.

—¿No has escuchado? *Auch, auch, auch*. —Como un niño pequeño gira su cuerpo y se queda boca abajo para intentar darse unos segundos de tregua que yo no estoy dispuesta a conceder—. Deberías ir a tomar algo, salir un poco, no sé, intentar no pegarme una paliza, el lunes cuando vaya a trabajar creerán que me he metido en una pelea de bar.

—¡Venga! Si solo te he dejado una marca.

Después de burlarme me es imposible no reír cuando él se me queda mirando y dibuja un puchero en sus labios. Yo niego y le entrego mi mano para que se levante antes de darle un abrazo en son de paz.

Acción que dura un segundo, porque tan rápido como reacciona

me lanzo a por él y comienzo a pegar puñetazos mientras él se defiende con sus palmas y antebrazos.

—¿Sabes? Deberías venir alguna vez al trabajo, serás una inspiración para todas las mujeres que van allí.

—¿Yo? ¿La detective obsesionada con asesinos en serie, que apenas puede dormir y que ha apartado a todo aquel que la quería? No sé si sería un buen ejemplo —le digo con dificultad mientras me muevo por nuestro *ring* improvisado en el garaje de su casa.

—Tú, la que ha sobrevivido a muchos atacantes, atrapado a decenas de malnacidos y desde luego, la que ha superado cosas que no muchos conseguirían —rebate Nick antes de que me paralice por completo. Mis brazos van a cada lado de mi cuerpo y lanzo un suspiro —. ¿Qué? Sabes que tengo toda la razón.

Las estanterías que guardan varios guantes de boxeo se funden con el gris casi negro de las paredes en piedra. Huele a madera vieja y también a una mezcla de aroma familiar que está compuesto de neumáticos viejos. Todavía me cuesta creer que Nick siga viviendo en la casa donde construimos tantos recuerdos sin verse roto por completo, aunque ahora que lo pienso, no sé cómo yo puedo seguir viviendo en mi casa después de la pérdida de Mila y el abandono de Hailey.

Pensar en ello provoca que baje la guardia y que Nick me golpee con el puño cerrado en el costado, me doblo sobre mí misma y toso como si me hubieran roto las costillas.

—¡Kat! Mierda, ¿estás bien?

Asiento, pero en cuanto intento enderezarme el llanto me controla hasta tal punto que las lágrimas tienen la misma fuerza que un mar huracanado.

—*Eh, eh*… ven aquí. —Los brazos de mi hermano me rodean y me siento tan protegida entre ellos que deseo quedarme ahí mismo por el resto de mis días—. ¿Qué ha pasado?

—¿Qué más podría pasar? —Intento tomar aire y dejar de llorar, pero me es totalmente imposible—. Voy a llenarte de mocos —bromeo mientras sorbo la nariz e intento limpiar la camiseta de azul de Nick —. Esa mujer me está volviendo loca, odio que tenga razón en todo y que haya invadido el departamento de esa manera, a su lado… siento que no soy nadie, que mi carrera… joder. ¡Joder!

Abruptamente aparto a mi hermano y desato todo mi enfado contra uno de los sacos de boxeo que cuelgan del techo. Agradezco que Ben y Bethany no estén en casa para verme en mi peor estado natural.

—¿Te refieres a esa perfiladora? ¿River?

—¡Milano, sí! —protesto y doy otro puñetazo—. Clyde parece adorarla y el imbécil está intentando que la acepte como si nada.

—Kat… escúchame.

Nick me aparta del saco de boxeo, pone sus manos sobre mis hombros y logra girarme como si nada para que lo mire a los ojos. El color gris de estos brilla por alguna razón extraña, y después lo acompaña con esa sonrisa tan radiante y calmada que suele dibujar.

—Por mucho que entren nuevas personas en el departamento nadie podrá igualar todo lo que tú has hecho a lo largo de estos años. No sé porque te infravaloras tanto, tu carrera ha estado llena de éxitos a pesar de que ese hijo de puta siga en las calles y si algo sé, es que esta vez no se te va a escapar. ¿Estamos? —Con un beso en mi frente intenta entregarme la calma que necesito, y por fortuna no tarda en funcionar. Después dibuja ese gesto pícaro en su rostro y yo arqueo una ceja esperando lo que dirá—. Además, para odiar tanto a esa Milano, no dejas de hablar de ella.

—Por favor, ¡no digas tonterías Nick!

—¿Tonterías? Me apuesto una cena a que Alexander me dará la razón cuando lo sepa —declara con orgullo.

Bufo y pongo los ojos en blanco.

—La tienes ahí metida —añade golpeándome con el índice en mi entrecejo—, así que creo que antes de cabrearte tanto deberías averiguar qué es lo que pasa.

—No pasa nada, ¿qué sabrás tú, sangre sucia?

Para quitar importancia a sus palabras uso mi as en la manga, el último recurso con el que siempre pico a mi hermano para que reaccione y se abalance sobre mí, tal y como hace en este mismo momento.

Ambos caemos sobre la colchoneta —por nuestro bien— y me detiene poniéndose a horcajadas sobre mi cintura y atrapando mis dos muñecas a cada lado de mi cabeza.

—Tú pagas la cena, el próximo sábado en tu casa. Y el miércoles más te vale sacar un par de horas para ir al centro de entrenamiento o mi venganza será peor que esta.

Con descaro muerde mi mejilla y luego deja un beso con la risa bailando en sus labios antes de ponerse de pie. En broma, dibujo una mueca de asco, pero después me echo a reír siguiendo esa melodía que él ha comenzado segundos atrás. A veces me parece increíble que tengamos tanto en común y nos entendamos como si fuésemos hermanos gemelos cuando no es así. Ahora es Nick quien me ofrece su mano, me pongo de pie y echo un vistazo a mi alrededor.

No puedo evitar buscar con la mirada los viejos guantes de papá. También encuentro la caja con su uniforme y placa de policía.

A veces odio que la vida se llevase a ambos tan pronto presos del cáncer y el servicio a Nueva Orleans, no obstante, al mirar mi hermano y también al saber de la gran labor de Alexander en el

ejército, me doy cuenta de lo bien que lo hicieron nuestros padres. Criaron a tres hijos que ahora se dedican a cuidar y salvaguardar el bienestar de cada ciudadano de la ciudad que nos ha forjado durante todos estos años. La oscuridad que me abraza, los miedos y los demonios que caminan conmigo son mi razón de lucha y la razón por la que aun puedo seguir caminando, y aunque a veces no lo admita o no sea consciente, debo estar agradecida porque de lo contrario no habría conseguido lo que ahora tengo.

A pesar de todo lo que he perdido.

—Voy a darme una ducha, ¿preparas café mientras tanto?

Nick asiente y no dice nada más. Me da otro beso en la mejilla y desaparece del garaje tan rápido como sonríe, dejándome a solas con mis pensamientos y la valentía que intento rescatar de cada rincón y detalle que me rodea. Porque en un espejo roto, la luz todavía puede brillar en los pedazos que quedan.

Y eso es algo de lo que jamás me debo olvidar.

...

Desde que he salido de la casa de Nick no he parado de darle vueltas a un asunto. Más bien a un nombre. El pelo me huele a una mezcla de kiwi y mango mientras se seca con la ayuda de la brisa que entra a través de la ventana de mi Cadillac. Voy sin maquillar y no llevo conmigo la chupa de cuero con los caramelos que siempre calman mis nervios, y esta vez prefiero no desquitarme con otro cigarrillo, porque últimamente las cajetillas vacías no hacen más que acumularse en las diferentes papeleras del departamento y mi hogar. Al pensar en ello llevo los dedos de mi mano izquierda hacia el puente de mi nariz, lo aprieto e intento liberarme de la pesadez que me corta la respiración. «Para odiar a Milano, no dejas de hablar de ella», menuda gilipollez, o eso es lo que intento decirme para darme una excusa lo suficientemente creíble.

Aunque podría haber dejado el coche en casa e ir andando hasta el hotel donde ella se aloja, he preferido resguardarme en la seguridad de algo que conozco antes de zambullirme en algo que no puedo definir.

¿Por qué le das tanta importancia?, me digo antes de girar el volante y buscar un lugar en el que aparcar en plena Decatur Street. Cuando lo logro, apago el motor y me quedo estática durante un par de segundos. Intento decidir si atravesar la puerta de La Galerie o mandarle un mensaje para que venga conmigo a Café Beignet y así poder charlar un rato. «Pero ese es uno de tus lugares sagrados», la vocecilla en mi interior me da la advertencia por lo que salgo del

coche y sin más cruzo la calle para abordar las puertas bajo el toldo azul.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro y cuando llego a la recepción apoyo mis brazos.

—¿Podría ver si River Milano está en su habitación? Dígale que Katherine Fortier está aquí —pido a la recepcionista quien me sonríe con unos ojos saltones de brillante miel.

Tengo que carraspear para evitar pensar en algo indebido, sobre todo por la evidente diferencia de edad que nos separa.

—Deme un minuto, ¿le digo que quiere subir?

—Sí, por favor.

Durante la espera me aparto del mostrador para evitar el tamborileo nervioso de mis dedos, sonrío en un gesto que se expande al observar desde aquí la sencillez en una mezcla de blancos con grises que se dan en paredes y suelos de parqué. A mi derecha se encuentra la entrada al bar-restaurante que he visitado en alguna ocasión, no hay mucha gente, pero sí me llega el murmullo de algunos comensales que adornan las sillas y mesas marrones con sus charlas y sonrisas, iluminados por las luces que cuelgan de un techo alto en color negro. Más allá de las paredes también se oye el ritmo de las calles, de la música que nos rodea a ritmo de jazz, y aunque no esté entre mis costumbres perderme en el sonido del bajo o un saxofón, sé apreciar de alguna manera las raíces de esta ciudad.

Los ladrillos irregulares me observan, y empiezan a salirse de su lugar para crear una nueva construcción a mi alrededor mientras me veo a mí misma disfrutando de una copa y la vida en general dentro de ese palacio —irreal— que a veces también se llena de pesadillas.

—La señorita Milano ha dicho que suba, y que la puerta está abierta. Habitación 22.

La joven se encoge de hombros cuando alzo una ceja.

Me despido dedicándole un guiño que ruboriza sus mejillas perladas por un toque de maquillaje bastante sencillo y que me gusta demasiado.

No entiendo porque estoy de camino al ascensor y no parada frente al mostrador para pedirle a la recepcionista que cuando salga de su turno nos veamos en cualquier parte donde poder disfrutar de un poco de chispa. «Pero aquí estás, así que ahora no se te ocurra volver a tu coche». Odio esa voz, odio que las directrices de mi mente suelan mandar por encima de las de mi corazón.

Aunque es lo que aprendes cuando te dedicas a intentar atrapar a asesinos en serie.

Las puertas del ascensor se abren y el pasillo me engulle con la misma arquitectura que guardar el resto del edificio. Huele a flores, aunque no puedo diferenciar si son rosas o jazmín por lo que

simplemente camino hasta que el número 22 se dibuja en la puerta de madera.

Muevo mi cuello, y los hombros antes de plantar la mano en el picaporte y girarlo para entrar.

—¿Qué es ese jaleo? —digo en voz baja antes de entrar a la habitación y encontrarme de lleno con Milano, dándome la espalda y con las manos en el teclado mirando fijamente una pantalla enorme que se ilumina con muñecos que van de un lado a otro destruyéndose y ¿haciendo magia?—. Esto… ¿Milano?

—En un segundo estoy contigo, no puedo dejar la partida a medias, siéntate o tómate algo, hay cerveza en el mini bar.

—Vaaale. —Pongo los ojos en blanco y tras un segundo ya me arrepiento de estar aquí.

Aprieto los labios y luego muerdo el inferior buscando esa cerveza en el mini bar. La verdad es que el aspecto de la habitación no pega para nada con ella y todo lo que me rodea. Me quedo pensativa y me doy cuenta de que está en una habitación doble, pero con la falta de una cama y con el escritorio donde ella está jugando como nuevo elemento junto a una gran mesa que está repleta de informes, fotografías y —en resumen—todo nuestro trabajo.

—Esto no debería estar aquí… así…

¿Cómo coño puede ser tan descuidada?

Doy un golpe con la cerveza sobre la mesa y me dedico a ordenar todo como si tuviera miedo a que alguien pudiera descubrir el secreto mejor guardado del universo.

Y ahí sigue, impasible, pienso. La jaqueca está a punto de abordarme, pero respiro hondo e intento recordar las conversaciones con mi hermano, Bethany y también con Remy en los diferentes encuentros que he tenido con ellos a lo largo de estos días, los que por cierto han sido muchos para estar hasta arriba de trabajo.

Ellos lo llaman «el efecto Milano» y a mí no me hace ni puta gracia.

—Milano, ¡eh, Milano! Deja esa mierda.

—¡Joder! *Noxus*, eres un cabrón. —Cuando Milano grita y se deshace de los auriculares siento que está a punto de tirarlos contra la pantalla—. En fin, otro día será.

Estoy a dos milésimas de cagarme en todo, decirle cuatro cosas bien dichas y largarme de aquí pero cuando se gira y la observo con el pelo despeinado y las gafas de pasta cayéndole por el puente de la nariz vuelvo a nuestra primera vez. Como si *eso* significase algo.

—¿Eso era…?

—*League of Legends*, el continente *Valoran* ya no me está gustando tanto —protesta y a mí me deja con la boca abierta—. Perdona, dejamos la clase para otro día. ¿Ha pasado algo?

Niego, y de repente no tengo idea de qué puedo añadir o qué decir. Enmudezco y la cerveza destella a mi izquierda para darme una excusa perfecta con la que poder pensar unos segundos en lo que está pasando aquí.

Me es difícil definir lo que esperaba encontrar. Milano se mueve por la habitación con la ropa deportiva puesta, se mira al espejo e intenta arreglarse un poco el pelo, después lleva el índice izquierdo a las gafas y se las coloca antes de girar y fijarse en mí o más bien en mis labios pegados sobre la lata de cerveza. Un incómodo silencio nos rodea, ella entrecierra los ojos y va en busca de otra para abrirla y beber antes de tomar asiento en una de las sillas.

—Por cierto, sé más ordenada con el trabajo, cualquiera que venga podría jodernos la investigación —le pido en un tono conciliador, aunque la sangre me hierva por dentro.

Qué tontería, qué idiotez más grande es estar aquí.

—No soy estúpida Fortier, nadie entra aquí si yo no doy mi permiso, y cuando no estoy todos los documentos y pruebas van conmigo. Deberías sentirte privilegiada por haber dicho que sí y obligarme a abandonar mi paz mental.

—Ya… ¿sabes? Creo que esto… esto no va a funcionar —¿Por qué me molesta tanto? ¿Por qué narices tiene que ser tan arrogante y…? —. En fin, ten un buen día.

Le doy un último sorbo a la cerveza y la dejo en la mesa. Estoy hecha una furia y sé que ella lo nota, de hecho, lo prefiero así, y se lo hago saber con una mirada fulminante antes de recorrer la habitación para salir de inmediato.

Sin embargo, antes de que pueda poner la mano en el pomo ella se cruza frente a mí y clava la espalda en la puerta.

—¿Estás loca? Déjame salir o…

—¿O qué? ¿Vas a hacerme una llave, a romperme algún hueso? —ironiza con una de sus cejas levantada, después sonríe como si fuera una cría y no sé qué me molesta más, si sus palabras o que se atreva a mostrarse ante mí así de arrogante—. ¿A qué has venido?

«¡A hablar!», mi interior lo grita, pero de nuevo me quedo paralizada.

Puedo sentir el calor corporal de Milano sobre mí, incluso su respiración se toma el atrevimiento de rozarme la mejilla y automáticamente la sangre me hierve, y esta vez no es debido a mi cabreo monumental contra ella. Tengo que tragar saliva, hasta veo en el reflejo de sus ojos como mi garganta sube y baja.

Como me jode eso.

«Apártate». Y sigo la orden, aunque ¿la verdad? Otra parte de mí se hubiera quedado en el mismo punto esperando cualquier cosa, sin saber qué.

—Solo quería hablar contigo —carraspeo, todo me da vueltas así que me obligo a andar hacia la mesa, coger la cerveza y sentarme con tal de no cometer alguna estupidez.

—Eso podrías haberlo hecho por teléfono.

—¡Deja de ser tan arrogante, joder! Me pones de los nervios —me quejo—. Ahora ya sé porque todo el mundo debe odiarte.

—¿Odiarme? La única que me odia eres tú —rebate—, y perdona que te lo diga, pero tú precisamente no es que tengas una personalidad altamente atrayente. Siempre estás cabreada y discutiendo por lo que sea. ¿Tan molesta es mi presencia aquí?

—Pues sí. —Alzo la voz y cuando veo el dolor en su expresión reculo—. Mira, no tengo nada en tu contra, pero…

Milano toma asiento, creo que se obliga a hacerlo por no mandarme a la mierda o peor, ignorarme y ponerse a jugar a esa cosa tan extraña.

—Sí que lo tienes, y lo entiendo. He invadido tu espacio, tu investigación, tu vida… o eso es lo que tú dices, porque de tu vida no sé nada más que…

—Toda mi carrera y lo que he tenido que pasar. Tú misma lo dijiste al conocernos, ¿ya lo has olvidado? —Ahora soy yo quien le muestra una mirada soberbia—. No importa, eso es algo de lo que no tengo ganas de hablar.

—Pues deberías, enfrentarte a la realidad y a los miedos que nos oprimen terminan por liberarnos.

—No te atrevas a psicoanalizarme, por favor. —Ella suspira y pone los ojos en blanco—. Clyde ya lo ha intentado todo y lo único que ha hecho es que me sienta inútil, lo que quería venir a decirte es que lo acepto, acepto que estés aquí y que trabajemos juntas porque el bien de la ciudadanía es algo que va muy por encima de mí misma —añado interrumpiéndome un segundo para beber—, así que seré una buena compañera, creo que tu ayuda nos va a servir.

—¿Crees o lo sabes?

Echo la cabeza hacia atrás, ¿por qué me lo tiene que poner tan difícil?

—Está bien, lo sé —le digo poniendo mis manos en alto—. No te soporto.

—No lo haces porque no has querido conocerme, créeme, soy una *nerd* que trabaja de maravilla, y si quisieras también te darías cuenta de que tengo mucho más encanto de lo que ves ahora mismo.

Abro la boca de golpe, lo que *veo* ahora mismo es a una mujer que ni en mis sueños más extraños lograría atraerme. La observo de arriba abajo, con su pelo rubio desaliñado y unos labios que ahora no llevan maquillaje alguno, la sudadera gris y los pantalones negros se ajustan a sus curvas —al contrario de mi cuerpo delgado de más— y aunque

las gafas le dan un aspecto mucho más interesante me obligo a negar lo evidente.

«Lo evidente es que no está nada mal», y por eso odio mi voz interior.

—¿Ves? —Milano interrumpe mis pensamientos mostrando una expresión petulante—. Quizás algún día podríamos desayunar juntas.

—Tampoco te pases —protesto echándome a reír—. Esto… ha sido más que suficiente para mí, mejor te dejo con ese universo tenebroso con el que parecías tan encantada.

Tras mis palabras le dedico una sonrisa y me acabo la cerveza.

—Muy buena, por cierto. *Ah*, y gran trabajo.

Esta vez lo digo en serio y noto enseguida como lo disfruta. Sin despedidas, me levanto y doy por zanjada nuestra charla encaminándome a la puerta. Por un segundo la imagino ahí, interrumpiéndome el paso, pero no ocurre, y por algún extraño motivo me decepciona un poco. Suspiro, abro la puerta y antes de cerrar escucho su voz, dejándome sin poder respirar y con una extraña sensación en mi estómago.

Sus palabras exactas han sido: «hay otro universo que me encantaría descubrir mucho más». Y por más que lo quiero, no puedo romper lo que provoca como si fuera un papel que ya no tiene valor en absoluto.

7

Para poner a prueba la realidad, hemos de verla en la cuerda floja.
Oscar Wilde*, El retrato de Dorian Gray*

29 de marzo de 2022, martes.

Los días corren como las balas desafían al viento para ir de lleno contra su objetivo, y hieren tanto como la espera y la incertidumbre que, en ocasiones, también te puede llegar a matar. Es una de esas sensaciones que no soporto cuando estoy trabajando, ver como las manecillas del reloj siguen su curso mientras nosotros nos quedamos estancados entre pruebas, fechas, fotografías y declaraciones que apenas nos hacen avanzar. Por no hablar de la desesperanza y los rezos para que, durante el curso de cada jornada que pasa, no muera una víctima más. Seis es un número lo suficientemente grande como para no dormir por las noches y poner todo el empeño posible en conseguir cualquier tipo de pista, y eso es lo que hemos estado haciendo. Día tras día sin descanso, con todas las noches necesarias de por medio.

Claudia y Anthony están de vuelta al cien por cien en el departamento tras su visita al estado de Texas para intentar rescatar cualquier tipo de información que se hubiera perdido con el paso del tiempo.

Y ese es el motivo por el que el centro de mi pecho me cosquillea, queriéndome decir algo, que estamos a un paso más.

Tras una visita rápida a Cafe Beignet, esta mañana decidí traer un buen desayuno para los cuatro guerreros que nos mantenemos en pie, jugando en una partida donde cada vez que avanzamos parece que damos dos pasos hacia atrás. La mesa está llena de más carpetas y estas de más informes que contienen «novedades» que analizar; al igual que nuestro panel parece estar a punto de explotar entre las conexiones, los mapas con hilos entre sí, y fotografías de todas nuestras víctimas antes y tras su muerte.

—Así que está confirmado, hubo un *Thomas* en cada una de las ciudades dejándose ver al menos uno o dos meses antes de cometer cada asesinato.

—Solo hay dos personas que han coincidido en la descripción.

Alto, con el pelo oscuro, y ojos tan negros como la noche. Simpático, cercano, quizás algo retraído con el género femenino debido a su vida personal… —Claudia ladea la cabeza y observa la imagen negra de nuestro sospechoso como si todos quisiéramos ponerle cara.

Yo lo he intentado en más de una ocasión, pero es como buscar una aguja en un pajar.

—¿Y los circuitos de las cámaras de seguridad? —Con el café en mano, doy un sorbo a la espera de una respuesta que yo misma imagino.

—Nada concluyente, la descripción del sospechoso nos lleva a miles de posibilidades.

—Por no hablar de millones —añade Anthony, quien no tarda en llevarse otro *beignet* a la boca.

Milano está más silenciosa de lo normal para ser ella. Sus ojos se mueven rápidamente sobre una pila de informes y ya la estoy imaginando almacenando cada una de las palabras escritas como si se tratase de un disco duro en movimiento. Desde nuestro último *encuentro* a solas hemos logrado trabajar mejor, aunque no se puede decir que yo esté muy abierta a la posibilidad de dejarla llevar la razón en todo.

Mientras el silencio nos rodea, camino hacia el otro lado de la sala, meto la mano en mi chaqueta de cuero y saco dos caramelos, esta vez de frambuesa. Uno lo llevo a mis labios y el otro lo dejo delante de esos ojos azul grisáceo que analizan todo a través de sus gafas.

—Para que te abra las ideas —le digo en cuanto levanta la cabeza y se me queda mirando extrañada.

—No necesito un caramelo para eso —protesta, había olvidado lo inteligente que era.

Bufo y sin más me dirijo hacia Claudia y Anthony para entregarles un par de archivos.

—Estos informes están impecables, Clyde quiere novedades así que será mejor que los llevéis a la oficina. Decidle que cuando esté libre podemos darle los avances en persona, a pesar de que no son muchos. —Y al decirlo caigo de nuevo en ese agujero de rabia que le da la mano a la tristeza.

Ambos asienten y cierran la puerta para dejarnos a la brillante agente del FBI y a mí a solas. Carraspeo en un intento por llamar su atención: no hay resultado, así que me lanzo a una piscina y voy en silencio hasta donde se encuentra para apoyar las manos sobre la mesa y tocar su espalda con mi pecho.

—¿Qué haces? —entona exasperada.

—Joderte la vida —respondo con ironía—. Haz el favor de dejar eso y escucharme un momento. Te estás obsesionando.

—¿No es eso lo que hacen los perfiladores? Creí que lo tenía claro,

detective.

Cuando lanza sus palabras en forma de bomba siento la malicia golpeándome directo en el pecho. Mi primer impulso es quitarle los informes de entre las manos, pero decido ser un poco más práctica, respirar hondo e intentar llevar las cosas de forma más civilizada.

¿Y cómo lo hago?

Fácil, sentándome en la silla de su lado y girando la suya como si este lugar fuese una sala de interrogatorios.

—Te juro que a veces no te soporto. No sabes lo difícil que estás poniendo las cosas, ¿por qué no puedes simplemente ser un poco más… como dijiste? Encantadora.

—Ahora no estoy de humor para tonterías Fortier, así que déjame en paz.

Mis labios se cierran y dibujan una expresión pensativa. Lo siento, pero no. Cuando la agarro por las muñecas cierro mis dedos con fuerza y la obligo a que me mire fijamente. Noto como los cristales de sus gafas se van empañando debido a mi propia respiración o quizás sea producto de sus nervios. El caso es que me encanta y lo disfruto, ahora soy yo quien la está reteniendo entre mi cuerpo y una puerta imaginaria.

«Es obvio que eso te gustó», y quiero pensar que no, pero tengo otra parte de mí que parece ser mucho más inteligente de lo que yo demuestro en mi día a día.

Así que esto es lo que hago, me mantengo en el mismo punto y no pienso darle tregua hasta que me escuche bien, a pesar de no saber exactamente qué es lo que le quiero decir. Esa es la capacidad que Milano tiene, la de dejarme callada, boquiabierta, nerviosa, con todo mi cuerpo temblando y también con claros deseos por saber con qué me sorprenderá la próxima vez. Al parecer Nick tenía razón, y a Alexander se la dé también en unas horas, cuando pueda hablar con él a través de video llamada como cada fin de mes.

—Yo también estoy asustada, ¿sabes? Tengo miedo de abrir los ojos con una llamada de teléfono que nos anuncie la muerte de otra mujer, pero eso no nos hará mejores en esto. Necesitamos tener la mente abierta y analizar todo bien, no obcecarnos con una prueba en concreto que tal vez no nos lleve a nada. —La firmeza de mi agarre se mantiene, pero de lo que no me doy cuenta es de lo cerca que estoy de su rostro.

—Te equivocas en algo, yo no estoy asustada, estoy segura de que va a volver a matar y por eso necesito darle un poco de sentido a toda esta pesadilla.

—Pero tú sola no vas a poder, como al parecer yo tampoco podría de no haber sido por ti —admito más pronto de lo previsto—. Y no creas que me hace mucha gracia, pero esto es lo que hay. En el FBI

debe ser peor, aquí todo es más pequeño y… acogedor.

Milano sonríe por la última palabra y asiente dándome la razón. Veo como toma aire con dificultad e hincha sus pulmones, entonces desvía la mirada hacia el caramelo y decido soltar sus manos para que pueda obrar con libertad.

Un segundo después podríamos haber mezclado el sabor a frambuesa con un beso.

Y sería uno bueno, me digo a mí misma.

Evidentemente, sé que no pasará así que destrozo la imagen de mi mente e intento mantener la compostura.

—Tienes muchísima fuerza, joder. Al menos para ser tan pequeña.

—*Krav magrá*, llevo practicándolo desde hace casi dos décadas.

—Impresionante… yo destacando en las batallas virtuales y tú siendo un prodigio en el mundo real. ¿Alguna sorpresa más que te guardes en la recamara? —pregunta con un interés demasiado evidente en su voz—. Al parecer no deduje mal al pensarlo.

Maldita arrogante.

Decido ponerme recta en la silla, me cruzo de brazos y la observo sonriendo, viendo mi propio reflejo en esas gafas con las que odio que se vea tan atractiva, y estoy segura que desde lo del hotel viene casi todos los días con ellas a propósito.

—Muchas, pero son de esas que tienes que descubrir —susurro y el caramelo se mueve en el interior de mi boca con elegancia—. Y para aclararlo, no se trata de mi fuerza, sino de aprovechar la de tu rival para contraatacar.

La sonrisa juguetona que dibujan mis labios se acompañan de un guiño antes de que la puerta de la sala se abra y de paso a Anthony y Claudia, junto a un Clyde que no parece muy contento.

—Así que tenemos a un posible sospechoso y nada a la vez —dice con claro disgusto, y ahí está esa mirada inquisidora que ya comencé a odiar en él desde que *aquello* ocurrió.

—En realidad se equivoca. —Milano toma la iniciativa y se pone de pie, ahora es ella la que me dedica un guiño y saborea el caramelo antes de rozar sus labios con la lengua, en un gesto muy descarado mientras lleva la mirada hacia todas las pruebas que están en el tablón —. He estado elaborando una especie de línea temporal, repasando también los lugares y épocas en las que asesinó. Estoy segura de que nuestro sospechoso ronda la edad entre los treinta y cinco y cuarenta, de lo contrario le habría sido imposible empatizar tanto con las víctimas. No importa si en aquel momento él era más joven y probablemente se ha estado favoreciendo de ello durante todos estos años.

El gesto de Clyde cambia de inmediato, gira su rostro para dedicarme una mirada y yo le respondo con una sonrisa lo más

amable posible, porque en este momento estoy odiando que —por encima de las circunstancias— haya tenido razón.

Nadie puede negar a estas alturas que sea una mujer orgullosa, aunque el sentimiento se vaya destruyendo poco a poco con cada palabra que ella pronuncia.

—La descripción de ese tal *Thomas* o como lo hayan conocido los diferentes familiares o testigos que lo recuerdan no es acorde con su aspecto real —continúa Milano—, es mucho más fácil pasar desapercibido si eres uno más de la población. Sus ojos no son oscuros, tengo muy claro que en alguna ocasión ha usado lentillas y ha "alterado" su aspecto para confundir a sus víctimas y al entorno. Causar en ellos un recuerdo confuso.

—Así que hemos cerrado el círculo a la otra mitad de la ciudadanía. —Clyde se muestra reticente y me dan ganas de darle una patada en los huevos.

—Mucho menos, diría yo —le aclara nuestra agente, aunque no puedo creer que esté pensando eso—. Además de en la descripción, también se ha coincidido en que su acento no se acerca ni de lejos al del estado de Texas, es de Luisiana, o al menos se ha criado aquí.

—¿Qué? —Claudia se queda tan sorprendida como todos, y no es para menos—. ¿Cómo puedes saberlo?

Si hubiera sido yo, también habría sonreído como lo hace River, quien se acerca con sigilo y cuidado hacia nuestro panel de pruebas. Ahí, se ayuda de un bolígrafo para apuntar hacia los mapas antes de señalar las víctimas y volver a nuestras respectivas miradas.

—Gracias a la detective Fortier hemos podido investigar un poco sobre el asesinato de la señorita Ainsworth. Ambas acudimos a los centros donde se llevan a cabo las reuniones de alcohólicos anónimos —responde, mirándome fijamente como si aquel día hubiera sido sumamente importante para ella—, y aunque su prioridad es la de proteger a todos los que buscan ayuda, dos testigos aseguraron recordar a nuestro sospechoso, ambos coincidieron en que el dialecto y el uso de la lingüística no denotaba que sea forastero.

—Pero los acentos pueden practicarse —cuestiona Anthony, tan incrédulo o más que el propio Clyde.

—Se pueden practicar, pero los dialectos no. Y si se da el caso, nuestro subconsciente es capaz de delatarnos en algún momento. Un inglés que vive en américa nunca terminará por adoptar nuestra habla al cien por cien por más décadas que lleve aquí. Ni siquiera alguien como yo podría abandonar u ocultar en lo más profundo de su aprendizaje todo lo que tenga que ver con Nueva York.

El silencio que se forma en principio es tenso, y reconozco que yo aporto un poco de esa sensación porque joder, esta mujer es realmente buena en sus deducciones y en muchas más cosas que ahora no quiero

admitir.

Clyde sonríe satisfecho, y después Anthony y Claudia no apartan los bolígrafos de sus libretas para dejar constancia de todo y así poder completar los informes.

—Y otra cosa más. Este asesino es muy fuerte y atlético. En los diferentes escenarios no se ha detectado indicios de que haya arrastrado los cuerpos antes de colocar los cuerpos, así que podemos deducir que los ha cargado. También es muy inteligente —añade— puesto que ha usado ropa o calzado que no deje huellas destacadas que podamos analizar. —Milano lleva sus ojos directamente a los de Clyde y después le sonríe—. Pero creo que eso también juega un poco a nuestro favor porque tenemos a un perfil muy específico y estoy segura que de que jamás fue aceptado debido a esa rabia no digerida hasta que decidió matar.

Simplemente, brillante. Nuestro sargento se queda paralizado hasta que por fin habla.

—Muy bien, es hora de comenzar la caza. Quiero que averigüéis cuantos niños fueron dados en adopción o abandonados en el estado de Luisiana entre la década de los 80 y 90. Me da igual si fue en parques de bomberos, departamentos de policía, hospitales... Centraros en aquellos que acabaron en varias casas de acogida en periodos cortos de tiempo. Yo pediré la orden judicial —ordena Clyde —. Y también necesito una nota de prensa para el noticiario estatal y nacional. Buen trabajo chicos.

No me siento extraña cuando Clyde no me dirige una sola mirada ni me dedica una sonrisa al salir de la sala de investigación. Nuestra relación va de mal en peor y es totalmente aceptable, pero ahora ni yo misma quiero ser la protagonista del juego.

En cuanto se cierra la puerta doy nuevas indicaciones a nuestros compañeros.

Veo los nervios en sus rostros mezclados con la adrenalina de saberse útiles ante todo lo que hemos avanzado y eso es algo que me encoge el corazón y también me hace recordar mis inicios, esos momentos en los que ni yo misma creí que llegaría tan lejos en mi carrera profesional. Con el café enfriado y los *beignets* casi acabados, doy un último pellizco a uno de ellos y llevo el dulce hasta mis labios para degustarlo con una alegría que me recorre el alma. Suspiro y dejo ir un ruido que despierta el interés de Milano. Nuestros ojos chocan de nuevo, yo me encojo de hombros con fingida indiferencia y decido continuar con lo mío a pesar de recibir otra de *esas* sonrisas por su parte.

No sé qué pretende, y no quiero saberlo. «Qué encanto», o ¿es que de verdad es alguien con mucho por descubrir?

Cuando todo en mí se lo pregunta, prefiero bajar la vista y volver

a los informes del pasado más cercano que tenemos a mano. Gabrielle es nuestra nueva clave para ponerle cara al hombre que ahora mismo camina por las calles de Nueva Orleans como si nada. Y por esa razón vuelvo a las palabras que Milano y yo nos hemos dedicado hace algo más de una hora, el puto tiempo pasa demasiado deprisa, pero si hay algo que puedo sacar en claro, es que sí entiendo sus nervios, las ganas arrolladoras por evitar que alguien más muera, y lo que afecta estar al límite del riesgo para evitar que una bomba mayor explote.

Y con ello, acercarnos un poco más al fin del horror.

8

Cuando las verdades se hacen acróbatas podemos juzgarlas.
Oscar Wilde*, El retrato de Dorian Gray*

30 de marzo de 2022, miércoles.

Me tambaleo y no puedo impedir otra caída inminente, porque hay heridas que no se curan con el tiempo y que siguen sangrando hasta que no queda una gota de ti en las venas, ni tus músculos responden como deberían hacerlo llevando el ritmo de un cuerpo cargado de vida. Tal vez es eso, quizás en realidad esté muerta y todo lo que veo o percibo sea una especie de sueño. Una preciosa alquimia encontrada entre los recovecos de ese lugar al que yo llamo palacio y que únicamente está en mi mente. Ahí donde todo lo triste se esfuma a través de las ventanas o se escapa por los huecos de las puertas que se quedan abiertas para dejar paso a una luz, un foco fuerte que es capaz de dibujar un arcoíris en el lugar donde se marcan mis pasos. *Debo estar loca*, o eso es lo que me he repetido durante mucho tiempo, meses en los que creí no poder levantarme de la cama, volver a comer, o a hablar, siquiera respirar.

Quizás sea eso, puede que se haya cumplido y en realidad todo lo que he vivido en los últimos días realmente no exista y sea producto de mi imaginación. ¿Así es cómo se convierte la soledad en locura? ¿Así es cómo un alma se apaga?

«Prometo no llegar tarde».

Esas fueron sus últimas palabras, y ahora mismo estoy viendo su sonrisa y oliendo el perfume a fresas sobre su piel como si ese mismo día de febrero de hace dos años, lo estuviera viviendo y reproduciendo en este presente.

«Te quiero», las dos palabras flotaron en el aire hasta que se marcharon con la sonrisa de Mila y el inevitable vuelo de su pelo castaño oscuro.

—Y aun te sigo queriendo —le digo a lo que no queda en forma de susurro.

El sonido del *zoom* aplaca mis pensamientos y cuando la cara de Alexander aparece en pantalla, el escenario quita las paredes y rompe el papel pintado para reconstruir todo en el lugar que debe estar.

—Agente Fortier, qué alegría verla por aquí.

—Déjate de gilipolleces enano. —La habilidad de mi hermano pequeño para hacerme sonreír es emblemática, más potente que el sol en pleno verano—. ¿Cómo está el soldado más competente de toda américa?

—Pues ya ves, cada día más guapo, hasta el uniforme me queda mejor —bromea con una sonrisa en los labios y haciéndome un gesto con las manos para que vea su vestimenta—. No tengo mucho tiempo, pero quería ponerme al día con todo. Nick me ha contado más o menos, pero prefiero que seas tú quien lo haga. ¿Va todo bien?

—Si por bien te refieres a que hay una mujer que me está volviendo loca, pero que en parte admiro y a que Clyde sigue odiándome… pues sí, creo que estoy bien.

—Pues sí que tenía razón don *kung-fu*, esa tal Milano te ha calado hondo —se burla con la misma sonrisa que suele esbozar Nick.

Antes de responder me fijo en como la barba le hace más adulto de lo que es. Sus ojos azules brillan como el océano creando un perfecto contraste con el color de su pelo, a veces castaño oscuro y otras con pequeños trazos de un rubio que heredó de nuestro padre. Como sucede conmigo, tiene algo en su mirada que refleja una enorme madurez de espíritu *gracias* a las circunstancias y es que, aunque nuestros trabajos lleven una gran carga de peligro, lo que él tiene que enfrentar cada día es totalmente distinto a lo que yo vivo en Nueva Orleans.

Como evito responder —durante segundos que ya estará contando —, levanta sus cejas y lleva una de sus manos al mentón para apoyarse ahí y mirarme fijamente.

Tengo que carraspear y tragar saliva mientras me acomodo en el sofá y evito a la vez que el ordenador portátil no se caiga.

—¿Y bien? —insiste, como me gustaría poder darle un puñetazo en ese bonito rostro.

—No hay mucho que decir, al principio creí que no trabajaríamos bien juntas pero la verdad es que me sorprende su capacidad para la deducción, aunque es un poco, no sé…

—¿Diferente a ti? —me interroga con un tono divertido de voz. Yo asiento y no tengo idea de por qué su sonrisa se magnifica—. Y eso te traerá de cabeza, tú que eres tan metódica y que no te gusta que nadie a tu alrededor invada lo que haces, tu trabajo, tu aire…

—No exageres Alexander, no es para tanto.

—Es así, y lo sabes. ¿Cuántas veces lo pagaste con Nick y conmigo?

Su voz juguetona logra que al final me ría porque me es inevitable no traer recuerdos de un pasado en el que los dos solían darme muchos dolores de cabeza.

—Eso no tiene nada que ver, además, vosotros lo hacíais a propósito, y ella…

—¿Lo hace para llamar tu atención? —dispara repentinamente.

Las mejillas se me calientan y para cuando lo pienso, los diferentes recuerdos que me asaltan logran que ese calor viaje rápidamente por todo mi cuerpo hasta dejarme sin respirar.

—Dijo que me admiraba, así que supongo que debe ser por eso. —Muevo la mano en un intento porque zanje el tema. Aunque tengo muy claro que esto no se va a quedar así… al parecer ambos han firmado algún tipo de pacto para hacerme rabiar.

Joder, es imposible que mientras hablo con Alexander pueda ver también el rostro de Nick. Ambos con mandíbulas marcadas, sonrisas encantadoras, miradas de infarto y sobre todo ese humor con la capacidad de coser cualquier herida hasta que no sangre más. ¿En qué momento yo dejé de ser tan parecida a ellos?

Ah, sí, cuando la vida decidió joderte por todos los flancos posibles, me digo.

El café que está sobre la mesa se vacía con un largo sorbo para intentar no pensar en ello. Alexander se da cuenta —siempre me ha intuido bien—, su semblante cambia rápido y sin más deja ir un suspiro que también se apropia de mis labios.

—¿Sabes qué es lo que creo yo?

Le respondo levantando una ceja, a la espera del mismo sermón que Nick y Bethany ya me han echado en su casa.

—Creo que debes relajarte un poco y dejarte llevar. Esa mujer no parece tan horrible como la pintas y…

—Nunca he dicho que sea horrible —le interrumpo—. Solo que ambas somos distintas y que no me gusta que hayan invadido de esa forma mi trabajo. Además, es muy… ¿friki? No tengo nada en contra, pero es que me vuelve loca con sus montañas de LEGO y los maestros de *League of Legends*.

—Campeones —corrige Alexander.

—¿Qué?

—Que se llaman campeones, y créeme, puedes pasarte meses intentando dominar uno en concreto y ya no te quiero hablar de las regiones. —Mi expresión debe ser todo un poema porque no tarda en reír—. Lo que quiero decir es que da igual lo diferente que sea, tenéis una cosa en común y es el empeño y las ganas por atrapar a ese cabrón así que hermanita… deja de ser tan cabezota y ábrete un poco. Ya es hora de que lo hagas.

Al escucharlo de sus labios me quedo sorprendida. A pesar de que las ventanas están bien cerradas, una ráfaga de aire helado se cuela a través de cada poro de mi piel como si me encontrara en mitad de una tormenta de nieve en los Cárpatos. La taza de café tiembla entre mis

dedos y tengo que refugiar mi rostro en la cerámica para evitar que me vea.

Aunque sé que puede leerme más allá de todo objeto.

—Has perdido mucho, y lo sé, pero tu vida sigue. Y aunque yo también tuve esa época de citas nocturnas y diversión sin ataduras, tú te mereces sentir, y dormir bien por las noches sin pensar en que todo lo que hiciste se trató de un error.

—Sabes que eres el pequeño ¿verdad? —Rio con desgana—. Te odio.

—Lo sé, tanto como yo a ti, mi querida detective.

Escucho el teléfono y el encanto de nuestra conversación se rompe de inmediato.

—Tienes que irte —aseguro, Alexander asiente y yo miro el reloj —. Ten cuidado ¿vale?

—Siempre. Te quiero.

—Te… —Mi voz se queda suspendida en el aire cuando la pantalla hace desaparecer su imagen y se queda en negro—, quiero.

Cuando pierdo el color de sus ojos siento tanto miedo que el corazón se me paraliza. Tengo que tomar una fuerte bocanada de aire para hinchar mis pulmones y contar hasta tres, asegurándome de que no le va a pasar nada. Él va a estar bien, de los tres probablemente es el más valiente y consciente de lo que nos rodea ahí fuera, así que estará bien.

«Siempre volveré a casa», y tengo muy claro que no va a romper su promesa. Porque de todos, la única que siempre las ha roto he sido yo.

Y ese es un peso que llevaré conmigo durante toda mi vida.

…

Tras una ducha bien caliente los músculos parecen haberme dado una tregua, a pesar de que esa sensación de incertidumbre sigue rondándome el estómago, algo no va bien, o no lo irá en algún momento concreto del futuro. Pienso en ello cuando me introduzco en el coche y dejo atrás mi casa de paredes en madera blanca, con las ventanas en verde cerradas y la puerta del mismo color, esperando cada día la llegada de dos personas que nunca más pasarán ese umbral. Las palabras de Alexander chocan unas con otras en lo más profundo de mi mente mientras intento fijarme en la carretera y el tráfico de Nueva Orleans. El cielo ha despertado nublado y con una fina capa que lo cubre todo como si una gran humareda quisiera atrapar a cada ciudadano de esta ciudad.

Con cada calle que atravieso sonrío al darme cuenta de lo fuerte

que hemos sido a lo largo de las décadas. Ni siquiera un huracán tan feroz como el Katrina nos derrumbó, y logró hacernos mucho más fuertes a pesar de que hay días en los que todo se tiñe con el color de la sangre por culpa de los demonios que campan a sus anchas en diferentes puntos del estado.

Mi Cadillac se deleita con toda Poydras Street, la arteria principal del Distrito Central de Negocios de Nueva Orleans —llamada así por el mercader y financiero Julien de Lallande Poydras— y cuyos edificios son el contraste y otro lado de la cultura y la antigüedad que se respira en el Barrio Francés. Mis ojos van a parar a los ventanales de las grandes estructuras donde el sol intenta dejar un brillo espectacular, al igual que acaricia el capó de mi coche. Y no niego que le falte encanto, sin embargo, prefiero con creces la historia agrietada del lugar en el que vivo con la mezcla de la fiesta que se respira cada noche a pesar de no pegar ojo en más de una ocasión.

Cuando giro el volante veo de nuevo el edificio del Departamento de Policía.

Un escalofrío me tensa los dedos de las manos y estoy a punto de chocar contra otro coche. El claxon suena, levanto la mirada y me disculpo antes de ir directamente a aparcar para cruzar los últimos metros que me separan de mi trabajo. No puedo respirar y al atravesar la puerta siento que estoy a punto de romperme en pedazos sin saber por qué. El ascensor se abre ante mí, me subo en él y cuando la puerta está a punto de cerrarse unos dedos aparecen ejerciendo toda la fuerza posible para evitar perder su turno.

Es Milano.

—Katherine —habla casi sin voz—, quiero decir… Fortier, hay noticias.

—¿Por qué la intuición nunca puede fallarme? —protesto, aunque me hubiera gustado no haber dicho esto en voz alta.

Mientras los números del ascensor se marcan y recuperan el opaco de la nada poco a poco, me doy cuenta de *cómo* Milano me observa.

—Creo que esta vez no es nada malo —me aclara en un intento por calmar los nervios que ya se han posado en el tamborileo de mis dedos sobre las piernas.

Me sonríe y no entiendo nada, y todavía menos cuando de su maletín saca una pequeña bolsa que contiene caramelos de café con vainilla, sabor a nata con fresa y otros de fruta. La mayoría de ellos no los había probado nunca, pero no es eso lo que de verdad me preocupa, sino la forma en la que ahora me está mirando. De esa *manera* que me confunde y cambia de golpe toda opinión que tengo sobre ella. Sus ojos brillan más esta mañana, de hecho, parece que son más azules que grises tras sus gafas de pasta gris oscuros —las terceras que le he visto desde que nos conocemos—. Otro dato que he

guardado en mi memoria como si fuera algo realmente importante.

Ante mi silencio abre la bolsa y me la ofrece para que coja un caramelo. Al principio dudo, pero después me decido por uno de nata con fresa.

«Tranquila, no están envenenados», ironiza la voz que hay en mí.

—Estos son de mi tienda favorita de toda Nueva York, los he pedido expresamente.

—Y, ¿por qué…? —Mis labios se silencian mientras lamento que mis dedos se muestren nerviosos al abrir el envoltorio.

—Ya te dije que tenía mi encanto, y cambiar o abrirte a nuevas cosas no tiene nada de malo, detective.

La forma en la que remarca la última palabra antes de que se abra el ascensor me deja con las piernas temblando —a mi yo cagándome en la conversación con Alexander— y los labios abiertos.

No espero que diga nada más y quiero que siga avanzando, pero cuando estoy a punto de ir hacia el pasillo Milano se gira e interrumpe mis pasos casi chocando conmigo.

El caramelo golpea mi garganta y estoy a punto de atragantarme por su culpa, joder esta escena no puede ser más ridícula. Quiero cerrar los ojos y que la tierra me trague o que me lleve a cualquier otro lugar que no sea frente a una mujer que enciende mi cuerpo como el vodka o el tequila lo hace en noches donde quiero olvidarme de todo y besar a cualquiera que no recuerde después. Algo que llevo tiempo sin hacer —y probablemente la razón más clara del por qué me siento así—.

Así, ¿cómo?

—Por cierto, ese *look* —dice señalando a mis ojos—, te queda muy bien. Tienes mucho misterio rodeándote Fortier, pero no te preocupes, pronto destaparé todos ellos.

¿Perdón?

De no ser por la camiseta que acompaña a mi chupa de cuero, esta ya ardería sobre mi piel mientras veo como Milano se marcha y enredo el caramelo en mi lengua.

—Un beso de fresa y nata —susurro atrayendo miradas curiosas. ¿Por qué me pondré a pensar en tonterías? —. Volved al trabajo, ¿no tenéis nada que hacer?

—Sí detective —responden tres de nuestros agentes.

El foco del techo sigue iluminándome, he perdido la noción del tiempo durante unos pocos segundos, ¿o han sido minutos? Tan rápido como puedo me dirijo hacia el baño y me quedo firme, con las manos apoyadas en el mármol y el reflejo de mi rostro fijo en el espejo que tengo delante. Observo mi pelo, cayendo en ligeras ondas sobre los hombros. El *eyeliner* negro intensifica el color de mis ojos y también el pintalabios suave con el que siempre me maquillo,

destacando siempre la naturalidad de mi piel.

Cuando paso los dedos por mi cuello la imagen que veo cambia a otra muy distinta en la que Milano es quién lo acaricia antes de apartar un mechón y dejar un beso rojo sobre mi piel.

—No, no, no, esto es… —interrumpo mis propias palabras en un intento por centrar cada uno de mis pensamientos—. No puedo mezclar el trabajo con… con…

Pero cuanto más me lo digo, más la imagino a mi espalda, robándome todo el aire que nos rodea. Y por primera vez en mucho tiempo, todo lo que hay en mí se une cerrando un círculo en forma de discurso para hablarme claro y decirme que es cierto.

«Que necesitas seguir adelante y disfrutar de lo que la vida te ofrezca».

…

Los chicos parecen tan ajenos a la situación que por primera vez en muchos años entro en pánico al pensar en decir algo que se salga de lo debido.

Milano se quita la chaqueta de su impecable traje —algo más para odiarla— y la lleva hasta el respaldo de la silla donde se sienta. Hoy también lleva una camiseta a diferencia de las camisas que han desfilado por esta sala en los últimos días, y el blanco le da mucho más poder a sus labios maquillados en rojo junto a esa mirada asesina que yo creía más inocente tiempo atrás. O quizás simplemente esté imaginando tonterías o adquiriendo una especie de síndrome de Estocolmo hacia ella.

No, no. Imposible.

—Sé que los días están siendo muy largos y se nos hacen especialmente pesados —dice con un tono sumamente tranquilo, aunque sí puedo fijarme en como el cansancio también tiñe una línea morada en sus párpados—, pero hemos conseguido avanzar y conmigo traigo una lista oficial de nombres.

—¿Conseguimos el permiso? —pregunta Claudia refiriéndose a la orden judicial.

—Dentro de la carpeta que tenéis frente a vosotros hay un registro con ciento cuarenta y nueve nombres, varones y que estuvieron en un mínimo de cinco casas de acogida después de haber sido abandonados y caer bajo el poder del estado. El hecho de que nos centremos en este tipo de perfil tiene mucho que ver con la forma en la que nuestro asesino muestra su arte, y también con su *modus operandi* —explica frunciendo el ceño, dejando ver esa pasión por un trabajo que le encanta.

Podría estar escuchándola todo el día, me digo a mí misma sin apenas darme cuenta.

—No encajaron en la sociedad —aclaro siguiendo el hilo de sus palabras. Milano dibuja una sonrisa y dirige su mirada hacia Anthony y Claudia—, y probablemente siguieron con su vida una vez que se vieron capaces de estar por encima del sistema.

—Aunque no tenemos ni el quince por ciento de los datos de las madres que en su día entregaron a sus hijos, la mayoría de ellas cumplen con la edad, el físico y las características que muestran nuestras víctimas. Puede que entre ellas se encuentre un posible objetivo o no, pero quiero que prestéis atención a los datos, las clínicas donde abortaron, si es que fue de manera legal, los hospitales donde dieron a luz. Todo —continúa nuestra perfiladora—. Al igual que tenemos que descartar a quienes no encajen en el perfil de *Ictero*.

—¿Podemos empezar a investigar ya? —El entusiasmo de Anthony me golpea directo en el pecho.

Siempre me han gustado los agentes con iniciativa y con esa hambre por atrapar a un asesino, por lo que asiento y me levanto de mi silla para caminar hacia la máquina de café.

—Será un día duro, probablemente los que vengan de aquí en adelante también, pero sí, vamos a seguir por esta línea. Prestad atención a los detalles —les indico—. Si hay algún evento fortuito o de gravedad descrito por los padres de acogida no lo paséis por alto.

—Y repasad bien cada informe médico. Nuestro asesino probablemente fue maltratado en más de una ocasión. Sé que son muchos nombres, pero lo estamos haciendo bien y todo aquel que esté conectado con Luisiana o el estado de Texas es de gran prioridad, ¿de acuerdo?

Mientras las gotas negruzcas del café se acumulan siento como el peso de mis nervios caen al suelo, sin tener todavía idea de cómo mi intuición no ha hablado en vano horas atrás.

9

Nuestras vidas son demasiado breves para cargar con los errores de los demás.
Oscar Wilde*, El retrato de Dorian Gray*

30 de marzo de 2022, miércoles.

A pesar de que la primavera gobierna nuestra ciudad, las noches siguen siendo especialmente frescas durante una estación en la que mi vida solía ser muy diferente a la de ahora antes de la muerte de Mila y mi posterior divorcio. La satisfacción de pintar un círculo más claro en la investigación y las pruebas que ahora descansan dentro del Departamento de Policía, dejó una sensación especial en mi estómago, pero mientras camino es como si todo se esfumara conforme mis pasos me permiten recorrer esta ciudad que tanto me ha dado a lo largo de mi vida. Aunque también quitado. El índice y corazón de mi mano izquierda sujetan el cigarro que llevo hasta mis labios para dar pequeñas caladas y dejar que la noche se pinte de mi vaho junto al humo del tabaco. Lo primero en lo que pensé al salir de las oficinas fue en ir a hacer *footing*, después llamé a Remy y me pidió una y otra vez disculpas por no haberme informado de que tendría guardia dos días seguidos.

Me niego a seguir acosando a Bethany, Nick y Ben así que lo único que me queda son las calles de Nueva Orleans, mi mal vicio y los pensamientos que chocan entre sí, intentando por todos los medios que me vuelva loca.

—Como si ya no lo estuvieras… —digo en voz baja antes de dar otra calada.

El Barrio Francés —y mayor tesoro de la ciudad— me da la bienvenida con sonrisas que ya son conocidas para mí después de décadas como vecina de este lugar. Yo asiento, pero no me detengo en ningún punto en concreto.

Tengo una insaciable necesidad de deleitar mis sentidos gracias al sabor de la comida china mezclada con la música sureña pero mis pies deciden por mí y acaban por dirigirme a las cercanías de Jackson Square a pesar de que la plaza ya está cerrada para el público. Desde donde me encuentro puedo ver la Catedral de San Luis con sus imponentes cúpulas que ya acarician la oscuridad del cielo. Detengo

mis pasos y en vez de respirar el humo del tabaco esta vez dejo que sea la naturaleza y los árboles quienes renueven el oxígeno que recoge mi cuerpo. El color blanco de la arquitectura brilla junto al reloj que marca más allá de las diez de la noche, dándome el aviso de que probablemente no lograré conciliar el sueño.

Al pensar en ello sonrío de forma irónica. «Es increíble la forma en que todo cambia».

Y tengo que dar la razón a las palabras que una vez pronunció Hailey antes de que se marchara de casa. Por un segundo creo estar viendo una ilusión frente a mí a solo dos metros, con ella y conmigo cogidas de la mano, disfrutando de lo que conocíamos sin miedo a lo que pudiera depararnos el futuro.

Agujeros negros, sangre y muerte por doquier.

Niego y estoy a punto de dar un paso hasta que una voz me interrumpe. Doy por hecho que son mis pensamientos hasta que giro los pies y me encuentro con Milano observándome como si de un gato nocturno se tratara.

—Qué coincidencia —declara y yo estoy a punto de no creérmelo.

Aunque, ¿por qué no iba a querer disfrutar de la belleza de esta ciudad por la noche?

—Había olvidado que además de invadir mi trabajo, prácticamente eres mi vecina —ironizo y ella se echa a reír con una melodía que me recuerda a las cuerdas de un violín—. No tienes una partida… ¿o algo así?

—Katherine, qué poco me conoces. ¿Te crees que paso la mayoría de mi tiempo libre frente a la pantalla de un ordenador?

—O con tus LEGO —le respondo encogiéndome de hombros.

Milano levanta una ceja y sus pasos la acercan peligrosamente hasta mí. Con el cigarro todavía entre mis dedos y a pesar del olor a tabaco impregnando mi alrededor, soy capaz de percibir la mezcla de la nata con la fresa de uno de esos caramelos que trajo por la mañana.

El dulce se esconde en el interior de sus labios rojos, más peligrosos que cualquier arma de fuego.

Mi garganta sube y baja cuando trago con dificultad. Qué demonio. Lo que esta mujer produce en mí es un sin sentido al que no quiero buscarle significado y, sin embargo, puedo dárselo en cuanto cruzo mi mirada con sus ojos grises, brillantes como las estrellas, ardiendo como una fuerte llamarada dando calor a un hogar en pleno invierno. *¿Es eso lo que necesito?* Que alguien rompa el hielo que ha cubierto con el paso de los meses mis órganos, músculos, huesos y cada capa de mi ser.

—A veces puedes ser muy divertida ¿sabes? —Milano se para frente a mí y me observa bien. Mi vestimenta no ha cambiado mucho a la de esta mañana —la eterna compañía de mi chaqueta de cuero

junto a unos pantalones oscuros y una camiseta negra—, pero ella parece haberse vestido para una ocasión que ha estado buscando a conciencia—. Aunque necesitas practicar un poco más tu encanto, y dejar de fruncir tanto el ceño. Te hace atractiva, pero me gusta más cuando sonríes.

Quiero que el tiempo se detenga, o cuanto menos, salir corriendo. A cambio, mis pies se afianzan al suelo y el cigarrillo se escapa de entre mis dedos haciéndome suspirar.

El corazón comienza a bombearme tan rápido que apenas puedo contener el aire en mis pulmones. Ya siento como la sangre arde a través de mis venas y logra el mismo efecto desde la punta de mis pies hasta las raíces de mi pelo. Tengo frente a mí a una mujer que he odiado durante días y, sin embargo, ahora mismo puedo compararla con la belleza de todos los edificios históricos de construcción colonial que son testigos de nuestra cercanía.

—¿Y qué pasa si no quiero hacerlo? —la reto con un sonido gutural dominando mi voz.

La escucho decir «eso tiene solución», aunque por un momento creo no haberlo hecho porque los oídos me pitan cuando sus dedos se arrugan en las solapas de mi chaqueta y me atrae hacia ella para besarme con una furia que no espero. Las piernas me tiemblan, no sé qué hacer con mis manos, pero lo descubro cuando su lengua se enreda con la mía y toma el control de mis sentidos explorando el interior de mi boca.

Los dedos de mi izquierda se enredan en su pelo rubio, justo a la altura de su nuca, la atraigo hacia mí con desesperación —tirando de ellos— y no le permito respirar hasta que nuestros pulmones nos lo exigen.

—Creo que ya lo has hecho… —susurra rozando su nariz con la mía.

Tengo que abrir bien los ojos para asegurarme de que esto no es una ilusión producto de mi imaginación o el palacio mental en el que suelo encerrarme más a menudo de lo que la gente que me rodea sabe. Pero es tan real como el tacto frío de sus dedos al chocar con el ardor de mis mejillas y que poco a poco viaja por la extensión de mi cuello hasta atrapar de nuevo mi cuerpo a través de la ropa que llevo encima.

Su abrigo de color gris es largo y cae a la altura de sus rodillas para cubrir los pantalones de pinza que acompañan a unas zapatillas sencillas. Aunque lo que más me hace reír en la camiseta con dibujos que cubre sus pechos, su vientre, sus caderas… joder.

Mi mirada se paraliza en el borde del pantalón decorado con un cinturón que sirve de protección a esa tela que debe ser muy fácil de quitar.

Desde luego que sí.

—¿Por qué te ríes? —pregunta de repente, y tan rápido como puedo vuelvo a sus ojos.

—Porque eres extremadamente rara y eso…

—¿*Mmmmm*?

…

«Me encanta», es lo último que le dije y repetí en varias ocasiones antes de que la catedral y la belleza de Jackson Square fueran sustituidas por una habitación y el intenso color blanco de la puerta de madera donde mi espalda ha chocado ya dos veces.

El negro de mi chaqueta debe estar fundiéndose como lava ardiendo contra ella a causa de Milano y sus malditos labios puestos sobre la piel de mi cuello. Tengo los ojos cerrados y mi mente ya ha imaginado decenas de escenarios y actos mientras nuestras pieles se cubren de un sudor salvaje y cargado de necesidad. Aunque otra parte de mí se maldice por caminar hacia una línea que en ningún momento debería traspasar.

Ella es mi compañera de trabajo, ella es…

«No te dejes guiar por el pasado», Nick se mete en mi conciencia y provoca que abra mis ojos con fuerza, recordándome con esas palabras que yo jamás tuve la culpa de la mayoría de cosas que a día de hoy me pudren el corazón.

—¿Estás bien? —La voz de Milano suena dulce sobre mi oído izquierdo.

Asiento porque soy incapaz de responderle por culpa de su incontrolable lengua y un deseo por mí que desconocía o que quizás he ignorado totalmente a propósito. Al igual que también intenté aplacar el mío hacia ella, tiñéndolo y vistiéndolo con esos sentimientos de odio que me produjo nada más verla al entrar en el Departamento de Policía.

—Deja de hablar de una puta vez —le increpo llevando mis manos hacia sus muñecas—. A veces odio que no pares ni un segundo.

—Pero también te gusta. —Y me reta con la mirada.

—*Shhhh*…

Demando su atención de nuevo cuando soy yo quien la besa como si el alcohol nublara mi juicio, igual que lo hizo durante muchas noches donde busqué esa descarga emocional con la única intención de liberar un poco la pesadez de mi corazón.

Pero esta vez es diferente, totalmente diferente.

Milano gira cuando la obligo y mis manos se deshacen de su abrigo. Lo dejo caer sobre el suelo antes de enredar mis dedos en el

horizonte que separa su piel de mi tacto. La camiseta cede a mis deseos y me permito observar su piel blanquecina marcada por algunos lunares cuando ella se queda frente a mí, semidesnuda y con el encaje cubriendo sus pechos. Odio el gesto que hace a continuación, porque ya lo ha repetido ante mí en innumerables ocasiones.

Sus dientes se clavan en su labio inferior, y me provoca. Maldita bruja, maldito encanto y maldita sea ella porque lo único que consigue es que yo caiga en ese hechizo y muerda sus labios como una manzana roja envenenada, desatando en ella un siseo y una sonrisa que se me clava de lleno. Vuelvo a besarla y esta vez batallo con sus pantalones mientras sus manos van a mi chaqueta de cuero para dejarla volar con todo el cariño posible en una situación así. Me es inevitable seguir el trayecto, pero Milano no es de las que permite distracciones y soy consciente cuando sus manos van a mi rostro, obligándome a ver como pasea con delicadeza y lentitud su lengua por ese pintalabios que deseo ver marcado sobre mi piel.

—No te soporto… —le digo, medio en broma, aunque con la realidad del pasado que viaja a este presente.

—Y, a veces yo tampoco soporto que no apagues tu orgullosa voz.

Cada palabra y caricia es un reto contra la otra. Con una sonrisa pícara en mis labios la empujo para lograr que choque —otra vez— contra el muro que separa un rincón de otro. Le arranco un mordisco de los labios, y después hago lo mismo en su cuello, hombro, vientre y costado, lo hago mientras prácticamente rompo el cinturón de su pantalón y desabrocho el botón para quitárselo sin pensarlo más.

Mi siguiente enemigo es la cara interna de su muslo derecho, donde me deleito durante unos segundos hasta que llego a ese punto cubierto por una fina prenda que acaricio con los dedos antes de colarme en su interior.

La escucho suspirar, me separo un poco y levanto la mirada con mis rodillas clavadas en el suelo. Puede que quiera apagar mi voz, pero yo voy a lograr que la suya me suplique y también que repita mi nombre tantas veces como me dé la gana. Arma contra arma, somos dos en esta batalla.

Lentamente la tela camina a lo largo de sus piernas y con el mismo acto libero también sus pies, la vuelvo a mirar y sé que no está dispuesta a ser la perdedora de este juego, porque ambas somos tercas en nuestro empeño por llevar las de ganar. Y cuando mis ojos ven como sus manos se dirigen al centro de su pecho y con un leve roce el sujetador se abre para acabar de desnudarse, no puedo más que morder mi propio labio y derretirme en el proceso.

Su mirada me dice «atrévete», y no pienso perder un segundo en demostrarlo.

El aire que se escapa de mis pulmones lentamente roza su piel

después de retenerlo ahí durante un par de segundos. Noto como esta se le eriza. Una de sus manos se apoya contra la pared y la otra va directa hacia mi rostro mientras la acaricio con la lengua hasta abrirme paso entre su humedad. La cabeza me explota y el calor se dirige rápidamente por cada célula de mi cuerpo, arrasando todo a su paso. Quiero que sus manos se posen sobre mí, quiero que me invada por dentro y también que me haga suya con cada disparo, pero no se lo permitiré hasta que grite llevada por la melodía de gemidos que en este momento cruzan sus labios. El sonido se mete tan dentro de mí que ya noto la respuesta de todos mis sentidos ante ella.

Me la como y la saboreo con delirio y fuerza, ella tiembla, sus piernas tiemblan tanto que la imagino viéndola caer ante mis propios actos.

Gimo cuando creo que está a punto de hacerlo, un segundo antes de que sus manos me atrapen y me obliguen a ponerme en pie para besarme mezclando el sabor de su boca con la mía y el de su sexo, que se ha quedado impregnado en mi lengua y en varios trazos de su piel. Milano clava los dedos de su mano izquierda en mi cuello, los hunde con tanta fuerza que no puedo evitar lanzar un quejido de placer.

Tira de mis labios arrancándome otra deliciosa protesta, ahora ya saboreo el metal de la sangre dentro de mi boca y llevo los dedos al mismo punto antes de quedarme mirándola.

Sin decir absolutamente nada.

Ahora es mi mirada la que grita «atrévete», y lo hace, caminando hacia mí a paso lento, como una serpiente está a punto de abordar a una víctima. Silenciosa, concentrada, con esa hambre que calienta nuestros cuerpos y nos humedece hasta el punto de no querer esperar más, ni un segundo más.

No cuento los segundos, pero siento que ha pasado una eternidad hasta que sus manos me han dejado completamente desnuda bajo su cuerpo y con mi espalda pegada a una cama que está a punto de sufrir las consecuencias del paso de un huracán en forma de seres que gritan, gimen, se besan y se arrancan la vida a mordiscos. Me encanta cuando ejercen poder sobre mí —aunque yo me declare siempre bajo el control de todo—, su forma de moverme con la fuerza de sus manos calla mis labios y me impresiona mucho más que todo lo que he podido escuchar de ella en los días pasados. Sus pechos se pegan a mi espalda, siento como estos se endurecen, pero la visión cambia inmediatamente a otra cuando su lengua se pega a mi cuello y pretende dejarme otra marca ahí mientras su mano se cuela en el poco espacio que queda hasta llegar a mi cintura y más allá.

Nos besamos, ella se cuela entre los pliegues de mi intimidad, irrumpiendo como si nada y yo se lo permito, dejo que me vuelva loca y me aprisione la muñeca, que me ate con sus dedos al igual que lo

harían unas esposas. Muevo mis caderas y Milano responde de una manera que me lleva al cielo cuando ambas logramos tocar a la otra más allá de todo límite. Durante noches he disfrutado de un sexo increíble con mujeres que han tenido la capacidad de romper las estrellas y convertirlas en polvo, pero lo que ocurre en este momento va más allá de eso. A pesar de que sé lo que es, el centro de mi pecho se llena de unas emociones que durante mucho tiempo creí muertas. Ella me folla, y yo lo hago también, apasionadamente, hasta que el orgasmo estalla y gritamos agotadas, cayendo sobre la cama en un intento por volver a respirar. Nuestros pechos suben y bajan a ritmo frenético, yo me quedo mirándola, le sonrío y aunque es un sentimiento extraño, sé que está bien.

Cierro los ojos cuando acaricia mi mejilla, pero no me permito decir nada, no quiero estropearlo ni admitir que esto no parece haber sido para mí como una noche cualquiera.

Porque los miedos son mucho más poderosos a la realidad que tenemos delante.

10

La única manera de librarse de la tentación es caer en ella.
Oscar Wilde*, El retrato de Dorian Gray*

09 de abril de 2022, sábado.

Tengo la televisión encendida mientras preparo algo de café en la cocina y aunque el aroma suele provocar en mí un estado de calma total, toda mi mente, sentidos, cuerpo y alma están con Alexander y el despliegue de las tropas de nuestro país en Europa por culpa de nuevos conflictos que demuestran cómo —a pesar de habernos roto mil y una veces— el humano no aprende de sus errores pasados. Suspiro con la bilis en mi garganta y llevo la mano derecha hacia el pecho para intentar calmar mi corazón, recordando también la última conversación que tuve con Nick respecto a ello. «Él jamás incumpliría su promesa de volver a casa», pero después de tantas pérdidas no puedo evitar sentir miedo ante la posible muerte de nuestro hermano.

Antes de que la cafetera se llene me dirijo hacia el salón y me planto frente a la imagen de Mila y Hailey junto a mí. Cojo el marco entre mis manos y la fotografía tiembla al mismo ritmo que mis ojos se nublan por el recuerdo de todos los libros que una vez compramos en familia.

—Cuida de tu tío, ¿vale? —le digo al rostro de Mila antes de escuchar el timbre.

Por un segundo había olvidado que Remy vendría a desayunar.

No tengo el mejor aspecto, aunque reconozco que desde mi *encuentro* con Milano las cosas han cambiado de forma considerable. He logrado dormir alguna noche gracias al poder de sus besos y las caricias de sus manos, y por más que lo he querido evitar, la tensión en el trabajo nos ha llevado a encuentros a escondidas y miradas fogosas que podrían quemar más que el mismo infierno.

Niego dibujando una sonrisa en mi rostro, carraspeo y me arreglo el pelo un segundo antes de abrir la puerta y recibir a mi mejor amigo con un fuerte abrazo.

—Pase caballero, cualquiera diría que vuelve a casa después de meses —bromeo y como es de esperar él se echa a reír.

—Pues casi, no tienes idea de cuánto necesitaba un día libre. El trabajo está siendo una locura en el hospital.

—Me lo puedo imaginar, yo estoy igual… pero hay café listo, *beignets* y también rollos de canela con las chispas de chocolate que tanto amas —transmito con el orgullo hinchándose en mi pecho.

—Vaya, vaya, alguien parece muy contenta, ¿algo que deba conocer? Y querrás decir *que* adoramos —remarca con la diversión tomando el control del tono de su voz—. Fuera de bromas, me alegra verte… bien. Parece que estás más descansada.

—Un poco, la investigación avanza. Pero todavía hay cosas que no entiendo, ya sabes que no puedo hablar mucho de eso —le digo, recibiendo una afirmación por su parte.

Remy se deshace de la chaqueta, la deja en una silla y yo voy corriendo a la cocina para servir el café en dos tazas y poner los dulces en una bandeja antes de volver con él. Observo una vez más las paredes que nos rodean y me siento tranquila al tener a mi familia aquí, a mi lado, porque él y Nick junto a mi cuñada y sobrino son los únicos a los que he permitido entrar durante los últimos meses.

—El caso es que cuando todo ocurrió en Texas el tema fue tratado de otra forma —le aclaro dándole su taza y ofreciéndole el azúcar mientras yo cojo uno de los *beignets* y le doy un buen bocado—. Parecía como si la población estuviese de acuerdo con aquellos actos, así que por decirlo de alguna manera todo se paralizó y no ahondaron en muchos temas o pistas a las que ahora sí hemos podido acceder.

—Yo creo que ese es el efecto Fortier, nadie se atrevería a llevarte la contraria.

Ambos estallamos a reír mientras niego, aunque a pesar de que intente hacerlo sé que tiene razón, porque todo dio un giro considerable cuando me hice cargo del caso antes de que nuestro querido ángel salvador desapareciera del mapa.

Pienso en ello, pero lo que realmente necesito ahora es a mi mejor amigo y recuperar un poco de la normalidad en mi vida.

—Sé de una que sí. —Con los labios escondidos en la cerámica se lo digo y él me mira alzando una ceja—. Pero ese es otro tema.

—Ahora me lo cuentas, no podré dormir tranquilo si no lo haces —dice, y en sus labios se dibuja un puchero irresistible para mí.

—Digamos que he ido un poco en contra del código… —empiezo —, aunque en realidad no lo he roto del todo porque ella solo está colaborando con nosotros y de todas formas yo no creo en esas mierdas. Ya sabes…

—Tú jamás has seguido las normas. —Remy se deleita con un rollo de canela y después me mira con una intensidad fulminante antes de hablar—. Así que, estamos hablando de esa tal Milano… ¿*eh*? —Levanta ambas cejas y las mueve sin cortarse en absoluto.

—Una vez me dijo que tenía muchos encantos, supongo que al final he sucumbido a ellos —respondo, encogiéndome de hombros.

No quiero quitarle seriedad al asunto, pero entre Remy y yo las bromas siempre están aseguradas, al igual que las charlas sin juzgar y el apoyo que te proporciona ese pilar esencial en tu vida. A veces pienso que moriría del todo si le perdiera a él y a mis hermanos.

Sus ojos brillan y me observan con intensidad, como si quisieran leer lo que hay más allá de los míos, dentro de mi mente. Las mejillas me arden y siento caer todas las capas que he intentado levantar para evitar precisamente esto, que mis emociones se perciban rápido, de la misma manera que yo solía resolver cualquier caso que caía entre mis manos. Pero ante él no me siento vulnerable, no tengo que fingir, tampoco tengo que sentirme culpable por lo ocurrido tiempo atrás, ni mucho menos por los fallos que hay en mi persona. El rollo de canela que está frente a mis dedos se convierte en víctima del nerviosismo de estos, tengo que dar un buen sorbo al café para calentar mi cuerpo, relajarme y poder continuar con esta conversación.

—Es una mujer divertida, y me ha cerrado la boca por completo, lo admito.

—No estás hablando en serio ¿verdad? —La sorpresa en los ojos de Remy es clara, creo que está a punto de echarse a reír, y de hecho lo hace poco después.

Yo le fulmino con la mirada. Estoy tentada a tirarle un dulce a la cara, pero no lo hago porque eso sería un pecado.

—¡Venga! Tú eres una mujer que… que… ¡joder! Jamás dejas que nadie pase por encima de ti, ¿y me estás diciendo que tu compañera lo ha logrado?

—¿Pasar por encima de mí? No, no. —Levanto las manos—. Grábate estas palabras, no ha pasado por encima de mí, solo me ha puesto en mi lugar un par de veces, pero no tantas como yo lo he hecho con ella.

—Y mientras tanto habéis explorado algo más que vuestras mentes. Amiga, te admiro. Esto es como la pólvora al fuego, ¿lo has pensado?

Su pregunta me deja en silencio, me permito ese tiempo para acunar la taza bien entre las manos. Mis dedos tamborilean en la cerámica, el café se enfría, aunque mi mirada sigue el vaho del líquido caliente mientras vuela y se mueve frente a mis ojos.

—¿Sinceramente? —Dibujo una mueca con los labios y vuelvo a esa mirada tan sincera y protectora—. Creo que ya es hora de darme algunos lujos, no me refiero a tener buen sexo, sino a intentar pasar página después de todo lo que ha pasado, ¿sabes?

—¿Tienes… sentimientos hacia ella?

Cuando Remy enarca una ceja entiendo bien su pregunta y yo niego rápidamente, el último bocado del *beignet* se me cruza y me entra la tos.

—¿Has oído todo lo que te he dicho? Sobre el código, que ella está de paso… —le digo en un intento por no indagar más profundamente en las emociones que me recorren—. Esto no tiene futuro alguno, pero tampoco nada de malo. Ya sabes, divertirnos un poco mientras intentamos atrapar a ese malnacido. Dios, me siento tan ineficaz en este momento...

—Oye. —Remy se levanta para ir a mi lado y rodear mi cuerpo con sus brazos. Su calor me reconforta, incluso la forma lenta en la que su pecho se hincha y desinfla es un bálsamo para mí—. Estoy seguro de que Alexander y Nick ya te lo han dicho, a pesar de que no puedes contarnos tanto como te gustaría, pero los tres sabemos que estás haciendo bien tu trabajo. Eres la mejor y nadie discutiría eso, ¿vale?

—No me creo que tengáis tanta confianza en mí.

—Y yo no me creo que dudes tanto de tus capacidades, detective —bromea él, posando sus labios en mi frente para dejar un beso ahí—. Ve poco a poco, y si necesitas ayuda ya sabes que nos tienes aquí para descargar esa ira con la que te proteges, pero quizás deberías hablar con alguien más, o simplemente darte más noches de buen sexo con tu compañera.

—¡*Eh*! —Antes de decir algo más, no puedo evitar el golpe que le propino en su pecho.

Le doy tan fuerte que se cae sobre el sofá mientras estalla a reír, aunque no tarda mucho en contagiarme.

—Si lo llego a saber no te cuento nada, eres un idiota.

—Pero soy un idiota al que quieres —replica formando un puchero desde donde está—, y para que te quede bien claro, ella estaría muy orgullosa de ti.

—Lo más triste de todo es que Hailey probablemente me siga odiando.

Lanzo un suspiro y aunque intento buscar cualquier otro tema de conversación para evitar que Remy diga algo, me es completamente imposible.

—En una de nuestras salidas, cuando Nick vino de voluntario al hospital, me comentó que se había cruzado con ella. Le preguntó por ti, por como estabas.

—¿Y por qué yo no sé eso? —le increpo con la sorpresa bañando mi expresión.

—¿De verdad has querido saberlo, Katherine?

…

La conversación terminó con un gran silencio por mi parte, sin responder a esa pregunta y con el café enfriándose en nuestras tazas

de cerámica. El día de descanso para Remy llegó a su fin cuando recibió una llamada de urgencia del hospital y se despidió de mí con un abrazo que me supo a un «volveremos a hablarlo». Al cerrar la puerta de casa todo el peso de la soledad me cayó encima y ahora me encuentro al volante del Cadillac de vuelta a las calles, sin rumbo fijo y con uno en concreto. Lo que necesito ahora es encerrarme entre las paredes del departamento y volcarme en el trabajo para intentar dejar de lado todos los demonios que otra vez intentan agarrarse a mi piel, meterse en mi sangre para envenenarla y nublarme la razón. Cuando aparco el coche siento una gran calma respirándome en la nunca. Mirar hacia los pequeños ventanales que se esconden entre las paredes del edificio aumentan mis deseos por mejorar, abordar cada prueba y decirle a ese mal nacido que aquí estoy. Que aquí estamos y que su tiempo de horror está a punto de terminar.

El ascensor se cierra y recibo un mensaje que no espero y me hace sonreír como si yo fuese una tonta adolescente —¿dónde ha quedado mi fortaleza?—.

M: Tenía pensado ir a dar una vuelta e invitarte, aunque mi intuición femenina me dice que estás en el trabajo. ¿Tengo razón?

K: ¿Tú intuición femenina? ¿Seguro que no me estás espiando, Milano?

La situación me resulta divertida después de responder su mensaje mientras veo como cada botón se ilumina subiendo planta por planta. Tengo muy claro que este edificio jamás duerme, porque como yo, hay decenas de agentes que no pueden vivir un día tranquilo sin apartar el mal de nuestras amadas calles. Pero podría apostarme todo a que Clyde no estaría muy de acuerdo en verme por aquí cuando me ordenó claramente «darme un respiro y no cometer locuras».

—Locura… —susurro—, locura sería no hacer todo lo posible por detener a este cabrón.

Protesto y otra notificación salta en mi teléfono.

M: A lo mejor sí que te espío un poco. Voy a por algo de comida china y nos vemos allí.

Una parte de mí siente pánico, pongo los dedos en el teclado y estoy a punto de decirle que no venga. Hailey se planta en mi mente como una de esas pesadillas que te abrazan por las noches y no te dejan pegar ojo. Escribo unas cuantas letras, pero al final me arrepiento y las borro dejándolo estar, porque tengo que admitir que esa otra mitad quiere volver a ver a la mujer de labios rojos más pronto que tarde.

Y lo que aún deseo responder es la razón por la qué me paralizo ante ello.

Toda la cabeza me da vueltas, avanzo dando tumbos por la inseguridad y las dudas que se ciernen sobre mí, pero en cuanto abro la puerta de la sala de investigación todo mi yo se transforma en lo que debo ser. Los muros de piedra se reconstruyen alrededor de mi

piel y me dan la fortaleza necesaria para avanzar, poner todo en orden y perseguir con mis ojos las pruebas que hemos ido recopilando a lo largo de los días.

Hay un silencio que no me gusta, un silencio que va en sintonía con esa intuición a la que no puedo ignorar. Camino y me planto frente a una ventana observando el movimiento de la ciudad.

—Tengo que manteneros a salvo —susurro.

Hablo para todos y a la vez para nadie en particular. Quizás también lo hago por esas mujeres que ya no están, o por mí misma, mi hija Mila, y las posibles víctimas que mi corazón ya llora a la espera de que ocurra. Decido sacudirme todos esos pensamientos e ir a por una cosa primero y otra después. Abro bien los ojos mientras me cruzo de brazos y recuerdo bien lo que le dije a Remy antes de que nuestra entrega con la ciudadanía tirara por la borda los deseos por tener un día tranquilo.

—Wichita Falls, El Paso, Dallas… —Nombro las tres ciudades donde se encontraron las primeras víctimas junto a las fechas y el tiempo de enfriamiento entre ellas—. Diez meses desde el primer asesinato al segundo, quince del segundo al tercero y tras este, pasaron cinco años hasta que *Ictero* trajo el horror a Luisiana, pero Milano ha dicho que no era de Texas…

Hablo para mí misma en completa calma, como si estuviera a solas con las mujeres que se muestran con sus heridas, los ojos abiertos y los labios susurrando como lo hacen las almas perdidas.

—Debió estar de paso, era joven e impulsivo. Tenía miedo a ser descubierto y trazó un camino con pequeñas migas para hacernos creer que durante algún tiempo vivió allí. —Echo un vistazo al mapa y mi dedo índice recorre las carreteras que van de un lugar a otro despacio, intentando pensar e imaginar los movimientos de este asesino—. Elegiste un estado donde la comunidad te apoyaría, donde te daría el aplauso mientras tú seguías mejorando tu técnica. Sobre todo, en aquellos años, eres un chico listo.

—Y un alumno aplicado. —La voz de Milano me sobresalta y el alma está a punto de abandonar mi cuerpo.

El tiempo ha pasado rápido y en silencio me pregunto cuántos minutos habré estado petrificada en el mismo lugar en un intento por darle sentido a todo lo que tenemos.

—¿A qué te refieres? —digo, girando sobre mis pasos.

Ella asiente y también me enseña las bolsas que lleva cargadas consigo. Hoy va vestida con un estilo más informal, algo parecido al mío salvo por la chaqueta vaquera y el recogido de su pelo.

—No es que me sorprenda… pero algo me dice que lo dices por algo en concreto. ¿Por qué no hicimos esta pregunta antes? ¿Y sí hay algo más…?

—Porque tendemos a ver únicamente lo que los cuerpos nos muestran —dice y camina para dejar dos bolsas sobre la gran mesa. Poco a poco los envases de cartón comienzan a ser un adorno más junto a las carpetas que yo previamente he dejado sobre la madera, y el olor a comida me abre el estómago. Entonces me mira—. Todos estamos de acuerdo en que esta clase de asesinos mejoran mucho en su forma de actuar, pero es imposible que un ciudadano *normal* haya podido coser a la víctima con una precisión tan analítica y, además deleitarse con atravesar su yugular para que su obra se pinte perfecta.

—Eso quiere decir que en sus primeros asesinatos era…

—Un simple aprendiz. Puedes verlo también como un fetiche, le excita lo que hace. No solo creando ese ambiente con las víctimas que elije sino en su *modus operandi*. —Milano lanza un suspiro y comienza a abrir los cartones, después me entrega un par de palillos—. He estado pensando en ello durante las últimas semanas y tengo muy claro que de alguna forma u otra ha conseguido la perfección en el ensayo. Nos quiere demostrar más que el fracaso en su vida, probablemente en el lado profesional, tengo muy claro que sus planes no salieron en ese ámbito como quería, y ahora busca otras formas de resarcirse… de decirnos «aquí estoy».

Las cavilaciones de mi compañera me dejan sin habla cada vez que abre la boca, y es en esos momentos cuando más me odio, por no haberlo previsto antes. Por no haber podido ser tan eficiente en años pasados.

—Por su edad, tiene sentido. Si ronda entre los treinta y cinco y los cuarenta se explica por qué en Texas fue más impulsivo o descuidado. —Intento no bufar exasperada, pero me es prácticamente imposible—. Lo que todavía no entiendo es por qué no hicieron nada.

—No es que no lo hicieran, a veces los cuerpos policiales tienden a empatizar con toda la comunidad, y si no hubo pruebas suficientes… ya sabes cómo va esto, Kat… Fortier.

—Puedes llamarme por mi nombre cuando estemos solas, Milano —le digo tomando asiento para disfrutar del pollo *kung pao*.

—¿Y por qué tú no me llamas River?

Cuando levanto la mirada observo la picardía bañando el color gris de sus ojos —con un precioso tinte azul—, también alza una ceja y yo intento que la comida no se me atragante ante esa insistencia que puedo leer más allá de su expresión.

—Porque… Milano me gusta más, el italiano es sexy.

—Ya, claro. —La veo remover los tallarines y después se silencia como si hubiera dicho algo ofensivo.

—¿No me crees? —interrogo en vez de preguntar.

—Simplemente creo que, ¿sabes? Mejor déjalo, podemos terminar de comer y centrar nuestra atención en lo que sí podemos resolver.

Venga, no me jodas, me digo. Ya puedo escuchar un «la estás cagando» y no me gusta nada, pero tampoco que me crean estúpida o se comporten conmigo como lo hace Clyde.

Ya no soy una puta niña de escuela.

—Dilo.

—¿Por qué te cuesta tanto mostrar, aunque sea un poco, la realidad de lo que eres?

—¿De lo que soy? —insisto sin entender. A pesar de que no quiero actuar así, el primer impulso hace que deje los palillos dentro de la caja de cartón y pase por completo de la comida que tengo delante—. Esto es lo que soy, detective, y muy buena en mi trabajo. No creas que porque nos hayamos acostado tengo que contarte mi vida.

Los ojos de Milano se abren como platos y ahora es ella quien deja a un lado la comida. No sé si es dolor lo que percibo a través de su expresión, pero sé que me he pasado. Pienso en mis hermanos y sus palabras de consuelo, también en los consejos de mi mejor amigo.

—Perdona —le digo—, no quería ser tan brusca.

—En realidad me gusta que lo seas y tu impulsividad me vuelve loca, pero tampoco te estoy pidiendo que me cuentes tu vida, simplemente que seas un poco más abierta. No tiene nada de malo dejar de ser tan fría durante unos minutos, al menos mientras no estemos con los demás.

Escucho como el aire se escapa de sus pulmones lentamente.

Milano abre esos labios rojos que ahora mismo me comería sin pensármelo dos veces —y la verdad es que no sé cómo aguanto el impulso—, pero lo que termino por hacer es dejar la comida y ponerme de pie.

—No miento cuando digo que te llamo Milano porque me gusta más y me resulta sexy, y aunque pronunciar ese precioso nombre que tienes me asusta de algún modo, no es por frialdad. Es porque tengo miedo —aclaro, dándole la espalda—, supongo que ya lo sabes, pero todo lo que una vez tuve a mi alrededor acabó destruyéndose por mis propios actos y tú no deberías ser otra víctima de ello.

Parte del peso que he llevado conmigo cae de un golpe a mi alrededor. Dentro de mi mente escucho una montaña partirse en dos y lo único que me reconforta o me da fuerzas para no derramar una sola lágrima, es centrarme en las imágenes de esta sala.

—Es curioso que mi apellido se acerque tanto al nombre de tu hija, algo que lamento de verdad. —Mientras ella habla escucho el correr de una silla y sus pasos hasta que son sus brazos los que rodean mi cintura. La mordida que Milano deja en mi cuello arde por toda mi piel y ya no puedo poner control—. Pero eso no fue tu culpa, solo fue un accidente de tráfico, aunque lo que presiento es que te sientes más cómoda así porque crees que si me llamas por mi nombre yo también

saldré huyendo.

Los papeles y todas las imágenes que hay en esta sala comienzan a saltar por los aires y a formar un remolino que oculta nuestros cuerpos cuando ella me obliga a girarme y besa mis labios con pasión, pero también con un mensaje muy diferente a todos los encuentros que hemos tenido a lo largo de estos días. Quiero salir corriendo, le pido a mis piernas que respondan, pero mi corazón es el que actúa cuando mis manos viajan al rostro de Milano y correspondo su beso sin pensar en nada más.

«Una tregua», un alto en el camino del sufrimiento donde mi alma también susurra y está perdida.

Dispuesta a zambullirse en un mar de tentaciones sin temor al ahogamiento.

11

En el mundo sólo hay algo peor que ser la persona de la que se habla
y es ser alguien de quien no se habla.
Oscar Wilde*, El retrato de Dorian Gray*

11 de abril de 2022, lunes.

Tras el permiso a regañadientes de Clyde, hace dos horas que un avión ha despegado desde el Aeropuerto Internacional Louis Armstrong con dirección a Wichita Falls, y mis nervios ya han desatado las protestas de algunos pasajeros que no están muy de acuerdo con el ruido de los caramelos al quitarles el envoltorio, ni mucho menos con el tamborileo de mis dedos sobre los brazos del asiento o mis piernas. El último dulce de *toffe* ya ha sucumbido ante el movimiento continuo de mi lengua y de reojo he visto como Milano ha sonreído en más de una ocasión, quizás pensando en que le gustaría ser la víctima de ese acto tan pecaminoso.

He vuelto a mirar el reloj y siento que la cabeza me va a explotar de no llegar pronto a nuestro destino. ¿Quién en su sano juicio me sometería a *esta* tortura? Nadie más que ella, la que se divierte a mi lado con mis protestas y sus orejas tapadas con unos cascos que suenan a música de los 80.

Desde donde estoy puedo escuchar *Sweet Child O' Mine* de Guns N' Roses y no sé cómo definir la sorpresa ante el gusto musical de una mujer que es adicta a los videojuegos online. Se lo he querido preguntar, pero su teléfono móvil no hace más que mostrar bombas y arcos de colores que se dirigen hacia enemigos imaginarios que caen rendidos ante su rapidez. Así que no me queda otra que apoyar la cabeza en el respaldo y seguir con lo mío. «Aburrida», eso es lo que soy, una mujer aburrida que no sabe cómo matar el tiempo cuando la encierran en un avión durante más de treinta minutos.

—En serio, Katherine, contigo es imposible concentrarse.

El enfado de Milano es adorable.

Al parecer ha perdido la partida y sus ojos no lo niegan. Cuando giro mi rostro y veo esa mirada de hastío —que para mí es fingido— me encojo de hombros y sonrío sin decir una sola palabra.

—Tú tuviste la idea, hace años que no vuelo y no es que sea mi transporte favorito, yo prefiero la carretera o los trenes de largo

recorrido, pero tenía que ser un avión. —Pongo los ojos en blanco y ella bufa, girándose sobre su asiento.

—¿Qué te parece esto? Si llegamos a ir desde Nueva Orleans a Wichita Falls en tu coche habríamos tardado casi un día, con un avión podemos llegar al hotel y *descansar* un poco.

Ese «descansar» suena tal y como lo imagino. Todavía tengo en la mente la mirada que nos dedicó Clyde cuando le dijimos que queríamos ir a la ciudad del estado de Texas para la recopilación de algunas pruebas y testimonios que quizás nos acercasen más a resolver este caso. Primero nos fulminó con el brillo furioso de sus ojos, después negó y en tercer lugar trató de que fueran Claudia y Anthony quienes hicieran el viaje de nuevo, hasta que Milano intervino y no hicieron falta muchas palabras para que convenciera a mi sargento de que esto saldría mejor si quienes estábamos a cargo del caso lo afrontábamos personalmente.

Lo único que yo hice —y que no le gustó— fue cruzarme de brazos y quedarme callada antes de que nuestros agentes añadiesen que ellos se ocuparían de algunos interrogatorios a amigos y cercanos de Gabrielle.

En opinión de los cuatros, crear un círculo en el que nos movamos todos por diferentes lugares llamará la atención del asesino. Y yo estoy muy de acuerdo.

—Pensaba que veníamos a trabajar, no a tomarnos unas vacaciones —le aclaro con un tono que se desliza entre la broma y la ironía.

—El trabajo y el placer saben mejor cuando se crea un cóctel con ello, detective.

«Detective», cada vez que me llama así las venas me arden por culpa de ese maldito tono de voz que me excita en un abrir y cerrar de ojos.

Entrecierro los míos y me quedo mirándola durante un par de segundos sin darle una respuesta que pueda mejorar eso, porque claramente nada puede mejorarlo. Apoyo el codo en el respaldo, después mi cara en la mano y tras dedicarle una sonrisa carraspeo intentando mantener una expresión seria y profesional.

Y pensar que hace unas semanas la odiabas a muerte, me digo, aunque no tengo muy claro que ese hecho haya dado un giro de ciento ochenta grados.

—Lo acepto —digo sin más—, con la condición de que dejes ese videojuego y me prestes un poco de atención. O explotaré, y créeme, no creo que quieras ver eso.

—¿Estás segura? —La picardía enciende su mirada y se muestra con una ceja levantada que dice mucho más de lo que podría expresar con más palabras—. A mí me gustaría verlo.

—Qué temeraria.

—No lo sabes bien. —Cada palabra con la que me responde es un reto y ya noto como me cuesta quedarme quieta en el asiento.

—Nos quedan… —Echo un vistazo al reloj y vuelvo la atención a ella. Primero choco con sus labios y después con el océano revuelto de sus ojos grises—. Una hora y trece minutos para aterrizar, así que cuéntame ¿cómo es que te gusta la música de los ochenta cuando eres tan…?

—¿Friki? —Se adelanta.

—No, iba a decir moderna. —Al echarme a reír noto como su expresión se ilumina más y no puedo decir que no me guste.

—En realidad no lo soy tanto, me gustan muchas cosas de antes, pero los videojuegos siempre han estado en mi vida. Una de mis madres se dedicaba a la codificación y creación de estos así que fue algo que me inculcaron de pequeña.

—Dos madres, no me lo esperaba. ¿Cómo fue?

—Tuve una infancia muy feliz, obviamente no fue sencillo para ellas, pero ahora todo está mucho mejor. Viven felices en un pequeño pueblo a las afueras de Nueva York y una de ellas se dedica a la restauración de cuadros y muebles antiguos, mientras que la otra sigue en la onda.

Milano señala hacia su teléfono y yo sonrío al imaginar la estampa familiar.

—Debe ser maravilloso. Mis hermanos y yo perdimos a nuestros padres jóvenes, Alex solo tenía los dieciocho cuando mamá murió de cáncer.

—¿Y vuestro padre?

—En acto de servicio, tres años después —respondo intentando que ese recuerdo no se deslice por las paredes mente—. Por aquel entonces yo ya empezaba a ser una de las mejores agentes dentro del cuerpo, pero fue bastante duro perderle como referente. Nick terminó su último año en la universidad, pero no se dedicó a ello y abrió su centro de artes marciales con mi ayuda y parte de la herencia. Y Alexander quiso alistarse en el ejército.

—Qué admirable, estoy segura de que están muy orgullosos de vosotros. Los tres estáis dedicados en cuerpo y alma a cuidar las calles de Nueva Orleans o cualquier lugar, así como a los ciudadanos que necesitan de vuestra ayuda. Es… bonito.

Yo asiento, y aunque no espero ningún tipo de gesto por parte de Milano, su mano va hacia la mía y deja una caricia sobre mi piel antes de agarrarla con fuerza, entregándome un apoyo que tampoco creía necesitar hasta este momento.

—Algún día deberías venir a ver al equipo de béisbol donde juega Nick, no es algo muy serio, pero con unas cuantas cervezas lo disfrutas

más, al menos antes de que te marches.

Mi voz se convierte en un susurro al pronunciar las últimas palabras. Apoyo la cabeza en el respaldo y cierro los ojos, con la mano de ella junto a mi piel y sin decir mucho más. Y aunque creo que no debo pensar en ello el corazón me pide otra cosa y voy en contra de la naturaleza de las cosas cuando me digo que ojalá no se marche tan pronto.

...

Con las maletas en nuestra habitación tras registrarnos en el hotel y hacer un gran esfuerzo por no quedarnos entre las sábanas, las dos vamos directas al coche que hemos alquilado.

La verdad es que no me sorprende en absoluto que Milano lo tuviera todo listo antes de coger el avión que nos trajo hasta aquí, porque es tan metódica y obsesiva como yo cuando se trata del trabajo, al menos es lo que he descubierto con el paso de los días. Mientras ella se dedica a conducir en silencio, me pongo a pensar en todos los prejuicios que elaboré cuando nos conocimos y en nuestra relación actual, aunque sea estrictamente laboral. *Pero con unas noches de pasión que te quitan hasta la respiración*, me recuerdo con el aire quedándose atrapado en mis pulmones. Giro mi rostro y veo las gafas de pasta sobre el puente de esa nariz curvada que yo misma he acariciado con los labios y cada uno de mis dedos. Los árboles que rodean la zona del Courtyard Marriott se pasean como una película de manera única a través de sus ojos. Quisiera descubrir todo lo que está pensando, aunque al segundo me reprendo porque ella y yo somos tan incompatibles como el fuego con el hielo.

«O quizás no», puede que no.

No quiero pensar en ello.

La carretera se expande frente a nosotras al tomar camino hacia Lucy Park, donde fue encontrado el cuerpo de Scarlett Taylor, y durante el recorrido soy consciente de las grandes diferencias que hay de un estado a otro. Esta es una ciudad donde las casas se elevan solitarias en pequeños terrenos donde la hierba y los árboles dan un poco de colorido al terreno, sin embargo, la soledad me invade al igual que una extrañeza que va más allá de lo que pueden ver mis ojos. Es evidente que nos encontramos en un lugar con otro tipo de tradiciones, un pasado que probablemente jugó en contra de todas las víctimas que el asesino dejó antes de su *desaparición*.

No sé por qué esa palabra me sabe incorrecta en mis pensamientos.

—¿Te parece bien que inspeccionemos la zona antes de hablar con

los familiares de la víctima? —La voz de Milano me llega como un pequeño eco—. ¿Katherine?

Asiento por inercia cuando toca mi brazo.

—¿Te ocurre algo?

—No, no, solo pensaba en mis cosas, hagámoslo así, aunque la verdad es que no tengo muchas esperanzas en que la familia de Scarlett pueda aportar mucho más al caso.

—Probablemente no —responde Milano—, seguro que el terreno nos habla más que cualquier persona a la que visitemos.

—Espero que no actúe mientras estamos fuera…

Aprovechando un semáforo en rojo, Milano se gira para mirarme y noto como ve una gran pesadumbre a través de mis ojos, algo que se refleja en los suyos propios.

—Lo hará, pero no durante estos días. Solo vamos a estar por aquí un par de jornadas así que es mejor que no te preocupes.

—¿Y tú como puedes estar tan segura? —pregunto y no es que no crea en sus palabras.

Lo que pasa es que tengo una sensación que me invade, ahoga y no puedo alejarla por más que lo intente.

—En lo que a mí respecta, no creo que tengamos suerte de que pasen meses hasta que vuelva a matar.

—Lo sé, pero él no se maneja por impulsos, recuérdalo. Al menos, no ahora. Escoge a sus víctimas por una razón, por la conexión con su pasado y una injusticia a la que quiere dar fin. Cada muerte ha tenido su razón de ser, incluso los lugares que ha elegido para dejar los cadáveres la tienen.

Acortando distancias hacia el parque la sangre golpea mis venas haciéndolas rugir. El vello se me pone de punta y tengo que respirar hondo otra vez porque hay temores que no puedo ocultar por más que lo intente, y eso que mi lado racional no deja de hablar y dejarme claro que soy fuerte para afrontar cualquier cosa que se plante ante nosotras.

Milano aparca el coche cerca del número 100 de Sunset Drive, justo en el centro de la ciudad donde 178 acres de naturaleza nos espera en la curva del río Wichita.

Tengo que tomar aire antes de salir de nuestra burbuja y cuando lo hago, camino a su lado para observar el entorno natural con castaños, álamos y muchas otras especies nativas dándonos la bienvenida. En otros tiempos hubiera visitado un lugar así para disfrutar de un picnic junto a mi familia y las personas que amaba, pero ahora todo se vuelve mucho más tétrico. Parpadeo y empiezo a ver cuerpos que no están, sonrisas caídas que se rompen frente a mis ojos en un macabro escenario que solo dibuja mi mente, como mis diferentes estancias en el palacio mental donde a veces me refugio.

—Por aquí.

El susurro de Milano me trae de vuelta a donde debo estar, echo un vistazo sin dejar de ver cada detalle y después hago todo mi esfuerzo por no caer en el propio embrujo de mis pensamientos.

Nos lleva algunos minutos recorrer todo el parque hasta llegar a las cascadas artificiales que ahora sustituyen a las originales —barridas por una inundación cuando formaban parte del río— y dieron nombre a esta localidad. El ruido del agua cayendo me lleva a un estado de calma en el que me resguardo, al igual que he guardado cada uno de los colores que nos está ofreciendo este lugar, como el marrón del río, el verde de cada árbol y los rojos o morados de las flores que los rodean.

—¿Crees que el agua tiene algún tipo de simbolismo para él?

—El agua simboliza la vida, está vinculada con la energía divina de la fecundidad de los seres vivos y la tierra, también es una forma de purificación. Por eso siempre las limpia antes de mostrarlas ante nosotros. Y la naturaleza… —Milano me habla sin apartarse del camino, aunque sí mirándome por encima de su hombro—. Lo que debió nacer y murió, también lo que nació y no fue protegido está representado en sus asesinatos, en el *arte* que él nos muestra al devolver los cuerpos al inicio de todo nuestro universo, polvo a la tierra. Así que sí, todo esto está estrechamente vinculado.

—Suena horrible cuando a eso se le llama arte —protesto en un suspiro.

—Para él lo es, y debemos tratarlo así si queremos saber qué es lo que se esconde en la profundidad de sus pensamientos. El cuerpo de Scarlett se halló con su mirada clavada en el agua a diferencia de nuestra última víctima. Un mensaje al que obviamente no se le prestó atención.

—Como a ninguno hasta que la investigación pasó a manos de nuestro departamento —le digo con la frustración cargada en mis palabras.

—Te va a sonar mal, pero fue lo mejor que pudo pasar.

La sola idea de que hayan tenido que morir tantas mujeres para que todo llegase a mis manos me provoca náuseas, y al segundo siento la bilis quemándome en la garganta.

¿Qué te pasa?, me reprendo.

—¿Y qué te dice eso, Milano? —interrogo como si las dos estuviéramos casi dos décadas atrás en el mismo escenario del crimen.

—Las fotografías revelan mucho pero no es lo mismo que estar aquí. Si te fijas en toda la naturaleza que nos rodea podrás ver lo significativo que es este lugar. Estamos rodeadas de vida y él mató para hablarnos de como el hombre puede destruir todo con la misma fuerza que lo hace la naturaleza. —Su análisis se ve acompañado del

movimiento de unas manos que señalan diferentes lugares hacia los que miro sin perder un segundo de tiempo—. Por aquel entonces *Ictero* era muy joven, pero no un crío, ya habría cumplido los veinte o rozaba casi la mitad de esa edad. Las laceraciones que presentó el cuerpo me indican rabia, un desahogo fuera de la meticulosidad que ahora nos muestra. Probablemente ese presente le dio un revés que le fue totalmente inesperado. Eso sumado a los traumas de su pasado, lo convirtieron en una bomba de relojería que explotó contra Scarlett.

—El niño abandonado que solo buscaba un poco de amor y protección, no perder todo cuanto tenía. Eso es lo que a mí me dice este lugar —declaro y Milano me sonríe.

—Para estar en la división de investigación criminal, no tienes mala intuición en esto. Otra de las razones por las que sabía que solo tú podrías ayudarme.

—¿No era al revés? —bromeo y por primera vez en toda la mañana sonrío de verdad.

Milano se encoge de hombros y continúa caminando, evaluando todo lo que rodea a la cascada: sus piedras, la forma en la que crece la hierba, como el reflejo se destruye cuando miras directamente al agua. Todo parece ser un mensaje que registra en su mente mientras se recoloca una y otra vez las gafas sobre el puente de su nariz.

Yo me quedo estática, observando su forma de trabajar. «Divertida y metódica».

Y sensualmente rara, digo entre pensamientos, hincando los dientes en mi labio con fuerza. Al negar sacudo todas las imágenes que se adhieren a las paredes de mi cerebro y sigo sus pasos, como debo de hacer. Cuando veo más allá siento que tiene razón, porque lo que veo me lleva a instantes repletos de felicidad que viví en la infancia y eso me hace entender por un momento a ese niño que se quedó sin nada, o quien jamás tuvo un picnic al lado de una familia que lo amara de verdad.

—Creo que tenemos que ir a hablar con la familia de Scarlett —interrumpo el análisis de mi compañera porque ya sé que hemos encontrado aquí—. Tal vez nos podamos acercar un poco más a él.

—En realidad ya lo estamos haciendo, pero será un paso más, sí —afirma Milano—. Lo que hemos visto aquí no es más que la representación de sus profundos anhelos, la razón por la que buscó a sus víctimas en un lugar alejado de lo que conocía también está aquí, en todo lo que nos rodea. En la felicidad de ellas y la que el asesino no tuvo.

—Su paraíso soñado —le digo, y ella asiente—. No sé cómo lo haces.

—¿Qué exactamente?

—Lograr empatizar, encontrar los motivos que arrastran a las

personas a hacer estas atrocidades —añado y el escalofrío que recorre mi cuerpo me hiela hasta la sangre.

—Sería peor no hacerlo, porque entonces, no daríamos caza a este monstruo.

12

Todos llevamos dentro el cielo y el infierno.
Oscar Wilde*, El retrato de Dorian Gray*

11 de abril de 2022, lunes.

Diez minutos después estábamos de vuelta en nuestro coche con las mariposas revoloteando en nuestros estómagos, pero también con una sensación agridulce en el corazón. Durante el trayecto me dediqué a observar a Milano, sus ojos fijos en la carretera decían mucho más de lo que probablemente pretendía —siendo ella la especialista en emociones—. La sentí rara o más bien alterada, quizás más pensativa de lo normal, algo que se ha mantenido durante todo el camino hasta estacionar nuestro vehículo en una de las casas de Polk Street. Como en el resto de la ciudad, los rectángulos de hierva —a veces adornada y otras no— nos ofrecen una visión de edificaciones pequeñas, en madera y con porches rodeados de flores o detalles para marcar un poco la diferencia entre todos los hogares que vamos encontrando a nuestro paso.

Algunas están pintadas de colores, otras se levantan con madera oscura, aunque es el color blanco el que rige nuestro alrededor, combinado perfectamente con la poca naturaleza que trepa por las paredes y se une con un cielo azul claro, brillante, mucho más que el alma de ella y yo.

El aura que nos abraza parece una nebulosa oscura que en cualquier momento tendrá la capacidad de engullirnos si no prestamos más atención.

—1414, aquí es. —Mi voz crea un eco que se escucha más de lo normal.

Extraño o no, Milano se sobresalta y asiente cuando ve dos árboles grandes tapando la fachada frontal de la casa. El porche es viejo, está desgastado, y aunque en sus columnas se puede apreciar el ladrillo gris, no hay blanco esperanza que pueda ocultar la tragedia que ese lugar desprende por cada recoveco o imperfección.

—¿Estás bien? —pregunto en cuanto apaga el motor.

Ella asiente y sin más me sonríe para quitarse el cinturón de seguridad y salir del coche, acto que yo repito como un autómata antes de seguir sus pasos y tocar el timbre. Cuando la puerta se abre

nos encontramos con un hombre alto, de facciones marcadas con el pelo y los ojos iguales a los de Scarlett, pero la barba teñida por algunos ríos de color gris. Recuerdo que la diferencia de edad con respecto a ella era de dos así que doy por hecho que su hermano tiene unos cuarenta y tres años.

La mirada de él es tan oscura como las ojeras que pintan sus párpados de un intenso morado. Insomnio, ambos somos «presas» de las pesadillas que no nos dejan dormir tras una pérdida tan dolorosa.

—Buen día señor Taylor, soy Milano, agente del FBI. —Antes de continuar le muestra su placa, mira sobre mis hombros y yo hago lo mismo—. Y ella es la detective Fortier de la Policía Estatal de Luisiana, ¿tiene unos minutos?

El silencio es escalofriante, Jonathan —nombre que recuerdo por los informes— nos dedica una mirada que me sabe a fuego. La sensación se me adhiere a la piel y recorre todo mi cuerpo hasta que me siento enjaulada en paredes de piedra dentro del mismo infierno. Y lo peor de todo es que no le puedo culpar, no después de los acontecimientos, no tras saber que el asesino sigue en las calles y que su hermana todavía no ha recibido justicia.

—Solo será un momento, se lo prometo —repite mi acompañante.

Y sin más, él cede.

Me obligo a dejar que el aire se escape de mis pulmones lentamente para evitar que los nervios me colapsen los pulmones, mi capacidad mental y cada uno de los huesos que logran que ahora me esté moviendo a través de un pequeño pasillo, repleto de recuerdos. Con varios marcos que tienen una capa de polvo, pero en los que se puede ver a una familia feliz, cuando su hermana y los padres de ambos vivían juntos.

En el aire se huele la soledad de Jonathan, un putrefacto aroma que muchos conocemos pero que en su caso también se mezcla con alcohol.

No le culpo.

Yo estuve a punto de caer entre sus garras en más de una ocasión.

—¿Quieren tomar algo? ¿Un café? ¿Agua? ¿Un refresco? También hay cerveza. —Su voz suena rota, tan cansada como el arrastrar de sus pasos dirigiéndose al salón, solo es capaz de girarse para mirarnos a los ojos y dedicarnos una sonrisa que apenas se dibuja en una línea—. Lamento el desastre, este par de meses han sido…

—Le comprendo perfectamente —interrumpo yo. Milano me mira y después niego en un gesto apenas perceptible—. Sabemos lo difícil que debe de ser para usted, pero estamos aquí para ayudar, para hacer algo de verdad.

—¿Tengo que creerles? Porque la última vez que me dijeron eso, no pasó nada.

—Puede confiar en mí, yo también perdí a alguien importante por culpa de ese cabrón —responde Milano, dejándome tan sorprendida como extrañada.

«Nunca cruces la línea de lo personal».

Siete palabras que en la academia nos grabaron a fuego. Siete palabras que Clyde dijo todas las veces que hizo falta con tal de que mi caos no se saliera de control. Las siete palabras que encierran la prohibición y marcan un código para todo agente de la ley.

Y las que ahora han provocado que el hermano de Scarlett sonría y nos ofrezca asiento.

—Prepararé algo de café, enseguida vuelvo.

Ambas asentimos. Yo no soy capaz de deshacerme de mi chaqueta de cuero, aunque tengo la garganta tan seca que no puedo evitar girar mi rostro y encarar a Milano.

—¿Se puede saber qué haces? —le recrimino más que pregunto—. No deberías jugar así con el dolor de las personas, darles esperanzas es…

—No le doy esperanzas, le aseguro un hecho. Tú y yo estamos aquí para hacer todo lo que esté en nuestras manos por atrapar a ese *bonito* ángel, si no estás dispuesta a seguir mis pasos puedes esperar en el coche.

Pero, ¿qué coño?

Antes de poder responderle, Jonathan vuelve con una bandeja que le tiembla entre las manos. La deja en la mesa de madera que hay frente al sofá y toma asiento en una de las sillas viejas que en algún momento del pasado fue testigo de cenas familiares, risas y momentos que ahora solo están en recuerdos.

Ya sea adornando la pared, o en la memoria de un hombre convertido en fantasma.

—He intentado venderla, pero no he podido. Este fue nuestro hogar, es lo único que me queda de ellos —dice, con la mirada puesta en sus pies, pero con la mandíbula tan tensa como para que se oiga el rechinar de sus dientes—. Después de lo de Scarlett, mis padres no pudieron superarlo. Se fueron consumiendo hasta que la vida se los llevó aun cuando todavía eran jóvenes. Necesito que atrapen a ese hijo de puta.

El brillo de sus ojos se ensombrece todavía más, yo intento hablar, pero lo cierto es que me quedo totalmente paralizada, con la taza de café en mi mano y los dedos buscando un par de terrones de azúcar. Necesito caramelos, fumar, o cualquier cosa que me aparte de la maldita sensación que sigue revolviéndome el estómago.

—Háblame de los últimos días que su hermana estuvo con vida. ¿Hubo algún cambio de rutina? ¿Algo que pueda recordar de las semanas anteriores a su muerte?

Mis labios se esconden tras la taza y doy un sorbo a un café que me sabe asqueroso, pero no peor que mis propios sentimientos.

Jonathan se queda estático, intercambia miradas con las dos, parece que intente leer nuestros pensamientos, averiguar si somos de fiar. Después recorre el salón hacia el sofá en el que nos sentamos —y el resto de mobiliario desgastado por el paso del tiempo—, mira las fotografías y aferra sus manos entre sí para intentar no caer en el vacío.

—Ella siempre hacía lo mismo, desde hacía tres o cuatro años solo iba a trabajar a la escuela y después venía a casa. Por aquel entonces aún vivía con nuestros padres. —Jonathan suspira a la vez que un silbido se cuela por una de las cortinas que dan al recibidor de la casa. Cuando las miro siento que se mueven como un cuerpo fantasmal que intenta hablar por la voz de su hermano—. Dos meses antes de morir rompió con su prometido porque él se iba a vivir a Nueva York, pero ese tipo no mataría a una mosca. O al menos es lo que creo… —Su mano derecha se queda suspendida en el aire antes de llevarla hacia su rostro para arrastrar la pesadez del mundo que tiene pegado en la piel—. Cada dos fines de semanas acampaba con los amigos, iban a las montañas, allí conocía a gente nueva. Alguna vez hablaba de ellos, pero no recuerdo ningún nombre en concreto. ¡Mierda!

Las lágrimas brotan enérgicamente de sus ojos, a mí se me hace un nudo en la garganta y Milano lo observa. No ha bebido de su café ni ha hecho movimiento alguno que me indique si de verdad está siendo consciente de todo lo que pasa o no.

—Tranquilo, ha pasado mucho tiempo desde entonces —intervengo yo dibujando una sonrisa—. ¿Hay fotografías o algún tipo de recuerdo que tenga por aquí de aquellos tiempos?

—Había muchas… aunque no de las últimas semanas. Al parecer algunos se pusieron de acuerdo para que en esas jornadas su conexión con la naturaleza fuera plena, tampoco es que la tecnología en aquellos tiempos permitiera mucho —aclara con tristeza.

Milano y yo cruzamos nuestras miradas y la mente nos hace *click*.

—¿Recuerda donde compraba su hermana todo el material? También nos sería útil si nos deja alguna fotografía donde pueda reconocer a amigos con los que podamos contactar a lo largo de estos días. Es importante… —Milano se queda un momento callada y un segundo después confirmo sus intenciones de cruzar la línea de nuevo —. Tenemos una teoría firme sobre cómo podría ser su asesino. La naturaleza tiene una connotación importante en este caso. Cualquier cosa que pueda aportar ayudará mucho, ¿no se lo pidió antes la policía?

—Ellos jamás pensaron que ese tipo pudiera haber conectado antes con Scarlett, decían que era un vengador, un puto psicópata al

que la comunidad apoyaba solo porque ella tomó la decisión de darse un futuro mejor. Cuando se quedó embarazada era una cría… ¡una cría! —Las manos de Jonathan comienzan a temblar, como lo hace todo su cuerpo y no tarda en cubrir sus ojos para evitar una pesada vergüenza—. ¿Cómo íbamos a saber que eso la llevaría a morir años después?

—Nadie puede saberlo señor Taylor, a veces tomamos decisiones que pueden volverse en nuestra contra tiempo después.

La sinceridad con la que Milano ha respondido provoca que una descarga me recorra la columna vertebral. A través de sus ojos intento descifrar qué coño ocurre, pero no logro conseguirlo.

«Ella es la mejor para este caso», las palabras de Clyde se presentan ante mí como una advertencia ante algo que yo desconozco, sin embargo, este no es el momento preciso para hacer preguntas ni complicar la situación de un hombre que es evidente que está destrozado. Al igual que yo lo he estado desde que perdí a mi hija y todo mi mundo se derrumbó. Pensar en ello provoca que el aire se vuelva más denso a mi alrededor y ya no soy consciente de lo que pasa en los siguientes minutos, hasta que Milano y yo abandonamos la casa para volver hacia el coche y tomar asiento.

Los dedos me tiemblan al ponerme el cinturón de seguridad, busco sin resultado uno de mis caramelos y es ella quien me ofrece uno de café con vainilla.

—Tú… ¿tú de qué vas? —le grito con el dulce entre los dedos de mi mano izquierda. Lo aprieto tanto que podría partirlo en pedazos, del mismo modo que está mi corazón.

—No todo el mundo funciona con los mismos métodos Katherine, la mente humana responde dependiendo de cómo abordemos la situación o los impulsos a los que se les haya sometido. Un recuerdo puede pintarse con diferentes escenarios y palabras, por eso a veces nos tenemos que poner del lado de las víctimas o llevarlas hacia el filo de un abismo.

—A un abismo… tú no tienes ni puta idea de lo que es estar en el abismo —escupo las palabras a la vez que le tiro el caramelo y me quito el cinturón de seguridad—. Esto ha sido una mala idea.

—¿Una mala idea? ¿Eres consciente de lo que llevamos aquí? —Milano me enseña su carpeta. Dentro están las fotografías que Jonathan nos ha entregado junto a un papel donde ha apuntado algunos nombres y la tienda a la que su hermana solía acudir.

—¡A costa de qué! ¡Has podido destruir su vida más de lo que ya está! —La rabia explota a través de mis palabras y estoy a punto de abofetearla, aunque hay algo en el aire que rodea mi muñeca y la detiene.

—Todo en la vida tiene un precio.

—Ya lo veo… —Antes de poder añadir algo de lo que me arrepienta abro la puerta del coche y dejo que el aire me golpeé en un intento por calmar todo lo que siento.

Mis venas tiemblan como lo haría un terremoto bajo mis pies.

—¿A dónde vas? —grita Milano desde el interior del coche—. Vamos Katherine, tú más que nadie deberías saber cómo va esto.

—¡Precisamente! Iré a dar una vuelta —le informo con el dolor en mis ojos—, vete al hotel. Mañana volveré a la ciudad.

Cierro la puerta creyendo que la partiré en dos y aunque no sé a dónde ir, camino por la calle como si me encontrase en mi preciada Bourbon Street. A mi lado Milano conduce y abre la ventanilla para suplicarme que entre al coche y lo sigue intentando sin descanso hasta que mis pasos se dirigen a una calle peatonal y ya no puede hacer nada más para detenerme. Y es aquí cuando me pregunto porque estoy deseando que deje todo atrás y venga directa a mi encuentro.

He intentado dejarme llevar, con todas mis fuerzas y me revienta por dentro tener que soportar tantas cosas como para que las lágrimas formen un mar de emociones en mis ojos.

K: Venir aquí ha sido una idea horrible. Puede que Nick y tú tengáis razón, pero yo no estoy preparada.

Con el teléfono temblándome entre los dedos envío el mensaje a Remy sin intención alguna de que me responda. *Él tiene mil cosas de las que preocuparse, y yo no soy el centro de su vida*, me recuerdo. Suspiro y cuando estoy a punto de guardarlo en el bolsillo —junto al caramelo que Milano me había dado— noto la vibración.

R: Quizás no lo estás, pero en este mundo no hay nadie más valiente que tú, y tengo muy claro que sabrás resolver cualquier cosa que abrume tus pensamientos. Haz tu trabajo como siempre has sabido, a tu vuelta te espera un atracón de comida china con toda la familia.

—Maldito tonto… —susurro con un par de lágrimas acariciándome las mejillas.

El dolor es tal que no me atrevo a decirle nada más. Mis pies siguen avanzando como si nada y con una gota salada deslizándose por la pantalla, me dedico a ver las imágenes que tengo guardadas de Mila y Hailey en el teléfono. Los ojos verdes de ambas me sonríen tal y como solía recordar, con ese círculo azul que siempre rodeó el brillo de su mirada. Echo todo el aire que contienen mis pulmones y antes de seguir andando miro al cielo en un intento por encontrarme con el rostro de mi hija, esa parte del alma que se me arrancó sin permiso. Un parque se abre ante mí, tengo la pantalla apretada con tanta fuerza que quizá no sobreviva un segundo más, aunque sí lo hace el tiempo suficiente para que busque entre mis contactos y envíe otro mensaje.

K: Remy me ha dicho que preguntaste por mí. Creo que ya tienes respuesta para eso y rezo porque no me odies por ser tan franca, aunque espero de corazón que tú sí que lo estés. Ojalá pudiera verte, aunque solo fuera por una vez…

El nombre de Hailey brilla en la pantalla al igual que el botón de

«enviar».

Mi corazón da un vuelco y estoy a punto de borrar cada letra, pero el aire que me rodea se encarga de darme una descarga y las fuerzas necesarias para hacer lo contrario y dejar que el destino juegue a mi favor.

…

La noche baña Wichita Falls y aunque los tonos previos al oscuro que ahora pinta el cielo me han hecho mirar hacia el mundo con otra perspectiva, sigo tan enfadada que aún no he podido cruzar la puerta del hotel para ir a la habitación donde Milano y yo compartimos aire y mucho más. Entre suspiros, maldigo la hora en la que se me ocurrió que podríamos haber llevado el caso como dos personas civilizadas, cuando está claro que somos incompatibles, o al menos en ciertos aspectos. Pero cuando pienso más allá de lo que hay en el departamento y los diferentes interrogatorios, sé que mis sentimientos no me engañan.

Con el alma pesándome en los pies, avanzo hasta pulsar el botón del ascensor y espero en silencio hasta que la puerta se abre para llevarme a *ese* lugar en el que ahora no tengo muy claro si deseo estar.

Todavía tengo en la mente cada una de sus palabras, las sientes me palpitan y la sangre va de un lado a otro golpeando las paredes de mi cerebro para que no olvide lo difícil que ha resultado este día, solo porque ella tomó la decisión de jugar con el dolor de un hombre que jamás va a superar lo ocurrido. «Por más que encontremos al asesino», porque la muerte no puede regresar a la vida y aunque hayamos visto el cielo gracias a lo vivido con ellos, se me antoja que el infierno estará ahí de por vida.

—Céntrate, va a ir bien… —Me doy ánimos cuando llego al pasillo donde nos alojamos, saco la tarjeta y recorro los últimos metros hasta que la puerta se abre ante mis narices sin la necesidad de que yo lo haga.

—Por fin has vuelto, estaba preocupada. Te he llamado mil veces.

—Lo sé —digo sin más.

Milano se aparta y me deja entrar a la habitación. Esta vez no hay excentricidades como cambios de muebles o una gran pantalla de televisión para que ella pueda jugar a ese juego —que por más que me explique jamás voy a entender—. Lo que sí veo son las pequeñas piezas de un LEGO que está construyendo y al que aún no le pongo imagen en mi mente.

—Quédate, mañana iremos a la tienda que Jonathan nos ha dicho y prometo que…

—Ya está hecho —la interrumpo. Paso por su lado, me quito la chaqueta y la dejo en el respaldo de una silla antes de arreglar mi pelo —. Y créeme, te habrías decepcionado bastante.

—¿Por qué has ido sin mí? —reclama—. Se supone que estamos juntas en esto.

Antes de que pueda decir algo más me giro y encaro su mirada, la fulmino y me cruzo de brazos.

—Yo pensaba lo mismo, hasta que tú decidiste tomar el control de un interrogatorio que, por si no te has dado cuenta, ha pasado el límite de lo profesional. ¿Quién te crees que eres tú para jugar así con las personas? ¡Ese hombre lo ha perdido todo, por Dios!

—¡¿Crees que para mí es fácil?!

Nuestras voces retumban en las paredes grises, por un momento creo que las piezas de LEGO también van a saltar por los aires. El reflejo de nuestros cuerpos cae sobre la pantalla apagada de la televisión y desde ahí puedo ver la rabia contenida en mi cuerpo, en mis ojos y también en mis manos. Quiero despertarla a golpes para que se dé cuenta del daño causado.

Pero me silencio, porque desde la poca distancia que sus ojos se separan de los míos he visto a los mismos demonios que yo cargo por las noches.

—También he perdido a personas que quiero —continúa y muerde su labio inferior—, sé lo que es el dolor y que me deshumanices de esa manera… Es mi trabajo, la peor parte de toda esta mierda, y como dije antes… tú más que nadie deberías entenderlo.

—No vuelvas a decirlo, ¿vale? —la reprendo—. Qué sabrás tú lo que es encontrarte de cara con el cadáver de una hija que ya no verás nunca más. Aquí está todo lo que necesitas, mañana volvemos a Nueva Orleans.

Sobre la mesa dejo una libreta en la que están anotadas algunas fechas y nombres, junto a las facturas que el propietario de una tienda llamada Patriots ha conseguido rescatar de los meses anteriores a la muerte de Scarlett Taylor en septiembre de 2004. Observo de cerca las pequeñas piezas que están desordenadas sobre la madera antes de mirar a Milano y volver por mi camino con deseos de darme una ducha caliente.

—Puedes dormir en la cama, probablemente yo no pegue ojo en toda la noche.

13

Ahora, el valor de una idea no tiene nada que ver con la sinceridad del hombre que la expresa.
Oscar Wilde*, El retrato de Dorian Gray*

22 de abril de 2022, viernes.

Cuando creí que solo la sala de investigación daría cobijo al empeño y obsesión de un equipo por atrapar a un asesino, no podía estar más equivocada. Han pasado casi dos meses desde que el cadáver de Gabrielle fue encontrado junto al puente de piedra del pantano antiguo en City Park y no paro de rememorar esa noche, como tampoco de ver las miradas del resto de víctimas que aún no han visto justicia. He pasado de no dormir casi nada a sobrevivir al día como puedo, acompañando a las horas de trabajo con cientos de envoltorios de caramelos y más colillas apagadas de las que debería permitirme.

Son las tres de la mañana, el café humea en su taza y sobre la mesa del salón de mi casa los informes y las fotografías se esparcen a la espera de que las pistas se unan mágicamente en un rompecabezas que nos de esas respuestas que tanto buscamos. La cabeza me duele, mi garganta arde y apenas tengo fuerzas para pensar en algo que no sea lo que ven unos ojos apagados y enrojecidos.

Mi teléfono ha sonado varias veces desde que dejé el Departamento de Policía y volví a casa.

Milano, Remy, mi hermano. Incluso Clyde. Todos parecen haberse unido con deseos de evitar que caiga en la horrible costumbre de evadirme del mundo, ir por mi cuenta y no dejar que nadie atraviese el muro que yo misma he vuelto a levantar. «Desde aquel día», dijo una vez y no hago más que pensarlo. Todo ha dado un giro de ciento ochenta grados al que, claramente, no consigo sobrevivir. Quiero estar sola, y a la vez no. Quiero destruir lo que sea que recorre mis venas y las envenena, pero no puedo. Quiero acabar con todo, aunque solo lo haré el día en que atrape a *Ictero*.

—Estamos cerca, lo sé. ¿Verdad que estamos cerca? —la pregunta se me escapa en voz alta cuando, me veo caminando —a pesar de estar sentada— por el mismo escenario en el que me encuentro, con otra ropa y mucho mejor aspecto. Supongo que debo estar cayendo en la locura, y mi palacio mental aplaude por ello—. Estamos muy cerca.

Lo repito cuando coloco las fotografías de las víctimas por orden, con las fechas a pie de las imágenes y los periodos de enfriamiento entre un asesinato y otro.

También presto atención al *modus operandi*, a su evolución, a la manera en la que poco a poco este hombre ha conseguido dejarnos un mensaje sin la necesidad de escribir una nota o decirlo a viva voz. Su buena praxis ha logrado convencerme de que la muerte puede ser un cuadro tras otro, decorando cualquier galería de arte, «una sala de los horrores» en la que yo misma formo parte del espectáculo y de los ojos que la ven. Milano está a mi lado, apoya su mano en mi hombro y me respira cerca, tan cerca que puedo alimentarme de su sabor, ese que echo de menos, *ese* por el que estoy perdiendo la cordura. Ambas podríamos acabar con esto, pero mis fuerzas flaquean y aún no consigo averiguar la razón.

«Estás cayendo, tan profundo que ni tú misma te lo permites ver». Oigo la voz de Nick fuerte, como las olas que rompen contra la orilla en una noche de apasionada tormenta. Sé que tiene razón como todos la han tenido desde que ella y yo volvimos de Wichita Falls; estoy cavando mi propia tumba y más temprano que tarde formaré parte del olvido o quizás de los llantos de esas personas a las que destrozarán como a mí me han destrozado.

—Necesito un descanso —al decirlo me levantó tan rápido que la silla en la que estaba sentada cae, golpea el suelo de mi salón y el ruido produce un eco fantasmal que puede helar hasta los huesos del ser más valiente.

La luna chorrea por los huecos de las cortinas y su luz cae cerca de mis pasos como si fueran brazos que están a punto de agarrarme por los tobillos. Decido salir afuera a que me dé el aire, con un cigarrillo en los labios y la llama que lo prende iluminando mi rostro antes de que el foco que hay en la entrada haga lo mismo. Con el cuerpo apoyado en mi tesoro de los años 60 doy una larga calada quemando mis pulmones de inmediato y pienso que ojalá pudiera hacer lo mismo con mis pensamientos o todos los sentimientos que me tienen atada sin posibilidad de escape.

—Katherine. —Cuando escucho mi nombre doy por hecho que estoy soñando porque me es imposible creer que la voz que me habla es la de *ella*.

Observo el humo en silencio, perdiéndose en bucles que se elevan hacia el cielo oscuro hasta que oigo un sonido a mi lado y me encuentro con un rostro que no esperaba volver a ver en esta vida.

—¿Hailey? —pregunto, mi mano cae debido al asombro y estoy a punto de dejar que el cigarro se escape de entre mis dedos.

—Pensé que querías dejarlo —me dice, saliendo de las sombras, dejando que el foco que me ilumina, lo haga también con su rostro. La

luz cae sobre nosotras como si estuviéramos en el escenario de una obra de teatro —como las que yo solía disfrutar antes— y tengo que parpadear varias veces para cerciorarme de que no estoy viendo otra alucinación—. ¿Estás bien?

¿Estoy bien? ¿Lo estoy? Claro que no. Mi rostro se funde en el color verde de sus ojos, aunque ahora se ven más oscuros y parecen ser como un delicioso tarro de miel. Lleva el pelo más corto —por encima de los hombros— y también veo algunos matices pelirrojos entre los mechones de este, pero si hay algo que no ha cambiado en Hailey es esa expresión magnética.

—¿Q-Qué estás haciendo aquí? —pregunto sin dar respuesta a sus palabras.

—Querías saber cómo estaba ¿no?

Ahora recuerdo el mensaje que le envié antes de volver a Nueva Orleans, uno que no respondió, aunque en realidad no lo esperaba.

—Y Nick está preocupado por ti. En realidad, todos lo están.

—Tengo esa habilidad para joder a la gente, ya lo tengo claro —ironizo, y cuando estoy a punto de dar otra calada al cigarro decido apagarlo para echar la colilla en el cenicero que he traído conmigo—. No deberías haberte molestado, mucho menos a estas horas.

—Si llego a venir en otro momento estoy segura de que no te habría encontrado.

—Hailey… —Cierro los ojos y la verdad es que no tengo claro como consigo no caerme al suelo ante su presencia—. No quiero hacerte más daño del que ya te hice, por favor.

La dureza que compone mi corazón se resquebraja poco a poco ante su presencia, tal y como ha sido siempre. Con la mirada le pido que se vaya, pero ella no me hace caso. La veo como se acerca y sube los dos escalones para colocarse a mi lado y a escasos centímetros de la puerta que una vez fue nuestro hogar.

Nunca un silencio fue tan doloroso y a la vez reparador.

Las palabras se me atascan en la garganta, empiezan a quemar más que el peor fuego y las manos ya me tiemblan sin ningún tipo de control. Deseo darme media vuelta y volver al interior para encerrarme en mi propia oscuridad, aunque ella es más rápida que yo y se lanza a mis brazos en cuanto ve como arrastro uno de mis pies. Mi cuerpo cae como el plomo en su abrazo y por más que intente cerrarle las puertas a las lágrimas que ya nublan mi vista me es completamente imposible.

—La vida fue quien nos dañó, pero yo no podía seguir al lado de una mujer que hacía lo mismo que estás haciendo ahora mismo… destruirte por completo. —Su voz se rompe y yo no soy capaz de darle una respuesta digna o suficiente.

Porque para mí siempre seré la culpable de que nuestro

matrimonio se rompiera.

—Es lo único que sé hacer —le digo con el rostro hundido en su hombro y las manos aferradas al abrigo que cubre su cuerpo.

—Eso no es verdad, tú eres mucho más que esto. —Hailey se aparta, lleva las manos a mi rostro y me obliga a que la mire—. Por aquel entonces no tuve más energías para intentar que fueses consciente de ello, pero ahora necesito que lo tengas claro. Lo que pasó no fue tu culpa y jamás lo será. Un accidente se llevó a nuestra Mila, tú sabes que ahí fuera pasan cosas macabras y cada noche cuando me voy a dormir agradezco porque sigas con vida, salvando a todas las personas que no estarían aquí de no ser por ti.

—Pero sigue muriendo gente… —me quejo y soy incapaz de ocultar el sollozo que se escapa de entre mis labios—. Estoy cansada, rota, tal vez si no me hubiera dedicado a esto ella seguiría viva… joder.

—Eso no puedes saberlo, lo que yo sí sé es que hay muchas madres que jamás tendrán el tiempo suficiente para agradecerte que sus hijas sigan con vida. Has metido entre rejas a decenas de criminales, y lo seguirás haciendo porque esa es tu esencia, Katherine… —Su mirada resplandece como no lo ha hecho en años, al menos hasta lo que mi memoria alcanza a recordar—. Tu valentía fue una de las razones por las que me enamoré de ti, no abandones ahora, no te abandones a ti misma, no abandones a los que creen en ti.

—¿Y tú? No sé si podré…

—Sabes que sí —dice, interrumpiendo mis palabras. Sus dedos acarician mi rostro con delicadeza. Mis ojos se paran en sus labios y estoy segura de que los suyos están posados en los míos, deseo besarla, ella está a punto de hacerlo, pero cuando nuestra respiración acaricia la otra se detiene—. Yo siempre he creído en ti, Mila también lo hace. Te mereces ser feliz y quiero que lo seas.

—T-Tú… ¿lo eres?

Sé que el alma se me va a partir en dos, y lo hace cuando asiente dándome la respuesta y diciéndome entre líneas «lo soy con alguien». Por un segundo me pregunto quién tendrá la fortuna de ser abrazada por Hailey, besada por sus labios, cuidada de la misma forma que lo hizo conmigo cuando estuve en peligro, y aunque la curiosidad puede matar, también me reconforta saber que no acabará tan destrozada como yo.

Después de muchos años y todo lo que pasamos, no tengo otra manera de decirle adiós que esbozando una sonrisa y acariciando sus labios con mi dedo pulgar.

—Siempre serás tú, pase lo que pase, siempre serás tú la que cambió todo en mí. —Me sincero y echo la vista al cielo. Observo las estrellas, también la luz de la luna, antes de caer otra vez en los ojos

verdes de Hailey—. Te lo agradeceré toda la vida, y espero que nunca más desaparezca esa sonrisa de tus labios.

—Lo intentaré, detective.

Con la madrugada cubriendo nuestros cuerpos de frío, volvemos a abrazarnos bajo el foco donde muchas veces nos besamos y acariciamos. El aroma de su piel consigue que reviva cada instante a su lado, pero ya no hay dolor, y sé que pronto la nostalgia se convertirá en el recuerdo de los instantes buenos que tuvimos y nos han conectado para el resto de nuestras vidas.

...

El tiempo se paralizó mientras la veía marchar, con sus andares coquetos y las manos dentro de los bolsillos de su abrigo. Su pelo bailó al ritmo de los pasos que la llevaron hacia el coche que había traído consigo, donde la figura de su cuerpo se reflejó en el intenso color negro de la carrocería. No me perdí ni un solo detalle porque mi corazón se puso a llorar, pensando en si esa sería la última vez que nos veríamos. Quizás sí, o puede que no, porque el destino siempre suele actuar en mi contra, y yo ya sé mucho de eso. Cuando pasó frente a mis ojos me saludó con la mano y una sonrisa, yo hice lo mismo y después seguí de pie en el mismo punto intentando guardar ese instante para siempre. Tuve la tentación de fumar, pero no lo hice, dejé el cenicero y me di a la soledad en el interior de casa, tumbándome en el sofá y por primera vez en muchos días logré cerrar los ojos a veinte minutos de la hora punta para dormir, hasta que el amanecer llegó.

Ahora, van a dar las ocho de la mañana y un montón de personas se agolpan en Cafe Beignet para llevarse al trabajo uno de los desayunos más deliciosos que cualquier persona podría probar.

Con mis ojos escondidos tras unas gafas de sol y con el pelo todavía mojado y oliendo a mango, pido doble ración de café y un par de los dulces típicos de Nueva Orleans para ir de camino hacia el Departamento de Policía, donde sé que nos va a esperar otro de *esos* días. Y lo compruebo nada más aparcar e ir hacia el ascensor, con los labios bañados en azúcar y mi alma mucho más contenta por el sabor amargo de una bebida que últimamente está salvando mi vida.

—Buenos días detective Fortier.

Anthony gira y se une a mis pasos a través del pasillo camino a la sala donde podemos decir que ya vivimos.

—Sabes que puedes llamarme Katherine, ¿verdad? Que sea tu superior no significa que no te considere un buen colega. —Sus ojos marrones brillan y traen a mi mente a una versión más joven de mí,

me hubiera gustado poder llamarlo «amigo» pero cuando lo pienso me doy cuenta de lo poco que me he abierto ante ellos—. ¿Habéis logrado avanzar algo?

—De hecho, sí, Claudia ya debe tener el informe en la oficina, estaba a punto de avisar al sargento.

—Entonces nos vemos allí.

Él asiente y yo me deshago de las gafas de sol antes de abrir la puerta que me separa de un infierno en tierra que a veces no tengo idea de cómo podemos sortear. Claudia me sonríe y da los buenos días mientras yo me quito la chaqueta y dejo mi segundo vaso de café sobre la mesa. Tomo aire para llenar mis pulmones y muevo mis hombros para intentar que todo el estrés de mi cuerpo desaparezca, aunque tengo muy claro cuál es el motivo de mi tensión y la razón se gira dos segundos después para encarar mis ojos cansados.

—Buenos días Fortier, Claudia y yo estábamos repasando las últimas pruebas.

—Anthony ya me ha informado, ha ido a avisar a Clyde así que será mejor que estemos preparadas para lo que sea. —No hablo en vano cuando digo esto, porque se bien lo que nos espera en cuanto nuestro superior atraviese la puerta.

Y lo compruebo cuando se presenta ante nosotros y delante de Anthony con expresión de total decepción.

—Necesito avances ya, han pasado casi dos meses y no hemos logrado prácticamente nada.

—Si me lo permite, creo que no estoy de acuerdo señor —protesta Milano.

La mirada que Clyde le dedica no me gusta nada, así que tomo la iniciativa y me planto frente al tablón con arrogancia, desafiando a un jefe que probablemente no tarde mucho en suspenderme ante mi actuación de los últimos días —o meses—, pero aún con el riesgo de que me quite la placa y puesto, decido hablar.

—Sobre la mesa tiene un informe elaborado por nuestros agentes, como ya sabrá hace unos días la agente Milano y yo viajamos a Wichita Falls, y aunque pensé que no lograríamos obtener ningún tipo de respuesta me equivoqué. —Convencida de lo que digo llevo la mirada hacia la mujer que se mantiene a mi lado. Noto la electricidad golpeando mi brazo derecho y después esbozo una sonrisa—. El señor Taylor, hermano de Scarlett, nos proporcionó datos que más tarde yo misma corroboré y con los que logramos conectar algunas pruebas que en aquellos tiempos no tomaron en cuenta. Tal y como ya lo han descrito, estamos tras la pista de un varón de entre treinta y cinco y cuarenta años, nacido en Luisiana y que imitó el acento, así como alteró su imagen.

—Eso es algo que ya sabíamos detective Fortier. Insisto, necesito

más. La prensa está haciendo conjeturas que probablemente afectarán al caso.

—Con su permiso, usted fue quien estuvo de acuerdo en darle a nuestro asesino toda la atención necesaria para que cometiera un error, y lo hizo, pero no con Gabrielle sino con su tercera víctima: Nicole Robinson. —La sorpresa se refleja en el rostro de Milano—. Hace dos días tuve una conversación con el detective a cargo de la investigación y aunque Claudia y Anthony lograron el traslado de todas las pruebas, casualmente hubo algo de lo que no nos informaron.

Sé que no debo sonreír y lo intento, aunque cuando miro a mis compañeros recuerdo las palabras de Hailey y no puedo evitarlo.

—No le di sentido hasta anoche, la señorita Robinson se encontraba de vacaciones en aquel instante así que me centré en su lugar de alojamiento, los comercios a los que pudo ir, y el nuevo gerente del hotel me informó que durante aquellos días se registró un tal Thomas Anderson —añado y camino hacia la mesa para coger la carpeta que no tardo en entregar a Clyde antes de continuar—. También me comuniqué con el resto de ubicaciones y aunque no tuve suerte con todos, algunos recuerdan a un joven con acento extranjero que se hizo llamar así. Hay cinco centros de acogida tutelados en el estado de Luisiana donde el apellido se repite, y estoy segura de que nuestro asesino estuvo en alguno de ellos.

Al liberar toda la información siento como el peso de mi cuerpo se aligera un poco, pero a la vez recibo una punzada en el centro de mi estómago y el corazón me palpita rápido, tanto como para dejarme sin respiración.

No, ahora no, le digo a mi intuición.

La sala comienza a dar vueltas a mi alrededor y como si nada las paredes caen llevando mi cuerpo a los diferentes escenarios donde la muerte abrazó a nuestras víctimas. Un hombre sin rostro se ríe y se esconde bajo una capucha oscura apuntándome con el dedo, siento que la ciencia se pone en mi contra y dejo de respirar antes de que todo se nuble a mi alrededor.

Lo último que escucho antes de desvanecerme es la voz de Clyde:

—Pedir una orden judicial, quiero todos los registros para mañana mismo.

Y el caos me abraza sin pensárselo dos veces.

14

El alma es una terrible realidad.
Se puede comprar y vender, y hasta hacer trueques con ella.
Oscar Wilde*, El retrato de Dorian Gray*

22 de abril de 2022, viernes.

Sé que no he muerto porque de ser así el cuerpo no me dolería tanto, sigo aquí por la misma razón que he conseguido mantener mis ojos abiertos durante las últimas noches, con el único objetivo de ponerle fecha y hora a la libertad de nuestro asesino. La oscuridad se cierne sobre mí como una nebulosa que tiene el poder de engullirlo todo y drenar cada gota de una sangre que me palpita en las venas con una debilidad y lentitud que he sentido antes, en un momento concreto de mi vida, cuando mi decadencia dio su pistoletazo de salida.

Estoy en febrero de 2020, caminando hacia el depósito de cadáveres para reconocer su cuerpo. Las lágrimas se han estancado en mis ojos porque debo guardar la entereza para ver lo que necesito mirar, pero en vez de encontrarme con mi hija me veo a mí misma y mis ojos se abren.

«Ha llegado tu hora».

—Katherine, *eh*, Katherine… despierta.

Aunque estoy cansada para luchar hago exactamente lo mismo que mi cadáver sobre la mesa de metal, abro los ojos y miro a mi alrededor para descubrir un impactante silencio, la comodidad de un sofá y una mirada que me observa con preocupación.

Milano suspira y la puerta de la sala se abre con un golpe que sacude todos mis sentidos.

Anthony balbucea algo que no logro entender y es Claudia quien lo coge para tirar de su brazo y evitar que la escena se vuelva peor de lo que debe ser. Ahí fuera ya me imagino a todos mis compañeros susurrando y hablando entre sí mientras se comunican que no estoy bien de la cabeza. Bueno, no les puedo quitar la razón.

—Joder, me has dado un susto de muerte. ¿Cuánto llevas sin dormir o sin comer más que café o *beignets*?

—*Eh*, no te permito que te metas con ellos —protesto y después me río en un intento por quitarle seriedad al asunto—. ¿Pueden…?

Milano ordena a Claudia y Anthony que se vayan. Después es ella

quien se aleja de mí durante unos segundos para ocultar las ventanas y evitar que el resto vea lo que ocurre en el interior de la sala. Escucho el pestillo y por un segundo me pregunto si en algún momento existió. Me siento tan confusa que probablemente esto sea una ilusión y el aire que respiro ni siquiera este a mi alrededor, al menos es lo que pienso hasta que los pasos retumban en mis oídos. Escucho el líquido caer en una taza y el perfume aletea hacia mí hasta que los ojos de Milano se posan sobre los míos. Le agradezco con una sonrisa el gesto y espero a que esté sentada para recibir una reprimenda.

—Todas tus horas de sueño perdidas han estado dedicadas a darle justicia a Nicole y las demás —dice, cambiando mis esquemas—. ¿Por qué no pediste ayuda? Somos cuatro Kat…

—Una vez te dije que no me conocías, y es verdad, no me conoces a pesar de lo que… —Las palabras se me quedan atascadas en la garganta, la noto tan seca que al beber siento que estoy de vuelta a un paraíso perdido—. Desde lo que pasó en Wichita Falls he necesitado un tiempo de respiro, así es como yo funciono, aunque estoy segura de que eso me costará el puesto ante Clyde. Ya me da igual.

—Eso último es mentira —rebate Milano y ambas nos reímos—. Ahora entiendo algo que me comentó justo antes de que tomara el avión desde Nueva York. Me dijo que llevabas mucho tiempo sin compañero porque sueles tener días complicados en los que quieres estar sola e intentar resolver los casos a tu manera.

—Y tiene toda la razón.

—El problema es que yo no soy de esas que dejan caer a las personas, aunque tengo que admitir que tu terquedad ha superado mis expectativas —bromea y apoya la espalda cruzando sus brazos ante mí —. ¿Por qué no te dejas ayudar?

—No vas a meterte en mi mente y rebuscar entre mis traumas más profundos, ¿verdad?

—Lo supe desde el primer día, ya lo había leído, pero no es lo mismo que verlo a través de tus ojos —aclara sin dejar de mirarme—. Y no, no voy a rebuscar entre tu dolor, lo único que deseo saber es porque te empeñas en ir tu sola a contracorriente cuando estoy aquí, y sí, sé lo que vas a decir… quizás me sobrepasé con Jonathan. Por una vez me gustaría no ser la que cause daño a la gente…

—Pero hay situaciones en las que es necesario hacerlo para obtener las respuestas que buscamos —interrumpo—, lo sé. Me disculpo por eso, no debí cuestionar tu trabajo, es solo que desde lo que pasó me cuesta mucho confiar en la gente ¿sabes? Clyde era mi compañero por aquel entonces, pero yo me encerré tanto en mí misma que al final no lo soportó y tomó la decisión de ir a por el ascenso. — Dejo ir un suspiro y me reincorporo un poco en el sofá que nos sirve

de descanso para los días más duros—. Lo que él no sabe es que eso acabó por destrozar mi presente.

—¿Y por qué no se lo has dicho?

—¿Para qué? Es mejor así, tú lo has dicho… a veces no puedo evitar comportarme de esta manera y es mejor estar sola que arrastrar a otra persona conmigo.

«A mí me gustaría». Aunque no quiero creerlo o imaginarlo, soy capaz de leer esas palabras a través de ese gris azulado de unos ojos que me paralizan cuando me miran. Milano se queda en silencio y después echa un vistazo a todo el desorden que hay sobre la mesa. Yo cierro los ojos, no porque desee ignorarla sino porque lo necesito, quiero recordar la razón por la que estoy aquí y no dejo de luchar sin tener en cuenta lo que Hailey me dijo anoche.

Todas y cada una de las personas que aún siguen a mi lado y me quieren no han dejado de insistir en que debo avanzar, intentar mirar hacia delante y no perder el rumbo.

Aunque las sombras que me rodean quitan la razón a todos esos abrazos o las palabras de apoyo, porque sé que algo está a punto de torcerse y mi desesperación logrará ahogarme más pronto que tarde. Presiento que el demonio se esconde entre la oscuridad y me espera, porque hay monstruos que tienen la capacidad de esbozar sonrisas amistosas en tu presencia mientras albergan en su interior almas putrefactas, dispuestas a envenenar todo a su paso. ¿Y qué haré cuando eso ocurra?

—Katherine, ¿qué pasa? —Milano me baja a la tierra de los vivos de inmediato, intento negar, aunque está claro que con ella tan cerca no voy a poder fingir—. Entiendo que quieras tu tiempo, yo también lo deseo a veces, pero pareces completamente perdida.

—Será porque lo estoy —admito, por primera vez en mucho tiempo—. Lo estoy. Creo que sería estúpido negarlo en este punto.

—Bueno…

Escucharla entre susurros me eriza la piel y el efecto aumenta cuando deja de hablar y se me queda mirando con una intensidad que podría derretir todos los polos del mundo. El calor me sube por la columna, se instala en la punta de mis dedos y va recorriéndome poco a poco hasta que humedezco mis labios —y no es con el agua—. Me remuevo en el sofá y dejo la cabeza apoyada en una mano con el codo cómodamente puesto en el sofá deleitándome con ese fulgor gris que de un momento a otro ha logrado que me olvide de todo lo que pesa en mi mente y palpita en las diferentes capas de mi cerebro.

—¿Qué piensas? —le pregunto, me imagino con la mano suspendida en el aire y como si nada mi cuerpo sigue las órdenes de lo que necesito hacer. El índice de mi mano izquierda se posa sobre los labios rojos de Milano y ella lo atrapa entre ellos para morder mi piel

—. No deberías hacer eso… y mucho menos aquí.

—¿Y vas a ser tú quién me lo impida?

Parpadeo y cuando abro los ojos la tengo tan cerca que el perfume a cítricos y menta se impregna y cuela por cada poro de mi piel para convertir mis células en las chispas de un fuego que ya es imposible apagar. Aunque está a punto de besarme, se detiene para sonreír sobre mis labios, después abre bien los ojos y me mira como si estuviera a punto de atraparme entre sus garras. Y lo hace cuando los dedos de su mano derecha serpentean por mi vientre, colándose entre mis pantalones. Lanzo un suspiro y ella me cierra la boca con su mano libre para evitar que el sonido se pierda entre los recovecos de un lugar donde la muerte choca de repente contra la vida y todo lo bueno que esta pueda traer.

La cabeza me da vueltas, y de nuevo mi alrededor comienza a girar, aunque acabo por centrarme en un punto que me atrae como las abejas a las flores.

Es ese rojo, el que pinta la boca de Milano y destaca sobre su piel pálida y que acentúa su sensualidad cuando me mira a través de los cristales de unas gafas que le arrebato con mis propias manos antes de besarla y unir mi lengua con la suya, con tanta necesidad que hasta me olvido de respirar. Parece irreal que unas horas atrás mi alma pidiera el consuelo de otra persona y que ahora mi cuerpo se vea arrollado por la energía de una mujer que jamás pensé que lograría volverme tan loca.

«Pero lo hace y te encanta». Lo hace y me encanta, y se lo dejo claro cuando ya no me importa ni el lugar donde estamos ni la gente que permanece al otro lado y muerdo ese color para hacerlo mío como si quisiera impregnarme de este para siempre.

…

Veinte minutos después estoy encerrada en el cuarto de baño de nuestra planta, mirándome al espejo en un intento por descifrar aquello que se esconde más allá de unos ojos cansados que presentan ojeras de días, a pesar de intentar ocultarlas con el maquillaje negro que resalta cada misterio que se esconde tras ellos. Arreglo mi pelo con los dedos y me meto la camiseta entre los pantalones, no sin acariciar antes la piel de mi vientre y recordar el tacto ardiente de quien sonrió más que satisfecha cuando temblé bajo sus diabólicos actos.

Por primera vez en mucho tiempo sentí las mejillas arder cuando quité el pestillo de la puerta y salí de la sala para enfrentarme a compañeros de trabajo que se mostraron ante mí preocupados y

entregándome palabras de aliento.

Si ellos supieran, me digo abriendo el grifo y mojando un poco mi rostro y cuello.

De repente me descubro sonriendo hacia el espejo de manera sincera, incluso nerviosa y el agujero negro que comenzaba a comérselo todo en el interior de mi pecho, se sustituye por sensaciones que albergan algo de esperanza a pesar del punto donde nos encontramos. Podría llamarlo el «efecto Milano», como me han dicho, si es que eso tuviera sentido, claro. A lo mejor es la vida poniéndose en orden, recordándome cada uno de los motivos por los que despierto día tras día, tal y como Remy y mis hermanos me recuerdan cada instante.

Pensando en ellos, me doy cuenta de lo injusta que he sido estos días así que envió un mensaje a mi hermano para decirle que iré a cenar con la familia esta noche y después busco a Remy entre todos los mensajes.

K: Gracias por todo lo que has hecho, anoche Hailey vino a casa y creo que por fin puedo dar sentido a las cosas. Sé que de aquí en adelante estas irán a mejor. Tenemos que vernos, hay algo que me encantaría poder contarte sobre alguien.

Después de pulsar «enviar» dejo el teléfono en mi bolsillo y me mantengo en silencio. Sé que debe estar trabajando así que no espero una respuesta inmediata. Ahora estoy aquí, yo junto a mi propio reflejo, colocándome bien la chupa de cuero, dispuesta a salir de este *encierro* para continuar con un trabajo que me apasiona y que no puedo abandonar, como lo he estado haciendo conmigo misma. En cuanto vuelvo a la realidad y atravieso pasillo tras pasillo soy consciente de como el aire que respiro me ofrece la libertad que he necesitado durante todos estos meses. Las muñecas ya no me duelen y se aligeran al igual que mis pasos, incluso mi respiración se normaliza a pesar del dolor que cada uno de los agentes albergamos en nuestro interior debido a lo que nos es imposible controlar.

Porque desgraciadamente no podemos salvar a todos, y las esquirlas que se acumulan poco a poco se convierten en patas de araña que nos recorren hasta llevar el veneno a través de nuestro ser. Nos captura, y en algunas ocasiones nos vuelven locos.

Como a mí. «Como a ti».

—Lamento lo de antes. —En cuanto abro la puerta de nuestro santuario la menta me golpea y paraliza mis piernas, aunque en realidad tiemblan tanto que temo dar otro paso en falso y caerme debido a la excitación que me produce el gesto que Milano tiene conmigo—. Espero que aprendáis de mí y no os dediquéis a investigar y a no dormir en vuestro tiempo libre, ¿estamos? —Aunque bromeo mi voz suena a orden.

Claudia y Anthony asienten de inmediato.

Milano carraspea y suelta una risita antes de ajustarse la chaqueta

y poner la atención en el cúmulo de copias que se nos acumulan en la mesa con la información que he logrado obtener en el transcurso de estos días.

—Tengo una pregunta. —Anthony levanta la cabeza—. Está claro que los métodos de nuestro asesino han evolucionado hasta el punto de lograr pasar desapercibido, bueno, más bien no dejar una sola pista. Pero, ¿cómo es posible que diera su apellido y metiera así la pata?

—Nos estamos remontando a dieciséis años atrás. La mente de una persona también evoluciona, sus dudas, sus remordimientos, la rabia que va creciendo en su interior. Lo más probable es que en aquel momento deseara demostrar que él valía, que el mundo y la gente no tenía razón al hacerle creer que era un desecho más. —Una vez más el análisis de Milano logra que mis compañeros sonrían.

En mi propio silencio medito sus palabras y hago unas anotaciones antes de hablar.

—Y cuando comprobó que sus intenciones no darían sus frutos cayó en el error que había cometido y desapareció después de su último asesinato.

—Eso tiene mucho sentido —me responde Claudia.

—No estamos ante alguien particularmente fácil, y en este punto de la investigación sé que pronto sabremos más de él, para bien o para mal, así que quiero que estéis muy atentos ¿de acuerdo? —Les miro con cautela y después asienten—. Necesito cotejar los datos con los centros de acogida y que os ocupéis de los informes médicos de nuestras víctimas. Tenemos que encontrar las clínicas en las que ellas abortaron o los hospitales donde nacieron esos bebés. Y si averiguáis si entregaron a sus hijos en otro lugar sería grandioso, que nos lleve ventaja en esto podría poner a más personas en peligro.

—Sé dónde lo hizo Nicole —dice Milano de repente y su mirada no refleja nada bueno.

—También conocemos las clínicas de Gabrielle y Scarlett —añade Claudia.

—Nos falta Rachel, puede que así logremos conectar más localizaciones —nos informa Anthony—, pero… ¿por qué con las otras víctimas fue diferente?

—Alejarse un poco de su patrón de víctima suele estar ligado a emociones o su manera de empatizar con ellas. Tal vez las tomó como un tributo, una forma de decirle al mundo que ninguna está a salvo, aunque sus hijos si vivieran y fueran dados en adopción.

El estómago se me revuelve al pensarlo sin poder evitarlo. Mi mano izquierda se dirige hacia mi vientre y aunque yo jamás estuve embarazada de Mila, la verdad es que sí lo sentí como tal. Puedo oírlo en mi mente «ellas me abandonaron y así es como empieza mi obra».

Como si el aire entrara por las ventanas, todo se hiela a nuestro alrededor. El temor se presenta en las miradas de Anthony y Claudia porque son conscientes de que quizás en los próximos días haya otra víctima más a la que investigar. O muchas, ¿cómo podemos saberlo en este punto? Cuando leo todos los datos y observo las pistas siento que estamos muy cerca de atraparlo y en otros momentos parece como si esa euforia se nos escapara de las manos para acabar por quedarnos con nada.

—Tenemos mucho trabajo que hacer aún, poneros con la orden judicial y comunicaros con todas las clínicas u hospitales, quiero toda la información lo antes posible —informo, los dos asienten y después lanzan un suspiro cansado—. Aprovechad la mañana, y después daros unas horas de descanso, lo merecéis.

—Pero…

—Sin peros Anthony, también necesitáis descansar. Ya sabéis que me comunicaré con vosotros si pasa algo urgente.

Yo misma cierro la carpeta y guardo los informes que tengo delante para ponerme en pie y servirme una taza de café seguida en todo momento por la atención de Milano. No hace falta que me dedique una sola palabra para saber lo que piensa, aunque hay un segundo en el que paso por su lado y dejo un roce en su mano. Una descarga viaja desde mis dedos a través de mi cuerpo para acabar en mis labios mientras escondo una sonrisa en la cerámica antes de volver al trabajo. Quisiera decir que estamos cerca de la victoria, pero lo cierto es que ya lo sentí así una vez cuando empecé a investigar esta *obra*, sin saber que este ser aprovecharía el tiempo para torturarme un poco más y hacerme creer que, después de todo, no somos los héroes que la nación espera.

Una vez más intento que su mentalidad cruce la línea y abra la puerta de mi palacio mental para que me hable y me explique por qué, por qué se tomó tanto tiempo entre una víctima y otra. Si fue premeditado o es que hay cuerpos que han acabado pudriéndose lejos de nuestro conocimiento, en cualquier bosque oscuro, o en el fondo de un río.

La sola idea de pensarlo me hiela la sangre, me estremezco, no, no puedo creerlo, así como no quiero permitirlo. Me encantaría pensar que me equivoco, pero una vez más tengo ese pálpito en el corazón, la sangre en mis venas cabalga con tanta energía en el interior de mi cuerpo que creo estar a punto de explotar. La migraña hace acto de presencia acariciando mis sienes hasta que el dolor es palpable en toda mi cabeza y creo caer a un profundo abismo, pero la vibración de mi teléfono hace que vuelva a la realidad y cuando pienso que veré la respuesta de Remy, me encuentro con algo mucho mejor.

M: ¿Salimos esta noche? Si te niegas, le diré a los demás que tú misma incumples tus propias palabras.

Estoy a punto de protestar ante la arrogancia de Milano. Carraspeo y dejo el teléfono boca abajo sobre la mesa. No necesito perder el tiempo escribiendo una sola palabra, porque con mirarla me basta para darle mi respuesta afirmativa.

Y así es como las dos acabamos en Bourbon Street después de que el reloj diese las siete, con la noche bañándolo todo y las farolas dibujando las sombras de decenas de personas que, como nosotras, buscaban música y diversión.

En un intento por creer que la vida es eterna.

15

Todos y cada uno de nosotros tenemos un alma.
Oscar Wilde*, El retrato de Dorian Gray*

22 de abril de 2022, viernes.

A pesar de creerlo imposible hace rato que no puedo parar de reír por culpa de Milano. Las dos hemos acabado con un par de platos para llevar de un restaurante ambulante que tiene recetas maravillosas de comida criolla, y aunque mi estómago parece más feliz que nunca tras comer algo decente por primera vez en días, creo que la velada —que no una cita— todavía puede mejorar. Bourbon Street está abarrotada de gente, algo muy normal para un viernes noche y me encanta ser testigo de ello porque tiene un efecto y significado muy especial para mí.

Milano observa el brillo de los neones y las luces que emanan del interior de muchos locales por los que pasamos sin tener idea de que nuestro viaje tiene como destino final un sitio que es mucho más peculiar y con esencia única.

Cuando llegamos a la esquina de la calle con St. Phillip Street señalo con la cabeza y su reacción no tarda en llegar.

—¿Vamos ahí? —Sus ojos se abren como platos y la expresión que adopta su rostro es muy digna de fotografiar.

—¿Dónde te crees que estás? Esto no es Nueva York, aquí hay sitios con historia, y este es uno de ellos. Bienvenida a Lafitte's Blacksmith —le digo mientras ella observa el pequeño cartel que cuelga en la esquina añadiendo las palabras «Shop Bar» balbuceando algo a lo que no presto atención cuando tiro de su brazo—. Que su aspecto no te deje engañar.

Al recibir su mirada le dedico un guiño y no tardamos demasiado en atravesar la puerta de la que fue una herrería construida presumiblemente antes del año 1772 durante el periodo colonial español. La cabaña criolla nos recibe con una calidez y aroma a madera antigua que impacta de inmediato, y aunque su exterior no tenga apariencia de ser el lugar más seguro del mundo, lo cierto es que los ladrillos desgastados junto a las ventanas y puertas de madera vieja son mi atracción favorita.

El interior no es más grande de lo que se aprecia desde la calle y

supongo que ese es el gran encanto de este bar.

—Anda, quita ya esa cara, no te vas a arrepentir cuando pruebes su cerveza.

Milano sigue estupefacta, y de repente temo que algún chip en su cabeza se haya roto por tan extraño silencio. Menuda mujer. Alentada por mi logro la dirijo hacia el final de la barra para tomar asiento en dos taburetes de madera y plantar los codos sobre esta, sin dejar de observar los ladrillos de color gris oscuro como si el hollín los hubiera transformado con el paso de los años. Algo real. Las botellas de alcohol brillan frente a nosotras repartidas en cuatro estanterías, pero cuando Drew aparece ya sabe que es lo que voy a pedir.

—¿Dos negras? —pregunta, yo miro a mi compañera y cuando asiente él esboza una sonrisa—. ¡Perfecto! Enseguida las traigo.

El hombre de pobladas cejas negras, delgaducho y con la cabeza llena de bucles que se pegan a su frente y orejas nos sonríe y no tarda en servirnos dos buenas jarras de una cerveza que se convirtió en mi favorita mucho tiempo atrás.

Pasan unos veinte segundos hasta que vuelve hacia nosotras y Milano no ha soltado ni una sola palabra, de verdad que temo haberla estropeado e imaginarlo hace que ría.

—Que las disfrutéis, y espero que a la forastera le guste el lugar.

—Creo que está sumida en un sueño o algo parecido —me burlo y le agradezco por la bebida con un asentimiento—, pero le pondré remedio. —Cuando aferro los dedos al cristal frío veo la espuma sobre el color oscuro de la cerveza y chisto para atraer la atención de mi acompañante—. ¿Y bien?

Junto a mi pregunta le pego un toque con la pierna para que vuelva a mí. Su garganta sube y baja, y no sé si es más divertido o sorprendente verla así de… ¿escandalizada? Sí, creo que esa es la expresión.

El calor se extiende a lo largo de la piedra que hay a nuestra espalda, y ya puedo oler la madera quemada en la pequeña chimenea que se esconde al otro lado, donde probablemente el hierro fue quemado hace mucho tiempo atrás. De no ser porque estoy deseando escuchar que es lo que opina Milano, le arrancaría un beso y varios mordiscos con tal de que el circuito de su cerebro vuelva a funcionar. Aunque se me ocurre algo mejor, así que acorto la distancia que nos separa y pego mis labios a su oído izquierdo.

—¿Vas a hablar o tendrás que obligarme a hacer algo inapropiado?

—Es que… no es lo que esperaba, la verdad. Es… —Milano frunce el ceño y tengo la tonta sensación de que me he equivocado al elegir este sitio, al menos hasta que sonríe y sus labios rojos demuestran el entusiasmo que la acompaña—. ¡Increíble! Nunca había visto un local

igual, jamás, y eso que he viajado lo suficiente como para conocer lugares diferentes.

—Pero nunca has estado en Nueva Orleans, ni mucho menos conmigo. —Doy énfasis a mis últimas palabras para dejarle claro lo encantada que estoy con lo dicho, aunque esto no sea más que una locura que quizás traiga peores consecuencias en el futuro.

Decido retirar los pensamientos que intentan apropiarse de este magnífico instante a su lado y sin pensármelo más doy un sorbo a mi jarra de cerveza. El intenso sabor se desliza a través de mi garganta dejando ese regusto que recuerda al chocolate o el café amargo. Lanzo un suspiro agradecido y después mi lengua limpia los restos de espuma que se han quedado en mis labios. Después llevo la mirada a Milano y me doy cuenta de cómo frunce el ceño lo suficiente como para que sus ojos se achinen.

—¿Muy fuerte para ti? —le digo con tono burlón—. Si quieres podemos pedir algo más suave.

—N-No, está bien… es la primera vez que la bebo. El problema es que te vas a tener que responsabilizar de lo que pase conmigo cuando me acabe esto de un tirón. —La risa que suelta al imaginarlo es mágica.

No puedo evitar que el sonido rompa el espacio que nos separa y se meta en mi interior con fuerza para sacar lo mejor que hay en mi interior.

—Si puedo con el embrujo de este lugar, créeme, acarrearé con las consecuencias de una Milano borracha, quizás hasta lo disfrute y todo.

—Deja de burlarte —suplica apartando la mirada.

—¡Venga! Era un cumplido, tengo que admitirlo, no sé cómo lo has conseguido, pero me has cautivado por completo River Milano. —Al pronunciar su nombre levanto la jarra y le dedico una sonrisa antes de que brindemos—. Voy a echar de menos esa mente tan sexy y analítica cuando este infierno se acabe.

El cristal choca y ambas bebemos dejando por la mitad el contenido de nuestra bebida. Al mirarla a los ojos puedo ver más allá de sus gafas el deseo que te cosquillea en los labios al querer añadir algo, y entiendo bien porque se silencia. Es una puta locura. Tengo muy claro que esta cercanía está lejos de ser buena, aunque tengo que cambiar la palabra «cercanía» por «atracción», porque cada vez que veo mi rostro reflejado en sus ojos grises quiero que estos se dediquen a verme desnuda para guardar la imagen en su cerebro una y otra vez.

Ahogo un suspiro cuando su mano camina serpenteante por mi muslo y de inmediato cierro los ojos, recordando sus dedos entre mis bragas, su aliento colándose a través de mi boca, sus dientes llevándose algo más que mis labios.

«No tiene por qué acabar», quiero que lo diga y a la vez no tengo

la valentía suficiente para confesarlo.

Bravo, agente. Me lo reprocho al instante, pero en el fondo sé que está bien así.

—¿Quieres saber lo que voy a echar de menos yo? —Su pregunta me sorprende porque he creído que no tenía nada que decir. Asiento con el miedo palpitando en mis venas—. Pues, verás…

Milano vuelve a callarse, el sabor de la cerveza impregnado de sus labios llega hasta los míos cuando los acerca y se queda a las puertas del pecado. Escucho su risa, esa risa juguetona con la que siempre cree llevar la razón.

Y debo decir que lo logra porque no soy capaz de moverme cuando camina lentamente por mi mejilla hasta quedarse justo en el lugar donde quiere estar.

—Como gritas de placer cuando estoy dentro de ti.

Al escuchar sus palabras la aparto de mí para enredar los dedos en su abrigo y atraerla a mis labios para besarla hasta que soy capaz de beber el amargo de su cerveza con mis labios. Me quedo sin respiración, la sangre me palpita en las sienes y sin poder poner control sobre mis actos, deslizo mis dedos hasta posarlos en su cuello para atraerla más hacía mí después de buscar su nuca. La mente me explota y el calor del bar se transforma en un infierno muy diferente cuando me permito respirar solo un segundo hasta que nuestras miradas chocas y nos desnudamos con la mirada.

Las jarras se quedan sobre la barra con un billete de veinte entre medias. Doy un último sorbo, tan rápido que alcohol llegará pronto a mi sistema. Una gota se desliza por el cristal frío pudiendo derretirse con el simple roce de nuestros labios sobre él.

El frío que nos acoge en la noche de Nueva Orleans no me parece tan duro como otras veces.

Con ambas manos en el abrigo de Milano, la arrastro hasta el callejón contiguo del bar y el cartel brilla por encima de nuestras cabezas una última vez. Mi mente traicionera trae las imágenes de la última vez que estuve en un lugar como este, besando otros labios, porque la búsqueda de libertad se convirtió en una noche fatal, pero esta vez no voy a permitirlo.

No.

—Joder, eres exactamente como te imaginé —susurra ella cuando su espalda choca con fuerza contra una pared de ladrillo.

—¿Y cómo me imaginaste? —le pregunto colándome a través de las capas de ropa que dan calor a una piel que arde más de lo que imaginaba.

—Además de terca y fría… —responde pegada a mis labios—. Jodidamente sexy, si dices que este lugar te ha embrujado, déjame decirte que tú lo has hecho conmigo. Y espero que hagas algo al

respecto.

—Te atreves a retarme. Eso es muy tú. —Tras volver a besarla muerdo su labio inferior hasta que le arranco un gemido encantador —. Acepto.

Durante días, semanas y meses he sentido que mi alma voló hacia un limbo en el que no me permití sentir absolutamente nada más que rabia y dolor. Me destroce con múltiples obsesiones, hasta el punto de caer en un agujero del que me era imposible salir.

Y de repente estoy aquí, con esa misma alma volando, pero hacia otro lugar, despierta y ardiente de deseo, brillando como el fuego por culpa de unos labios rojos y unos ojos que ya no puedo dejar de mirar. Milano no lo sabe, pero es ella quien ha logrado que caiga en un embrujo del que no quiero despertar. Podría acecharnos un huracán aquí y ahora, y me iría con ella, besándola hasta que la naturaleza nos arrebatara la vida.

«Díselo», ambas estamos entre cuatro paredes donde nada de la vida exterior existe y me permito besarla sin pensar en otra cosa que ella, yo, y nuestros cuerpos tan cerca hasta que cada célula grita por más. Los sonidos de las calles se apagan, no escucho ninguna voz ni tampoco risas, solo soy capaz de prestar atención a los suspiros que se escapan de sus labios mientras yo recorro su cuello con los míos, dejando marcas de las que probablemente todos van a hablar cuando volvamos al trabajo. Y aunque me juré no cruzar la línea, es imposible no querer hacerlo cuando los fuegos artificiales estallan en mi interior por culpa de sus actos, al menos hasta que el cuerpo me tiembla de terror y mi alma se queja cuando un escalofrío recorre mi columna vertebral.

—¿Qué pasa? —La escucho, pero no soy capaz de reaccionar.

Sé que está aquí, cerca, espiando como un lobo bajo la noche de un bosque arbolado. El olor a muerte se me mete dentro y giro mi cabeza para ver una silueta que está de pie al otro lado del callejón, riendo a pesar de no poder diferenciar su sonrisa o el color de sus ojos.

Tan rápido como puedo reaccionar rompo las paredes que me sacan del paraíso y echo a correr con Milano siguiéndome sin perder un segundo. Al menos, es lo que creo.

Vuelvo sobre nuestros anteriores pasos y la carrera me lleva por toda Bourbon Street mientras la gente me mira e intenta apartarse para no chocar conmigo, aunque en algunos casos es totalmente imposible.

—Policía, ¡apártense! —grito hasta en tres ocasiones. Las venas de mi cuello se hinchan y cuando cruzo por Canal Street evito de milagro dos coches que están a punto de venirse contra mí—. ¡Joder!

Mis manos golpean el capó de un tercero antes de mirar al frente

y ver al lobo cubierto con su capucha dirigiéndose a toda prisa hacia Carondelet Street.

—¡Katherine!

Escucho la voz de Milano en la lejanía, pero ya no puedo detenerme. Aunque me cueste la vida tengo que ir a por ese malnacido. Mi puta intuición me lo dice, es él, pero ¿por qué? ¿Es una broma pesada creada por mi mente obsesiva o está ocurriendo de verdad?

Clyde siempre me dijo que mi intuición tenía mayor valía que la de todos los agentes que están en el departamento, y por esa razón no dudo de mí cuando atravieso la calle que mezcla edificios altos con pequeños locales y casas de construcción antigua. Creo escuchar de lejos el vagón que la cruza hasta que las fuerzas me fallan y tengo que detenerme al doblar una esquina. Todo está oscuro, una farola tintinea sobre mi cabeza y hay una verja a mi lado. Analizo el escenario un segundo antes de desenfundar mi arma y apuntar al frente, a la espera de no estar equivocada, con la garganta totalmente seca y mis pulmones ardiendo por culpa de la falta de aire. Tengo el corazón disparado y siento que todo va a comenzar a dar vueltas en cuestión de unos pocos segundos.

—Esto no ha terminado —escucho.

Estoy segura de que no ha sido mi imaginación. Le he oído, como también su puta risa. Una risa macabra que está muy adentro de mis pesadillas.

Una que reconozco después de tantos años.

—¡Arriba las manos y sal de donde estés! —grito con la mirada al frente y la pistola en la misma dirección.

Y aunque seguir mi intuición siempre ha sido algo bueno para resolver cada caso que ha caído entre mis manos, hay ocasiones en las que te puede llevar al borde de la muerte. Lo pienso al dar una bocanada de aire para llenar mis pulmones e intentar centrarme a la vez que tomo el control de mi respiración.

La risa vuelve, tiene alma de demonio y me araña ante de que pueda cortarme.

Tardo un segundo en quitar el seguro de mi arma, pero antes de que me dé tiempo a apretar el gatillo una sombra se cierne sobre mí y el golpe en mi cabeza me noquea tan rápido como caigo al suelo, con la cabeza rompiéndome de dolor, mi alma herida y unos pasos que vienen corriendo hacia mí.

16

Todos los impulsos que nos esforzamos por estrangular se multiplican en la mente y nos envenenan.
Oscar Wilde*, El retrato de Dorian Gray*

25 de abril de 2022, lunes.

La furia que se acumula en mi interior se mueve y gotea como la cera se consume a lo largo de una vela hasta que esta termina por apagar su luz y existencia. El agujero negro donde he estado metida en los últimos días prende el fuego que hay dentro de mí y lo convierte en un infierno viviente, siendo la muerte lo único que deseo enfrentar para mandar a ese malnacido dentro de sus garras. Los efectos del golpe todavía me nublan la vista en algunas ocasiones, aunque lo peor no se queda ahí, no. La impotencia se convierte en una telaraña viscosa que comienza a crear una fina capa sobre la piel de todo mi cuerpo para albergar el veneno que puede llegar a derrotarme si yo le doy opción.

«Lamentablemente no pudimos seguir su rastro», fue lo primero que escuché cuando abrí los ojos en una cama del Hospital Médico Universitario —donde Remy trabaja—, sin dar crédito a ello.

Aunque él quiso evitarlo, estuve a punto de volverme loca, salir de la cama y quitarme los cables y las agujas que tengo metidas en las venas con el suero y la medicación que, en este punto, ya no tengo claro si me hace bien o mal. Mientras tengo los ojos cerrados intento dar sentido una y otra vez a lo que vi, y que las imágenes tomen algún tipo de orden en mis recuerdos para ponerle aspecto real al hombre que perseguí por las calles hasta que él se sacó su maldito truco de la manga. Solo visualizo una macabra sonrisa con ese sonido que es capaz de paralizar a quien sea. Pero nada más, no hay nada que pueda aportar para que los chicos trabajen hasta que yo vuelva a estar en activo. Han pasado tres días y los médicos dicen que aún debo estar aquí otros dos para asegurarse de que el golpe en la cabeza no derive en un traumatismo más grave.

Al girar la cabeza mis ojos se encuentran con la mujer que logró traerme de vuelta y despertar mis sentidos, y aunque deseo darle las gracias, también maldigo que no me dejara atrás para intentar atrapar al sospechoso.

—Milano, *eh*, ¡Milano! —Los auriculares cubren sus oídos mientras no para de golpear la pantalla del móvil con los dedos, aunque en realidad la acaricia con la misma pasión que lo ha hecho con mi propia piel. Está tan absorta en ese puto videojuego que pongo los ojos en blanco y a la vez me hace gracia. No debería estar aquí—. ¡Milano!

—¿Qué?

—A la tercera va la vencida —bromeo y dejo ir una risa cuando veo como destapa sus oídos con un movimiento que tuerce sus gafas y delata una deliciosa torpeza que también me gusta en ella, aunque a estas alturas ya todo lo hace—. Deberías ir al hotel para descansar, o a hacer algo más provechoso que estar jugando a eso, de verdad, no necesito que te pases aquí todo el día. No me estoy muriendo.

—Ya, eso no tiene ninguna gracia.

Al ver su expresión me arrepiento de mis palabras, porque incluso yo temí hacerlo. El cuerpo se me enfría repentinamente, sobre todo al recordar como la sangre creó un velo ante mis ojos por el que no pude ver nada hasta que ella llegó para presionar la herida y evitar que el charco que se formó a mi alrededor se agrandara. El resultado de ello ha sido más de diez puntos y una conmoción que me tuvo noqueada durante veinticuatro horas. Suerte para lo que pudo ser peor, aunque Remy me ha dicho mil veces que esta clase golpes tienden a ser más exagerados de lo que aparentan.

—Perdón, es que no soporto estar metida en la cama todo el día mientras él…

—Claudia y Anthony se están ocupando de todo con Clyde —me corta Milano—. Y este ha sido un aviso para que aminores un poco el ritmo, o al menos para que la próxima avises antes de salir corriendo tras un sospechoso.

—No es mi culpa que yo esté mejor entrenada que tú.

—Qué graciosa, dame clases entonces. —La protesta que se dibuja en su expresión tarda pocos segundos en desaparecer y lo hace conforme camina hasta la cama donde estoy para sentarse a mi lado —. Ya sé que Clyde te ha pegado una buena bronca, y tu familia también lo habrá hecho…

—¿Vas a hacerlo tu también? —pregunto y suspiro de alivio cuando ella niega.

—Yo solo iba a decir que procures tener cuidado. Le hemos provocado, y eso tiene un claro significado.

—Todos estamos en peligro.

Milano asiente, levanta la vista y me mira a los ojos, aunque pronto vuelve a observar sus manos inquieta sobre las sabanas, como si intentara encontrar las palabras correctas para soltar una bomba que quizás yo no quiera escuchar.

—Te he puesto en peligro, a todos los de la unidad. Tal vez… sea el momento de que yo vuelva a Nueva York y os deje llevar el caso a vosotros.

—¿Qué? No, no, no, espera ¿qué estás diciendo? ¿Te vas a rendir ahora?

—Tú no lo entiendes Katherine. —Tan rápido como habla, su mano derecha se dirige al borde de la sudadera que lleva puesta, despegándola de su piel como si necesitara aire.

—Entonces, explícamelo. ¿Tienes idea de todo lo que has aportado al caso? De no ser por ti probablemente no habríamos conseguido las pruebas que ahora tenemos sobre la mesa y no voy a permitir que te vayas porque yo haya cometido una estupidez en algo tan básico como no separarte de tu compañero.

Los vaqueros ajustados que lleva dejan ver las curvas de su cuerpo. Mis dedos caminan hasta llegar a la cintura de su pantalón, la acaricio justo en ese punto y después sonrío, aparto la mano y coloco mis dedos en su barbilla para obligarla a que me mire.

—¿Qué pasa?

Sé que algo le ocurre porque a lo largo de estos días he conseguido leer todas y cada una de sus expresiones. Sé cuándo está molesta por algo, o está pensando, al igual que no me es difícil descifrar que hay algo que la carcome por dentro, como el haber ocultado su relación con Nicole al resto de la unidad —detalle que yo tampoco he revelado—, y también veo como sus ojos grises se han teñido de un temor que no había observado antes.

Milano suspira, se lo piensa unos segundos mientras se coloca bien las gafas, abre la boca y yo le sonrío porque la voy a entender, aunque confiese el peor de los pecados. Pero cuando está a punto de hablar la puerta de la habitación se abre con la aparición de un Remy que se queda paralizado al ver el roce de nuestras manos. Sus mejillas se encienden y yo le fulmino con la mirada. Menudo oportuno. Después carraspea y se piensa varias veces si dar un paso al frente o no, pero al ver la bolsa en sus manos decido ser yo quien hable.

—Si traes rollos de canela, será mejor que no te quedes ahí parado.

Le hago una indicación con la mano para que no pierda el tiempo y —casi de un salto— Milano se aparta de mi lado para quedarse también de pie, mirando simultáneamente a mi mejor amigo y a mí. El pijama morado da un aspecto más profesional al hombre que tanto quiero, los ojos le brillan y pasa la mano libre por su pelo desordenado antes de rascarse la barbilla en la que ya veo crecer una barba incipiente.

Se le nota cansado, como si hubiera pasado toda la noche sin dormir, pero ya es algo habitual en su trabajo, así que lo ignoro.

—Remy, ella es Milano —digo—. Milano, él es mi mejor amigo y enfermero en el área de urgencias. Así que no tengo idea de que hace aquí de visita.

Mi expresión es clara cuando le expreso «eres un inoportuno» con la mirada, pero él me ignora por completo y le muestra la mano a mi compañera con una alegría que me hace suspirar. *Por dios, que no diga ninguna idiotez*, pido para mis adentros mientras los observo.

—Así que tú eres la compañera de la que tanto nos ha hablado Katherine, es un placer, aunque esperaba conocerte en mejores circunstancias. No sé, como en una cena familiar o algo más… normal. ¿No, Kat?

—Cierra el pico y dame los rollos.

—¿Es así de exigente en el trabajo? —bromea Remy sin prestarme ninguna atención.

—Es… —Milano se me queda mirando y cuando el fuego en mi mirada se enciende no duda en encogerse de hombros antes de responder—. Peor, pero me gusta.

—Dejadlo ya o mejor os vais. Los dos —increpo elevando el tono de mi voz.

—Qué ingrata, dejo mi turno para ir a comprarte dulces y así me lo agradeces. —Remy bufa y después niega. Deja la bolsa con los dulces sobre la bandeja que hay a mi lado y después viene hacia mí para comprobar que todo está en orden—. ¿Te sigue doliendo la cabeza?

—Ahora sí —respondo con una sonrisa forzada.

—Va en serio Katherine, sabes que el médico no te dará el alta hasta que todo esté bien.

—Vale, vale, ya me comporto. —Escucho la risa de Milano y como se sienta en el sillón con uno de los rollos de canela entre los dedos. Con diversión le pega un bocado mientras me mira y levanta una ceja, como si con ello me quisiera decir algo que, evidentemente, dice. La odio—. Me duele a ráfagas y aún se me nubla un poco la vista, pero ya no me mareo como antes.

—De acuerdo, pediré algunas pruebas más. Y si todo va como debería podrás venir a quitarte los puntos la próxima semana. Mientras tanto, cuando salgas de aquí nada de *krav magrá*, ni carreras en mitad de la noche, ¿estamos?

—Sí, señor.

Remy bufa de nuevo, pero no tarda demasiado en volver a sus obligaciones y la verdad es que se lo agradezco, porque ahora mismo solo tengo ganas de una cosa.

—¿Qué me decías? —pregunto a Milano en cuanto la puerta se cierra.

—Que me encanta cuando te impones o cabreas con la gente —

bromea—, y también la forma en la que babeas por uno de estos rollos, aunque se me ocurren mejores formas de que los pruebes.

—Voy en serio, River… no tienes por qué guardarte nada.

La veo negar, aunque hay el en su mirada, como si hubiera iniciado un análisis.

—No te preocupes por eso ahora, creo que solo tengo que aclarar un poco mi cabeza, ya hablaremos cuando salgas del hospital ¿vale? —me dice y no tarda en volver a mi lado—. Por ahora, procuraré que tu estancia aquí sea lo más *agradable* posible —puntualiza.

Y supongo que no tengo oportunidad a negarme.

…

Nunca una vuelta a la normalidad me sentó tan bien, y mucho más después de haber vivido de todo menos algo normal en los últimos meses. Todavía no he vuelto al trabajo y aunque me muero de ganas por hacerlo, sé que debo tirar de paciencia. Tras el alta médica tres días después el médico me obligó a prometerle que el resto de la semana lo pasaría en casa, y eso es lo que hago. Hay una taza de café que humea en la mesa baja que hay frente al sofá, a su lado tengo un plato lleno de galletas con chispas de chocolate y un par de *beignets* que están a punto de ser devorados, y a estos placeres los acompañan mi ordenador y la carpeta que Claudia me trajo a casa por petición mía.

Es sorprendente la manera en la que hemos logrado avanzar con la investigación en cuestión de unos pocos días, cuando hace algunas semanas estábamos abocados al fracaso. Con un sorbo al café y el dulce del chocolate mezclándose en mis labios reviso los nombres junto a los teléfonos de las clínicas donde las víctimas abortaron.

Con la primera que contacto es con la clínica de Lafayette, la línea de teléfono suena una, dos y hasta tres veces antes de que una voz aparezca al otro lado.

—Centro médico de Lafayette, ¿en qué puedo ayudarle?

Esbozo una sonrisa y recojo mis piernas en el sofá para dejar el ordenador sobre estas y así poder tomar cualquier anotación posible mientras sujeto el teléfono con el hombro y la ayuda de mi oído.

—Buenos días, soy la detective Fortier de la División de Investigación Criminal de la NOPD, ¿podría hablar con la señora Eyre? Creo que ya esperaba esta llamada.

—Deme un momento.

—Por supuesto —digo, y aprovecho para dar otro sorbo de mi taza y llenar el vacío de un estómago que, extrañamente, no parece conocer límites.

Cuando la doctora Eyre se presenta al otro lado, carraspeo y me lanzo de lleno a hacerle las preguntas en las que quiero ahondar.

—No le robaré mucho tiempo, se lo prometo. Supongo que estará al tanto de la muerte de una de sus pacientes, Gabrielle Landry el pasado uno de marzo. La policía ya inició una investigación en la que probablemente le hayan hecho algunas preguntas, pero hay algunos temas que me gustaría aclarar con usted. Si no es molestia.

—Claro que no, pobre chica… —Al otro lado escucho un suspiro agotado y yo no puedo más que imitarlo—. Han pasado casi quince años, pero aún la recuerdo como si fuera ayer, por aquel entonces yo estaba empezando mi carrera en la clínica y fue una de mis pacientes.

—¿Puede aclararme la razón por la que deseó abortar? Los anteriores asesinatos en el estado de Texas causaron mucho revuelo. Como sabrá muchos se pusieron en contra de las víctimas así que estoy en la obligación de aclarar si hubo algún tipo de problema durante el proceso, o algo así.

—No, lo cierto es que no. Miré, la moralidad de cada uno debe quedarse en casa cuando nuestra misión en el mundo es ayudar a las mujeres que lo necesitan.

Esbozo una sonrisa, aunque no debería. En parte lo algo por lo tranquilizante que es escuchar a alguien hablar así al otro lado.

—También hay que tener en cuenta que eran otros tiempos, ahora hay más libertades, sin embargo, ese tema no afectó en absoluto a su decisión ni a que la clínica actuara acorde a ello —continúa la doctora Eyre—. Cuando ella acudió a nosotros se sentía desesperada y tenía el total apoyo de sus padres y toda su familia. Dos semanas antes de conocer su embarazo fue abandonada por el que era su novio de aquel entonces. Yo misma le dije que si era su deseo podía dar a luz al bebé y entregarlo en adopción, pero no estaba psicológicamente preparada para llevar un embarazo a término.

—Entiendo, ha dicho que Gabrielle tenía novio, ¿alguna vez le comentó algo de él?

El cosquilleo que se hace presente en mi nunca me pone los pelos de punta. Noto como al otro lado ella está intentando recopilar cualquier tipo de recuerdo que sea importante para continuar con la investigación, y ni me quiero imaginar lo difícil que le debe resultar. Hasta yo misma he experimentado el dolor o la desazón que te golpea cuando intentas prestar tu ayuda y no eres capaz de poner en orden las imágenes o conversaciones que has mantenido a lo largo de los años.

—Solo dijo que se había marchado de la ciudad para continuar con sus estudios, no se conocían de mucho, aunque si existía una diferencia de edad entre ambos. De más o menos tres años, creo recordar. Tenía una foto de los dos en su cartera, eran una de esas

parejas que podrían ser nombrados rey y reina en el baile, ya me entiende. —La doctora Eyre deja ir una risilla como si estuviera recordando los tiempos en los que una vez ella fue joven—. Y si le digo la verdad creo que ese muchacho de mirada como el mar se veía realmente enamorado de ella, tal vez se abrumó, o puede que sus padres actuaran en consecuencia a sus actos. Eran otros tiempos.

Lo eran, me digo, pero hay algo que me cosquillea en el corazón.

—Sí, estamos de acuerdo en eso. —Anoto la descripción que me ha dado y lo declaro como posible sospechoso antes de continuar—. Supongo que estará al tanto de que la policía se hizo con los archivos gracias a la orden judicial, pero quisiera saber si durante estos años alguno de sus trabajadores les ha echado un vistazo o ha notado algún comportamiento raro.

Mientras tecleo en el ordenador noto la tensión al otro lado de la línea hasta que oigo como ella también inicia una búsqueda que la lleva a soltar un gemido de asombro.

—De hecho, hace unos años la clínica informatizó todos los archivos y los que estaban en nuestros registros fueron incluidos en una nueva base de datos.

—¿Podría facilitarnos el nombre de la empresa que se encargó de ello?

—En realidad no fue una empresa, fue un equipo de voluntarios.

—¿Cómo dice? —Al escuchar sus palabras mi ordenador está a punto de salir volando y el corazón se me dispara. Me obligo a dejarlo a un lado del sofá para coger bien el teléfono y seguir tomando todas las notas necesarias—. ¿Está segura doctora Eyre? ¿Y tenían todos los permisos en orden?

—Segurísima, puedo enviarles un correo electrónico con las fechas y los nombres de los voluntarios que participaron. Ya sabe cómo es el sistema sanitario de este país, muchas veces no tenemos los recursos o la ayuda suficiente para afrontarlo todo, y el voluntariado suele hacer un trabajo impresionante, en *Red Cross* o cualquier organización.

—La verdad es que sí. Estaré esperando ese correo y muchas gracias por responder a mis preguntas —le digo antes de despedirme —. Cualquier novedad, le prometo que estaré en contacto con usted. Y si recuerda el nombre del padre, también sería de mucha ayuda.

Dos segundos después de que la llamada termine la respiración se me corta. Cierro los ojos e intento regular el ritmo de mi corazón, «esto no ha terminado» y temo que esté muy lejos de hacerlo. Dentro del círculo que he dibujado anoto las fechas que hasta el momento tenemos claras, junto al nombre de Thomas y el apellido Anderson, además del periodo de enfriamiento de ocho años entre Rachel Ainsworth y Gabrielle Landry. Me quedo pensando durante algunos segundos y llego a la conclusión de que si entre esa época nuestro

asesino estuvo recopilando información tal vez…

—Joder. —Sin pensármelo dos veces marco el número de Milano y espero impaciente a escuchar su voz.

—¿No deberías estar descansando? —me reprocha ella.

—Escucha, creo que tengo algo. —Y aunque la oigo bufar al otro lado, no me detengo—. He hablado con la doctora Eyre, todavía está trabajando en la clínica de Lafayette, y ella fue quien atendió a Gabrielle durante su aborto. Me ha hablado de su antiguo novio, aunque hay algo que te va a sorprender más cuando lo escuches.

—¿Qué pasa, Katherine? Sabes que no me gustan las esperas.

—Me ha dicho que hace unos años volvieron a informatizar todos sus archivos en una nueva base de datos y que se encargó un grupo de voluntarios. ¿Ves lo que yo? —Un pesado silencio se hace al otro lado de la línea—. ¿Milano?

—El asesino estaba entre ellos. ¡Mierda! ¿Cuándo tendremos la información?

—No tardará en llegar. Probablemente no estuviera registrado como Thomas, pero si de verdad es él puede que su periodo de enfriamiento…

—No haya sido como tal —sentencia Milano—. Y eso me asusta, porque entonces cabe la posibilidad de que haya más víctimas de las que él nos ha presentado.

—¿Por qué lo haría?

—Tal vez porque su trabajo final no era digno de ser expuesto, recuerda que cada uno de los cuerpos encontrados han sido como llevar un cuadro a una galería de arte. Y no quiero sonar fría, pero sabemos que su práctica ha sido cuestión de prueba y efecto. —Milano suspira y después la escucho caminar. Probablemente se sienta como un tigre enjaulado dentro de su habitación de hotel—. Me pondré con ello ahora mismo, avisaré tanto a Clyde como a Claudia y Anthony. Tú vuelves el lunes, y no se te ocurra hacer lo contrario ¿te queda claro?

—Creo que durante los últimos días ya he tenido emociones suficientes, lo dejo en tus manos, pero si consigues averiguar algo…

—Te lo diré de inmediato.

Una sonrisa se dibuja en mis labios. Ambas nos quedamos escuchando la respiración de la otra. Las palabras no son necesarias para expresar lo que se nos pasa por la mente o lo que arrasa nuestro corazón. El fuego atraviesa mi alma y se cuela a través de mis venas para que la sangre navegue dentro de ellas tan caliente como claros están mis pensamientos.

Al parecer nuestro querido ángel no ató bien algunos cabos.

—Esto no ha terminado —susurro.

Y con gran placer decido que mi víctima más próxima sea el rollo de canela que está frente a mis ojos. *Vamos a por ti, hijo de puta*.

17

El artista es creador de belleza.
Oscar Wilde*, El retrato de Dorian Gray*

03 de mayo de 2022, martes.

Desde mi conversación con la doctora Eyre empecé a olerlo en el aire, lo sentí en cada fibra de mi ser, estábamos cerca de encontrar al asesino y aunque eso hizo que cayera presa de mis emociones, no voy a mentir, la adrenalina se me disparó al saber que estábamos a un paso más cerca de cumplir con nuestro objetivo: atrapar a un asesino silencioso, con la capacidad de no dejar huellas y con múltiples incógnitas que ni Milano logró descubrir. El sonido de la radio dentro de Cadillac me hace consciente del minuto presente en el que me encuentro, *Dead Inside* de Muse retumba en los cristales mientras mis dedos giran el volante para tomar otra calle más antes de dirigirme al Departamento de Policía, después de haber comido con mi hermano.

A pesar de lo difícil que es para mí desconectar del trabajo, intento que los que están conmigo no sufran la consecuencia de ello, aunque la verdad es que no sé si lo estoy haciendo tan bien como debería.

—Espero que Claudia haya descubierto algo más…

Mi solitaria voz se mezcla entre el sonido de la canción y se multiplica con mi propia presencia en ese lugar donde mi mente vuela para concentrarme todo lo posible.

De todos los voluntarios que acudieron a la clínica Lafayette, logramos localizar a dos, ambos fueron llevados a nuestras dependencias y respondieron amablemente a cada una de las preguntas sin ningún tipo de temor. Ellos no eran nuestro asesino, Milano se encargó de deducirlo en unos pocos minutos.

—Era un tipo raro, callado, muy centrado en su trabajo, creo que incluso más aplicado que cualquiera de los trabajadores del hospital —nos dijo el más joven, Phillip—. Pero en los descansos solía contarnos muchas cosas sobre sus viajes, las montañas, la naturaleza y todo eso. No se le veía mala persona, al contrario, siempre que alguien necesitaba ayuda él era el primero en acudir.

—¿Su nombre?

—Nicholas, nunca conocimos su apellido.

La descripción que nos entregaron encajaba a la perfección con la que obtuve gracias a mi viaje a Baton Rouge para indagar en los últimos días de la vida de Rachel. Para elaborar un primer retrato, logramos trazar esos mismos rasgos con lo que ya teníamos de Wichita Falls con la excepción de ciertos matices, como su peinado o la barba que escondía algo más su expresión. Suspiro porque sé que estamos a punto de recibir las imágenes de seguridad de la clínica Lafayette y eso será un punto clave para la investigación, aunque al pensar en ello me entran náuseas porque no sé si quiero poner cara al asesino todavía. Algo aprisiona mi interior. Intento ignorarlo y conducir sin descanso hasta llegar al departamento, y cuando aparco el coche y apago el motor mis pasos son mucho más rápidos de lo que una vez lo fueron.

Atravieso la puerta y voy directa hacia el ascensor para recorrer en última estancia los pasillos entre los que me abro camino para llegar a donde están Anthony, Claudia y Milano, encontrándolos con expresiones desencajadas y la decepción nublando el color de sus ojos.

—¿Qué pasa? —pregunto nada más cerrar la puerta a mi espalda.

—Las grabaciones no existen —anuncia Anthony, y se sienta en la silla con rabia.

—Hay un vacío de más o menos tres meses y al tratarse de un circuito de seguridad tan antiguo, les ha sido imposible dar con ello. Tampoco tienen información sobre quien accedió a los archivos.

—Debe ser una broma. —Milano se me queda mirando y niega dejando ir de sus labios un suspiro antes de que la rabia me consuma y lancé una patada contra una de las sillas que se encuentran en la sala—. ¡Mierda! Lo teníamos tan cerca, ¿cómo es posible que no haya ni una sola pista solida de ese tipo?

—Esta clase de psicópatas suelen ser muy metódicos.

—Pero tú dijiste que eso se logra con el tiempo, hay algo que no estamos viendo. ¡Tiene que haber algo! Joder…

La cabeza comienza a dolerme otra vez y tengo que sentarme en el sofá para tomar un poco de aliento mientras Claudia corre a por una botella de agua y me la ofrece con el miedo temblándole en las manos.

—Gracias —digo girando el tapón con fuerza, deseando que este fuera el cuello de él—. Esto no le va a gustar a Clyde, cada vez estamos más lejos de conseguir resultados. ¿Qué hay de los registros en los centros tutelados?

—Eso quería añadir, hemos logrado descartar tres ya que la edad y la ubicación actual de los posibles sospechosos no concuerda con nuestro perfil del asesino. Como tampoco las descripciones. Claudia y yo estábamos a punto de salir hacia *Youth Oasis* para entrevistarnos con el director.

—¿El de Baton Rouge? —pregunto con los ojos bien abiertos. De repente una serie de recuerdos me asaltan la mente, pero procuro no compartirlo a pesar de sus miradas.

—Informadnos de lo que sea cuando estéis allí, nosotras intentaremos poner un poco en orden todo lo que ya hemos recopilado —les indica Milano.

La orden es recibida con alegría por parte de los chicos y no tardan en dejarnos a solas. Yo apoyo la cabeza en el respaldo del sofá y cierro los ojos intentando calmar los nervios que han comenzado a escalar todo mi cuerpo hasta situarse en las profundidades de mi cerebro con la única intención de volverme loca. Este caso es como un bosque repleto de árboles y bifurcaciones que terminan por llevarte a dar círculos sin sentido en un escape imposible.

¿Y qué es lo que queda?

Únicamente rezar porque la luz nos ilumine en algún punto del camino.

—¿Estás bien, Katherine?

—Sí, solo me duele un poco la cabeza… estoy harta de chocar con los mismos muros una y otra vez —le digo antes de volver a mirarla —. ¿Tú tienes algo sobre Nicole?

—Ella abortó en 1999 en una clínica ilegal, mi madre fue quien le ayudó a hacerlo. Yo estaba a punto de cumplir los catorce y nunca supe muy bien qué pasó, hasta que Nicole me lo contó. Cuando la mifepristona se aprobó hubo un ligero aumento en los abortos legales, pero hay muchísimas circunstancias por las que muchas mujeres no acuden a hospitales. Ya sea por miedo, por falta de aprobación o por las propias leyes de su ciudad.

—Texas lo disfrutó mucho cuando nuestro asesino apareció — comento con desgana.

—Pero no toda la parte de la población está de acuerdo con la política Katherine, creo que tenemos que centrarnos en otras cosas. Estoy intentando recordar todo lo posible sobre las vacaciones que pasé con Nicole. He repasado mil y una veces las fotografías que tengo de aquel año y no soy capaz de encontrar a alguien que no reconozca o que se acerque un poco a quien buscamos. —Milano bufa y veo una gran tristeza bañar sus ojos—. Lo que significa que si en algún momento se acercó a mi amiga lo hizo desde la distancia, o sin que yo fuera consciente de ello.

—Quizás no quería levantar sospechas, estoy segura de que tú mente analítica ha estado ahí desde hace mucho, incluso antes de que entraras al FBI. ¿Lo hiciste poco después?

—En cuanto cumplí los veintidós, yo era la mejor de mi promoción en criminología y también en psicología y no tardé mucho en ganarme un buen puesto en la Unidad de Análisis de Conducta. —

Hay cierto tono de orgullo en su voz, aunque más allá de sus palabras puedo leer algo que no está bien—. Y ahora que lo pienso, tienes razón. Quizás él no estaba…

—¿No estaba, qué?

El rostro de Milano palidece de inmediato, se queda boquiabierta y mirando al frente como si estuviera viendo un fantasma. Conozco tanto esa sensación que la preocupación no tarda en golpear mi estómago. Me pongo de pie y voy hacia ella, estoy a punto de preguntar qué pasa cuando la puerta de la sala se abre de golpe y Clyde entra con la misma expresión y el pánico temblándole en los labios. Giro mi rostro y lo ladeo en cuanto le miro a los ojos. «Esto no ha terminado», las palabras del asesino me explotan en la cara y de inmediato sé que es lo que nos va a decir.

—Acaban de encontrar el cuerpo de una mujer en… —Clyde se queda paralizado, me mira y no entiendo por qué.

Milano reacciona en ese momento y es quien toma el mando de la situación.

—¿Dónde, sargento?

Tengo un mal presentimiento, «hay veces que el pasado nos persigue toda la vida», la voz de mi hermano se me clava como agujas envenenadas en el corazón. Clavo los dedos de mi mano izquierda en la mesa para evitar caer, aunque no habrá nada que lo remedie y lo tengo muy claro, porque conozco muy bien esa mirada.

—E-En el Castillo Irish Bayou —dice.

Y mi mundo se viene completamente abajo.

…

No sé cuánto tiempo estuve inconsciente, a pesar de haber escuchado las voces de Milano y Clyde. Quizás fuesen unos pocos segundos, pero con la oscuridad cerniéndose sobre mí todo desapareció para llevarme a ese mismo lugar en noviembre de 2019, cuando aún tenía a una familia con la que descubrir parajes extraordinarios, antes de que el maldito destino diera su golpe de gracia pocos meses después. La voz de Mila inundó el escenario al compás de su risa alegre mientras nos contaba todo lo que sabía de ese sitio, único para mí desde entonces. Todavía puedo recordar la mirada desaprobatoria de Hailey al saber que allanábamos una propiedad privada y como nuestra hija logró ganarse su aprobación cuando le pidió que observáramos de cerca el pantano, unidas de las manos, con los reflejos de nuestros cuerpos tan claros como el sol de aquella época.

A plena luz del día y junto a la compañía mi mejor amigo, nos hicimos un montón de fotografías y después comimos unos *beignets* y

también algunos bocadillos que yo preparé en casa antes de salir poco después del amanecer. Este cabrón viene a por mí.

Ahora las aguas del pantano se han vuelto pegajosas y negras ante mi visión, como si el lodo se hubiera convertido en una sábana de petróleo a punto de atraparme por los pies para llevarme hacia la profundidad y matarme sin piedad. De soslayo soy capaz de distinguir las luces de los coches de policía que han llegado, junto a los respectivos agentes acordonando la zona para que la científica pueda hacer su trabajo. El levantamiento del cadáver se llevará a cabo en al menos dos o tres horas, tiempo a nuestro favor para analizar las posibles pruebas que rodean al lugar de los hechos.

Los oídos me pitan y la vista se me ha nublado un par de veces con la respectiva tensión que ahora enjaula mi cuerpo. He rechazado otras tantas el brazo de Clyde en un intento por evitar que caiga, porque no quiero ni su compasión, ni su arrepentimiento.

—¿Necesitas ir a casa? —Milano es quien se acerca a mí mientras yo tomo apoyo en el blanco del castillo. Por supuesto, niego—. Tenemos que ver el cadáver. Dennise ya está allí.

—Dame un segundo.

Ella asiente y se adelanta sin decir nada más. Yo tomo aire profundamente y doy cuatro bocanadas con la intención de calmar un poco mi descuartizado interior, después abro los ojos, borrando los recuerdos que me han azotado durante los últimos minutos antes de llegar. Está a punto de anochecer y es necesario que tome mi papel como detective, más que de madre.

Empezando por estudiar todo lo que nos rodea.

Ubicado entre Nueva Orleans y Slidell, el castillo se construyó en 1984 al estilo del siglo XIV —con mayoritaria decoración al estilo medieval— y fue hecho para sobrevivir a los huracanes más extremos, sobreviviendo al Katrina y al Isaac respectivamente, a pesar de necesitar alguna reparación. Lugar de pescadores, en el interior de la estructura creada para la Exposición Universal se encuentran dos habitaciones y cuartos de baño, y no existe barrera de sonido entre su ubicación y la carretera. El viento me habla y con la avidez de obtener respuestas claras giro mi rostro hacia el lago Pontchartrain, una desembocadura que está conectada con el Golfo de México. La línea de viento susurrante que llega desde este hasta el pantano guía mis pasos hasta que tomo cercanía con Milano y también, la víctima.

—Mujer de unos treinta y cuatro años. —Dennise se pone en pie y me saluda, aunque no sonríe como de costumbre—. Al igual que Gabrielle, he encontrado la marca de una aguja en su yugular, por su posición no puedo ver con claridad la cicatriz en su vientre, aunque es claro que ha seguido el mismo *modus operandi*.

Asiento y me pierdo en el pelo castaño del cuerpo, húmedo por el

clima y el roce del pantano. Tiene parte del brazo izquierdo sumergido en este y su mano derecha apunta hacia el castillo, sus piernas ligeramente dobladas descansan con cuidado sobre la hierba y lo más inquietante sigue siendo esa mirada clavada que nos habla desde el alma, además de la rosa que se esconde en el interior de sus labios. El amarillo crea un perfecto contraste con todo el color que nos rodea y para mí misma maldigo porque de esa prueba no logramos sacar nada en claro con el paso de las semanas. Demasiadas floristerías en las que comprar para una flor que puede mantenerse en perfecto estado durante largas jornadas.

—¿Cuánto tiempo lleva muerta? —pregunto con un nudo que sube y baja a través de mi garganta.

—Por el *rigor mortis*, yo diría que entre dieciséis y veinticuatro horas.

—¿Testigos? —insisto y uno de los agentes responde.

—Por el momento ninguno, al tratarse de una propiedad privada no muchos cruzan la línea para ver el castillo o el pantano.

Pero nosotras sí lo hicimos, comento entre pensamientos y asiento.

—Intenta hablar con los vecinos, si alguien vio algún vehículo, un sospechoso, lo que sea.

—Tampoco sería una locura pensar que pudiera haber llegado a través del agua. —La voz de Milano rompe con todo como si una bala hubiese estallado contra un cristal.

—No lo habrían escuchado, desde allí es imposible que se oiga algo más que el viento, al igual que desde aquí no podemos escuchar el cruzar de los coches —indico con un profundo cansancio presente en mi voz—. Pero, aun así, asegúrate David. Claudia y Anthony ya han recibido el aviso, no tardarán mucho en llegar.

Giro sobre mis pasos y tras ponerme los guantes de látex hinco la rodilla sobre la hierba que humedece mis pantalones al instante.

En silencio observo la expresión de la víctima y toda la naturaleza que mulle su cuerpo como si estuviera encima de una cama preparada con mimo para ella, tal y como un artista pincela sus cuadros antes de ser expuestos ante el público. El dolor que atraviesa mi corazón se asemeja a lo que sentí cuando recibí la llamada de teléfono para informarme de la muerte de Mila, y aunque intento apartar ese recuerdo otra vez, no puedo. Una lágrima resbala por mi mejilla cuando los ojos opacos de la víctima parecen moverse hacia mí para decirme algo. Me suplica un «por favor» que atraviesa mis tímpanos y va más allá, provocando que caiga a su lado entre temblores mientras comienzo a sufrir un ataque de pánico.

Sé que todos me miran y yo grito, aunque no puedo escuchar nada más que el pitido de mis oídos.

«¿Qué es lo que quieres decirme? ¿Vas a por mí?», dice mi mente

mientras veo entre la oscuridad la silueta del demonio que está acabando no solo con la vida de estas mujeres.

—Katherine, deberías… —Clyde vuelve a agarrarme del brazo.

—¡Déjame! Estoy trabajando —grito y Milano se queda plantada a su lado, con los ojos bien abiertos—. Tengo que hacer mi trabajo o se nos volverá a escapar, y no puedo permitirlo ni lo haré por más que seas mi jefe. ¿Quieres echarme? ¡Hazlo entonces! Pero hasta entonces, déjame en paz.

El resto de agentes enmudecen, incluso Dennise lo hace mientras toma muestras del cuerpo antes de poder moverlo. Labios pintados, sin resto de maquillaje, piel limpia…

—Ven conmigo. —Escucho a Milano—. Yo me ocupo, Clyde.

No quiero, pero le entrego mi mano y me pongo de pie antes de alejarnos unos cuantos metros del lugar donde nos encontramos.

—¿Qué te pasa? ¿Te duele la cabeza? —El interés que demuestra sonaría muy romántico en otro tipo de escenario o situación. Niego, ni siquiera puedo enfrentar sus ojos—. ¿Los puntos? Sabes que puedes contarme cualquier cosa.

—No eres mi mujer, así que no te creas con ese derecho Milano —espeto, su expresión se endurece y observo el movimiento de su cuerpo. Tiene ganas de dejarme aquí tirada, y la verdad es que lo merezco, pero me sorprende haciendo lo contrario. Sonríe enfundada en el color rojo que la caracteriza y mi corazón se aligera—. Perdona… no quería ser tan…

—¿Idiota?

—Aquí vinimos por última vez —confieso por fin. Dejo las manos apoyadas a cada lado de mi cintura y la miro a los ojos con firmeza, intentando no derramar una sola lágrima—. Juntas, en familia. Es gracioso porque allanamos la propiedad privada solo para poder ver el pantano más de cerca y tocar la estructura del castillo como en un cuento de hadas. Aunque la pared es bastante áspera, no tiene nada que ver con las construcciones de su tiempo. Y lo más increíble es que estuve a punto de tirar la puerta abajo solo para darle el gusto a mi hija, pero ella dijo «no mamá, con poder tocarlo y estar a vuestro lado, ya soy feliz».

Es evidente que Milano no tiene idea de qué decir. Cuando las piernas me fallan y caigo sobre la hierba ella se sienta a mi lado y me abraza, aunque debería estar en el escenario del crimen haciendo su trabajo.

Su sola presencia me tranquiliza, al igual que el aroma que aspiro a través de su piel.

—La noche en la que me atacó le escuché decir «esto no ha terminado» antes de caer inconsciente. Viene a por mí, y no sé si tendré fuerzas para continuar. ¿Entiendes ahora por qué tú no te

puedes marchar?

—Decidí no hacerlo el mismo día que te lo comenté. Una vez hice una promesa, por Nicole y ahora lo hago por ti, por tu hija y por las mujeres a las que debemos dar un descanso justo. Escúchame, tienes que volver ahí y dar lo mejor de ti, no estás sola. Sé que mi presencia no es lo que esperabas, pero cuando vamos a contracorriente siempre es mejor tener alguien que esté de nuestro lado. Y créeme, esto último te lo digo por algo muy importante.

Yo frunzo el ceño.

«Tú eres algo más que una simple presencia», quiero decírselo y por miedo no lo hago, por eso y por la mirada de Clyde varios metros más allá.

Los minutos pasan y otro coche se acerca al escenario, derrapa y cuando el motor se apaga veo como Anthony y Claudia salen del vehículo a toda prisa y casi sin respiración. En la mano de él hay una carpeta y su rostro me indica que algo peor está por llegar. Levanto la cabeza porque sé exactamente lo que me va a decir, una revelación que se ha mostrado con mucha más claridad mientras conducíamos hacia aquí.

Una noticia que probablemente acabe por apartarme del caso.

—Katherine, ¿puedo hablar contigo?

Clyde nos observa, casi dibuja una sonrisa triunfante. Yo asiento y me aparto de los demás agentes y el bullicio que hay a nuestro alrededor.

—Quería decírtelo antes de informar al jefe. —Anthony tiene las mejillas rojas, muerde su labio inferior con tanta fuerza hasta el punto de casi hacerlo sangrar.

Yo pongo mi mano en su hombro y después niego.

—No es necesario, sé lo que hay en esos informes, en cuanto nombraste *Youth Oasis* recordé la historia de cómo mi hermano Nick fue adoptado con pocos meses de edad, después de que el cuerpo de bomberos lo encontrara en su parque junto a una carta.

—Pero eso significa que…

Aprieto la mandíbula y dirijo la mirada hacia el cielo de color violáceo y rosado antes de que un intenso negro cubra todo el escenario y necesitemos la luz artificial para procesarlo cada una de las pruebas.

—Díselo a Clyde…

Anthony asiente, yo vuelvo a sus ojos e intento sonreír. Después veo la piel blanca de la mujer asesinada sobre la hierba oscura.

—Y después prepara la orden de arresto contra mi hermano Nick Fortier, quizás esté entrenando en el garaje de su casa. Intenta que la prensa no lo sepa.

—Sí, detective.

Cuando le dejo marchar me quedo sola, recibiendo el viento contra mí. El pelo se me alborota y nubla mi visión, ambas manos van hacia los bolsillos de mi chaqueta de cuero y por suerte en uno de ellos encuentro un caramelo de fresa. Al menos tengo algo por lo que sonreír.

Porque sea quien sea el que gobierna este mundo, está a punto de envenenar mi alma hasta que me mate y entierren mi cadáver.

18

Es la confesión, no el sacerdote, quien da la absolución.
Oscar Wilde*, El retrato de Dorian Gray*

03 de mayo de 2022, martes.

Tardamos alrededor de tres horas más en procesar todo el escenario de forma exhaustiva en un intento por descubrir cualquier hilo suelto, algo que no pusiera la soga en el cuello a una de las personas que más amo en el mundo. El cuerpo impoluto de la mujer, identificada como Lisa Lovaas una vez que fue trasladada al depósito de cadáveres, no reveló ningún tipo de huella sobre su piel ni tampoco rastros del asesino bajo sus uñas o en cualquier rincón. Solo el barro pegado a su pelo nos indicó que fue trasladada de otro lugar antes de representar su obra final ante todos nosotros.

Durante el camino de vuelta al departamento no hice más que rezar porque las pruebas hablaran a favor de mi hermano, pero sin nada que analizar y con su nombre bajo sospecha no pude hacer más que aguantar el huracán que se me venía encima.

Una tras otra, repasé las pistas recopiladas en forma de fechas, nombres y también las características físicas que los pocos testigos de los anteriores asesinatos aportaron durante la investigación, y entonces entré en pánico porque todo parecía coincidir con Nick y pensar que alguien a quien he amado durante toda mi vida sea este asesino, me hiela la sangre. Con el silencio atronador abrazándome nada más bajar de mi coche, avanzo hasta la puerta del edificio donde él ya se encuentra y recorro un camino que podría hacer con los ojos cerrados. Nadie se atreve a mirarme o a dedicarme una palabra, al menos durante el primer trayecto antes de llegar a la planta donde los cuchicheos y voces simulan el siseo de una serpiente que está a punto de morderme.

—¡Silencio todo el mundo, volved al trabajo! Si no tenéis nada mejor que hacer que ir a casa o investigar cada uno de vuestros casos os encontraréis con una suspensión de empleo y sueldo, ¿está claro?

La voz de Clyde retumba tan fuerte que hasta a mí me sobresalta. Las paredes tiemblan y como si nada todo vuelve a la normalidad, si es que a esto se le puede llamar así. Yo suspiro y me dirijo hacia su despacho una vez que me mira. Sé lo que va a decirme, pero así son

las normas y esta vez no voy a poder hacer nada para evitarlo.

Cuando cierro la puerta a mi espalda apoyo mi cabeza en la madera mientras él camina hacia las ventanas para evitar que el resto vea lo que sucede en el interior de esta sala.

—No es necesario, de verdad.

—Claro que lo es, siéntate Katherine. —Me pide después de hacerlo él en su butaca—. Tu hermano ya se encuentra en la sala de interrogatorios para ser entrevistado, aunque se niega a declarar hasta que llegue su abogado.

—Nuestro padre le enseñó muy bien —ironizo y después llevo las manos hacia mi cara, por un segundo cierro los ojos y espero que esta pesadilla sea solo eso, un mal sueño del que voy a despertar en cuestión de segundos—. ¿Ofreció resistencia?

Clyde niega, y eso me asusta, hasta el punto que un nudo se me forma en la garganta. No sé si lo ha hecho precisamente por lo que he dicho antes o ante la frialdad de un hombre con esta capacidad de asesinar.

—¿Y Milano?

—Se va a encargar de la entrevista, ya sabes que tú no puedes estar presente —continúa Clyde, yo suspiro y pongo las manos sobre mis piernas. «Estas fuera del caso», le veo decir a través de sus ojos, sin embargo, me sorprende cuando habla de nuevo—. No obstante, estarás tras la palestra, grabaremos todo y podrás analizar todo lo que ocurra ahí dentro. Nadie más que tú conoce a Nick a fondo, por lo tanto…

—Pero yo no soy perfiladora criminal ni psicóloga. Milano es la más indicada para esto y… temo dejarme llevar por lo que dicte mi corazón.

El dolor que siento es tan profundo que las lágrimas comienzan a formarse alrededor de mis ojos. No quiero romper a llorar, aunque cada fibra de lo que hay en mí ya esté hecho añicos. Hace solo dos días que él y yo hablamos con Alexander, porque yo temía encontrar a nuestro hermano pequeño derrotado por las nuevas guerras que se abrían en el frente, y al final descubrí que fue todo lo contrario. Los tres comimos juntos, reímos y recordamos los viejos tiempos deseando poder vernos pronto para cumplir mi sueño de ir a tomar cerveza negra a mi bar preferido.

—No voy a hacerlo Clyde, prefiero retirarme del caso.

—Sabes que no te lo voy a permitir. —A pesar de que espero el tono severo de su voz, lo dice con tanto cariño que me sorprende y ya no sé si quiere ayudarme o torturarme. Mi sargento se pone en pie, coge una de las sillas de su despacho y se sienta a mi lado, moviendo el asiento para que le pueda mirar de cara—. Katherine, llevas años tras él, este caso te ha consumido tanto como lo hizo perder a Mila y a

Hailey, piensa en ellas, piensa en todas las víctimas, y en las que podrás salvar si detienes al asesino.

—A mi hermano.

—No tendemos indicios físicos de que haya sido él, y aunque esto no debería decirlo en voz alta, lo único a lo que podemos acogernos ahora mismo es a pruebas circunstanciales.

Escrutinio la mirada de Clyde y mis ojos se abren ante la sorpresa. Por primera vez en toda la noche logro perfilar una sonrisa en mi rostro, aunque sea una mínima línea que desde luego va a pasar desapercibida.

—Haré como que no te he escuchado —bromeo y aunque no sé cómo va a responder, mi mano va en busca de la suya y la aprieto con fuerza—. Siempre fuiste un gran amigo, más que un compañero Clyde, pero no creo que puedas salvarme de esto.

—Veremos qué pasa. Quizás haya tenido la mala pata de estar en el lugar equivocado en el momento más inoportuno, que sea sospechoso no significa que él sea el asesino. ¿Vale? Yo estaré contigo, pero antes… quiero decirte algo.

—Dime.

—No odies a Milano por hacer su trabajo.

Otra sonrisa se dibuja en mi rostro a pesar de los sentimientos encontrados que van chocando entre sí. Al mirar a Clyde a los ojos me doy cuenta de que no tiene idea de nada y lo prefiero así, porque estoy segura de que yo sería la suspendida de empleo y sueldo si se lo confieso en este momento.

Con todo el tiempo que nos conocemos me sorprende que no lo sepa, aunque hay algo dentro de mí que me grita que es lo mejor, porque ni yo sé en qué punto nos encontramos ahora mismo.

Mientras pienso en ello, ambos abandonamos su despacho para dirigirnos a la planta menos dos, donde se encuentran la sala principal de interrogatorios. Clyde abre una puerta contigua y yo entro al interior del pequeño cubículo oscuro donde Anthony y Claudia están listos para tomar notas. Nuestro analista está sentado frente a las pantallas que lo grabarán todo y yo me quedo apoyada en la pared al fondo, zambulléndome en una oscuridad de neón azul en la que prefiero quedarme por el resto de la noche y la madrugada, o quien sabe cuánto. Mis ojos van directos al suelo porque me veo incapaz de mirar al frente.

—Como ya sabe, esta conversación está siendo monitorizada y grabada como prueba a la hora de un posible juicio. Así que, ahora quiero que vea algo señor Fortier.

—Ya les he dicho que no diré nada hasta que mi abogado esté presente. —La voz de mi hermano suena tan firme que asusta, a pesar de que percibo una vibración que lo lleva a la duda—. Conozco mis

derechos.

—Soy agente del FBI, tengo muy claro que lo sabe. —Milano abre una carpeta frente a mi hermano y de ella saca las fotografías de todas las víctimas que hasta ahora suman un siete que hasta a mí me corta la respiración—. Dígame algo, ¿qué tenían ellas de especial? ¿Es por su madre? Sus ojos son muy parecidos, ¿un reflejo de aquel recuerdo macabro?

La dureza con la que ella le habla corta mi respiración. «No odies a Milano por hacer su trabajo», recuerdo las palabras de Clyde y me las grabo a fuego para no salir de este lugar echando a correr con la intención de no volver jamar.

—Me pregunto cómo consiguió averiguar quien era su madre biológica. Debe tener un poder de persuasión muy eficiente para conseguir engañar al sistema, o en su caso alguien que le haya echado una mano. ¿Tal vez su mujer? Es abogada ¿me equivoco?

—Ella no tiene nada que ver en esto. ¡No se le ocurra nombrarla!

Las manos de Nick golpean la mesa con tanta fuerza que las esposas —puestas en caso de que sea un *peligro*— le estrangulan las muñecas sin piedad. Noto como las venas de sus sienes se hinchan, al igual que en su frente como siempre suele pasar cuando entrenamos. Tras morder la cara interna de sus mejillas decide respirar hondo, una, dos y hasta en tres ocasiones para calmar los nervios y volver a mirar al frente. Sus ojos se mueven rápido inspeccionando aquello que le rodea, en búsqueda de la única persona que no logrará ver por el momento.

A mí.

—De acuerdo, si Bethany no está implicada, entonces ¿cómo lo hizo? —insiste Milano, con una calma que quisiera hacer mía en este momento.

Los labios de Nick comienzan a temblar, y estoy segura de que se debate entre si hablar o no, a pesar de que su abogado no ha llegado todavía. Entierra la cara entre sus manos, en un gesto que nos representa a los dos y deja ir la pesadez con su respiración, después las apoya sobre el frío metal y con los dedos temblándole está a punto de acariciar las fotografías de todas las víctimas que se apostan ante él. Espero cualquier tipo de emoción que delate que él no es el asesino que hemos estado buscando, sin embargo, sonríe con una expresión tan fría que me desconcierta y paraliza.

No puede ser, me digo sin poder creerlo, y sé que va a hablar por Bethany.

—Ella fue quien logró encontrarme, me esperó en la puerta del instituto. Quería hablar conmigo sobre lo que le pasó, contarme su historia o algo así. Supongo que quería redimirse. —Nick se echa a reír y hace una negación con el rostro—. Una pena que yo no tuviera

ningún tipo de interés en saber todo eso, porque para mí ella jamás fue mi madre.

El movimiento de sus hombros muestra una indiferencia que jamás he sabido percibir en él.

«Cualquier asesino puede esconderse tras una sonrisa dulce», recuerdo las palabras de mi padre cuando decidí seguir sus pasos como policía. Por aquel entonces no sabía las cosas que ahora sé, ni como el mundo es un lugar donde no hay cabida para la esperanza por más que pongamos todo nuestro esfuerzo en mantener la luz a nuestro alrededor. Desde mi lugar intento calmar mis nervios con otro caramelo, aunque en realidad me gustaría poder salir a fumar.

Clyde gira su rostro para observarme y yo estoy a punto de explotar.

—¿Por qué le habla con respeto? Es la primera vez que lo veo en un… —Claudia cierra la boca de inmediato, al saberme tras su espalda.

—No te preocupes por mí —le respondo—. Nuestro padre formó parte de este cuerpo y está adoptando una posición neutral, si pasa la línea hacia un lado más afectuoso o personal sabe que cometerá un error. Un asesino metódico no se deja engañar tan fácilmente.

«Nick, no un asesino, Nick», la voz en mi cabeza se empeña en recordármelo mil y una veces y yo intento creer que es verdad. Lo intento.

—¿También la mataste a ella o tu primera víctima fue Olivia Hernández?

—No sé de qué me habla.

—Sin embargo, sí sabe que su madre biológica desapareció cuando usted cumplió los dieciocho años, ¿no? —Milano debe estar sonriendo, lo percibo por como deja caer la espalda en el respaldo—. ¿Tampoco va a responder? Una amiga cercana a su madre declaró hace un par de semanas que antes de desaparecer le dijo que iba a ver a su hijo.

—¿Por qué yo no sé nada de esto? —pregunto con la tensión apoderándose de todo mi cuerpo—. ¿Clyde?

—No lo sé, a mí tampoco me informó. Tal vez sea un as bajo la manga.

La cabeza comienza a dolerme tanto que no puedo soportarlo más. Una fuerte jaqueca me nace desde la parte de atrás de mi cabeza. Camina hasta el centro de mi mente y se refugia ahí con saña, clavándose como lo haría un aguijón.

Nick vuelve a pedir a su abogado y siento que es momento de dejar este lugar, al menos hasta que pueda armarme de valor para seguir escuchando como mi hermano es culpable. La puerta se abre frente a mí y en cuanto salgo Milano aparece en escena con las

carpetas en sus manos. Se me queda mirando, afligida y con un semblante que está muy lejos de mostrar alegría.

—Ven conmigo —me pide, pero yo dudo—. Por favor, es importante.

Antes de afirmar miro hacia la pared que separa a Nick de mí y aunque me quedo ahí de pie durante un par de segundos, no tardo en caminar con Milano por todo el edificio.

—¿Te importa si salgo a fumar? Lo necesito.

—Claro, vamos.

…

El humo del tabaco se escapa de entre mis labios con calma y gracia, moviéndose en círculos para alcanzar el cielo oscuro, tanto como debe estar mi alma ahora mismo. Desde que hemos salido no he sido capaz de articular una sola palabra y Milano tampoco me ha obligado a ello, a pesar de que sé que necesita decirme algo. Las dos estamos sentadas en los bancos que hay cerca de la entrada del edificio, y la farola que nos ilumina logra dibujar la forma de nuestros cuerpos en la piedra donde apoyo los pies. Cuando miro hacia arriba soy capaz de ver un par de estrellas que rompen la oscuridad, queriéndome hablar. Quizás sean mis padres, en un intento por decirme que todo estará bien, aunque mi vida haya vuelto a irse a la mierda.

No sé qué esperar del destino o del mañana si siguen destruyéndome así.

—Katherine, hay algo que necesito contarte. —Milano habla y yo doy una nueva calada al cigarro antes de girar mi rostro para mirarla. Tras mi asentimiento ella sonríe—. Nicole no fue la única que no tuvo a su bebé cuando era joven, por eso éramos tan buenas amigas.

El cigarrillo se me cae de los dedos en cuanto escucho su confesión.

—Me quedé embarazada a los quince años y con dieciséis tuve a un bebé precioso, era un niño al que llamamos Michael, yo y sus padres adoptivos —continúa, y aunque un gran pesar tiñe esa mirada tan preciosa suya, es capaz de sonreír—. Como Nicole, no estaba lista para ser madre y sé que tomé la mejor decisión. Ahora él tiene veinte años y de vez en cuando nos vemos para ponernos al día.

—¿P-Por qué no me lo dijiste antes?

—Porque habrías creído que mi profesionalidad estaría nublada por los eventos de mi pasado, y no es así. Yo misma podría formar parte de esas víctimas y cada vez que lo pienso siento que el asesino me buscaba a mí en vez de a Nicole.

—Pero tú… no cumples con las características físicas de…

—Katherine, por favor. —Milano se echa a reír y yo frunzo el ceño —. ¿No te has fijado en mis raíces castañas? Con lo gran detective que eres creí que te habrías dado cuenta de que estoy en el equipo de las rubias teñidas.

Milano se encoge de hombros, la miro a los ojos y después a sus labios antes de reparar en el pelo que cae sobre su cuello. Entonces estallo a reír hasta que el pecho me duele, mi risa parece la de una lunática, pero no me importa porque no me detengo hasta que los pulmones me arden y de mi interior se liberan cada una de las emociones contenidas.

Bufo y apoyo las manos en el banco apretando los dedos hasta que mis nudillos toman el color de las esculturas griegas.

—Clyde me dijo que no te odiara durante el interrogatorio ¿sabes? —Giro mi rostro e intento dedicarle la mejor de mis sonrisas—. No tenía pensado hacerlo y menos ahora que… ¿cómo lo llevas? Tener un hijo y que no esté contigo. Darlo en adopción tan joven debió de ser muy duro.

—Lo fue, pero…

—¡Katherine! —Una voz a mi espalda interrumpe la respuesta de Milano.

Los huesos se me hielan y el revoloteo de mi corazón se acentúa cuando veo al hombre que aparece entre las sombras. Mentiría si dijera que no me ha sobresaltado su presencia tan silenciosa hasta que ha pronunciado mi nombre, sin embargo, lo ignoro porque en cuanto veo a Remy frente a mí no soy capaz de hacer otra cosa que no sea echarme entre sus brazos. Suspiro y apoyo la cabeza sobre su pecho, aferrando los dedos a la ropa en su espalda como si él fuese a salvarme del horror que estoy viviendo.

Pienso en Alexander y en lo mucho que me va a costar decirle esto.

Mis piernas flaquean, al igual que todo mi cuerpo comienza a temblar a pesar de sentir como Remy hace el papel de muro irrompible.

—Bethany me lo acaba de contar, tenía turno doble, pero… ¿Cómo estás? Y… ¿Nick?

Noto el temblor de sus labios al pronunciar el nombre de mi hermano.

—No lo sé, no te puedo responder a ninguna de esas dos preguntas porque esto es algo que… joder… ¿qué puedo decir? —Me aparto para mirarle a los ojos e inevitablemente vuelvo a reír. Cuando me encojo de hombros recuerdo la presencia de Milano a mi lado y me aparto para poder mirarla—. Remy, supongo que recuerdas a Milano.

—¿Cómo no hacerlo si su nombre ya forma parte de tu vocabulario? —Con su sonrisa más carismática mi mejor amigo le

dedica un guiño y después se silencia por si acaso se lleva una paliza —. Gracias por echarle un ojo.

—No hay nada que agradecer, aunque sé que nunca estaré a tu altura —bromea ella con ese tono tan característico que me hace sonreír—. Pero me gusta el equipo Remy y River.

Mi mejor amigo le vuelve a sonreír y guardo este pequeño instante tan necesariamente bueno. Ojalá esto acabara y pudiera volver a casa como si nada, pero no es posible por lo que suspiro y cierro los ojos en un intento por reordenar las ideas.

—¿De verdad es él? —pregunta Remy, dibujando un gesto de preocupación—. ¿E-Es tan grave?

La preocupación se traslada de su cuerpo al mío como si una pelota de tenis estuviera siendo golpeada de un campo al otro.

—Eso no te lo puedo decir, ella es la que se va a encargar del resto. Estamos a la espera de que llegue su abogado, pero tú no deberías estar aquí —le pido, poniendo las manos sobre su pecho—. Me harías un favor si en este momento vas a casa de Nick y te quedas con Ben y Bethany ¿vale? Diles que iré en cuanto pueda. ¿Lo harás por mí?

—Por ti sería capaz de todo, detective Fortier.

El gesto de Remy se endurece cuando gira el rostro hacia el edificio y después a Milano, aunque le dura un simple segundo porque enseguida asiente y lleva las manos hacia mi rostro para dejar un beso en mi frente. Me abraza una última vez y asiente sin pensarlo dos veces. La mejor perfiladora del país llama mi atención con un toque en mi brazo y sé que es hora de despedirse, tenemos que volver adentro y lo único que espero es no tener que despedirme también de Nick.

Porque eso terminaría por destruir del todo mi corazón.

19

En sus tratos con los seres humanos, el destino nunca cerraba las cuentas.
Oscar Wilde*, El retrato de Dorian Gray*

05 de mayo de 2022, jueves.

Con Nick bajo custodia y el tiempo corriendo en nuestra contra he sentido el curso de este de una forma lenta y francamente tortuosa. Han pasado casi cuarenta y ocho horas desde que la orden de detención se produjo, pero desde entonces no hemos tenido ni un solo resultado que me indique si podrá salir en libertad o acabará en la cárcel para el resto de sus días. Su reticencia a hablar se me hace lógica en un hombre como él, o como diría Milano «en un asesino metódico», pero sigue habiendo cosas que se escapan de mi conocimiento y supongo que por eso tengo sentimientos encontrados. Hacerme a la idea de que mi querido hermano es un monstruo que ha acabado con la vida de siete mujeres —sino más— me cuesta tanto como respirar en este momento. Clyde ha intentado encarecidamente mandarme a casa hasta en tres ocasiones, pero no puedo, por él, por ellas y también por el juramento que hice ante toda la nación.

Tras varios testimonios y con algunas pruebas que sitúan a Nick en las ciudades donde se cometieron los crímenes en tiempo y lugar, hay una parte del caso que está resuelta, pero su silencio y la falta de evidencias físicas también juegan un papel muy importante en el caso de su liberación o no.

La prensa todavía no ha desvelado la cara del asesino, aunque Bethany no lo ha tenido nada fácil para justificar la falta de Nick, y yo mucho menos.

—¿Has ido a dormir? —Milano interrumpe mis pensamientos cuando entra a la sala de investigación.

Al ver mi negación, suspira.

—Deberías haberlo hecho después de que Remy te quitase los puntos. Todavía no estás recuperada del todo y esto…

—No voy a irme, no puedo dejar de pensar en Nick, y mucho menos puedo creer que él sea quien ha obrado todo esto. Me niego, es imposible.

—Quisiera decirte que eso es cierto. —Milano coge una de las sillas y se sienta a mi lado echando un vistazo al panel antes de dirigir

su mirada hacia mí. Su mano coge la mía y deja una caricia que, aunque me consuela, jamás borrará el dolor que siento—. Cuando pasan estas cosas entramos en una negación instantánea, probablemente no serás capaz de ver los puntos que se reúnan en su contra, y no te lo puedo reprochar. Por eso te pido que descanses, quizás así veas las cosas desde otra perspectiva. Si sigues siendo su hermana, tu ayuda será nefasta, y siento ser tan sincera Katherine.

—Sé que tienes razón, no te preocupes. Solo estoy poniendo en orden cada uno de mis recuerdos —le digo, esta vez agachando la mirada—. Jamás mostró maldad alguna, aunque es cierto que lo adoptaron siendo un bebé, quien sabe que pudo desatar lo que, en teoría, ahora es. Quizás fue conocer a su madre biológica, no sé.

—Presuntamente —aclara Milano—. No le pongamos la soga al cuello todavía.

—¿Tú crees que él no lo hizo? —pregunto con la voz cansada.

—Yo creo en la inocencia hasta que se demuestra lo contrario, y hay algo que… Es extraño porque Nick no encaja exactamente con el perfil que había elaborado, pero a la vez hay pruebas que no mienten. En media hora Dennise nos espera para darnos el resultado de la autopsia completa. A partir de ahí, veremos qué hacer, ¿vale? Sé que todo parece estar en su contra, como ambas conocemos la manera en la que un asesino se va construyendo poco a poco con el paso del tiempo, así que tenemos que pensar que quizás no esté todo perdido para él.

Su voz suena esperanzadora y también sincera. Los ojos de Milano se clavan en mí de esa manera suya tan intensa y aunque me gusta demasiado la tentación, no tengo fuerzas para lanzarme a besar sus labios a pesar de que el deseo quiere ganar este pequeño *break*. No sé lo que somos y está claro que para cuando todo esto acabe ella se habrá ido, por lo que no llegaremos a ser nada de lo que yo he imaginado durante mis noches en soledad.

Semana tras semana, las dos hemos pasado de un irrefrenable odio, a la comprensión y una atracción inevitables, sin embargo, no puedo abrir la siguiente puerta, no ahora.

Y tal vez nunca.

El reloj ha caminado poco a poco, no he dejado de mirar los números y el recorrido de este hasta que por fin nos hemos encerrado en el ascensor para ir al encuentro de Dennise en la sala de autopsias. La piel de las manos me pica y el hormigueo de estas va caminando por todo mi cuerpo hasta dejarme con la boca seca y los pelos de punta. Mi garganta es como un nudo por el que apenas puede entrar oxígeno y mi estómago es testigo de todo ello cuando se me encoje hasta el punto de que no puedo caminar una vez que las puertas del ascensor se abren.

—Espera un segundo —le pido a Milano, poniendo las manos sobre mis rodillas.

Mi pelo cae sobre los hombros y me tapa toda la visibilidad, aunque no tengo claro ni lo que quiero ver.

Una vez más, es ella quien actúa por las dos y deja sus manos sobre mis brazos para que me enderece y observe su sonrisa calmada. No sé cómo puede estar así cuando a mí me afecta todo tanto. El honor de su amiga también depende de ello, y yo odiaría con toda mi alma que mi hermano haya sido el hacedor de tal daño hacia una persona que frente a mí es oro.

—Vamos, si no obtenemos las respuestas que buscamos, no podremos avanzar.

Asiento y sigo los pasos de Milano pasillo tras pasillo, doblando mil esquinas en metros y metros que a mí me parecen un laberinto. Conforme miro al frente, más lejos veo la puerta y cuando esta se acerca a mí siento que un agujero va a engullirme de repente. Tengo claro que la falta de sueño está haciendo de las suyas así que decido respirar hondo, tomar todo el aire posible y dar un paso más hasta que el frío se me pega en las mejillas y en las manos.

—Bienvenidas —dice Dennise, levantando la cabeza del escritorio que hay al fondo de la sala.

El cadáver de Lisa Loovas está cubierto por una sábana blanca a excepción de un rostro que ahora luce más calmado que nunca. Rezo porque haya encontrado la paz tras el infierno que sufrió antes de su muerte, aunque ni ese consuelo será suficiente después de todo porque en realidad debería estar viva y lo estaría de no ser por mí. Su pelo, ahora limpio, brilla bajo los focos que iluminan todo el lugar de un blanco impoluto que solo se rompe por el metal de las cámaras donde el resto de cuerpos se mantienen fríos a la espera de que sus familias puedan llorarles por última vez.

Comienzo a marearme y mis dedos se aferran al metal.

—He encontrado algo, lo estoy analizando en el laboratorio. Creo que es algo bueno. —El tono de su voz cambia repentinamente y soy capaz de leer esperanza a través de lo que dice, aunque no tengo idea de si eso será bueno o no para Nick y odio la forma en la que eso me preocupa—. Además del barro que encontramos en el escenario del crimen, había algunas trazas en su pelo que no coinciden con la tierra y la hierba que abrazaba su cuerpo.

—¿Estás de broma? —Pregunto sin poder evitarlo—. ¿Cómo ha podido ocurrir?

—El fruto de la provocación puede disparar la adrenalina en un asesino como este. Nos ha querido mostrar su arte fuera de su tiempo habitual, hacernos ver que es capaz de infligir un daño irreparable para la comunidad y las familias de sus víctimas con un golpe rápido y

de efecto. —Milano acaricia la misma mesa donde están mis manos—. No ha pasado por todo el proceso de antes, vigilancia, conocer de fondo a la persona, ese periodo de acercamiento o meditación de sus actos. Cuando te atacó, lo hizo para entregarte un mensaje y esa fue la razón por la que eligió Irish Bayou. Está demostrándote que no puedes o podemos con él.

—Por primera vez en mucho tiempo ha improvisado y eso puede costarle caro —añade Dennise sin reparar en el hombre que está bajo custodia, después me mira y carraspea—. Lo siento, no es que quiera…

—Tranquila, necesito que esas pruebas estén analizadas cuanto antes.

—En cuanto el muestreo nos indique más seréis las primeras en saberlo, trataré de que los resultados no tarden mucho. Por lo demás todo está dentro de lo habitual. —Noto como la garganta de Dennise sube y baja rápidamente—. Tras extraer el capullo de la flor encontré ambos ovarios introducidos en la pared posterior de su orofaringe, tiene varias laceraciones en las manos y brazos, lo que me indica que esta vez la víctima sí forcejeo, pero no hay rastro de ADN en su cuerpo. La limpió concienzudamente antes de llevársela. También están las marcas de las correas alrededor de su piel, sobre todo en su cintura… por lo tanto es otro de sus trabajos perfectos, a excepción de su error, si es que las muestras lo indican.

—Eso espero, muchas gracias Dennise. —Las manos van hacia mi rostro antes de echar un último vistazo a nuestra víctima. Con un suspiro abriendo mis labios, enredo la sábana entre los dedos y tapo su cara para dar el primer paso hacia su descanso—. Milano, ¿puedes informar a Claudia y Anthony? Quiero todos los datos en el informe y también que contacten con la familia de Lisa, tenemos que saber cuánto tiempo llevaba desaparecida, su rutina, si algo cambió en los últimos días, donde entregó a su bebé… todo.

—¿Dónde vas tú?

—Tengo que comprobar una cosa, no voy a meterme en líos. Tranquila —respondo y le sonrío dedicándole también un guiño.

…

El silencio es superior a mis fuerzas, me quema tanto como un fuego podría arrasar cualquier bosque provisto de protección. Sin pretenderlo soy capaz de escuchar el latido de mi corazón y el palpitar de las venas en mis sienes. Mis manos aprietan el volante del Cadillac mientras tengo la mirada clavada en la casa de Nick a la espera de que yo abandone mi escondite y me dirija hacia la puerta para encontrarme con la mirada desesperada de su mujer y mi querido

sobrino, Ben. Sé que están en casa porque ya he visto movimiento a través de las cortinas y a pesar de que quiero irme por donde he venido, necesito comprobar algo.

—Tengo que salvarlo… tengo que hacer algo… —me digo totalmente convencida.

Cinco segundos después cierro la puerta del coche y cruzo la calle hasta llegar a su casa, toco a la puerta y Ben me abre con gesto alegre. Su sonrisa es capaz de disipar la oscuridad que se sigue cerniendo sobre mí y en cuanto lo abrazo creo que todavía hay lugar para lograr que el bien lo gobierne todo.

—¡Mamá, la tía Kat está aquí!

—Ben… ¿qué te dije de gritar? —Automáticamente el pequeño de siete años —clavado a su padre— me saca la lengua y sale disparado escaleras arriba.

Agradecida, me encamino al interior de la casa para encontrarme con Bethany.

Está en la cocina, intentando preparar algo de pasta mientras sus piernas danzan de un lado a otro con la rapidez de un rayo. Cualquiera que la viera diría que el dolor no la atraviesa cuando es todo lo contrario, pues una capa oscurece el color marrón de sus ojos, además no para de morderse los labios y sus manos nerviosas están puestas sobre un cuchillo que podría provocar un accidente de un momento a otro.

Convencida, me acerco hasta ella para arrebatárselo de las manos y mirarla a los ojos, trayéndola de vuelta a la realidad.

—Lo siento, es que…

—*Shhh*, ven aquí. —Yo nunca he sido de abrazos, o al menos en los últimos meses he intentado levantar muros que me los eviten, pero ahora no puedo más que rodearla con los brazos e intentar calmarla—. Estoy haciendo todo lo que está en mi mano para ayudarle.

—¿Y sí es cierto? ¿Y si él es quién ha hecho todo esto? No quiere que le ayude, a pesar de que soy abogada. Y estuvo allí cuando se cometieron los asesinatos.

—Tal vez solo fue una coincidencia, ¿vale? —digo, a pesar de que yo todavía no me lo creo—. Sabes que Nick es voluntario, ha viajado a muchas ciudades durante estos años, por eso estoy aquí. ¿Tienes idea de dónde guarda sus itinerarios?

—Todo está en el garaje donde los dos entrenáis, en las estanterías. He tenido sueños, o recuerdos… ya no lo sé. Una vez me llegó a hablar de una tal Scarlett y ahora… ¿y si…? —Las lágrimas bañan la mirada de mi cuñada, mismas que limpia antes de ver aparecer a Ben—. No sé qué va a pasar con él si esta pesadilla continúa —me susurra antes de dibujar su mejor sonrisa.

—¿Te quedas a comer tía Kat?

—Voy a buscar unas cosas de papá primero y después comemos los tres juntos.

—¡Bien! —Ben salta sin parar y vuelve a desaparecer tan rápido como ha llegado, me río por su hiperactividad y después niego.

Bethany asiente y no tardo en bajar las escaleras hacia el garaje, donde el santuario en el que mi hermano y yo pasamos tanto tiempo me saluda. Antes de comenzar a buscar entre las estanterías cojo el teléfono y envío un mensaje.

K: Voy a tardar un poco más de la cuenta. Estoy en casa de mi cuñada, si se sabe algo infórmame, por favor.

M: Está hecho, detective sexy.

La respuesta por parte de Milano me saca una sonrisa tan sincera y ardiente que noto como el calor se posa en mis mejillas. Me paro a mitad de la estancia y sacudo todos los malos pensamientos que hacen de mi cerebro un caos monumental; en mi palacio mental me veo a mí misma caminando por este lugar, observando cada una de las estanterías que con el paso del tiempo se han ido llenando de una maravillosa historia familiar. Las imágenes caminan de la mano para pintarnos en nuestras versiones de meses y años pasados, y mientras tanto yo acaricio el saco de boxeo cerrando los ojos, rememorando cada una de las sonrisas que mi hermano me ha dedicado a lo largo del tiempo.

«Céntrate, tienes que hacerlo por él», y no tardo en actuar acorde a ello.

Entre las decenas de cajas que han ido llenando los espacios de metal vacíos, encuentro informes de su trabajo y los contactos de las personas a las que ha ayudado en centros para mujeres maltratadas. El corazón se me paraliza al creer en la horrible idea de que esta haya sido una de las claves para encontrarlas. Empiezo a hiperventilar y poso ambas manos sobre el cartón; tengo que respirar e intentar desviar la atención hacia otra cosa. Rápidamente la dejo en el suelo y después sigo buscando hasta encontrar una en la que está escrito la palabra «viajes» y otra en la que se lee el rótulo de «team». Y después sigo en la búsqueda de cualquier cosa que pueda servir como prueba: botas, ropa, lo que sea, pero allí no hay nada más que lo que ya acumulo en el suelo y los recuerdos de nuestra infancia.

Las bolsas de basura y cajas no revelan más que eso y temo no poder encontrar algo que le sirva en las horas venideras, pero de repente recuerdo que todos los chicos del equipo de béisbol también son voluntarios y abro los labios ante la sorpresa, antes de volver a la cocina para ayudar a Bethany, salgo de la casa y dejo todo en el maletero de mi coche con la esperanza de cotejar los datos y que eso nos dé una respuesta más clara.

Porque ahora veo con todo más claridad, figuras de hombres

cuyos rasgos también son parecidos a los de mi hermano y sé que podemos encontrar algo más.

Algo que no señale a Nick como el asesino.

20

Las cosas de las que uno está completamente seguro nunca son verdad.
Oscar Wilde*, El retrato de Dorian Gray*

06 de mayo de 2022, viernes.

La madrugada no me revela más de lo que puedan contar las estrellas que brillan muy lejos de nuestro alcance. Hace treinta minutos que Clyde se ha ido con un enfado monumental y advirtiendo a la unidad de que habrá que poner en libertad a Nick por falta de pruebas si no actuamos con más eficiencia. Esas han sido sus palabras exactas. «Eficiencia», un dardo que está desmoronándonos y entregándonos a un cansancio inevitable mientras todos seguimos encerrados en nuestra sala de investigación. Anthony ya ha preparado tres litros de café y además ha ido a comprar comida rápida para que llenemos el estómago mientras que yo intento ponerle sentido a todo lo que he encontrado en casa de mi hermano.

Si estos informes concuerdan con las declaraciones de testigos, pruebas, y sus tiempos de actuación, entonces no habrá duda de cuál será el destino de Nick, al menos es lo que cabe esperar. Salvo que otro nombre brille más que el suyo.

—¿Qué tenemos hasta el momento?

—He encontrado información sobre un viaje que el sospechoso realizó a Wichita Falls en el mes de julio de 2004. Según su registro de hotel se hospedó allí hasta finales del mes de septiembre. —Claudia aparta la mirada de lo que está leyendo y me mira con una pena que en muchos momentos no puedo soportar. Pero que diga «sospechoso» y no mi hermano, aligera un poco más la carga—. Por aquel entonces, tenía diecinueve años y trabajó como voluntario en una clínica mientras recibía un curso de primeros auxilios. Tengo entendido que estaba estudiando la carrera de empresariales ¿cierto?

—Sí —respondo y lanzo un suspiro—. Yo me estaba formando en la academia y nuestro padre lo recomendó porque Nick le había comentado que sentía esa necesidad de ayudar a las personas. No quería ser policía, así que estuvo allí prácticamente todo el verano, también se dedicó a mejorar su capacidad en las artes marciales y defensa personal. Sé que dio algunas clases a jóvenes con dificultades y mujeres maltratadas. Era joven pero ya quería…

Intento terminar la frase, pero la angustia hace que la bilis de mi estómago recorra mi garganta para dejar esa maldita acidez con la que solo quiero vomitar. Sé que me he puesto pálida y también que las manos me tiemblan, así que me centro en la taza de café y doy un buen sorbo antes de continuar.

—Entre los registros de ventas de Patriost, ¿hay algo que pueda involucrar a Nick?

—Hubo varios pagos recurrentes entre esas fechas, pero se hizo en efectivo así que…

—No tenemos nada —interrumpo a Claudia—. Está bien. Nick… perdón, el sospechoso siempre ha sido fan de la naturaleza, no es algo que pueda negar, pero recuerdo las llamadas de teléfono por aquel entonces y nunca mencionó que se fuera de escapada, de hecho, era en los fines de semana cuando más trabajo tenía. Tal vez podamos contactar con los lugares en los que dio clases o acudió para formarse y así descartar su implicación.

—Sin embargo, la descripción concuerda más o menos con el aspecto que él tenía por aquel entonces. Salvo por el color de ojos y todo lo… artificial. Aunque ya estamos cotejando los datos de todos los nombres que nos has dado.

Anthony hace tan bien su trabajo que un velo de frialdad oculta lo que verdaderamente siente por dentro al estar analizando las pruebas que van en contra de mi hermano. Asiento y busco la caja que he traído conmigo, donde hay muchas fotografías y recuerdos de sus viajes y las personas a las que ha conocido.

—Necesito que contactes con Jonathan y también con la señora Ainsworth, ellos son los testigos más fiables que tenemos hasta el momento. Enséñales todas estas fotografías —pido deslizándolas por la mesa. Milano me mira con ojos de sorpresa y mordiéndose el labio inferior—. Mañana mismo, si el sospechoso estuvo allí durante tanto tiempo es posible que tomara contacto con algún amigo en común, familiares, etc. Contacta con todas las personas que se hayan comunicado con nosotros. No quiero ningún cabo suelto.

Una vez que Anthony toma cada una de las imágenes, siento como si algo dentro de mí se desprendiera o rompiera y las células que me unen a Nick van muriendo poco a poco como si la falta de oxígeno o un virus las estuviera afectando. Todavía recuerdo como ambos fingíamos ser mellizos cuando en realidad nos llevábamos un año y ocho meses.

Me duele tanto la cabeza que necesito acariciar mis sienes para evitar que vaya a peor, pero aun así intento centrarme en un solo objetivo, joder tiene treinta y siete años y no sé qué más puede estar en su contra.

Poco a poco deshago todos los nudos que aprisionan mi mente e

intento recordar algo que me lleve a años anteriores. En febrero de 2006 yo estaba tan ocupada con mis primeros casos después de aprobar en la academia que ni siquiera recuerdo parte de todo lo ocurrido. Además, el nacimiento de Mila un mes antes drenó tanto mi día a día que las conversaciones parecen haberse desvanecido por completo. Mis dedos rebuscan entre las fotografías, pero no parece haber nada de importancia por aquel entonces. Cuando murió Jessica Kearney, no hubo familiares que acudieran a su entierro porque había perdido a sus padres muy joven y tampoco tenía hermanos. Nos fue imposible contactar con amigos o vecinos y el cuerpo que se encontró en Lake Pontchartain tampoco esclareció muchas de las dudas que aún se siguen cerniendo sobre la mesa.

—Milano, tú céntrate en todo lo que puedas averiguar sobre Nicole, ¿vale? Así tengas que remover cielo y tierra necesito que compruebes si alguien reconoce al sospechoso.

—No te preocupes, mañana a primera hora me pongo con ello.

Una parte de mi desea que no encontremos nada, me aferro tanto a la creencia de que él es inocente que no puedo ni quiero pensar en lo contrario, sin embargo, la detective que soy en alma no se puede permitir una sola muerte más y si para eso tengo que encerrarlo de por vida, sé que lo haré.

En silencio, como una de las hamburguesas que ya se han enfriado y observo como los demás guardan silencio mientras subrayan documentos e informes. Milano está de pie frente al panel en un intento por unir cabos con lo poco y mucho que tenemos a la vez. La fotografía de Nick está en el eje central de la investigación, rodeado por los rostros de todas las mujeres que una vez sonreían a plena luz del día, con la esperanza plantada en sus ojos y la semilla de la felicidad en sus bocas. La veo hacer círculos con un rotulador rojo, y después escribe unas cuantas palabras en negro.

Si él fue quien mató a Olivia Hernández era un chaval de apenas dieciocho años, adulto para algunas cosas y todavía un crío para otras. Pienso en todo lo que falló, en si hubo días en los que amarle incondicionalmente no fue suficiente o en si la llegada de Alexander llegó a afectarle de algún modo.

«Este tipo es un psicópata, minucioso y planificador, no tiene ningún tipo de problema mental, se ha especializado en matar de forma efectiva».

Un ser evolucionado, pienso, así es como ha crecido y actuado a lo largo de los años. Nos ha mostrado su mejor cara, nos ha compensado con su sonrisa, su actitud carismática, y con el amor que ha sido capaz de entregar a la sociedad. Es como un camaleón dispuesto a pasar por todas sus transformaciones para acabar por convertirse en un experto del escape.

Todo está ahí, lo hemos tenido delante de las narices durante años y es increíble como no hemos sido capaces de darnos cuenta.

—Por eso no lo atrapamos antes, en ninguno de sus asesinatos —digo para mí misma recorriendo ya las calles de Nueva Orleans en dirección a casa, una casa helada a la que temo enfrentar.

Después de dos horas más entre papeles les pedí a los chicos que continuaran mientras yo iba a descansar un rato antes de pasarme por casa de Bethany para intentar calmar unos nervios que ya son imposibles de domar. Si los testigos logran reconocer a Nick se procederá a su detención oficial y a eso le seguirá una rueda de reconocimiento cuando se les pida venir a Nueva Orleans. Será sometido a interrogatorios más exhaustivos y llevado a la cárcel antes de fijar la fecha del juicio donde un jurado popular dictaminará sentencia.

Detengo el Cadillac frente a un semáforo en rojo, el volante rechina ante la fuerza de mis manos en un desesperado intento por no derrumbarme aquí mismo. Todavía no he llamado a Alexander para darle la noticia y Remy se ha alejado de su trabajo para dejarme comida en casa y ayudarnos en todo lo que sea posible. A la espera de arrancar, me pregunto si no estaremos albergando demasiadas esperanzas en la liberación de mi hermano. Incluso Clyde debería haberme apartado del caso a pesar de mostrar su mejor sonrisa al hacer todo lo contrario.

«Pero si por un segundo actúas como su hermana, estás fuera».

Y aunque la detective que hay en mí gana casi al noventa por ciento, no puedo apartar esa parte que está tan dentro de mi alma. Porque cuando alguien por el que respiras tiene su vida en juego, haces todo lo posible por sacarlo de la línea de fuego.

—Milano lo va a conseguir —susurro una vez arranco el motor.

Al nombrarla recibo un mensaje suyo.

M: No te preocupes por nada, sabes que no estás sola. Te contacto muy pronto.

Leer sus palabras me hacen sonreír porque seguramente se pasará lo que resta de noche trabajando sin darse la oportunidad de un descanso que yo necesito como el respirar.

No quiero pensar en el amanecer ni en que las manillas del reloj sigan su curso incluso si eso significa que no tendremos nada para detenerlo, porque de ser así, el asesino seguirá matando hasta que vuelva a cometer un error. Si es que lo hace. El análisis del terreno aún no nos ha esclarecido nada, sin embargo, al pensar en ello el corazón me palpita rápido, como si el destino nos fuera a entregar el nombre de un lugar o algo cercano con lo que podamos trabajar a pesar de estar haciéndolo a contracorriente.

La espera me perturba en ambos sentidos, tanto si recibimos noticias buenas como no, aunque ni yo puedo cambiar el destino de lo

que ocurra después.

K: No tendré vidas suficientes para agradecértelo. Espero que sea más que muy pronto.

Doy respuesta al mensaje de Milano en cuanto aparco y veo la puerta de mi casa, donde me zambullo para deshacerme del calzado y sentir el suelo frío antes de ir hacia la cocina en busca de una cerveza con la que acompañar el tiempo muerto. Faltan diez minutos para que den menos veinte y quiero cerrar los ojos para encontrarme con mi hija, abrazarla y que ella me dé los ánimos necesarios para continuar hasta que todo esto se resuelva.

La sonrisa eterna de Nick escondiendo las macabras acciones de un asesino hacen que abra los ojos de golpe y mi mano lance el botellín de cerveza lejos de la mesa que hay frente al sofá.

—Joder… —musito cuando veo como todo el líquido se esparce por la madera y moja algunas revistas que adornan el color caoba, obviando que en el mundo no hay nadie que sea más desastre que yo —. Eso o es el cansancio que ya se ha llevado una parte de mí.

Me apremio para quitar todo y cuando he recogido echo un vistazo al exterior de casa, donde aprecio como la oscuridad todavía inunda las calles y la luz de las farolas se cuela al interior dibujando unas cuantas sombras sobre el suelo que recorro a toda prisa. No debo de haber dormido mucho y lo compruebo cuando el reloj me dice que solo ha pasado una hora y media desde que llegué a casa.

Cuando vuelvo al sofá veo en mi teléfono cinco llamadas perdidas de Milano y también una de Dennise.

—Maldita sea, justo en el peor momento. —Estoy a punto de llamar a la primera, pero al ver otro mensaje en mi teléfono me detengo de inmediato.

M: Dennise ya tiene los resultados, he estado investigando, aunque será mejor que te lo cuente en el hotel. Nos vemos allí a las nueve.

Respondo con un escueto «de acuerdo» y voy a prepararme un café antes de ir a ver a Bethany y mi sobrino tal y como les prometí ayer. No puedo alejar de mí la responsabilidad de saber cómo están y aún tengo una hora para darme una ducha, cambiarme de ropa y tomar un café con ellos antes de ver a Milano.

…

El semblante de mi cuñada una vez que abre la puerta de su casa no ha cambiado nada, incluso parece que con las horas va envejeciendo un poco más debido al estrés que toda esta situación le está causando. Me gustaría decirle que hay una pequeña posibilidad de que todo acabe bien para Nick, pero debo morderme la lengua para que la investigación no se vea corrompida, así que decido poner mi mejor sonrisa, saludar a Ben con un abrazo e ir hacia el interior de la cocina como si se tratara de una visita normal.

—No tengo mucho tiempo —le digo una vez cruzo el umbral y recibo el aroma de las tostadas que ella prepara con mucho mimo para su hijo.

Les pone mermelada de fresa y también me ofrece un par antes de recogerse el pelo en una coleta para dejar caer algunos mechones de color caramelo ondulados a cada lado de su rostro.

—Tranquila. —Aunque está de espaldas a mí puedo sentir la incertidumbre que cabalga en el interior de su corazón—. Ni siquiera sé cómo puedes aguantarlo, seguir trabajando en esto cuando puede que él…

Bethany emite un quejido ahogado cuando intenta silenciarse. Yo me acerco y acaricio su espalda en un intento por darle consuelo, pero ¿quién me lo da a mí? Probablemente será el propio destino cuando todo esto se resuelva. Mis brazos la rodean, y unos segundos más tarde ambas estamos comiendo unas tostadas, recordando algunas anécdotas en las que Mila y Ben se vieron involucrados a pesar su diferencia de edad.

—Ellos era más que hermanos, incluso cuando no les unía una sola célula… —Bethany suspira y después me mira a los ojos—. ¿Saldrá bien?

—No puedo responderte a eso —comento mientras niego, ojalá tuviera la capacidad de poder decirle cualquier otra cosa—, solo puedo prometerte que haré todo lo que esté en mi mano para mostrar su inocencia, y si no lo es… jamás os abandonaré. Te lo juro.

La mirada vidriosa de Bethany se convierte en el preludio de una lluvia inesperada al inicio de la primavera. Cuando dejo la calidez de su casa para introducirme en el Cadillac y encender el motor, observo como las gotas surcan y se arrastran a través del cristal llorando a las almas que hemos perdido a lo largo del tiempo. El parabrisas se encarga de golpear ese mar de tristeza para llevar el agua lejos de mi vista y lograr que choque contra la nada como a veces la espuma de un océano se pierde en cuanto toca tierra.

Tengo la mirada fija en la carretera, en un trayecto corto que me lleva directamente al hotel donde Milano ha estado viviendo durante todas estas semanas: La Galerie. Desde una distancia considerable se puede ver como la lluvia ha transformado totalmente la fachada del edificio. Sonrío porque los colores ante tal cambio me hacen sentir un cosquilleo que siempre se produce en mí por el efecto de estas jornadas.

Mis favoritas de todas.

No me importa mojarme cuando encuentro aparcamiento y camino a zancadas hacia la entrada del hotel para plantarme en la recepción y pedirles que avisen a Milano de que ya estoy aquí.

—Un segundo.

—Claro. —A pesar de lo dicho, mis dedos tamborilean sobre la madera a la espera de que me digan que puedo subir, pero conforme pasan los segundos un agujero negro empieza a formarse en mi estómago—. ¿Ocurre algo?

—No responde, quizás ya se haya marchado.

—Imposible, me dijo que nos veríamos aquí a las nueve. ¿La ha visto salir?

Por el gesto que la recepcionista me dedica deduzco que no.

—Está bien, deme un momento.

Me seco las manos en los pantalones vaqueros que llevo puestos y no pierdo el tiempo. Marco su número y escucho uno, dos, tres y hasta diez tonos sin respuesta. Cuelgo y vuelvo a probar dos veces más. Después le dejo un mensaje, pero no recibo palabras a cambio.

—¿Seguro que no ha salido?

—Normalmente viene a la recepción para anunciar que sale por si llega un paquete de importancia, pero desde que empecé mi turno no la he visto.

—¿Y el del anterior? —insisto, cuando yo misma sé que no saben nada—. Está bien, voy a hacer otra llamada y vuelvo.

Con los nervios estrujándome el corazón, me pongo en contacto con Claudia quien me informa que no la han visto en el Departamento de Policía. Mi último recurso es Anthony, con una negativa que altera todos mis sentidos, y ahí es cuando cada una de las emociones que he ido acumulando con el paso de los días se unen para romper el vaso en pedazos frente a mí. «Le ha pasado algo», mi mente me lo susurra tan claro como el agua de lluvia que sigue cayendo en las calles. Suspiro y marco el número de Dennise, mis pies no paran de moverse por la recepción del hotel y siento que estoy a punto de explotar por culpa de los nervios.

—¿Katherine? ¿Te ha informado Milano?

—A eso venía, pero no está en su hotel. ¿Te dijo si iba a alguna parte? —le pregunto y giro mi rostro, muerdo mi labio inferior con fuerza ante la espera, rezando porque nada malo haya ocurrido.

—Sí, me comentó que iba a comprobar algo y que después te lo contaría todo, pero ya no sé nada más. Ella tiene los resultados de los análisis que hicimos.

—¿Qué encontraste? —la apremio.

—Como esperaba, la tierra contenía diferentes químicos a los de la zona geográfica de Irish Bayou, y esto te va a sorprender…

—¿Qué pasa?

—Hubo una coincidencia con la investigación llevada a cabo en el asesinato de Rachel, concretamente con la zona del parque Burden Woods donde fue hallado su cadáver. Milano me dijo que se pondría en contacto con Stella y que después haría algunas averiguaciones.

—Pues no está en su hotel, y esto me huele muy mal. Ella jamás… —El corazón me da un pálpito y la garganta se me comienza a cerrar —. Te dejo, en cuanto sepa algo hablamos.

No le doy oportunidad a Dennise para responderme porque mis pies ya están de nuevo llevándome hacia la recepción del hotel. Saco mi placa e intento mostrar mi mejor gesto.

—Necesito la llave de la habitación de River Milano, soy detective. Deprisa.

La joven asiente y me la entrega. Cuando estoy frente a la puerta donde se dibuja el 22 la boca se me seca porque sé que no voy a encontrar nada en el interior de la habitación. Pero aun así abro y un silencio aterrador me abraza, sin duda hubiera preferido escuchar el ruido de los videojuegos en los que ella suele *perder* el tiempo. Me siento estúpida al pensar en lo bonito que sería poder verla concentrada en la pantalla, con el ceño fruncido y las gafas sobre el puente de su nariz mientras se las sube una y otra vez.

El desastre que veo sobre la mesa no me consuela en absoluto. Hay un buen número de fotografías y papeles, y al avanzar caigo en la cuenta de que el ordenador está encendido.

—¿Qué estabas buscando, Milano? —pregunto al aire vacío.

A lo largo de los años he aprendido que en este trabajo no hay nada que se pueda dar por sentado y que muchas veces nos cegamos ante la esperanza que nos ofrece la sonrisa de aquellos a los que amamos. Después de tantos casos investigados —resueltos o no— creí que nunca me encontraría de frente contra un demonio vestido de ángel a lo largo de las décadas. Mis pies avanzan y estiro los dedos para ver las fotografías que hay sobre la mesa, donde una Milano más joven sonríe al lado de Nicole y con un buen grupo de amigos.

La escena me saca una sonrisa, pero como estaba diciendo, la esperanza y el amor que nos entregan obran para crear frente a nosotros una máscara que difícilmente se rompe. No si la miras como hermana, amiga o familia. Puedes plantarte frente a ese espejo y creer que todo está bien, hasta que la realidad da un giro de tuerca…

Y esta te muestra el verdadero infierno.

21

Ésa es la fatalidad de la fe y la lección del romanticismo.
Oscar Wilde*, El retrato de Dorian Gray*

06 de mayo de 2022, viernes.

Su sonrisa relucía en magia, era como el arcoíris asomando por las nubes más negras, el sol más cálido en los días de invierno, ver el mundo con el color de su mirada; llegó a mi vida con la misma fuerza de un rayo, siendo el agua que cura los bosques más dañados, un alma provista de belleza allá donde fuera. Cuando nos vimos por primera vez recuerdo que nos retamos hasta que no pudimos más, yo me caí y tumbé sobre la hierba de los alrededores de la academia mientras él seguía en pie, con esa risa tomando el control de su voz, igualando al cántico de los pájaros al despertar. La finura de sus labios siempre fue especial, le otorgaba una expresión única en el mundo cuando lo hacía y sus ojos terminaban por achinarse más de lo habitual al reír de verdad, regalándome a mí y al mundo mil y una canciones que aún soy capaz de recordar. Porque él tenía la capacidad de regenerar tu cuerpo con una mirada, pero también con su bello corazón.

«El corazón de un monstruo».

No sé la velocidad a la que conduzco, ni pienso mirarlo. Los ciento treinta kilómetros de distancia entre Nueva Orleans y Baton Rouge juegan un papel importante ahora mismo, tanto que no puedo perder un segundo de tiempo. He decidido no poner la sirena para evitar que el verdadero asesino sea consciente de mi llegada mientras intenta llenar de macabros colores su último lienzo. Jamás en la vida podría haber imaginado que precisamente fuese *él* la persona que estábamos buscando, no después de tantas aventuras juntos, creciendo en un mundo aterrador donde ambos hicimos un juramento por proteger a nuestros vecinos y cada uno de nuestros amigos y familiares.

La rabia me consume hasta el punto de que los dedos me duelen mientras aprieto el volante con fuerza y con cuidado de no salirme de la carretera marco el número de Claudia y espero hasta que responda.

—¿Qué ocurre?

—Necesito refuerzos. Que varias unidades se dirijan a Baton Rouge, a la zona este. Hay una cabaña de unos cincuenta años a

doscientos metros del parque Burden Woods, justo al sur del resto de edificaciones, que eviten las sirenas y pide una unidad médica. Te envío las coordenadas ahora mismo, Milano podría estar en peligro de muerte —le digo perdiendo el aire que hay en mis pulmones—. Y una cosa más…

—Dime.

—No informes a Clyde, es de vital importancia.

Confío tanto en el desempeño de Anthony y Claudia que no necesito decir nada más antes de colgar la llamada para pisar el acelerador hasta que recorro cada metro de distancia superando los ciento noventa kilómetros por hora. Un sinfín de imágenes se pasean por mi mente, rasgan con fuerza abrupta las paredes de esta hasta que consiguen que el cerebro me sangre literalmente. Los abrazos, las palabras de aliento, todo me quema en la piel como el veneno de la traición recorre mis venas hasta hacerlas palpitar y no pedir otra cosa que verle de cara para acabar con su vida.

Al pestañear y respirar con calma logro posar toda mi atención en el horizonte oscuro que tengo delante de mí. Las manos me tiemblan, pero es incomparable a lo que sentí en la habitación del hotel donde Milano estuvo trabajando en las últimas pistas.

Todavía recuerdo su sonrisa en aquella fotografía junto a su mejor amiga, pero lo peor llegó cuando seguí buscando entre las imágenes que se acumulaban encima de la madera y lo vi a él años atrás, mientras abrazaba a la que poco tiempo después se convirtió en una víctima más que sumar. Si mi padre estuviera vivo habría repetido las palabras que nos dedicó a todos en nuestro día de graduación: «recordad que el mal también puede brillar como el sol» y es tan cierto que duele, duele más que una bala ardiente colándose a través de tu pecho.

—Ojalá me hubiera dado cuenta —me reprocho en cuanto comienzo a unir todas las piezas de un rompecabezas que siempre tuve delante de mí.

Al cerrar los ojos puedo ver el hoyuelo característico de su barbilla, un detalle que hace sus facciones todavía más especiales si cabe. Puedo recorrer de memoria las arrugas que hay en su frente y el resto de su cara mientras me habla, solo que ahora no está delante de mí ni tampoco me abraza entregándome consuelo y diciéndome que todo irá bien, que soy la mejor agente de mi generación, y que voy a ser capaz de resolver este caso, después de todo lo que nos ha roto con el tiempo.

Aunque está equivocado, porque ha sido Milano quien lo ha resuelto, y la que morirá si no llego pronto.

…

La hora y media que debería haber durado el recorrido se convierten en cincuenta minutos. Todo está tan oscuro a mi alrededor que los huesos se me hielan al punto de quiebre. Apago el motor y saco mi arma además de una linterna para caminar sobre un terreno que conozco de sobra y que jamás pensé que estaría relacionado con los asesinatos, porque él es quien se ha encargado de desviar nuestra atención buscando otros puntos en el mapa para cometer sus atrocidades. A mi espalda todavía noto la calidez del motor del Cadillac, y si por mi fuera me quedaría muy cerca, abrazada a la línea que me mantendrá a salvo de todo, pero no puedo, como tampoco debo permitir una espera letal hasta que los refuerzos lleguen.

Si tengo que morir aquí, que así sea.

—No pienso dejarte sola, Milano. Ahora no.

La seguridad en mi voz se muestra más firme que mis piernas cuando me zambullo en un laberinto de árboles, hierba y lluvia que lo ha convertido todo en barro. Respiro hondo y enciendo la linterna, coloco mi mano izquierda sobre la muñeca derecha y apunto al frente dispuesta a vaciar el cargador si es necesario. En mi reloj puedo ver el pequeño mapa que se dibuja en la pantalla mostrándome la distancia restante hacia una cabaña donde en el pasado viví veladas inolvidables, al calor del fuego, con litros y litros de cerveza y risas aseguradas.

«Una parte de tu alma muere cuando pierdes a alguien», la voz de mi interior agujerea mi cuerpo con otra bala.

Cierro los ojos y pienso en Mila, en como mi matrimonio se destruyó y en como él se mantuvo firme hasta que todo fue insoportable y yo decidí comenzar otro camino a solas en el Departamento de Policía. Dificultando mis relaciones, aunque mis almas gemelas siempre estuvieran al pie del caño para ayudarme a seguir avanzando.

Fueran o no de mi sangre, *fueran o no de mi puta sangre*, me digo.

Al escuchar como una rama se rompe bajo mis pies, me paralizo y la respiración se me atasca en la garganta. Detengo mis pasos durante un par de segundos y echo un ligero vistazo a cada cosa que llega a mi campo de visión. Estoy a sesenta y cinco metros de la cabaña, y no puedo cometer ni un pequeño error, porque eso sería fatídico.

A punto de avanzar el teléfono me vibra y veo el nombre de Anthony sobre la pantalla.

—Ahora no puedo hablar —susurro.

—Las unidades están en camino, pero tardarán al menos cincuenta minutos en llegar. No es buena idea que vayas sola, Katherine. Dennise ha hecho un análisis rápido de la zona, nos hemos valido de algunos mapas y planos del condado. Según un informe de

hace quince años la cabaña se modificó para añadir una especie de sótano.

—Allí es donde mata, Anthony —le respondo en voz baja—, tengo muy claro que esto está cerca del suicidio, pero tanto tiempo podría significar que Milano muera y no…

El aire se escapa de mis pulmones y el vaho se eleva frente a mis ojos. De repente el perfume a fresas que forma parte del cuerpo de ella se me pega en mi propia piel, lo aspiro y una sonrisa casi invisible se me dibuja en el rostro. Todo mi cuerpo se calienta a pesar de la humedad que me rodea, me siento congelada por dentro, pero el recuerdo rojo de esos labios rojos y su mirada tras las gafas son capaces de hacerme vibrar y darme la fuerza que necesito para seguir adelante.

—Lo siento, no pienso abandonarla —antes de cortar la comunicación pronunció un «será mejor que os deis prisa» y sigo como si nada.

Con dieciocho años —cuando entré en la academia— siempre tuve claro mi objetivo. Más de veinte años después, este no ha cambiado a pesar de todos los peligros que han estado a punto de quitarme la vida; ni siquiera todas mis pérdidas, como tampoco los casos sin resolver que pesan en mis hombros han sido suficientes para alejarme de esto, de aquello que juré con la mano en el corazón: luchar hasta el final y entregar mi alma de ser necesario para salvar a cualquier persona que esté en peligro.

La quiera con toda mi alma o no.

Respiro hondo y pienso en todos los años, las aventuras juntos, en el compañerismo, las noches sin dormir y las risas a la espera de un amanecer mejor.

Me encuentro en la puerta de atrás y apenas soy capaz de respirar, he tenido que apoyar la espalda sobre la madera para evitar cometer un error que mande todo a la mierda. El dolor de la cicatriz que oculta mi pelo me vuelve a quemar como si estuviera caminando hacia el infierno. Mi mano comprueba la realidad sobre los tablones que construyen esta cabaña para darme las fuerzas que necesito antes de entrar. Tomo aire y observo a mi espalda la oscuridad que se mantiene intacta, donde las ramas de los árboles sisean un rezo porque salgamos vivas de esta.

—Allá vamos…

Recuerdo bien cada una de las veces que giré el pomo desgastado para encontrarme de lleno con el aroma a barniz, mezclado con la naturaleza que invade el interior de este lugar hecho para barbacoas y días libres. Apago la linterna y cierro la puerta con cuidado antes de escuchar atenta cualquier ruido que me indique su presencia en la planta donde estoy.

Nada, no hay absolutamente nada y a la vez está todo en su lugar, cada una de las cosas que recuerdo: como los muebles, adornos y algunas fotografías donde yo también sonrío.

«Recuerda que ahora estás en territorio enemigo».

Como si papá salvaguardara mi espalda, su voz logra que pueda caminar al frente con la seguridad de una agente que tiene dos décadas de experiencia sobre los hombros. No tengo ni una sola noticia de que los chicos estén por llegar, así que desecho la idea de esperar y sin más me doy a la búsqueda de la entrada al abismo donde espero encontrar a Milano con vida. Pensar en su muerte logra que el vértigo tome el control de mis pasos durante un momento, lo suficiente para ponerme a pensar en todo lo que ha ocurrido en el recorrido de las pasadas semanas. Pronunciar su nombre, aunque sea para mis adentros, cambia todo lo que hay en mi interior de una manera que ni siquiera puedo llegar a describir.

Me concentro en esos pensamientos mientras camino, pisando despacio, sin hacer ni un solo ruido hasta que una voz que conozco bien se cuela a través de las rendijas desgastadas de la madera para llamar mi atención.

—Va a ser una lástima que también te pierda, esto la va a destrozar… pobre Katherine. —Oírlo hablar de esa forma me repulsa hasta el punto en que me entran náuseas.

Mis ojos se dirigen hacia el suelo, en la búsqueda de esa puerta mágica que no tiene ni un ápice de magia, así que imploro a lo que sea que nos salvaguarda porque siga hablando.

—No sé cómo no me di cuenta en aquel momento. Nicole te protegió muy bien, no era mala chica después de todo, y lo hacía muy bien… ya sabes.

Su risa resuena por toda la estancia, removiendo los cimientos de la cabaña y también mi alma.

—¿Crees que vas a salirte con la tuya? —La voz de Milano vuela hacia mí rápido, como las olas rompen contras las rocas—. Yo no soy tan estúpida como crees, por más que tú seas quien tiene la experiencia.

—Y, sin embargo, aquí estás… atada de pies y manos, a punto de morir desangrada. Lo único que lamento es tener que haberte traído a rastras. Eras una bonita pieza de museo, sí —continúa él. La lucha por elevar su propio ego me da la oportunidad de dirigirme hacia el centro de la cabaña, justo al lado de la cocina, donde una puerta se mantiene cerrada y por la que puedo observar un haz de luz—, ahora tendré que desecharte como a las demás.

—¿A cuántas n-no has pre-presentado ante nosotros? —pregunta Milano en lo que me parece un intento por ganar tiempo.

El tartamudeo indica que está a poco tiempo de caer bajo el efecto

de los químicos y una sumisión que la paralizará, pero que la hará consciente de todo.

—No mereces saberlo. Tú eres la culpable de todo, nuestra familia iba a ser perfecta, volveríamos a sonreír… como antes. Hasta que llegaste, ahora… ¡cállate!

Tras el grito del asesino escucho un golpe y un quejido de dolor antes de que el silencio vuelva a gobernarlo todo durante el tiempo suficiente para regular mi respiración.

Los dedos de él se introducen en la búsqueda del instrumental necesario para llevar su obra a cabo cuando escucho el ruido del metal. Es metódico, callado, organizado, y debe estar lo suficientemente concentrado en su tarea como para evadirse del mundo, momento en el que yo aprovecho para abrir la puerta y apuntar con mi pistola, guardando la linterna dentro de mi cintura.

Poco a poco voy bajando los escalones, lo que el techado no me permite ver da paso a una escena tétrica con la que me quedo paralizada antes de pisar suelo firme.

Mi cuerpo se enfría de repente, no por ver a Milano sobre la camilla, quien intenta no mirarme, sino por la sonrisa que él dibuja en sus labios, esa maldita sonrisa que tantas veces me ha curado de la propia locura. Lleva uno de sus pantalones favoritos junto a las zapatillas que le regalé por su treinta y seis cumpleaños, sus ojos azules hacen juego con el jersey negro que casi siempre se pone en las noches más frías. Una tela en la que el aroma de mi perfume está impregnado después de todo el tiempo que hemos pasado juntos a lo largo de estos años. Las paredes que hay en mi cerebro comienzan a mostrar cada una de esas imágenes frente a mí con un velo de rojo sangre del que no me puedo deshacer.

Has destrozado mi vida, pienso. Y en cuanto veo como el bisturí acaricia el vientre de Milano quito el seguro de la pistola y apunto.

—¡Arriba las manos! —El tono de mi voz es apremiante y tan grave que hasta a mí me sobresalta.

Pero lo que a él le causa no lo espero en absoluto.

Remy no se inmuta, simplemente gira su rostro y encara mi mirada con esa maldita sonrisa suya, tan de él, tan mía, tan nuestra. La que ha mostrado al mundo entero, con la que ha conseguido engañarnos a todos haciéndonos creer que la vida nos iría mejor gracias a su presencia.

Y lo peor de todo, es que fue así.

—Vaya… tengo a una invitada de honor —dice en tono de burla.

El filo corta levemente la piel de Milano y veo como la sangre ya forma su propio río de un color brillante, casi tan atrayente como los labios de la mujer que me mira sin poder hacer más que implorar mi calma por su vida.

—No me obligues a matarte, por favor —suplico con la mandíbula apretada—. Ríndete ahora y muestra un poco de honor.

—¿Honor? Yo ya tengo toda la gloria que necesito, Kat. ¿No quieres compartirla?

Abro los ojos sin poder creer lo que estoy escuchando. La expresión dulce de mi mejor amigo se transforma por completo en la de un psicópata, el asesino que es. Sin miramientos vuelve a apretar el bisturí y continúa como si yo no estuviera ahí.

—¡Basta! —grito y disparo una bala que pasa muy cerca de su rostro.

El debate que hay dentro de mí me nubla el juicio, las manos y las piernas me tiemblan. Sé que estoy a punto de desmayarme por la forma en la que todo mi alrededor comienza a nublarse y aunque tengo el dedo sobre el gatillo no sé si podré disparar, no lo sé hasta que él vuelve a sonreír y me mira a los ojos.

—Es una pena que hayas sido tan incompetente durante todos estos años, incluso Mila lo supo antes que tú.

Su risa me rompe por completo, quiebra cada uno de mis huesos en pequeños trozos que ya no podrán ser restaurados y cuando las piezas se ponen en orden dentro de mi cerebro soy consciente de la forma en la que todo ocurrió.

—Podría haber sido una buena policía —añade, yo parpadeo y cuando está a punto de abrir las entrañas de Milano ya no soy su amiga, sino la detective Fortier.

Aprieto el gatillo y disparo no una, ni dos, sino tres veces.

El cuerpo de Remy cae hacia atrás y lanza por los aires cada uno de los objetos que con cuidado se exponían sobre su mesa de trabajo. Las lágrimas atrapan mis ojos y desatan una tormenta en forma de olas que no puedo detener, hasta que ella me sonríe y me devuelve a la realidad. No sé si él sigue respirando, pero ya no me importa porque lo primero que hago es correr hacia Milano y desatarla de los agarres que ya han marcado sus muñecas y esa piel tan blanca como la nieve. Con cuidado detengo el gotero y extraigo la aguja de su cuello, el aire a nuestro alrededor vuelve a cobra vida, puedo oxigenar mis pulmones con más calma y siento que el pulso vuelve a donde debe estar. Ella me mira con intensidad y después mueve sus ojos hacia un lado, quiere que sepa si vive, porque si es así no se lo habremos puesto tan fácil.

Yo asiento y voy a comprobar el pulso de Remy, tragándome mis sentimientos. Pongo los dedos en su cuello mientras la sangre empieza a formar un charco a su alrededor. El tacto sobre su piel me quema, duele y enmudece por completo, la realidad es tan dura que tengo que sentarme en el suelo antes de coger el teléfono y hacer otra llamada.

—Sí, soy la detective Fortier, que venga otra unidad médica, por

favor.

22

Todas las precauciones son pocas cuando se trata de elegir enemigos.
Yo no tengo ni uno sólo que sea estúpido.
Oscar Wilde*, El retrato de Dorian Gray*

09 de mayo de 2022, lunes.

Todavía sigo dentro de la cabaña y no puedo apartar la mirada del charco de sangre que crece más y más conforme los segundos pasan. Todavía sigo allí a pesar de que han pasado dos días y mi cuerpo descansa en el sofá de la habitación de hospital donde se encuentra Milano. Aquí el calor se siente diferente, no estoy en el infierno y, sin embargo, mi cuerpo no es capaz de abandonar el interior de unas paredes barnizadas, creadas para horrorizar a la humanidad y llevarse todo lo que una vez tuve en la vida. Incluida mi cordura. Tras rechazar la *invitación* de Clyde para que fuera a casa a descansar tuve que llamar a Hailey y contarle lo sucedido. Cuando llegó al hospital y se lo dije todo, el dolor le arrancó toda expresión amable del rostro.

Recuerdo que golpeó las paredes una y otra vez hasta que ya no pudo más, lloró y sus ojos se enrojecieron al punto de que ya no parecían suyos. Gritó y se quedó sin voz, sin vida, sin nada. Se rompió tanto que tuve que cogerla en brazos para evitar que cayera al suelo. E intenté darle algo de consuelo con un abrazo que fue para las dos.

—¿Cómo pudo hacerlo? Dime, ¿cómo? ¡Era nuestro amigo! —cuestionó fuera de sí.

—No lo sé Hailey, no tengo respuesta para eso. Es un asesino, un psicópata… —susurré sin apartarme de su lado hasta que su cuerpo dejó de temblar—. Si vio en Mila a un enemigo, hizo lo que tenía que hacer para evitar ser descubierto.

—Pero nuestra niña… solo tenía catorce años Kat… R-Remy nos ha destrozado la vida.

—Lo sé… lo sé…

Ni yo pude hacerme con todo el valor necesario para seguir hablando. Hailey y yo nos quedamos abrazadas en la sala de espera del hospital hasta que los médicos aparecieron para confirmar que Milano estaba fuera de peligro y que él… se salvó y estaba más que “perfecto” porque yo había decidido disparar en lugares estratégicos donde su vida no corriera ningún tipo de riesgo.

Con la única intención de que pudiera salir cuantos de aquí.

—Quiero que se pudra en la cárcel, quiero que pague por esto. Por nuestra niña, por todas a las que ha hecho daño. Prométemelo Kat, prométemelo.

Con las lágrimas invadiendo mis ojos, dejé que el dolor tomase el control de mi cuerpo, llevé ambas manos al rostro de la que fue mi mujer, vi mi reflejo en sus preciosos ojos verdes, bordeados de una línea azul con la que podías tocar el cielo y entonces afirmé y le sonreí con los labios temblándome.

—Lo haré, te lo juro por mi vida, aunque sea lo último que haga.

—No —me interrumpió, limpió las lágrimas de mis mejillas y después me miró—. A ti no pienso perderte. —Hailey me besó en los labios, se despidió de mí como debimos de haber hecho aquella noche o cuando se marchó de casa—. Hemos pasado por tanto, que ya no puedo imaginar un día sin que estés aquí. Y… ella quiere conocerte.

Recuerdo que en vez de celos sentí paz. Asentí y al cabo de los minutos la dejé marchar, no por última vez, sino hasta pronto.

Pero yo aún sigo dentro de la cabaña. A pesar de estar consciente y escuchar respirar a Milano no puedo escapar de las astillas desgastadas del exterior creando ese extraño, pero curioso contraste con el interior, donde todo fue reformado con cuidado hacía muchos años, creando espacios nuevos y el sótano en el que se detuvo el tiempo.

Mis ojos se mueven bajo el calor de los párpados, analizando cada uno de los detalles que vi antes de encontrarme de cara con él y después de que el servicio médico se lo llevara en una camilla. Cuando hicieron lo mismo con Milano me quedé a solas un par de minutos antes de que Anthony y Claudia hicieran acto de presencia junto a Dennise. Alrededor de los cuatro había estanterías y un par de cámaras donde Remy mantenía con “vida” su obra. Conté con horror más de quince tarros de cristal, con trozos de naturaleza en su interior y el líquido que abrazaba a los órganos, a falta de los ovarios que siempre introducía en la boca de todas las víctimas. Sentí tal mareo que los servicios de emergencia tuvieron que sacarme de allí por la fuerza.

—Detective Fortier. —La voz se enmascara con el tono de Remy por un segundo, antes de abrir los ojos y ver la espléndida sonrisa de Milano sin rastro de rojo, pero con el brillo de siempre—. ¿Has descansado?

Por mi semblante deduce que no en un segundo.

—Deberías haberte ido a casa —me reprocha con dulzura y señala hacia el zumo de su bandeja—. Tómatelo, estoy segura de que tampoco has probado bocado.

—¿Me está analizando agente Milano?

—Siempre lo hago, en mi propio beneficio, por supuesto —bromea y se echa a reír. No sé cómo le sale de forma tan natural después de lo que ha estado a punto de ocurrirle—. Anda, hazme un poco de caso.

—Está bien. Después iré a comprar algunos dulces, si te apetece.

—Hay otra cosa que me apetece más. —Incluso con la ropa de hospital, el suero anclado a sus venas y los cables rodeándola está tan guapa que el corazón se me desboca. Más cuando da un par de palmadas en la cama para que me acerque—. No quiero que te enfades, pero…

Se detiene para darme tiempo a que me siente y coja su mano con la mía.

—A partir de ahora deberías descansar un poco más e intentar, por favor, no lanzarte de cara hacia el peligro tú sola. Podríamos haber sido las dos —lamenta—, y eso no me habría gustado nada.

—Ni a mí haberte encontrado muerta, River. ¿Cómo supiste que fue él? Y, ¿por qué no me lo dijiste antes?

—Porque debía estar segura, a tu hermano ya lo habían detenido y no quería ver como sufrías otra vez, aunque es evidente que no he podido evitarlo. —Ella suspira y yo agacho la vista—. Lo supe cuando me lo presentaste, había algo en su expresión que me sonaba mucho y también vi una marca en su brazo. Nicole no habló de él durante las vacaciones, ni siquiera sabía que había fotografías, así que me puse en contacto con sus padres y les pedí que me mandaran su diario personal. Dijo cosas de él en pocas páginas, pero fue suficiente para abrirme los ojos —continúa, con la pesadumbre tiñendo el tono de su voz—. Y por desgracia, también lo vi. Una foto suya. Después hice una búsqueda rápida por el sistema y di con la cabaña en Baton Rouge, hilé toda la información y…

—La dejaste a mi disponibilidad por si ocurría algo.

—Remy… es alguien sumamente inteligente. Por su *modus operandi* tuve claro que no iba a dejar un cabo suelto, me abordó cuando me dirigía hacia el lugar donde te atacó. Lo que jamás pude imaginar es que él estuvo tras el accidente de tráfico de Mila, lo siento mucho de verdad Katherine… no te imaginas cuánto. —Cuando estoy a punto de romperme de nuevo ella es la que se encarga de darme un abrazo a pesar de lo débil que se siente.

—Ha confesado que tenía contactos, el informe fue manipulado por eso nadie supo que los frenos se manipularon. Y ahora, tenemos que dar con todas las víctimas.

—Lo haremos, pero paso por paso, ¿vale?

La forma en la que lo dice provoca que me aparte para mirarla bien a los ojos. La veo sonreír pícaramente y el estómago me cosquillea.

—Voy a dejar el FBI, quiero pedir un traslado para trabajar con todo el equipo, aquí en Nueva Orleans —confiesa.

—Con todo el equipo… —le digo susurrando más que hablando.

—Y contigo. —Milano lleva las manos hacia mi rostro y se acerca para besar mis labios en un acto lento y dulce, diferente a todas veces en las que la pasión tomó nuestro control—. Porque pienso seguir analizándote, si es que tú me lo permites detective Fortier.

La risa se abre paso a través de mis labios dándome una sorpresa que ni yo misma he esperado, pero la acepto con tanta alegría que no me permito acallarla, no hasta que la miro otra vez.

—Creo que podré soportarlo.

…

El humo del cigarrillo se eleva lentamente hacia el cielo claro de Nueva Orleans mientras doy un paseo por los alrededores del Hospital Médico Universitario, el murmullo de las personas que me rodean se ha silenciado por la voz de The Rasmus y *Jezebel.* Recupero fuerzas con el apoyo de la pared donde dejo descansar mi cabeza y cierro los ojos intentando evitar volver al escenario del crimen, aunque es tan complicado como creer que en los próximos días voy a dormir sin que las pesadillas me invadan. Aún con el paso de las horas me resulta extraño darme cuenta de quién es el enemigo contra el que he estado luchando durante los últimos años, alguien que se ganó mi corazón con su mirada de ángel.

Pensar en Remy hace que quiera llorar, pero ya no estoy segura de si es por la rabia, el dolor, el odio que siento hacia él o el poco amor que aún albergo en las profundidades de mi corazón. Las manos comienzan a temblarme así que una de ellas va a parar a mi chaqueta, y chocar con el envoltorio de un caramelo trae otra sonrisa a mis labios antes de que la burbuja se rompa por un toque en mi hombro.

Me siento tan destrozada y en alerta que estoy a punto de desenfundar mi arma antes de que los ojos de Nick me hagan volver a la vida.

—Hola preciosa —dice y yo me lanzo a sus brazos sin pensármelo dos veces después de quitarme los auriculares.

—¿Por qué no me has avisado? Habría ido a recogerte.

—Lo ha hecho Bethany, me comentó que estabas aquí, con Milano —responde con sus labios a la altura de mi oído—. Además, quería sorprenderte.

—Eres un imbécil, ¿por qué te comportaste así en el interrogatorio?

—¿Y qué querías que hiciera? Papá nos lo enseñó todo, no tenía

pensado dar mi brazo a torcer hasta que supieran que estaban equivocados —protesta y acto seguido me acaricia el pelo para intentar calmar mis nervios. Deja un mechón tras mi oreja y yo sonrío —. Lamento que también pasaras por eso.

Me obligo a separarme de él durante un par de segundos para poner mis manos sobre su pecho, sin creer todavía que esté conmigo. Poco a poco marco un recorrido hasta que mis dedos acarician su cuello y esa barbilla prominente donde ya le ha crecido la barba.

—Podrías haber pasado años en la cárcel, ¿eres consciente? Si Milano no hubiera… no sé qué habría hecho sin ti Nick, y ahora tampoco sé que hacer sin Remy. ¿Está mal sentirse así?

—No, no está mal en absoluto. Pero lo superaremos juntos. —La sonrisa de él indica algo que todavía no ha dicho y que dispara tan rápido como un dardo—. Alexander va a pasar unos meses en casa.

—¿Va a dejar a sus compañeros?

—Va a estar donde debe, que es aquí, con su familia —responde Nick.

Cuando la sonrisa de mi hermano se amplía, mis dedos siguen acariciando su barba con cuidado. Le miro a los ojos y me encargo de guardar bien en mi memoria cada arruga y facción de su rostro, incluso a sabiendas de que lo veré dentro de unas horas, mañana y cada momento que quiera.

«Y ahora, ¿qué va a pasar con él?».

La pregunta sigue clavada en mi cerebro como si una flecha hubiera dado en el blanco de su diana. A regañadientes, he dejado a Milano en el hospital bajo el cuidado de Nick y de Bethany justo después de recibir una llamada de Clyde para ir al Departamento de Policía. A pesar de todo, el trabajo es el trabajo y no puedo dejar de lado lo que debo hacer ni aunque el corazón me duela tanto como para no poder soportarlo. Con un suspiro subo al ascensor y al abrirse la puerta me encuentro con Claudia y su rostro. Las ojeras bañan sus parpados y ya no queda demasiado brillo en unos ojos entusiastas que también se han visto afectados.

Detalle que no me extraña, sin embargo, noto algo más por la forma en la que muerde la cara interior de sus mejillas. Como si me hubiera intuido se abraza a la carpeta antes que yo haya reparado en ella.

—Dispara, creo que no hay nada que pueda empeorar todo esto…

—En realidad, sí. —Antes de decir otra cosa, suspiro y ella me entrega los papeles justo cuando el ascensor se detiene en la planta donde se llevan a cabo los interrogatorios.

—Anthony y yo indagamos un poco más en los archivos de *Youth Oasis*, y será mejor que te prepares para esto antes de verle.

El miedo me paraliza otra vez. De no ser porque la puerta del

ascensor se abre, habría permanecido dentro de esa sala en la que siempre me pierdo cuando no quiero afrontar las cosas de esta puta realidad, una realidad que me deja sin habla al leer los informes donde está el certificado de adopción de Remy junto a su partida de nacimiento.

Tiene que ser una broma, digo para mí. Avanzo dos pasos, pero tengo que tomar apoyo de la pared para no caerme.

—¿Está bien, detective?

—Katherine, ya te dije hace tiempo que no tenías que llamarme así —espeto, a pesar de que no estoy mínimamente enfadada con Claudia—. Perdona, todo está correcto, hagamos esto de una vez, quiero que le metan entre rejas cuanto antes.

—De acuerdo.

Y así es como ambas avanzamos hacia la sala de interrogatorios, donde Remy me mira con esa sonrisa dulce y sus ojos brillantes de devoción, y aquí es cuando noto el parecido.

Las cadenas de las esposas se unen en el centro de la mesa de metal para atrapar sus muñecas al igual que lo están sus pies. El color blanco de su uniforme resalta más si cabe su sonrisa y el color de su mirada, algo que odio e intento evitar todo lo posible. La sangre me arde y sé que podría matarle ahí mismo de no ser porque Clyde abre la puerta y se sienta a mi lado para llevar a cabo un último interrogatorio antes de que vaya a juicio.

—Este es el trato —dice mi sargento—. Si revelas el nombre de cada una de tus víctimas y el lugar donde las tienes, no habrá mínima seguridad para ti.

—¿Debería empezar por mi madre biológica? ¿La última que me acogió? ¿O quizá por alguna de las tantas que no estuvieron a la altura de mi arte?

Su arrogancia me da náuseas, tengo que cerrar los ojos y respirar hondo para evitar cometer una tontería, aunque al final no sirve de nada porque necesito escupir las palabras que tengo en la punta de la lengua.

—¿Todo esto fue por Nick? ¿Te dolió que a él lo adoptase una familia maravillosa y tú acabases en una casa de acogida tras otra? ¿No te has preguntado si a lo mejor nadie te quería porque simplemente era imposible hacerlo?

—Katherine —me advierte Clyde.

—¡No! Déjame que responda a esto. —Mis manos se apoyan en la mesa y me pongo de pie para acercarme a Remy, puedo respirar su aire, oler el aroma de su piel, ese que también tengo impregnado en la mía—. Te aplaudo Remy, desde que llegaste a mi vida te acogí como a uno más de nosotros, jamás me imaginé que en realidad fueras hermano biológico de Nick, pero ¿sabes algo? Por más que tengas su

sangre, nunca llegarás a ser como él.

—¡Que te den! ¡Esto fue por todos! Él pudo haber sido yo y ¿qué obtuve a cambio? Una madre que nunca fue a verme al instituto, y otra que se drogaba cada día más con tal de no verme. —La rabia cambia por completo la expresión de su rostro. Aprieta los puños e intenta levantarse, sé que quiere pegarme, pero al final se contiene, supongo que por el amor que en algún momento me procesó—. Abusaron tanto de mí a lo largo de mi infancia que también acabé muerto, antes de dejar de ser Thomas y convertirme en Remy, tu querido mejor amigo. Ese enfermero al que todas acudían, tu hombro en el que llorar. Ellas se lo merecían, eso y más, por todo el daño que han podido causar a niños como yo.

—Te conviene aceptar el trato Remy —interrumpe Clyde—. O esta vez sí que acabarás muerto de verdad. En la zona de mínima seguridad no tendrán miramientos con alguien que mata a madres, hijas, hermanas... Tú mismo.

La claridad de esas palabras cala hondo en quien fue mi mejor amigo durante tanto. Quién sabe si lo seguiré considerando así el resto de mis días, ni yo misma puedo decírmelo ahora. El silencio nos rodea durante segundos eternos en los que no puedo ni mirarlo a los ojos, lo único que quiero es que todo esto acabe y largarme de aquí cuanto antes. No obstante, él sí que me mira, muerde su labio inferior y un ápice de arrepentimiento cubre cada arruga que se dibuja en su rostro antes de hablar.

—Lo diré todo, no porque quiera protección, yo puedo cuidarme solito. Ya se lo hice ver a mi madre biológica cuando años después decidió buscarme. Fue una buena víctima, lo admito… —alardea sin sorprenderme en absoluto— pero, confesaré por Mila.

—No te atrevas a nombrarla —le amenazo apretando la mandíbula.

—Es la única que… n-no se lo merecía. —De haber estado aquí, Milano me habría dicho que su confesión es sincera, hasta yo misma puedo sentirlo porque su empatía con los niños y el amor que les procesa es real—. Siempre la quise mucho —dice y aparta la mirada de mí para encarar la de Clyde—. Diré todo lo que quieran saber.

En ese momento me levanto y abandono la sala, toco la puerta contigua y Claudia me mira con el mar a punto de bañar su mirada.

—¿Os encargáis tú y Anthony? No puedo verle más a la cara —pido casi suplicante.

Ella asiente y se enjuga las lágrimas que todavía no han acariciado sus mejillas. Miro al interior de la sala y mi compañero también asiente antes de coger los informes y salir para darme un abrazo fuerte por primera vez desde que trabajamos juntos. Intento zafarme, o al menos mostrar un poco de lucha, pero al final me dejo hacer y el

consuelo de mis compañeros logra apaciguar mi alborotado corazón. Es increíble y casi admirable como ese hombre que está en la otra sala hiló todo para llevar las pistas hacia Nick, con su aspecto y apellido.

—Gracias por todo agentes, habéis hecho un trabajo excepcional —les digo una vez que logro separarme de él, es la primera vez que huelo la fragancia especiada y agreste de su piel—. Cuando Milano esté de vuelta nos reuniremos para elaborar los informes pertinentes.

—Descansa —me dice Claudia.

Y supongo que es lo mejor que puedo hacer.

Me despido de ellos con una sonrisa amarga, giro sobre mis pasos, arreglo el pelo que cae en mis hombros, sobre la chaqueta de cuero donde meto las manos en los bolsillos para darme de lleno con mi dulce favorito. «Adiós a los cigarrillos, hola a los besos de fresa» dice una voz y cuando las puertas del ascensor se cierran frente a mí, siento como la carga que ha estado tirando de mi desaparece con la misma rapidez que quito el envoltorio de uno de los caramelos.

Lo saboreo como si fuera a ser el último, porque ¿quién sabe lo que puede pasar en este maldito mundo? Ahora hay un asesino menos en las calles, pero las mentes como las de Remy siguen estando ahí afuera y yo…

Yo voy a tener que ponerme mi coraza de valor otra vez para sobrevivir a lo que esté por llegar.

EPÍLOGO

Ser bueno es estar en armonía con uno mismo.
Oscar Wilde*, El retrato de Dorian Gray*

Un mes después, jueves.

La reunión se ha cerrado tras más de dos horas de cruces de informes y de carpetas que ahora irán a parar a los ficheros de casos cerrados. Con la primavera llegando al final de esta etapa, siento la luz en las calles tan brillante como debe verse la claridad de las aguas en otras partes del país. Esa creciente necesidad por fumar para calmar mis nervios ha ido disminuyendo con el paso de los días y ahora son diferentes sabores los que invaden el interior de mi boca en forma de caramelos, una manía que en realidad venía de mucho antes —tal vez desde años atrás— aunque no sea capaz de ponerle una fecha o lugar. Algunos recuerdos de la academia empiezan a rellenar esos espacios vacíos y me veo a mí misma entre los descansos jugando con el limón, el *toffee* —y hasta el café— en mi lengua, mientras los sueños se van formando conforme las pruebas cerraban una puerta para abrir otra mejor.

Se puede decir que con las últimas palabras escritas sobre el teclado en el que bailan mis dedos, acabo de cerrar una con todas las cerraduras posibles para evitar que los demonios de su interior salgan de nuevo en mi búsqueda.

El horror de los asesinatos de Remy nos llevó a contabilizar veintitrés víctimas, donde estaban incluidas su madre biológica y la última que lo tuvo de acogida —muerta a causa de una sobredosis—, y aunque mi corazón está en paz, todavía tengo esa pequeña sensación que a todos los detectives nos recorre ante un caso como este: ¿habrá dicho la verdad?

«Lo importante es la lucha con garra, si te aferras a una búsqueda con el alma lograrás el mejor resultado».

Las palabras de mi padre aparecen en cuanto cierro los ojos y soy capaz de verle tal y como lo recuerdo, con la sonrisa de mi hermano Alexander y la expresión de mi mirada. Su talento es algo que dicen que yo también he heredado, y hoy, solo quiero quedarme con eso y con la seguridad de que todas las víctimas están siendo localizadas y desenterradas para ir con los suyos y al fin, estar en paz. Suspiro

esbozando una sonrisa mientras busco la taza de café que está al alcance de mi mano izquierda, pero alguien es más rápida que yo.

—¿Aún estás trabajando? ¿No íbamos a salir? —Milano se apoya en la pared y se bebe todo el contenido de la taza con una malicia que podría arrancarle a bocados.

Giro la butaca con la ayuda de mis pies y me cruzo de brazos para mirarla a los ojos e intentar descifrar qué es exactamente lo que piensa, aunque en realidad ya lo sé. Carraspeo y me encojo de hombros con fingida indiferencia. Ella muerde el labio inferior rojo como una fresa prohibida, y después lleva el índice de su mano derecha hacia el puente de su nariz para colocarse bien las gafas.

Como odio cuando hace eso, y como me gusta a partes iguales.

—¿Todavía no sabe que los informes hay que tenerlos en orden, Milano? —Imitando su picardía levanto la ceja derecha y no me muevo de mi lugar.

—¿Y tú aún no sabes que se puede delegar o simplemente dejar las cosas para mañana?

Sin darme la oportunidad a darle una respuesta, deja la taza en mi escritorio y se acerca hacia mí para dejar un beso en mi cuello acompañado de ese aroma tan característico que ya podría reconocer a kilómetros de distancia.

La veo perderse por la puerta y echo la cabeza hacia atrás antes de volver a la realidad y mirar hacia la pantalla del ordenador. Todavía me parece increíble como el horror de Remy comenzó a hervir con mayor fuerza cuando fue rechazado en la academia y decidió formarse como enfermero. Pero eso es algo en lo que ya no quiero pensar.

—Lo siento, mañana vuelvo contigo —le digo sonriente al ordenador.

Con el arma enfundada en mi costado derecho, me pongo la chaqueta de cuero y dejo que mi pelo caiga en pequeñas ondas acariciando mi cuello y también unas mejillas que arden por culpa de la mujer que ya debe estar cogiendo el ascensor sin esperas. Al mirar mi propio reflejo sobre el cristal de la ventana que me separa del resto de la unidad, puedo ver una piel más brillante, unos párpados menos hinchados y el maquillaje negro sin la necesidad de tener que cubrir las ojeras por culpa del cansancio; mis emociones están más controladas a pesar del duelo que ha significado descubrir la verdadera cara de mi mejor amigo, un peso que aún me deja sin respiración de vez en cuando.

Porque mi corazón jamás podrá olvidar que, en algún momento de nuestras vidas, los dos fuimos una familia.

—Katherine. —Claudia atraviesa la estancia corriendo y siento como mis pies se clavan al suelo como el plomo.

El alma me ruje y todo el cuerpo me tiembla como si estuviera a punto de recibir una noticia terrible —otra de las consecuencias que aún debo controlar—, sin embargo, ella se me abraza y después se separa poniendo ambas manos sobre mis hombros.

—Gracias por haber confiado en mí. El sargento Clyde dice que es muy probable que pueda subir de rango pronto.

Cuando habla, todo el temor desaparece de mi expresión y un gran orgullo se presenta en diferentes facetas, entre ellas un cosquilleo que me lleva al recuerdo de todos mis logros en la División de Investigación Criminal.

—Te lo has ganado tú, al igual que Anthony.

A pesar de que nunca he sido tan cercana con las personas que me rodean, ni mucho menos con mis compañeros de trabajo, dejo un beso en su mejilla y vuelvo a abrazarla.

—Alguien me espera, así que nos vemos mañana.

—Como cada día, detective Fortier —declara con voz orgullosa.

Esta vez no la reprendo, solo me alejo de ella levantando el brazo para despedirme de ella. Voy de camino hacia el ascensor y puso el botón una vez que las puertas se abren ante mí. Estar en el lugar donde me encuentro significa mucho más que un logro, porque al fin y al cabo sé que este edificio es toda mi vida, mi crecimiento tanto en el lado profesional como personal, y aunque tengo mucho que superar, sé que podré hacerlo gracias a las personas que me rodean.

La luz va marcando el recorrido descendente del ascensor hasta que veo frente a mí la puerta de salida. Me echo un último vistazo en el cristal y espero encontrarme con Milano y la mejor de sus sonrisas.

Aunque lo que veo al abrir las puertas del edificio es algo totalmente distinto.

—Pero… ¿qué? —Mi voz apenas se escucha por culpa de los aplausos que rompen frente a unos metros de distancia.

Hay un gran número de personas en pie sonriéndome, al lado de los bancos donde tantas veces he tomado asiento en mitad de la noche con el claro deseo de encontrarme una vez más. Mis ojos se abren por completo y entre la multitud reconozco a algunas de las personas que he visto o entrevistado en el curso de la investigación del caso. La operación «Renacer» ha durado tantos años que apenas soy capaz de recoger las imágenes en mi mente.

Entre los vítores y el gentío aparece Stella, sonriente y mostrando un cartel donde se lee un «gracias» que a mí me endulza el alma, antes de que ella me abrace.

—¿Por qué…?

Milano aparece a mi lado y me acaricia la espalda.

—Porque te lo mereces, has dado paz a muchas familias —dice y de repente reparo en que la prensa también está a unos metros de

distancia haciendo fotografías sin parar.

—Eso no es verdad —replico y miro a los ojos de Milano. Me aguanto las ganas de darle un beso y muerdo el interior de mis mejillas antes de abrazarla por la cintura para que este a mi lado—. Lo hemos hecho todos —aclaro y vuelvo mi rostro para ver de cerca a Claudia y a Anthony junto a un rezagado Clyde que me sonríe como antes—. Lo hemos hecho todos.

—Nunca tendremos suficientes vidas para agradecerle su trabajo, detective. ¿Verdad?

Stella grita y de nuevo la gente aplaude. Hay padres, hermanos, hijos y tíos, abuelos y también amigos, almas que hoy pueden dormir un poco más en calma.

Ellos son el maldito daño colateral de la muerte provocada por los demonios que están en las calles. Gente que, como yo, perdieron una parte irrecuperable de su corazón. Personas que en este presente siguen caminando sin lograr recuperarse del todo pero que, con el paso del tiempo, pueden respirar acostumbrados a la falta del cuerpo físico de los que amaban. Porque, al fin y al cabo, una ser querido jamás muere si no olvidamos su risa, la expresión de su rostro o sus manías más tontas.

Y esa es una puerta que yo misma he abierto no hace mucho, para recibir con sosiego la bienvenida de un nuevo día, a la espera de otra llamada que traiga de vuelta a la detective implacable que —hoy y mañana— promete dar la misma paz a quien lo necesite.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, toda mi gratitud a toda fuente (ya sea personaje, película, libro, serie…) que me ha servido de inspiración para crear esta novela y a cada persona que se encuentra en su interior. A mis lectores y reseñadores, por nunca rendirse conmigo y darme las alas y fuerzas necesarias para continuar en este maravilloso mundo de la escritura. A mis amistades incondicionales (ya sabéis quienes sois) y a la estrella que siempre da luz a mi corazón.

ÍNDICE

PRÓLOGO
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
ÍNDICE